JOSÉ MARÍA ZAVALA



EL PROFETA

LA GRAN NOVELA DE JESÚS DE NAZARET

El Profeta

José María Zavala

A Paloma, compañera de altos vuelos
y fiel inspiradora de mis anhelos literarios

Prólogo

LA TUMBA VACÍA

Jerusalén, 33 d. C.

—¡Han robado el cuerpo de Jesús!

María de Magdala corrió despavorida, acompañada de las otras mujeres piadosas. El cuerpo de Jesús de Nazaret había desaparecido del sepulcro tres días después de ser enterrado.

—El cuerpo… ¡El cuerpo no está! ¡Jesús no está! —clamaba ella descorazonada mientras avanzaba deprisa, colina abajo.

Momentos antes, había recorrido ese mismo camino junto a Salomé y María de Cleofás, cada una sumida en su dolor, en silencio. Todavía no despuntaba la aurora cuando, llegadas a la tumba, descubrieron que la piedra que la sellaba había sido removida. Temerosas, se asomaron al interior y atisbaron bajo el arco, en el hueco donde habían depositado el cadáver tras descolgarlo de la cruz, el sudario y los lienzos enrollados en un rincón.

PRIMERA PARTE

1

EL BOSQUE DE LA MUERTE

Teutoburgo (Germania), año 9 d. C.

Yo, Lucio Fedro Celer, doy fe de que toda esta historia es cierta. Como antiguo guardia pretoriano de Tiberio, participé en batallas y guerras y maté a decenas de hombres. Pero cuando quise salvar al más importante, no lo logré. En cambio, él nos salvó a todos. Para dar a conocer su historia debo contar antes la mía, y cómo nuestros destinos confluyeron por designios insospechados.

El primer muerto que vi en mi vida fue mi padre. Tenía yo apenas nueve años cuando entendí que aquel cuerpo que yacía delante de mí como un fardo inútil era el hombre al que adoraba. De él heredé el nombre, el físico y el pundonor. Solía yo compararlo con Marte, el dios de la guerra; vestido con coraza, coronado por un casco y armado con lanza, espada y escudo. Sin embargo, en ese momento lo sentí desposeído de toda su valía allí desnudo, cubierto apenas con una sábana y con los pies orientados hacia la entrada de la casa, decorada con ramos de ciprés, mirto y laurel para que todo el mundo supiese que allí se había producido un deceso. Me impresionó tanto verle así que jamás he podido borrar aquel rostro de mi memoria.

Mi madre, Ceres Drusilla Paulina, y las esclavas prepararon el cuerpo de mi padre según la costumbre. Lo lavaron con agua caliente, lo afeitaron y depilaron antes de amortajarlo y perfumarlo. Sus párpados cerrados y huecos permitían entrever la ausencia de los globos oculares garzos, la nariz fina se mantenía firme de milagro sobre su curvado caballete, los labios conservaban las profundas señales de las suturas salvajes. Supe después que durante la terrible batalla en el bosque de Teutoburgo le habían sacado los ojos de las órbitas con la contera de la *gladius* y cosido la boca a puntada limpia tras seccionarle la lengua.

Lo velamos durante una semana entera, pese al riesgo de la descomposición del cadáver, temerosos de que no estuviese muerto del todo y pudiera volver a la vida en cualquier momento. Era una costumbre muy romana.

En la necrópolis, como hijo del finado, coloqué bajo su lengua cercenada un óbolo como obligado tributo al barquero Caronte para que lo condujera por la laguna Estigia hasta la entrada al Hades. Después, el *dessignator* dio orden de incinerar el cadáver. No derramé ni una sola lágrima mientras su cuerpo ardía, pero sí cuando Nevio Sutorio Macrón, su jefe en la batalla y amigo, se acercó a mí después del funeral.

Él había sido uno de los que transportó la camilla mortuoria adornada con guirnaldas y coronas de flores desde nuestra casa hasta la necrópolis. Macrón se agachó para estar a mi altura y me tendió la *gladius* de mi padre, la misma que había empuñado durante más de treinta años, desde su primera campaña con el Cuerpo de Pretorianos contra la temible tribu gala de los Salassi, que habitaban en el valle superior del río Dora Baltea. El amigo de mi

padre la había traído desde Germania para entregármela. Hoy esa *gladius* constituye para mí el único recuerdo que conservo de él, junto a la imagen imborrable de su rostro inerte.

Un año después, mi madre, Ceres, también nos dejó. Se la llevaron unas fiebres indómitas pero yo sé que en realidad murió de tristeza por la ausencia de su esposo. Fue entonces cuando aquel que me había hecho entrega de la *gladius* me adoptó como su hijo. Nevio Sutorio Macrón y su esposa Ennia ya tenían una hija, Flavia, una criatura que hacía honor a su nombre y que me salvó de ahogarme en la pena. Desde que Macrón se hizo cargo de mí, Flavia y yo fuimos educados en las artes, astronomía, lenguas, matemáticas, poesía y religiones. Mi padre adoptivo era un erudito, ávido siempre de conocimiento. Quería entender el mundo y sus singularidades. Insistía en que, para controlar el cuerpo y la espada, primero había que dominar la mente y el pulso. Eso le convirtió en un gran estratega y guerrero.

Así, entre juegos y lecciones de filosofía, literatura y lecturas de los escritos griegos y hebreos, transcurrió nuestra infancia. Aquella formación intelectual fue clave en mi camino como futuro pretoriano. Pero aún faltaba la última parte, la instrucción militar.

Recién cumplidos los doce años, Macrón, entonces prefecto de vigiles, consideró que había llegado el momento. Me citó en el cuartel general, donde desarrollaba sus labores al servicio del Imperio.

Los vigiles eran los encargados de velar por la seguridad ciudadana en sus peligrosas callejuelas repletas de termas, tabernas y tugurios. Yo ya había sido testigo de su labor a una edad muy temprana.

Recordaba bien que, cuando tenía seis años, un gran incendio había asolado la ciudad de Roma. El propio emperador Augusto se hizo cargo de la organización de los vigiles creando una brigada compuesta por más de tres mil hombres divididos en siete cohortes, bajo el mando militar directo del prefecto Nevio Sutorio Macrón.

Al llegar al cuartel general me llamó la atención el lema inscrito en el frontispicio, *ubi dolor, ibi vigiles*, «donde hay dolor, están los vigiles». A cualquier chico de mi edad le habría deslumbrado aquella visita. Dos guardias custodiaban la entrada, uniformados con una capa que les cubría la cabeza y una túnica, y armados con espada corta. Nada más pronunciar el nombre de su jefe, me franquearon el paso, y uno de ellos salió a mi encuentro para acompañarme al despacho del prefecto que ya me aguardaba allí. Sentado a la mesa, Macrón lucía a su espalda un hermoso estandarte que captó también mi atención. Al percatarse de mi interés, procedió a explicarme su origen.

—Es el *Imago* —repuso él volviéndose para verlo—. En Teutoburgo luchamos las tres legiones portando esta misma bandera que ahora contemplas tú. Nos recordaba a todos al emperador por el que nos batíamos a muerte y la voluntad libre del pueblo romano, que juramos preservar a toda costa. Tu padre intentó recuperarlo y eso le costó la vida.

A ambos debió de golpearnos la misma imagen, porque se hizo el silencio.

—La peor derrota de Roma en toda su historia —añadió finalmente—. De nada le sirvió a Augusto que Tiberio conquistase las tierras de la región septentrional y central entre el Rin y el Elba…

En aquella conversación Macrón se sinceró y me contó quién fue mi padre, en la batalla y en la vida. A través de los ojos de su hermano de armas conocí sus anhelos, su amor a la familia y, sobre todo, su lealtad a Roma. Mi padre dio su vida por nosotros y por el pueblo romano y yo la daría también.

Así fue como inicié mi formación como miembro de la guardia pretoriana.

2

VENGANZA

Entre Roma y Germania, años 15-17 d. C.

Transcurrieron tres años desde aquella conversación con Macrón hasta que me brotó vello en el pecho. Desde entonces había tenido tiempo suficiente para preparar mi ingreso en la guardia pretoriana, y era un muchacho de quince años deseoso de pertenecer al cuerpo más envidiado del ejército de Roma.

Durante ese periodo, Macrón no olvidó la deuda de gratitud que guardaba hacia mi padre. Si bien era su superior, entre ellos se había forjado una amistad inquebrantable. No fueron pocas las veces que su malogrado amigo le había salvado la vida, y eso los mantuvo unidos hasta la muerte. Por ello, Macrón obvió que era el hijo de su subordinado y me asignó con su amigo Lucio Seyo Estrabón, prefecto del Pretorio, cargo que él mismo desempeñaría años después. Gracias a esa intervención, pude finalmente unirme a los pretorianos, no sin antes atravesar un auténtico calvario de obstáculos durante el adiestramiento.

De los cinco mil aspirantes de aquel año, solo ciento cincuenta conseguimos ingresar en el Cuerpo. Alcancé el grado de tiro o recluta tras cuatro meses de extenuantes pruebas que tenían lugar

desde el alba hasta el anochecer. A los elegidos nos marcaron el primer día como a reses; con un hierro candente quedó grabada en la palma de mi mano la señal de los pretorianos: una P mayúscula. Aquella primera jornada fue solo el comienzo de una rutina despiadada.

En mi memoria quedan especialmente impresos los gritos y aspavientos de nuestro entrenador durante las interminables horas que dedicamos a formar y a ensayar el paso militar para ejercitar una férrea disciplina. Cuando alguno de nosotros se desviaba de la fila, aunque solo fuera un poco, ardía Troya. Ese pequeño error nos costaba a todos una hora más de idas y vueltas por el campo de maniobras que miraba a la ciudad de Roma, junto al muro oeste.

Y no era lo único. A diario partíamos de allí para efectuar dos tipos de marchas: una de cinco horas a paso normal y otra de doce horas. Pero la peor de todas era la que nos obligaban a realizar con frecuencia a paso ligero, con todo el pesado equipo reglamentario encima durante un recorrido interminable.

Además de la marcha, se nos exigía agilidad. Saltábamos también como vigorosas langostas. Debíamos estar preparados para sortear cualquier riachuelo u obstáculo montañoso que se nos interpusiera en el campo de batalla, incluidas las zanjas o empalizadas que pergeñara el enemigo. En la academia nos colocaban un potro de salto que intimidaba a muchos por el temor a dañar la integridad de nuestras partes más íntimas, sobre todo cuando nos indicaban que lo abordásemos de un solo brinco a horcajadas con la *gladius* y el *pilum* en cada mano. Más de uno se dio media vuelta sin atreverse a saltarlo y fue expulsado *ipso facto* del Cuerpo.

Pero no todo era agilidad. También nos formaban en el uso letal de nuestras armas. Aprendimos a utilizar la *gladius* como si fuera una prolongación del brazo. Entrenábamos con espadas de madera de sauce que doblaban en peso a las reales, lo mismo que los escudos, de modo que cuando blandiésemos las armas auténticas, los movimientos fuesen mucho más rápidos y eficaces. Cada vez que hundía la punta de la *gladius* o arrojaba el *pilum* contra el tronco grueso fijado al suelo del campo, no podía dejar de pensar en el asesino de mi padre.

Tal vez por eso fui el mejor de mi promoción en el uso de las armas. Formaba parte de la tercera cohorte pretoriana, de las nueve constituidas por Augusto, ahora ampliadas a doce por el prefecto Sejano, cada una de las cuales constaba de cuatrocientos ochenta hombres y un centenar de jinetes. Éramos la élite del ejército romano. No solo se exigía de nosotros una forma física impecable, con ejercicios de fuerza, resistencia y velocidad; también aprendíamos a controlar los nervios y a soportar cualquier tipo de dolor que nos infligiesen. La tensión nos ponía más duros que una tabla de roble. Nuestra misión principal era velar por la seguridad de Tiberio, el nuevo emperador, pero, de vez en cuando, también ejercíamos labores de espionaje.

Aunque pude haberme alistado en la legión, al final me incliné por la singular dureza y pericia de los pretorianos. A fin de cuentas, desde el desastre de Teutoburgo, el emperador Augusto había incorporado pretorianos a la legión, y me bastó una carta de recomendación de Macrón —a la vista de mi brillante expediente en la academia— para unirme sin problemas, como así sucedió.

Por entonces no me asustaba el dolor ni me preocupaba la muerte. Tampoco había matado a nadie, pero era consciente de que muy pronto lo haría. A mi temprana edad, ya había alcanzado un desarrollo corporal considerable: de estatura superior a la media, complexión musculada, cabello largo y crespo negro como el alquitrán, ojos azules, tez morena, nariz ligeramente aguileña y una atractiva sonrisa con hoyuelos que afloraba con facilidad aun en las situaciones más adversas. Mi madre siempre aseguraba que era un calco de mi padre.

Y así, cuando me vi uniformado de pretoriano, de la noche a la mañana, sentí un impacto y un orgullo que no puedo describir. Lucía entonces en la academia uno de los tres uniformes de pretoriano, compuesto por la túnica de lino con mangas cortas y amplia abertura en el cuello para permitir el paso del brazo y dejar al descubierto el hombro cuando era necesario. Sobre la túnica llevaba el *sagum*. Y por supuesto, portaba la *gladius* con *cingulum*.

El momento de poner a prueba todo lo aprendido no tardó en llegar. Cuando el valeroso general germánico Julio César, hijo de Druso el Mayor y sobrino del emperador Tiberio, inició sus campañas militares en Germania para vengar la derrota infligida en el bosque de Teutoburgo, yo estaba listo para tomarme la justicia por mi mano. Las ansias de victoria contra uno de los ejércitos más temidos del mundo envalentonaron a los germanos, que se lanzaron al ataque contra todas las posiciones romanas al este del Rin, incluidas guarniciones, campamentos y ciudades enteras.

Debieron transcurrir nada menos que seis años desde aquella humillación provocada en Teutoburgo para que un ejército romano cruzase de nuevo el Rin. Esta vez, Macrón, por sus responsabilidades

en Roma al frente del cuerpo de vigiles, no pudo reparar la muerte de su amigo Lucio Fedro, pero le consoló saber que yo, su hijo, estaría allí para hacerlo también en su nombre. Participé en aquella batalla siete años después de que mi padre perdiera la vida en esas mismas tierras. Fue mi pequeña venganza personal contra los germanos que acabaron con su vida.

A mi regreso de la contienda en Germania, tres años después, Macrón estaba ávido por conocer mi versión de lo acontecido en aquel infierno, tan inquieto como un joven de mi edad. Su cabello, ligeramente encanecido, escondía ya placas alopécicas, y su corpulencia podía considerarse ahora más bien una obesidad burocrática. Puede que su destreza física se hubiera visto mermada, ya que antes montaba a caballo y manejaba las armas como nadie, pero todavía conservaba intacta su excelente memoria y una habilidad especial para las lenguas latina y griega.

Me agasajó a mi llegada con un gran banquete donde pude saborear los guisos más exquisitos y beber los vinos más delicados. Todo le resultaba poco para agradecerme mi servicio a Roma.

No tardó en aparecer Flavia. Escuché las pisadas apresuradas que se acercaban por la galería. Corría hacia mí hasta que se abalanzó sobre mi cuello, como hacía cuando éramos pequeños. La alcé más de dos palmos del suelo y giré con ella en brazos. La había echado de menos más de lo que pude imaginar al partir hacia Germania.

—¡Mi querida Flavia! Cuando me fui dejé a una niña y me encuentro ahora con una hermosa mujer —afirmé mientras la contemplaba maravillado.

—No seas tonto —bromeó ella dándome un golpe en el pecho, duro como una roca—. No te voy a perdonar que me dejaras sola

tres años.

—Bueno, bueno… —intervino Macrón—. Ya tendréis tiempo de contaros vuestras batallitas. Ahora necesito quedarme a solas con Lucio.

Acarició el mentón de Flavia y ella le respondió con un beso travieso en la mejilla.

—Tienes que contármelo todo —me advirtió mientras se alejaba por donde había venido.

La seguimos con la mirada, sonrientes, hasta que desapareció tras las columnas.

—Estás muy cambiado, Lucio —me dijo Macrón, ya sentado a la mesa del despacho.

—Estigmas de guerra —asentí.

Él sonrió con una leve mueca de amargura. Le ofrecí mi mano y la aceptó mientras nos dirigíamos al *triclinium*.

—Ven, siéntate a mi lado y cuéntame la batalla —me dijo.

Y así lo hice. Le narré los pormenores del combate, incluso exageré en algunos momentos. Merecía la pena solo por verle disfrutar del relato y ser testigo de cómo su satisfacción viajaba unos cuantos años atrás, cuando era él quien guerreaba junto a su amigo Lucio Fedro, mi padre. Cuando se cobraban vidas enemigas y colmaban de gloria a Roma.

3

La trampa

Capri, 31 d. C.

—¡Alto! ¡Deténgase! —El eco de la voz del centinela retumbó con estrépito en la rocosa cima del monte Tiberio.

El hombre fornido y renqueante se detuvo en seco. Había caminado toda la vía que llevaba el mismo nombre del emperador, desde el centro de Capri, para ascender luego con sumo esfuerzo por los más de doscientos pasos de repechos hasta la cumbre.

—¡Vengo a ver a Tiberio! —gritó jadeante.

—¡Identifíquese! —ordenó el pretoriano.

—Me llamo Palas y me envía Antonia, cuñada del emperador y madre del general Germánico, con un mensaje muy importante para él.

La luz del atardecer comenzaba a rozar las tranquilas aguas de la bahía de Nápoles. Pronto, aquel paisaje imponente y escabroso que circundaba la ciudad formaría con sus sombras las siluetas inquietantes de gigantes y fantasmas.

En medio de esa atmósfera crepuscular, el guardia condujo al extenuado mensajero hasta el ala este del palacio de Villa Jovis, como se conocía al gigantesco complejo residencial que Tiberio

había mandado construir sobre el gran acantilado de la isla de Capri. El emperador se había refugiado allí hasta el fin de sus días, presa de un miedo cerval a ser asesinado. Prefería el aislamiento de la bella ínsula italiana antes que el esplendor de la Roma imperial.

Palas aguardó la llegada del emperador en la antecámara. Las varias jornadas de viaje desde Roma lo habían dejado exhausto. Pero había recibido órdenes de entregar el mensaje cuanto antes. Antonia no tuvo más remedio que recurrir a él, su hábil y fiel liberto, para que le hiciera de mensajero, dada la férrea vigilancia de Sejano, prefecto del Pretorio, que cada vez iba adquiriendo más poder. Todos sabían que su red de espionaje intervenía los correos.

Tiberio irrumpió en la estancia acompañado de Macrón.

—¡Ave! —saludó Palas al emperador nada más verle en el umbral del salón de recepciones.

—¿Se puede saber qué quiere ahora Antonia? —interrogó Tiberio, que conocía ya de sobra a la correveidile de su cuñada.

—Tome, mi señor. —Palas le tendió un díptico de madera encerada. Antonia había escrito en él con estilete un texto por ambas caras.

A medida que leía, el gesto del emperador se tornaba sombrío. Paseaba de un lado a otro cabizbajo, con aspecto triste, sobre el valioso mármol pórfido del suelo. Palas y Macrón le seguían expectantes con la mirada. El mensaje parecía largo. Tiberio, de elevada estatura y contorno grueso y robusto, se detenía a veces para alzar la vista del díptico y mostrar las pupilas dilatadas de sus ojos negros tras la lectura de algún párrafo que sin duda debía de desagradarle.

El emperador sujetaba el díptico con su mano izquierda, más desarrollada y ágil que la derecha. Macrón recordaba con claridad cómo, con ese mismo pulgar, Tiberio había llegado a traspasar una manzana o herir a un joven de un solo capirotazo.

Por fin, cuando el emperador terminó de leer, se mesó la larga cabellera que le caía por la espalda, cubriéndole el cuello, y levantó la cabeza mostrando su tez blanca.

—La viuda de mi hermano Druso es la mujer más hermosa de Roma, pero sobre todo es la más intuitiva y astuta de todas —prorrumpió él, orgulloso.

—No le entiendo, señor —terció Macrón, desconcertado.

—Antonia acaba de confirmar lo que yo temía desde hace tiempo —murmuró Tiberio con gravedad.

Sin más palabras, hizo una señal a Palas para que se retirara. Una vez a solas, el César no pudo reprimir su rabia.

—¡Puerco traidor! —exclamó fuera de sí.

—¿Quién, señor?

—Lucio Elio Sejano. ¡Solo un cretino como él puede pensar en proclamarse emperador estando yo vivo!

Macrón dudó por un instante, pero decidió hablar.

—Perdone si me entrometo, señor, pero eso es un secreto a voces: algunos aduladores suyos ya han empezado a darle la espalda.

—¡Aplastaré viva a esa cucaracha! —dijo retorciendo con fuerza contra el suelo su sandalia de cuero atada con cuatro correas rojas.

—No será fácil, señor —insistió Macrón con cautela—. Sejano tiene el apoyo de todas sus cohortes y cuenta con una tupida red de

partidarios en la ciudad entre libertos, *equites*, plebeyos y senadores.

Tiberio paseaba por la estancia como un león enjaulado. Se devanaba la cabeza buscando una solución para frenar la inminente traición de Sejano. ¿A quién enviar? La respuesta la tenía ante sus ojos.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo al fin—. Irás a Roma con una carta mía para el Senado y le dirás a Sejano que en ella le concedo los más altos honores del Imperio, entre ellos el poder tribunicio.

Macrón necesitó unos instantes para asimilar lo que le acababa de proponer Tiberio.

—¿Y cree que se lo tragará? —preguntó intentando mantener un tono natural.

—Caerá en la trampa, te lo aseguro. Y ahora viene lo mejor de todo: mientras Sejano se dirige al Senado creyendo que va a presenciar su propia glorificación, tú correrás al campamento de los pretorianos y les mostrarás otra carta mía destituyéndole como prefecto y nombrándote a ti en su lugar.

—No tiene por qué, señor. —Macrón trató de disimular su ambición.

—Mi deseo es ley.

—Gracias, César. Pero ¿cree de verdad que las cohortes que ahora le apoyan se pondrán de mi parte?

—Querrás decir más bien si se pondrán de la mía, porque soy yo quien da las órdenes en Roma.

—Eso pretendía decir, señor, disculpe mi torpeza.

Tiberio, más sereno, se llevó la mano a la boca, reflexivo.

—El riesgo existe —admitió—, pero confío en que mi autoridad prevalezca al final. Además, seguro que la suma de cien mil sestercios de bronce ablandará el corazón de todos esos pretorianos, ¿no te parece?

—Ya lo creo, señor; y la décima parte de esa cantidad también —asintió Macrón con una mueca cínica.

Tiberio acababa de pronunciar la sentencia de muerte de Sejano, despejando así el camino para que Macrón ascendiera al frente del Pretorio.

4

ROMA NO PAGA TRAIDORES

Roma, 31 d. C.

Tiberio le había concedido a Macrón poder absoluto. Sabía que él lo utilizaría con sabiduría, y apenas llegó, cumplió todas las órdenes del César a rajatabla. Mientras tanto, yo me había convertido en su hombre de confianza.

Macrón no tardó en actuar: convenció a las cohortes pretorianas para jurar fidelidad al emperador y a su nuevo prefecto. Sejano, confiado, asistió en el Senado a la lectura de la extensa carta de Tiberio en la que este comenzaba elogiándole para luego criticarle y, finalmente, acusarle de alta traición. Pocas veces como entonces se justificó tanto la célebre frase del procónsul Quinto Servilio Cepión, acuñada dos siglos antes: «Roma no paga traidores».

La epístola del César concluía con la orden inmediata de arresto. Tras un momento de vacilación, los senadores accedieron a prender a Sejano, enterados de que la guardia pretoriana se había puesto del lado de su rival Macrón.

Así, aquel mismo día, Sejano fue juzgado y condenado a muerte. Su cadáver hecho pedazos se arrastró durante tres días por las calles de Roma para escarmiento de los traidores como él. Tan minucioso

fue el descuartizamiento de su cuerpo que el verdugo no halló un solo trozo lo suficientemente grande para exponerlo en las Gemonías, también conocidas como las «Escaleras del luto», un lugar de ejecución localizado en el centro de la ciudad.

Pero la fría venganza de Tiberio no acabó ahí. Era indispensable que la línea sucesoria de Sejano quedase exterminada de la faz de la tierra.

Aquella sería una de mis primeras misiones al servicio de Macrón como parte de una de las centurias del emperador: acudir al domicilio de Sejano y encargarme de su familia. Nuestro centurión, Cecilio, hasta entonces leal a Sejano, no tuvo ningún escrúpulo en cambiar de bando y jurar lealtad al nuevo prefecto con tal de mantener su paga y su estatus. Además, ambicionaba llegar a *primus pilus*, un puesto de prestigio y bien remunerado.

Cecilio era un hombre de un tamaño descomunal, grasiento y torpe, de ojos pequeños y maliciosos que observaban con desdén a todo el que se le acercaba. Bebía con desmesura y siempre se hacía acompañar por niñas, adolescentes y efebos. Solo con mirarle daban ganas de hacerle daño. Trataba a sus soldados con una crueldad extrema. En más de una ocasión, algún joven había muerto después de alguno de sus entrenamientos. Desde que lo vi por primera vez, supe que era un ser despreciable. Él se dio cuenta de mi antipatía, pero no reaccionó. Me miraba con gesto rijoso, como si esperase el momento oportuno para atacarme. Además, era conocedor del favor que me otorgaba Macrón, el gran prefecto de Tiberio.

Seis días después del ajusticiamiento de Sejano fuimos juntos a la casa del fallecido y ejecutamos sin miramientos a su primogénito, Estrabón, y a su hermano Capito Eliano. La menor, Junilla, de once

años, sería encarcelada. Según el Derecho Romano, las vírgenes no podían ser ejecutadas. La pobre criatura preguntaba con ingenuidad adónde la llevaban. Su único delito era ser hija de su padre. Sus ojos pedían clemencia.

Cuando me disponía a cogerla y llevarla a prisión, Cecilio me ordenó buscar a Apicata, la madre. Algo me hizo desconfiar al ver que se dirigía al interior de la estancia donde habíamos dejado a la pequeña, pero le obedecí.

La maldición de Tiberio recayó así sobre la familia entera, incluida la esposa y madre. Entré en el hipocausto y allí estaba ella, flotando en la bañera, el agua teñida de sangre que manaba de sus brazos. Apicata, al conocer la muerte de sus hijos y el destino de su pequeña, se había suicidado.

Salí inmediatamente en busca de ayuda para sacar el cadáver de allí. Fue entonces cuando escuché un grito agudo y desgarrador procedente de una de las habitaciones. Sin duda se trataba de Junilla. Acudí a comprobar qué sucedía. Teníamos órdenes estrictas y la criatura no podía escapar.

Al entrar la escena me encendió, aunque mentiría si dijera que me sorprendió. Montado sobre el pequeño cuerpo de la niña, Cecilio se balanceaba hacia delante y hacia atrás. A ambos lados de su cintura, los piececitos inertes de la criatura se movían sin tensión ni resistencia. Me acerqué un poco más. La cara de ella estaba hinchada y sangraba por la nariz, la boca y los oídos. Se hallaba inconsciente. El muy salvaje la había reventado. No fue un arrebato ni un acto involuntario.

Calculé mis movimientos, la distancia, incluso me acerqué con sigilo hasta que estuve a menos de un palmo de la espalda de

Cecilio. Cogí mi *pugio* y en un movimiento rápido le sujeté la frente con la mano izquierda, le eché la cabeza hacia atrás y con la derecha le rebané el pescuezo con un corte limpio. Su cuerpo gordo y seboso cayó a plomo en el suelo.

Intenté salvar a Junilla, pero su cuello marfileño tenía marcadas las zarpas de aquella fiera, que la había estrangulado como si escurriese un pañuelo de seda. La cogí en brazos y la zarandeé; no reaccionó. Aquel salvaje había acabado con ella.

En ese momento entraron dos soldados más que se detuvieron al ver la escena. Cecilio muerto en el suelo, el puñal ensangrentado aún en mi mano y el cuerpo de Junilla en mis brazos. No iba a poder defenderme de las acusaciones. Matar a un oficial estaba penado con la muerte; violar a una virgen, también. Yo lo sabía y ellos lo sabían. Inmediatamente me prendieron para llevarme preso.

Pero en aquel instante, lo único que me dolía era no haber podido salvar a la niña. Ignoraba que aquella muerte pesaría sobre mi conciencia el resto de mi vida.

5

LA CÁRCEL

Roma, 31 d. C.

La atmósfera era espesa y la humedad rezumaba por las paredes de piedra de la prisión. El carcelero, un hombre robusto de mirada cruel, condujo a Macrón por el corredor hasta una de las celdas del fondo. Sus pasos resonaban en el pasillo y su túnica blanca, impoluta, parecía evitar el roce con el suelo. El olor a podredumbre penetraba en cada rincón y se mezclaba con los lamentos y jadeos ahogados de los infelices que cumplían sus penas en aquel agujero remoto e inmundo.

El guardia sostenía una antorcha en la mano que alumbraba algunos de los rostros al pasar por su lado. Una vez que alcanzó la celda que buscaba, la mía, iluminó con la llama mi cuerpo desvalido, arrinconado y cubierto de harapos y de suciedad. Unas greñas largas y enmarañadas me ocultaban el rostro. Mi respiración era apenas perceptible.

El carcelero entró y me propinó un puntapié.

—¡Despierta, basura! —gruñó sin piedad—. Tienes visita.

No pude evitar estremecerme y emitir un gemido apagado. Las cadenas que me sujetaban chirriaron en respuesta a mis

movimientos cuando traté de incorporarme. Al darme la vuelta, la luz de la antorcha impactó sobre mi rostro demacrado y pálido. Tuve que apartar la vista, deslumbrado por la claridad. Se revelaron entonces mis ojos hundidos y mi gesto extenuado y la barba crecida. La mirada, antes orgullosa, ahora estaba vacía, sumisa. Varias semanas en prisión hacen mella en cualquiera.

Macrón observaba la escena con una mezcla de asco y lástima. Su voz, fría pero firme, rompió el silencio:

—Déjanos solos.

El carcelero asintió y se retiró. Cerró la puerta pero no con llave. Yo no habría podido escapar aunque quisiera.

Macrón se acercó lentamente.

—Lucio —me dijo con ternura y desesperación—. Hijo mío, estoy aquí.

Intenté hablar, pero me sentía confuso. No sabía si se trataba de un sueño o si en realidad había muerto. Macrón me acarició las greñas y la barba.

—Tranquilo, ya pasó, ya pasó —intentó calmarme mi padre adoptivo.

Entonces, se puso en pie y golpeó los barrotes. De inmediato irrumpió allí el guardián.

—Quítale las cadenas —ordenó con voz firme—. Y que le den un baño y comida caliente.

El funcionario reaccionó incrédulo. ¿Quién era aquel desgraciado al que había estado vigilando durante las últimas semanas? Debía de tratarse de alguien importante para que el mismísimo prefecto del emperador viniera a visitarle.

Antes de desaparecer, Macrón le observó amenazante. El carcelero sabía que aquella mirada era una advertencia. Si me pasara algo, él sería el principal responsable.

6

MISIÓN COLUMBA

Sede de la guardia pretoriana, 31 d. C.

Tardé varios días en recuperarme. Me puse en forma, me alimenté bien y volví a ser prácticamente el mismo que antes de mi infausto ingreso en prisión. A pesar de que Macrón era el segundo hombre más influyente de Roma, también era una persona que cuidaba las apariencias, ecuánime y justo a su modo. Así que tuve que cumplir semanas interminables de cárcel, pero me libré de la pena de muerte por asesinar a sangre fría a un oficial de Roma.

Me reincorporé a la guardia pretoriana, aunque no como soldado, el rango que tenía antes. Para mi sorpresa, entré a formar parte del cuerpo de speculatores, un grupo especial dentro de los pretorianos encargado de tareas de inteligencia. La orden vino directamente de Macrón y yo no osé contradecirle. Me había sacado de la cárcel y devuelto a la vida. Haría cualquier cosa que me ordenase.

Siempre que debía confiarme algo importante, Macrón solía citarme en su despacho de la moderna edificación fortificada donde se cobijaba el campamento pretoriano. Pero si se trataba de un asunto más íntimo y familiar, entonces él y yo nos reuníamos en otro lugar mucho más apacible y proclive a las confesiones, como sin

duda era la residencia imperial, que Tiberio había puesto a disposición del prefecto del Pretorio tras retirarse a Capri.

Paradojas del destino, Sejano había promovido la construcción de toda aquella enorme ciudadela militar, donde se agrupaban las cohortes pretorianas en barracones junto a la Muralla Serviana que custodiaba Roma. Antiguamente, los ciudadanos acogían a los soldados a regañadientes en sus casas particulares hasta que Sejano, con el beneplácito de Tiberio, congregó en ese nuevo emplazamiento fuera de la metrópoli, entre las vías Nomentana y Collatina, muy cerca del perímetro amurallado, a todas las cohortes dispersas durante el reinado de Augusto. Agrupar así a las fuerzas pretorianas de Roma en un solo campamento reforzó la presión que Sejano podía ejercer a conveniencia, además de granjearle agradecimientos y lealtades ante un hipotético golpe de Estado.

—Pasa, Lucio —me indicó Macrón aquella mañana lluviosa que había enfangado las arterias principales del campamento.

A juzgar por su rostro risueño y recién afeitado, presentí su entusiasmo por lo que iba a contarme.

—Te queda bien —advirtió complacido señalando mi barba—. Tienes un aspecto fiero.

—Me he acostumbrado a ella y ahora me sentiría desnudo si me afeitase —afirmé mientras me acariciaba el cabello y la melena.

Comentarios triviales como aquellos precedían siempre a los asuntos importantes, y la conversación se alargaba más de lo normal. Eso significaba que la información que iba a darme era trascendental. Macrón y yo nos conocíamos bien, como padre e hijo adoptivo, y temía por tanto que él pudiese arrojar en cualquier

momento su *pilum* verbal contra mí con algún encargo comprometido, arriesgado y hasta desagradable.

—Te he llamado para una misión secreta —afirmó al fin.

—Lo suponía —ratifiqué. He ahí el motivo de mi ingreso en los speculatores—. Está bien, tú dirás.

—Viajarás a Galilea —dijo sin rodeos—. He recibido información de una posible revuelta. Hay un agitador, un revolucionario que está dando muchos problemas a los miembros del Sanedrín judío.

—¿Tan peligroso es ese hombre que no pueden ocuparse de él nuestras tropas allí? —Sentía curiosidad a la vez que me resultaba extraña la misión. La presencia romana en aquellas tierras era importante y tenían potestad para actuar sin rendir cuentas a nadie.

—Al parecer se ha convertido también en una amenaza para Roma —afirmó Macrón—. Las autoridades judías ya eran susceptibles a las predicaciones del tal Bautista. Y ahora este profeta revolucionario encabeza una sedición que amenaza la estabilidad de nuestras provincias de Judea, Samaría y Galilea. Insiste en que el sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Los judíos piden que intervengan las autoridades romanas. Por eso es una misión tan importante. Tiberio está muy preocupado y me ha pedido que envíe al mejor espía del Imperio.

—¿Y ese espía soy yo?

—Sabia deducción.

—*Quid pro quo?*

—Así es, Lucio, tu libertad a cambio de la misión.

—¿Y por qué un espía? —pregunté intrigado.

—Los males hay que cortarlos de raíz, conocer su origen y atajarlos desde dentro —aseguró convencido—. Tu cometido será

infiltrarte en el grupo de seguidores de ese revolucionario y disolverlo.

—¿Crees de verdad que alguien como yo, acostumbrado a la guerra, será capaz de introducirse entre los partidarios de ese impostor?

—Tiberio y yo estamos seguros de ello.

—Explícame cómo…

—Déjame decirte antes que me agrada mucho que te tomes esto como una propuesta, y no como una orden.

—¿Acaso tengo otra alternativa?

Macrón sonrió divertido.

—Te embarcarás como polizón en un barco que zarpará en breve rumbo a Cesarea Marítima.

Abrió el cajón de la mesa y extrajo un medallón de latón con una paloma grabada en el centro.

—¿Qué objeto es ese? —inquirí yo atónito.

—Te proporcionará la coartada que necesitas. Ese grupo utiliza este símbolo para identificarse entre ellos.

—Venga, padre, ¿tú crees que alguien será tan ingenuo de tragarse que un tribuno del Pretorio es un seguidor confeso de ese profeta?

—Aún no he terminado.

Macrón era un maestro del desconcierto y disfrutaba sembrando la intriga para mantenerme en vilo. Ya hubiese querido Cayo Albucio Silo seducir con su retórica al auditorio, o Plauto y Terencio cautivar a los lectores con sus enredos amorosos, como Macrón sabía hacer conmigo. No exagero. Presentía que iba a decirme algo desagradable, y esta vez tampoco me equivoqué.

—Cuando tu barco atraque en el puerto de Cesarea Marítima serás detenido y puesto a disposición judicial en Jerusalén.

Sacudí la cabeza de aturdimiento.

—¿Apresado…? ¿Juzgado…? ¡Qué estás diciendo! —exclamé.

—Embarcar como polizón en una nave está penado por las leyes. Y para que nadie sospeche, serás flagelado en la plaza pública.

Por mi expresión de asombro, Macrón intuyó enseguida el seísmo interior que me convulsionaba. Guardé silencio un instante con la esperanza vana de que no hablase en serio, pero pronto me devolvió a la cruda realidad con el talante conciliador que reservaba siempre para las situaciones difíciles y comprometidas.

—Lucio, entiendo que te cueste digerirlo, pero créeme: Tiberio y yo estamos convencidos de que no existe un plan mejor y de que tú lo ejecutarás a la perfección.

Podría haberse ahorrado la galantería. A fin de cuentas, estaba obligado a obedecer si no quería morir decapitado tras reingresar en aquella cárcel inmunda.

—Está bien —añadí resignado—. Al parecer no tengo otra salida.

—Prestarás un servicio impagable a Roma y al César. Ese revolucionario y falso profeta empieza a causarnos serios problemas. Herodes Antipas nos ha informado sobre algunas locuras cometidas por ese agitador de masas.

—¿Locuras…? ¿Qué locuras?

—El tetrarca está indignado porque dicen que ese hombre curó al hijo de un funcionario de su corte llamado Cusa. Enterado de que el sujeto había llegado a Caná de Galilea, el intendente fue a verle allí para implorarle que sanase a su hijo.

—Solo dime que lo resucitó… —Dejé escapar una risita.

—Y hay más… «milagros». Tu misión es ir allí y desenmascarar a ese *praestigiator*.

—Menudo disparate.

—Pero lo grave no es que lo sea, sino que la fama de ese embaucador al que llaman «maestro» se ha extendido ya por toda la comarca ribereña.

Suspiré con resignación.

—¿Y puedo saber el nombre de ese revolucionario o también es secreto? —pregunté ya mentalizado de mi duro cometido.

—Se hace llamar Jesús de Nazaret.

7

LAS TERMAS

Palacio de Tiberio, Roma, 31 d. C.

Al día siguiente, Macrón me invitó a tomar un baño relajante en la terma del palacio de Tiberio. Sabía que lo necesitaba y él jamás daba puntada sin hilo.

Atravesamos un ancho vestíbulo decorado con hermosos frescos de vivos colores que representaban a las bacantes o sacerdotisas de Baco, el dios del vino, danzando semidesnudas con frenesí, y llegamos a un amplio vestuario. Mientras nos desvestíamos, acostumbrados al natural desparpajo en las duchas de los cuarteles, dejamos nuestras togas y túnicas en las alacenas de la pared, a la altura de nuestras cabezas, y nos sentamos en un gran banco de mampostería alineado por todo el recinto. Los sirvientes quedaron al cuidado de la ropa.

Apenas entramos en el caldario con la toalla al hombro, percibimos el calor. Allí la temperatura se mantenía elevada gracias a las bañeras y depósitos de agua calentada tres horas antes junto a los hornos de leña. Era la estancia más luminosa y adornada de todas, con mosaicos que mostraban a la rubia Tetis de argénteos pies, la diosa griega del mar, en compañía de su hijo Aquiles, el

héroe de la *Ilíada*. A su lado, galopando sobre las olas a lomos de un caballo blanco, tridente en mano, el dios Neptuno.

La terma contaba también con dos piscinas climatizadas para nadar y, bajando por unas escaleras de mármol, se podían tomar baños en recipientes de pórfido más reducidos. Pero nosotros nos decidimos por una sala de temperatura agradable, donde el aire caliente procedente de las calderas discurría por conductos bajo el suelo y tuberías empotradas en las paredes.

—Sentémonos aquí —indicó Macrón.

Nos acomodamos en una especie de solios con respaldo, abiertos en la zona del asiento y rodeados de agua caliente, con el vapor envolviéndonos por todas partes. Conté más de doscientos tronos como los nuestros repartidos por la inmensa sala. A Tiberio le encantaba organizar orgías en aquella estancia adornada con frescos que representaban a los dioses cohabitando con las diosas en las posturas más variadas, donde las direcciones se indicaban con dibujos de penes, al igual que en los lupanares de Pompeya.

—Te quiero como a un hijo, Lucio, y lamento haber cargado sobre tus espaldas los grandes sacrificios que conlleva la Misión Columba. —Así habían llamado a la operación encomendada en alusión a la paloma o «*columba*», en latín, reproducida en el medallón que Macrón me había entregado como coartada—. Pero créeme, es muy importante para el destino de Roma que tu cometido tenga éxito. No podemos correr riesgos con embaucadores tan peligrosos como ese Jesús de Nazaret, que juegan a competir con nuestros dioses y cuestionan el culto al emperador.

—No te preocupes, padre —dije para tranquilizarle—. Roma estará siempre por encima de todo, y si tengo que soportar los peores

castigos y humillaciones con tal de servirla, no dudes que lo haré.

—Lo sé, hijo. Llevas la herencia del Imperio en la sangre: tu padre derramó la suya por el mismo ideal que ahora te mueve a ti. Y tu madre, Ceres, como la diosa de los cultivos a la que debía su nombre, sembró en ti desde niño el amor a Roma y a los dioses. Y tan arraigada semilla solo podrá marchitarse con tu muerte.

Macrón sabía que yo no temía a la muerte, pues concedía a la vida muy escaso valor. Tampoco me preocupaba en exceso el tremendo dolor de los latigazos, sino más bien la vergüenza y el ultraje de ser azotado para escarnio público por algo que yo no era: un traidor a Roma. Pensar en esa falsa acusación me afligía, pero había comprendido finalmente que, si de verdad amaba al Imperio y al César, debía estar dispuesto a sacrificarme por ellos hasta el punto de perder mi propia reputación. Roma valía más que la sangre de todos los hombres, empezando por la mía.

—¿Qué noticias tienes de Flavia? —dije cambiando de tema.

—Está en Séforis, en Galilea —afirmó Macrón de pronto.

—¿Cómo? ¿Flavia en Galilea? —inquirí, visiblemente asombrado.

No la había visto desde antes de entrar en prisión. Tampoco pregunté por ella. No quería que contemplase mi aspecto demacrado. A tenor de la actitud de Macrón, nadie le había informado de mi encarcelamiento.

—Va a casarse con Benicio Quinto Celso, jefe de la guardia de Herodes, antes de cumplir los veintitrés años.

—Le conozco. Servimos juntos en Germania —afirmé recordando mis días de batalla.

—De ella, precisamente, quería hablarte —añadió su padre.

—¿Sucede algo?

—Nada, pero tal vez mi hija suponga un obstáculo para la misión.

—Dudo que Flavia llegue a creerse que yo he traicionado a Roma —objeté.

—Tranquilo, la conozco mejor que tú y sé que la condena del magistrado y el castigo ejemplar en la plaza pública la convencerán de ello. Apuesto a que ya no querrá verte más, por muy hermano suyo que te considere.

—Me consta que es una mujer de principios y de una lealtad inquebrantable a Roma —manifesté.

—Lo lleva en la sangre, como tú. Su madre y yo nos desvivimos para que así fuera desde que nació. Y además es bella, ¿verdad? Cada vez que Ennia pasaba por delante del templo dedicado a Venus, dirigía una oración a la diosa para que nuestra hija fuese hermosa de mayor. En cierta ocasión, incluso le hizo una promesa que nunca me reveló, pero que debió de cumplir a rajatabla viéndola crecer tan preciosa.

—Y que lo digas.

—¿Te gusta ella, Lucio? —añadió sospechando algo.

—Solo un ciego sería incapaz de apreciar sus encantos.

Su intuición era tan precisa como la de una mujer, y mucho más que la certeza de un hombre. Antes del compromiso con Benicio Quinto Celso, Macrón nos repetía a Flavia y a mí que formábamos una atractiva pareja, y yo también presentía que a él le habría gustado vernos juntos para siempre, aunque ambos supiésemos que eso era ya imposible.

—La echo de menos, si te refieres a eso —admití evasivo.

—Flavia era un primor bordando mis prendas de vestir, como su madre —evocó—. Jamás he usado más vestimentas que las hiladas

y tejidas por sus finas manos.

—Tocaba la cítara como un ángel, y danzaba con la elegancia acompasada de un cisne —agregué añorando las tardes juveniles en el escenario improvisado de nuestro hogar.

—Aún no había cumplido los catorce y ya tenía la sabiduría de la vejez y la dignidad de una mujer. Como buena romana, ha crecido acostumbrada a considerarse miembro de una familia y de un Estado, sin pensar en su propio bienestar. Y así se comportará ella contigo, Lucio, cuando crea que has traicionado a Roma.

Aquel pensamiento me helaba la sangre; era un alto precio a pagar por salvaguardar la grandeza de Roma. Macrón abordó conmigo a continuación algunos detalles de la Misión Columba.

—Cuando llegues a Jerusalén, confía solo en el centurión Casio —me previno—. Nadie más que él, aparte de Herodes y de Pilato, prefecto de Judea, están al corriente de la misión. Herodes mantiene contacto directo con Tiberio, razón por la cual está enfrentado con Pilato, sobre todo porque el tetrarca se ha tomado la libertad de informar al emperador de todo cuanto sucede en las provincias romanas de la región donde él no gobierna, incluida Judea. Y eso ha levantado recelos en Pilato.

Acto seguido, Macrón me explicó que Herodes Antipas había recibido como herencia de su padre, Herodes el Grande, la Alta y Baja Galilea junto con la fosa del Jordán y de Genesaret en sus riberas occidentales. Y me alertó para que tuviese cuidado con su carácter débil e inconsistente pero violento y cruel, proclive a cierta religiosidad que en el fondo era mera superstición. Voluble e impresionable, Herodes se mostraba también a la vez, según Macrón, locuaz, vanidoso, fanfarrón, taimado y vengativo.

Sobre Pilato, me indicó que no era el hombre titubeante y débil que algunos pensaban, sino un sujeto inflexible, terco y cruel cuyo mandato se caracterizaba por la corrupción: desde sobornos y robos hasta atropellos y ejecuciones sin juicio previo.

—Tendré mucho cuidado con ambos —prometí.

—El éxito de la operación depende de ello —me advirtió—. Y ahora, si te parece, vamos a pedir que nos den un buen masaje. Nos lo merecemos, ¿no crees?

—Desde luego.

Condecorado en la batalla, Tiberio tenía ahora otro argumento más de peso para confiar en mí. En cierto modo yo le recordaba a mi padre, uno de los soldados más fieles que habían combatido a sus órdenes en multitud de campañas. Fue él quien sugirió que yo entrase a formar parte de los speculatores. Sin duda era una forma elegante de librarme de la cárcel.

Macrón había llevado consigo a dos masajistas que nos aguardaban en la sala contigua. Antes de nada, los *unctores* nos limpiaron el cuerpo con un estrígilo y, tras abrir el *oleotesium* para extraer los aceites de oliva perfumados y las pomadas más exquisitas, nos hicieron tumbar sobre dos mesas de mármol para masajearnos vigorosamente. Friccionaron cada parte del cuerpo con un aceite aromatizado distinto: para el pecho y la espalda, emplearon el perfume de Fenicia, y para las piernas, el de Egipto; las friegas en los brazos las efectuaron con menta, y en las mejillas, con melisa.

Mientras saboreábamos finalmente un licor exquisito, Macrón me tenía reservada otra de sus sorpresas.

—Ahora voy a revelarte por fin mi secreto más íntimo.

8

SUPERSTICIÓN

Palacio de Tiberio, Roma, 31 d. C.

Una esclava joven entró con una bandeja con fruta y vino. Era realmente bella. O quizá mi cautiverio había agudizado mi interés por las mujeres atractivas. Macrón se percató de ello, pero se limitó a asentir. Al fin y al cabo, la presencia de aquella criada le servía de pretexto para lo que pretendía descubrirme.

—Siempre estaré en deuda con tu padre por regalarme a Adara —me confesó—. Fue una forma más de mostrarme su lealtad, aunque no tenía necesidad de hacerlo.

Adara era griega. Su nombre significaba bella, hermosa, y realmente lo era. Llegó a la casa de Macrón con veinte años. Inteligente y gran conocedora de la tradición y cultura de su pueblo heleno, enseguida se ganó la admiración de Macrón. Le hablaba de las artes adivinatorias de Beroso el Caldeo tras comentarle él que su esposa Ennia era nieta del célebre astrólogo Trasilo de Mendes, que acompañaba a Tiberio en Capri.

Debo reconocer que yo no era supersticioso, como Sócrates, cohibido ante el mal de ojo; ni como Aristóteles, que creía en la quiromancia practicada por Augusto; ni como Julio César, a quien el

simple canto del gallo hacía temblar. Tampoco sentía una pasión enfermiza por las mariposas, como el poeta Virgilio. Mi lealtad se limitaba a Marte, al César y a Roma. No creía en magos ni adivinos, y mucho menos en astrólogos, pero me dejé llevar por la conversación, como hacía de pequeño cuando él compartía sus conocimientos con Flavia y conmigo. A Macrón le fascinaba todo ese mundo tenebroso e incierto.

—Adara me contó que Beroso, el gran sacerdote del templo, nacido bajo el reinado de Alejandro Magno, aludía en sus libros a un misterioso personaje llamado Oannes, un monstruo mitad pez, mitad hombre que explicó el origen del mundo a los primeros pobladores de Mesopotamia —dijo maravillado.

—¿Tú crees en esas cosas?

—No siempre necesitas ver para creer, Lucio. ¿Acaso tú has visto a Marte alguna vez?

—Nunca.

—Y eso no te impide adorarle, ¿verdad?

—Desde luego.

—Pues con Beroso el Caldeo sucede algo parecido. Adara me introdujo en los secretos de los caldeos sobre la adivinación y la astrología. Y luego está la profecía de Trasilo de Mendes…

—¿Qué profecía?

—Trasilo predijo el nacimiento de Flavia.

—¡Cómo…!

Flavia era la hermana que el destino me negó. Se parecía físicamente a su padre, pero en la forma de ser era igualita que su madre. Morena y con unos ojos de lago más profundos e insondables que los míos, de mirada soñolienta y párpados casi

siempre entornados, su figura grácil y su escasa estatura no le impedían mostrarse decidida ni amedrentarse ante nada ni nadie. Era una mujer dulce y adorable, pero tan recia y disciplinada como un legionario.

—Tras consultar a los astros —me explicó Macrón—, Trasilo nos dijo a Ennia y a mí que tendríamos una hija. Y al cabo de nueve meses nació Flavia. Predijo también que ella vendría al mundo con el beneplácito de los dioses y con las estrellas a su favor. De hecho, Venus y Júpiter brillaron en el momento del parto mientras la luna y el sol se hallaban en el lugar adecuado. El día del alumbramiento fue así luminoso y alegre. Una jornada «dorada», razón por la cual decidimos llamarla Flavia.

Macrón me contó cómo Trasilo apartaba a los demonios que acechaban a la recién nacida Flavia, y cómo conjuraba la lluvia, el granizo, las nubes y hasta convertía en estériles los campos.

De Etruria llegaron a Roma adivinos, hechiceros y echadores de suertes perseguidos durante siglos. Los ritos extranjeros penetraron con más fuerza desde la segunda guerra púnica, pero aun estando prohibidos por las leyes no faltaron emperadores que consultaban a los magos. Tiberio prescindió de sus servicios con la única excepción de Trasilo y de sus discípulos, a quienes llevó consigo a su retiro de Capri, concediéndole a este la ciudadanía romana con el rimbombante nombre de Tiberius Claudius Thrasyllus.

—Volviendo a Adara —prosiguió Macrón—, le agradeceré siempre que me inculcase el amor por la cultura helenística. A ella le debo también mi rendida admiración por el filósofo Heráclito, en especial cuando escribe «La guerra es padre y rey de todos, ha creado dioses y hombres; a algunos los hace esclavos, a otros dioses».

—Pues a la pobre Adara la convirtió en esclava —lamenté.

—Cierto, Lucio. —Torció el gesto—. Ella me contagió también su afición por el arte musical que nosotros tomamos de sus compatriotas griegos. Toda la poesía lírica se declama ahora acompañada de instrumentos como la lira: desde las odas de Anacreonte y Safo, hasta las de Alceo y Horacio. Igual que los endecasílabos de Plinio el Joven se cantan con lira y cítara, también los de Catulo. Gracias a Adara tuve conocimiento asimismo del célebre citaredo griego Anaxenor, agraciado por el triunviro Marco Antonio con la recaudación de tributos de cuatro ciudades enteras, mientras que el cantante y flautista Tigelio, de Cerdeña, se erigió en huésped de lujo en la corte de Augusto. Todo eso Adara lo llevaba en la sangre y supo transmitírmelo con devoción. Y después, yo intenté inculcaros a Flavia y a ti todo ese conocimiento.

—Pero si tan maravillosa dices que era, ¿por qué la expulsaste de tu casa?

Macrón guardó un extraño silencio con la mirada extraviada.

9

FLAVIA

Palacio de Tiberio, Roma, 31 d. C.

Las frotaciones sobre la columna vertebral de Macrón sumieron a este en un estado de laxitud. Aquella tarde acabó sincerándose conmigo como si yo fuese un flamen consagrado a una deidad. Si Cicerón no concebía la vida sin amigos, Macrón necesitaba entonces un consejero como yo para desahogarse y, a ser posible, absolverlo de sus ofensas y secretos.

En otras circunstancias, tal vez él hubiese mantenido su sigilo, y razones no le faltaban, pues en cuanto me lo reveló sentí cómo una ráfaga helada me recorría la espalda de un extremo a otro pese al cálido ambiente que reinaba en aquellas termas.

—¡Debiste contármelo antes! —le increpé.

Me sentía traicionado. Flavia se convirtió en la luz brillante que me salvó cuando yo estaba en las tinieblas tras la muerte de mi madre. Macrón me llevó con él, me adoptó y a partir de ese momento fui uno más, parte de su vida.

—Lo sé, lo sé…, pero no tuve el valor —afirmó pesaroso—. Ennia nunca pudo tener hijos. Venus la privó de la fertilidad desde que nació y, por más que imploramos a la diosa durante siete largos

años, y luego a Afrodita, ella fue incapaz de engendrar a criatura alguna.

—¡Le fuiste infiel a tu mujer!

—Fue una decisión consensuada entre los tres.

—¿Un triángulo…?

—Ennia, Adara y yo. Mi esposa no soportó privarme de la paternidad y me propuso concebir un hijo con Adara.

—¿Seguro que no la violaste?

—¡Jamás te mentiría! —replicó Macrón ofendido.

—¿Adara accedió?

—Te digo que sí —añadió enojado.

—Está bien, te creo, aunque siendo esclava tampoco tenía otra alternativa.

—Cierto, pero lo hicimos con su aprobación.

—Me parece increíble.

—Y lo entiendo; no he conocido a una mujer más generosa que Ennia.

—Ni que Adara…

—Por supuesto. Al principio me resistí a copular con Adara, pero luego comprendí que Ennia solo sería feliz si veía que yo también lo era como padre. Espero, Lucio, que puedas perdonarme por no habértelo contado hasta ahora.

—¿Perdonarte dices…? Me pides ahora un imposible. ¿Cómo has podido ocultármelo durante todos estos años? —dije percibiendo los rudos golpes de mi corazón acelerado por la sorpresa y la indignación—. ¿Flavia también lo sabe…?

—No.

—¿Tampoco se lo has dicho a ella? —le reconvine.

—¿Acaso crees que Benicio Quinto Celso se casaría con Flavia si supiese que su futura esposa es hija de una esclava griega?

—Comprendo que es un asunto delicado.

—Mucho más que eso: es un impedimento insalvable.

—Puede que sí.

—Daría al traste con la boda, te lo aseguro. Conozco muy bien a Benicio, pero mejor aún a su padre, con quien compartí muchas campañas entre el Rin y el Elba, y puedo afirmar que jamás consentiría que su nuera fuese hija de una esclava. Además, ¿te has preguntado qué pensarían Tiberio y toda Roma si el asunto trascendiese?

En ese momento comprendí que, además de la Misión Columba, Macrón tenía motivos personales para enviarme a Galilea. No se fiaba del futuro marido de su hija. Pretendía que yo estuviera cerca en caso de que necesitase protección.

—Ahora entiendo por qué te deshiciste de Adara.

—No tuve más remedio que hacerlo.

—Podrías haberla dejado vivir en tu casa.

—¿Y arriesgarme de ese modo a que Flavia, tarde o temprano, se diese cuenta de quién era su madre?

—No tienes entrañas —añadí con una mueca de decepción.

—Me costó dar el paso más de lo que te imaginas, Lucio. Adara era una mujer buena y culta, a la que yo admiraba mucho y con la que viví momentos inolvidables.

—¿Sabes algo de ella?

—Sigo ocupándome de que no le falte de nada en Britania.

—Eso te honra al menos.

—Comprendo tu desengaño, pero Flavia y tú sois los hijos que me han regalado los dioses y daría mi vida por vosotros.

—¿Aunque traicionase a Roma? —dije intentando pasar página.

—Está bien, aunque traicionases a Roma —añadió él con una sonrisa condescendiente.

Tardaría tiempo aún en perdonar a Macrón su grave omisión. Un sentimiento de tristeza me embargó al pensar que Flavia recibió engañada la lúnula al octavo día de nacer, cuando se le impuso también su nombre como digna hija de sus padres. Ahora, a punto de casarse, Flavia llevaría ese medallón como símbolo de fortuna y fertilidad, convertido en amuleto contra los hechizos y males causados por las maldiciones y las envidias ajenas.

Me imaginaba a su vez a Ennia cantándole nanas a Flavia, o pasándole por las encías un diente de caballo para suavizarlas durante la insufrible dentición. No dudaba que Ennia debió de ejercer de madre modélica, enseñándole a balbucear sus primeras sílabas, guiándola en sus primeros pasos cuando la niña ya se mantenía en pie, vacilante, o introduciéndola en uno de esos carritos cuadrados con ruedas para que la criatura, apoyándose en sus bracitos, pudiera hacerlo rodar por sí misma.

Macrón me contó cómo se las ingeniaron para que Adara alumbrase a Flavia sin que nadie ajeno a la casa se enterase. Durante el embarazo, Adara paseaba a diario con Ennia al ocultarse el sol, de modo que fuese más difícil reconocerlas por la calle.

El día del parto, Ennia hizo las veces de matrona experimentada. Solo una ciudadana romana como ella, casada con un ciudadano romano como Macrón, podía serlo entonces. Ennia había aprendido mucho de Escribonia, la segunda esposa del emperador Augusto.

Flavia se puso enseguida bajo la advocación de la diosa Levana, que presidía la legitimación y el reconocimiento de los recién nacidos y, desnuda en el suelo, Macrón la levantó para abrazarla con inmensa ternura.

Quise cerciorarme, por último, de que el secreto de Macrón solo lo compartíamos en el mundo tres personas, además de él, pero su respuesta me conturbó al principio.

—Alguien más lo sabe —admitió—, pero no debes preocuparte.

—¿Quién…? —pregunté con inquietud.

A juzgar por su sonrisa, pensé que era otra de sus bromas pesadas.

—Rufus.

Suspiré aliviado. Rufus, cuyo nombre significaba «pelirrojo» como el color de su cabello, era el criado eunuco de Macrón a quien este había ordenado cortar la lengua para que nunca pudiese hablar.

10

LA TEMPESTAD

Ruta marítima de Roma a Creta, 31 d. C.

El Magnus Geminae permanecía atracado en el puerto de Ostia, en la desembocadura del Tíber, a la espera de zarpar a la duodécima hora del día de las nonas de diciembre, rumbo a Cesarea Marítima.

Yo era consciente del peligro que entrañaba hacerse a la mar en pleno invierno, cuando las embarcaciones recalaban ya de todas partes en sus puertos de abrigo hasta que, llegada la primavera, los armadores botaban de nuevo al agua las naves varadas.

De hecho, la navegación se suspendía desde los idus de noviembre hasta los idus de marzo, y eso significaba que habíamos sobrepasado el límite. La mejor época para viajar por mar abarcaba así desde finales de la primavera hasta comienzos del otoño. Pero la Misión Columba ideada por Tiberio y Macrón estaba por encima de cualquier consideración de índole meteorológica. Nadie, en su sano juicio, se expondría a los peligros de un viaje por mar en esa época a menos que tuviese razones muy poderosas para ello, y era evidente que yo las tenía. Sabía ya que el poeta Ovidio también hubo de embarcarse a comienzos de diciembre y que salió ileso de

milagro tras una horrible tormenta. Pero, a diferencia de él, yo no temía a la muerte.

Aquella mañana llegué temprano al embarcadero para ver cargar las bodegas del barco con algunas ánforas, objetos de bronce y un gran barril de madera que contenía multitud de fragmentos de vidrio de utensilios domésticos como tazas, jarras, copas y bandejas, que más tarde serían reciclados para fabricar componentes distintos. Tenía que inspeccionar el terreno y encontrar la mejor forma de colarme en el barco sin ser visto.

Me sentía extraño despojado de mi uniforme de pretoriano. Me había enfundado una túnica con abertura en las mangas y en el cuello y sobre ella, ceñida al cuerpo con una fíbula, una toga de lana gruesa para el invierno, que de noche serviría para recostarme en ella y envolver mi cuerpo, tras tenderla como un cobertor sobre el suelo de madera del barco. Debía acostumbrarme a verme vestido como un ciudadano cualquiera o, mejor dicho, como un polizón recién salido de la cárcel acusado de traición a Roma.

Estaba a punto de dejar atrás mi prometedor futuro como pretoriano, quién sabe si como sucesor de Macrón algún día. En todo caso, lejos de mi hogar y de la Roma a la que tanto amaba y por la que estaba dispuesto a permanecer ahora enterrado en vida.

Aunque yo era un soldado de tierra firme, había visto ya en tiempos de guerra a otras corbitas transportar las vituallas y el equipo de las naves militares. Iban dotadas de una línea de remeros que les permitía alcanzar mayor velocidad, al contrario que el Magnus Geminae, impulsado solo por velas y desprovisto de espolón de ataque porque su finalidad era sobre todo comercial, pese a que también transportase pasajeros. No en vano, solía utilizarse este tipo

de nave mercante para llevar el trigo a Roma desde Alejandría, el norte de África o Hispania.

Contemplar aquel imponente barco, cuyo mástil principal portaba una vela cuadrangular blanca, me dio seguridad en medio de la incertidumbre que para mí suponía embarcarme por vez primera en una larga travesía por el *Mare Nostrum* durante un mes aproximadamente. Como la capacidad de la nave se repartía ahora entre la carga y el pasaje, viajaríamos en total trescientas personas en lugar de las seiscientas que solían hacerlo cuando las bodegas iban vacías.

Llamó mi atención en cubierta la presencia de un hombre corpulento de unos treinta años, vestido con un *sagum* abierto y abrochado con una hebilla. Tenía el rostro marcado por una larga cicatriz que recorría su pómulo izquierdo hasta la barbilla; daba la impresión de ser un individuo de pocos amigos, aislado a un extremo de la borda y sumido en sus pensamientos.

Las supersticiones empezaban nada más pisar la cubierta, por lo que todos embarcaban pendientes de cualquier señal: si alguien estornudaba subiendo la pasarela, era presagio de malos augurios; lo mismo que si se divisaban en la playa los restos de algún naufragio o se profería una blasfemia.

No fue fácil penetrar en la nave sin ser visto. No me quedó más remedio que recurrir al ingenio y esconderme en uno de los barriles vacíos. Una vez dentro, no me costaría quitar la tapadera.

La nave levó anclas rumbo a Cesarea Marítima.

No había pasado ni una hora cuando uno de los marineros me encontró. Podría haberme escondido un poco mejor, pero lo cierto es que me aburría en la bodega. Quería salir a cubierta. El hombre, un

ismaelita con dos aros en la oreja y una cimitarra del tamaño de mi brazo, me llevó ante el capitán. El castigo para un polizón como yo era trabajar en la nave hasta llegar al destino. Una vez allí, se me juzgaría y condenaría. La primera parte del plan había salido a la perfección.

Las jornadas se sucedían con relativa calma y, para mi sorpresa, las tareas asignadas no me resultaron desagradables, me mantenían ocupado e incluso me hicieron olvidar, por momentos, la pena que se me impondría al alcanzar el destino.

Cuando estábamos ya cerca de Siracusa empezó a soplar el euroclidón, un viento huracanado del nordeste. Al cabo de unos minutos su fuerza era imparable y la nave se volvió ingobernable. Azotó el barco hasta el punto de dejarlo a la deriva y obligarlo a navegar durante varias horas al abrigo de sus costas.

El capitán nos ordenó a unos cuantos, entre ellos al hombre de la cicatriz que había visto en el puerto, que sujetásemos el esquife para evitar que la nave volcase. El viento era cada vez más fuerte y nos costó trabajo mantenerlo a flote. Los palos y las velas se balanceaban como veletas y debíamos esquivar los embistes si no queríamos acabar ahogados. Mientras ayudábamos a los marineros a levantar el bote salvavidas y a vaciarlo de agua para aligerar de peso la nave principal, uno de los palos golpeó al hombre con el rostro marcado y este cayó en las fauces del mar. Las enormes olas incesantes y los vientos huracanados hacían casi imposible el rescate. Pero yo no vacilé. Corrí hacia la soga para desenrollarla y

arrojarla al agua lo más rápido que pude mientras le gritaba al náufrago a pleno pulmón:

—¡Agárrate, que yo te subo!

Finalmente, el hombre fornido nadó contracorriente con la fuerza de un tiburón y pudo asirse a la cuerda con sus zarpas. Para subirlo a bordo empleé una energía descomunal, tirando de él sentado en la cubierta con mis piernas apoyadas, a modo de palanca, en la férrea baranda del navío. Una vez arriba, yacimos los dos extenuados un rato sobre el entablado de cubierta mientras el timonel del Magnus Geminae intentaba corregir el rumbo para que el viento no nos arrastrase hacia los bancos de arena y el barco quedase encallado.

Entre tanto, una parte de la tripulación se afanaba en volver a ensamblar con sogas las tablas de madera del casco y de la parte delantera para evitar que entrase agua en la corbita y corriese el riesgo de zozobrar o de hundirse.

De la embarcación dependían nuestras vidas y por eso intentamos a toda costa que la proa no se trancase en la arena ni el viento huracanado rompiese la popa e inutilizase nuestro único medio para salir de allí. Las olas seguían rugiendo, el viento ululaba, las mujeres gritaban y nosotros también.

Para salvar la nave, el marino redujo la velocidad y ordenó arrojar al mar parte de la carga y todos los aparejos. Solo así conseguimos sortear por fin la tormenta. El hombre de la cicatriz se acercó a mí por detrás.

—Me llamo Leví —se presentó.

—Y yo Lucio.

—Estaré siempre en deuda contigo, amigo —añadió estrechando mi mano con la suya de titán.

—Tranquilo, si algo nos sobra es tiempo —dije para solazarle.

11

PIRATAS

A bordo del Magnus Geminae, 31 d. C.

Dormitamos casi toda la mañana esparcidos por el suelo de la bodega, mucho más holgada ahora sin la carga arrojada al mar de noche para aligerar la embarcación y poder variar el rumbo.

El desayuno nos reconfortó, pues no habíamos probado bocado desde hacía casi veinticuatro horas: un tazón de leche de cabra para cada uno con una pieza de queso con miel y unos cuantos higos secados al sol nos dieron fuerzas para continuar la travesía hasta Malta.

Zarpamos al atardecer, cuando las estrellas comenzaban a parpadear ya como diminutos espejos en el cielo pulcro barrido por la tormenta. El piloto sonreía aliviado tras sortear el peligro, aunque no me perdía de vista. Los gestos antes crispados del resto de la tripulación y de los pasajeros reflejaban ahora una calma esperanzada en recalar finalmente en Cesarea Marítima al cabo de veinticinco días si ningún otro contratiempo lo impedía.

Me acerqué a Leví, que descansaba discretamente en un rincón apartado de la cubierta. Me agaché y me senté junto a él. En la distancia corta, pude observar un medallón colgado de su cuello,

semejante al que me entregó Macrón, con una paloma grabada en el centro. Él se dio cuenta e inmediatamente lo escondió apretándolo en su puño. Era una señal. Aquel hombre con aspecto aterrador resultaba ser uno de los seguidores del tal Jesús. La operación estaba en marcha. Era mi oportunidad para indagar un poco sobre aquel profeta y revolucionario al que debía anular. Si un semisalvaje como aquel, en mitad del mar, estaba interesado en sus doctrinas, es que el problema se había extendido ya mucho más de lo que yo creía.

—¿Conoces a Jesús? —inquirí mientras señalaba su puño cerrado.

Leví supo a qué me refería y escondió el medallón dentro de su túnica.

—Métete en tus asuntos —dijo visiblemente molesto.

No me quedaba más remedio que jugar mi baza. Introduje la mano por el cuello de la túnica y le mostré mi colgante. Después le hice un gesto para que guardara silencio y bajase la voz. Sus ojos se abrieron como luceros.

—No, nunca le he visto. Pero quiero conocerlo en cuanto llegue a Galilea. A mi hogar.

—¿Eres galileo? —inquirí.

—Sí, aunque de eso hace tanto… —dejó en el aire el resto de la frase.

—Aún nos quedan veinticinco jornadas para llegar a Cesarea. En algo tendremos que ocupar el tiempo —le dije con un guiño, a modo de confidencia.

Bajé el tono, casi susurraba. Debía ganarme su confianza. Le conté mi historia inventada a grandes rasgos. Mi salida de prisión (eso era cierto) y mi intención de viajar a Galilea a probar suerte;

que me embarqué como polizón porque no tenía dinero para un pasaje, y que yo también había oído hablar de Jesús, el profeta.

—No tienes pinta de presidiario —dijo escudriñándome.

Era listo, acostumbrado a estudiar y predecir a los hombres solo con verlos. No podía quedar en evidencia.

—Cuando lleguemos a Cesarea verás si se me da bien —le aseguré medio en broma, medio en serio—. Colarse de polizón en una nave conlleva un castigo severo. Justo cuando desembarquemos, me detendrán para juzgarme.

Él permaneció en silencio. No parecía dispuesto a abrirse a mí de forma voluntaria. Tuve que darle un pequeño empujón.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cuál es tu historia, Leví?

—Leví… —repitió su nombre como para cerciorarse—. Aún no me acostumbro a volver a llamarme así.

Su respuesta me intrigó. Solo necesité interrogarle con la mirada para que me contase su fascinante y aciaga existencia.

—Vivía en la misma Cesarea. Tenía trece años —empezó a relatar con naturalidad. Yo intenté no interrumpirle. Debía recabar toda la información posible—. Llevaba dos años trabajando con mi tío en su barca de pesca. Salíamos todos los días a faenar, pero las capturas cada vez eran más escasas. Desesperado, un día mi tío decidió bogar mar adentro, donde los bancos de peces eran más abundantes. Pero las corrientes arrastraron la barca demasiado lejos de la costa y la perdimos de vista. Permanecimos horas a la deriva, hasta que divisamos una embarcación. Hicimos señas para que nos ayudase. Antes de que pudiéramos explicar nuestra intención, se acercaron a nosotros para abordarnos. Mi tío se resistió y la cimitarra de uno de ellos le cercenó el pescuezo. A mí me rodearon

entre cuatro y el que parecía el cabecilla me observó de arriba abajo. Yo era corpulento, alto y fuerte, de buenas espaldas. Me subieron a bordo de su barco, encadenado. Después incendiaron la barca de mi tío con su cadáver dentro. Y más tarde me vendieron a un lanista. Al poco tiempo estaba luchando en el Coliseo de Roma.

Los corsarios cilicios conservaban todavía activas algunas naves del millar que integró su temible flota décadas antes. Vivían en refugios en el relieve montañoso de Cilicia, al sudeste de Anatolia. Pero ya no perseguían el secuestro de personas para venderlas luego como esclavos y obtener pingües beneficios en los mercados de Sicilia, Rodas o Alejandría. Tampoco pretendían conquistar ciudades, como lo habían hecho en el pasado con las cerca de cuatrocientas carentes de murallas que cayeron en sus manos.

Había sido muy comentado en Roma, en su día, el secuestro del joven Julio César en la isla de Farmacusa cuando se dirigía hacia Rodas. Sus captores exigieron un rescate de veinte talentos pero César, arrogante hasta la sepultura, consideró que esa cifra era indigna de su majestad y manifestó que en ningún caso su liberación debía costar menos de cincuenta talentos.

—A partir de entonces dejé de llamarme Leví para convertirme en Sextius de Alejandría.

—¿Sextius…? Juraría que alguna vez te he visto en el Coliseo romano —dije convencido.

—Seguramente —afirmó con indiferencia—. Era un mirmilón.

—¿Y esa marca? —le interrogué refiriéndome a la cicatriz de su cara.

—Un gladiador tracio. No me dio tiempo a parar el golpe con mi escudo y me alcanzó con su espada curva. Pero le atravesé el

costado con la espada corta y murió desangrado en la arena.

En su tono se podía entrever un resto de orgullo.

—Por cierto, tú tampoco me has dicho tu nombre… —advirtió.

—Lucio Fedro —respondí, y seguí interrogándole para no darle tiempo a él a interesarse por mí más de la cuenta.

—¿Cómo conseguiste dejar la arena y embarcar rumbo a Cesarea Marítima?

—El senador Claudio Romano me concedió la libertad —afirmó también ufano—. Conseguí cien combates seguidos invicto. Entonces me sorprendió diciéndome que había iniciado ya los trámites de la manumisión para convertirme en ciudadano de Roma.

—¡Mataste a cien hombres! —exclamé asombrado.

—Sí —asintió él, contrito.

—Pero lo hiciste en legítima defensa.

Leví me explicó, avergonzado, que empleaba menos de cinco minutos en derrotar a cada rival, y que luego todos y cada uno de ellos morían bajo su espada cuando Tiberio bajaba su grueso pulgar, siguiendo la consigna esculpida en latín a la entrada del Coliseo: UT QUIS QUEM VICERIT OCCIDAT, «mata al vencido sea quien sea». Admitió también, arrepentido, que llegó a deleitarse cuando mordían el polvo y que, cuanta más fiereza demostraban ellos en el combate, más disfrutaba él hundiendo finalmente la punta de la *gladius* en sus vísceras. Recordó con horror la última expresión del temible reciario que intentó clavarle su tridente tras envolverle con la red, y a quien Sextius acabó cercenando el cuello con su puñal.

—Cosas peores se han visto, Leví —dije para reconfortarle.

—¿Dónde, Lucio? —me miró escéptico.

—En Teutoburgo.

—Sí, supongo. Debió de ser terrible…

Guardé silencio. No le dije que había experimentado algo peor que matar a tantos soldados en el campo de batalla. Omití la culpa que me remordía por dentro desde hacía semanas. El rostro sanguinolento e hinchado de la pequeña Junilla. La pobre niña a la que no pude salvar y que me perseguía en sueños cada noche.

Transcurrieron los días sin novedades reseñables, durante los cuales capeamos alguna que otra tormenta con enormes olas y vientos resistentes en contra, pero ninguna tan fuerte como la que estuvo a punto de hacernos naufragar. Arribamos finalmente a la isla de Malta, de donde zarpamos a su vez hacia Creta para fondear días después en el puerto de Fenice.

Nos las prometíamos ya muy felices en el trayecto final hacia Cesarea Marítima, con escalas en los puertos de Mira y de Sidón, cuando en las inmediaciones de la isla de Chipre avistamos a lo lejos un pabellón que creíamos exterminado allende los mares desde que Pompeyo, el general más popular de la República, combatió contra él sin piedad con su poderosa armada.

—¡Piratas cilicios! —gritó el timonel tras otear el horizonte.

El marinero volvió a vociferar:

—¡Se aproximan dos balandras!

No era una fuerza excepcional, pero sí lo suficiente para intimidar a un barco como el nuestro carente de cañones y de cualquier otra arma a bordo para defendernos, lo cual nos hacía vulnerables pese a superarlos en número. Las balandras eran muy veloces y eficaces para el saqueo costero, dotadas de cubierta y de un solo palo con

vela mayor y foque. Las dos que ahora se acercaban amenazantes debían de llevar a bordo una veintena de piratas armados hasta los dientes.

Leví y yo cruzamos una mirada inquietante.

—¿Se te ocurre algo? —le dije con retintín.

Él no contestó.

—Como no actuemos rápido, esos canallas nos harán picadillo con sus dagas —insistí.

—En la bodega hay una catapulta —indicó Leví de repente.

—¿Para qué quieres una catapulta…? —pregunté extrañado.

—Se nota que nunca has combatido en el mar —comentó con una sonrisa irónica.

—¿Acaso tú sí?

—Yo tampoco, pero he estado en una de esas balandras. Las cuerdas de sus arboladuras arden con gran facilidad. Si les lanzamos brasas con la catapulta, tendremos al menos una oportunidad.

—Ahora que lo dices, he visto también un bidón de brea abajo.

—¿A qué esperamos? ¡No hay tiempo que perder!

Leví y yo corrimos hacia la bodega, y una vez allí hicimos pedazos con un hacha el barril que contenía fragmentos de vidrio y prendimos fuego a los trozos de madera para formar brasas con ellos. Cuando estuvo todo listo, subimos la catapulta a cubierta entre varios hombres junto con el bidón de brea.

—Ahora solo falta esperar a que las dos naves se aproximen un poco más a la nuestra —indicó Leví.

—He afilado varias piezas de vidrio para usarlas como dagas si es necesario —dije yo.

—Espero que no lleguemos al cuerpo a cuerpo.

El plan de Leví dio resultado: las dos balandras ardieron como piras en cuestión de minutos y sus tripulantes murieron achicharrados o ahogados en el mar, permitiéndonos reemprender el rumbo sanos y salvos.

Un par de días después, llegamos al puerto de Cesarea Marítima. En cuanto bajamos de la nave, un centurión secundado por dos soldados se acercó a mí.

—¿Qué ocurre? —dijo Leví al verlos.

—No te entrometas —le advertí.

—¿Vas a dejar que te detengan sin oponer resistencia?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Huir.

—Hazme caso y vete enseguida de aquí —le ordené.

Leví se apartó a regañadientes. Estaba claro que se resistía a abandonarme. Sabía, o al menos imaginaba, cuál iba a ser mi destino. Resignado, se alejó lentamente del puerto. De vez en cuando miraba hacia atrás mientras tomaba el camino hacia Jerusalén.

Llegué detenido a la Ciudad Santa, escoltado a caballo por el centurión y los dos soldados enviados por Pilato para prenderme. Dejamos atrás las onduladas campiñas junto al mar y nos adentramos en un paisaje inhóspito atravesando las colinas desnudas y rocosas de limolita gris y rojiza hasta un páramo solitario.

Jerusalén era la capital de Judea, situada al sur del país en una meseta montañosa bastante elevada sobre el nivel del *Mare*

Nostrum. Junto con Samaría, en el centro de la región, y Galilea, al norte, rica en agricultura y pesca gracias al lago de Genesaret, Judea constituía una de las tres provincias principales donde se desenvolvía la actividad pública de Jesús de Nazaret.

Conforme nos aproximábamos a la ciudad, tuve tiempo de admirar sus bellas y pequeñas colinas, la más alta de las cuales era la del templo, seguida del monte de los Olivos y del monte Sion, desde los cuales se llegaba al sombrío jardín de Getsemaní, en el valle del Cedrón. La capital de Judea se asemejaba a Roma en este único aspecto: estar rodeada de siete colinas.

En Jerusalén me aguardaba una amarga bienvenida.

12

EL ESCORPIÓN

Jerusalén, 32 d. C.

El centurión leyó en voz alta la sentencia rubricada por el magistrado, un hombre grueso y mofletudo con ademanes remilgados, cuyo texto figuraba inscrito en una tablilla de madera encerada.

—Yo, Aulio Decio Grasso, tras escuchar las declaraciones de los testigos abajo firmantes, condeno a Lucio Fedro Celer a ser flagelado con quince latigazos por traición a Roma.

Jerusalén debía la mayoría de su monumentalidad y moderno trazado urbanístico a la mano benefactora de Herodes el Grande. Residían allí de forma permanente alrededor de cincuenta mil personas a las que se sumaba una población flotante de peregrinos que no bajaba de otras doscientas mil, sobre todo en las fiestas de la Pascua. Tiberio y Macrón confiaban en que yo lograría infiltrarme en el círculo del Nazareno para desenmascararlo y acabar con él y con toda esa barahúnda de seguidores suyos que iba creciendo y amenazaba la paz de Roma. Pero para ello debía hacer grandes sacrificios.

La pantomima policial y jurídica había sido preparada con esmero por Poncio Pilato, siguiendo las instrucciones directas de Macrón. El centurión, que se presentó como Marco Greco, leyó la sentencia mientras otros dos centuriones permanecían callados a su lado. A esas alturas era ya del dominio público, desde el último rincón de Judea hasta el de Galilea, el castigo ejemplar que recibiría en la plaza de la ciudad para escarmiento propio y ajeno.

Estaba desnudo y atado de manos a una columna baja de piedra para recibir un castigo salvaje que no merecía, y en una postura tan humillante a merced de mis verdugos.

Acostumbrado a soportar el dolor, como cuando me hirieron en el hombro, la espalda o la pierna con el filo de la espada durante el combate, pensé que el daño causado con aquellos látigos más sencillos, como el *flagellum* o el *lorum*, sería menor comparado con la hoja cortante de la *gladius*. Pero enseguida cambié de opinión al ver acercarse a Greco y a dos lictores con sendos *flagrum taxilatum* colgando de sus manos. Las correas de cuero habían sido enceradas para que fueran más flexibles y eficaces en su recorrido.

El populacho que clamaba ahora justicia contra mí denominaba «escorpión» al látigo con el que estaban a punto de azotarme por el abrasivo escozor que provocaba en la piel con cada sacudida.

Temía que no pudiera soportar los quince azotes, considerando que muchos reos habían perecido durante la flagelación. Ese castigo estaba reservado solo a los esclavos, criminales y traidores, sin que pudiese afectar a las mujeres ni a los ciudadanos romanos. Pero yo había perdido ese privilegio a los ojos del mundo por mandato expreso de Tiberio. Ahora era un traidor.

Greco parecía disfrutar del espectáculo que estaba a punto de ofrecerles. Se aproximó a mí con gesto lascivo y, colocado muy cerca de mi cara, me susurró:

—Lucio Fedro… ¿Dónde está tu querido Macrón para salvarte? —se burló.

Me resultó extraña la familiaridad con la que se dirigió a mí. No porque conociese mi nombre, que figuraba subrayado en el documento de la sentencia, sino porque sabía también el de mi padre adoptivo. Pero en aquellas circunstancias no estaba en disposición de pensar demasiado. Era evidente que Greco se iba a tomar aquel castigo como algo personal, ya que fue el encargado de ejecutarlo.

Allí estaba desnudo e indefenso ante aquellas dos bestias sanguinarias que en otras circunstancias me habrían saludado con el brazo extendido al frente y la palma de la mano hacia abajo.

Como tantas otras veces, pensé que Roma valía más que la sangre de todos los hombres, incluida la mía, aunque fuese inocente. Pero maldita la gracia que me hacía verter ahora una sola gota de la mía para poder espiar a ese tal Jesús de Nazaret que, sin ser Dios, se aprovechaba de la buena fe de las personas para engañarlas con falsas promesas y milagros. En ese momento lo despreciaba aun sin conocerle.

De repente sentí la picadura de cien alacranes juntos en la zona lumbar. Uno de los lictores acababa de descargar el primer golpe con las halteras de plomo fijadas al final de la correa del flagelo.

La fuerza del impacto fue tan brutal que me rompió varios vasos sanguíneos provocando una hemorragia incontenible. Encogí el cuerpo como una lombriz sorprendida por una mano ajena ante el

espasmo del dolor. Este se hizo mucho más lacerante cuando el otro lictor estrelló el segundo fustazo en la misma región, ya traumatizada. Contuve el aliento en lugar de gritar. A fin de cuentas y por mucho que los demás creyesen que yo era un traidor, seguía siendo un abnegado pretoriano en acto de servicio.

Intenté distraerme contando los latigazos en silencio. Cuando iba ya por la mitad el dolor abrasivo de la piel arrancada y los músculos destrozados era insoportable. Cada respiración hacía mi martirio insufrible.

Con la segunda tanda de golpes ya no pude callar más, pero mis alaridos se amortiguaron con las risotadas y los gritos furibundos de aquella muchedumbre enfervorizada que disfrutaba viéndome padecer como un chivo expiatorio que no cesaba de balar. Palpaba la maldad en aquella marea humana de sádicos sedientos de venganza y de sangre.

Para reconfortarme, evoqué la muerte de Junilla. Pensé si la flagelación que ahora desbarataba mi cuerpo, como el de un muñeco de trapo, no era en realidad un castigo merecido por mi omisión del deber de socorro con aquella criatura inocente. Sentía un espasmo terrible en los riñones, por debajo del diafragma y en la caja torácica.

Hice un esfuerzo supremo para no perder el conocimiento. Cuando llegó el latigazo número quince, por fin me relajé. Pero para mi sorpresa, el suplicio no acabó ahí. Otros seis latigazos imprevistos se estrellaron contra mi cuerpo y quedé exhausto. Veintiún latigazos que me despellejaron y extendieron un charco de sangre por el suelo empedrado.

Extenuado y sudoroso, Greco ordenó que me soltaran las manos de la columna y me derrumbé como un fardo inerte en el pavimento de la plaza. Entonces se agachó para mirarme de nuevo. No me dijo nada, se limitó a sonreír burlón y malvado. Un fogonazo irrumpió en mi mente en aquel instante. Una imagen reciente donde aparecía Greco en un escenario muy distinto.

Al caer la tarde, la gente se fue dispersando hasta que no quedó en la plaza ni una sola alma.

Antes de oscurecer y de que los guardias me retirasen a rastras, uno de los centuriones que acompañaba a Greco y que me apresó en cuanto bajé del barco, se acercó a mí y me entregó una daga.

—Ya sabes lo que tienes que hacer… —susurró.

Entonces perdí el conocimiento.

13

CALEB

Casa de Caleb en Jerusalén, 32 d. C.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó aquel desconocido con barba de tres días y unas pinzas metálicas en su mano derecha cuajada de manchas de vejez.

Su cráneo pelado se parecía al de una oropéndola, estrecho y rematado bajo la frente por una larga y puntiaguda nariz, como un zapapico. Sus ojos vivarachos y rasgados parecían acostumbrados a observarlo todo. Sus gestos y naturalidad indicaban que aquel era su oficio. Bajo el cuello de su túnica blanca sin mangas, para maniobrar mejor con las manos, se apreciaba una incipiente protuberancia, formada por su tendencia a mirar hacia abajo para examinar a sus pacientes tendidos sobre la cama durante los últimos treinta años. Era también el inicio de una cifosis senil que obligaba a curvar el cuerpo decrépito hacia el suelo, como obedeciendo a un llamamiento de este.

—¿Quién es usted? ¿Se puede saber dónde estoy? —inquirí desorientado, temiendo que fuera a arrancarme las pocas vísceras que aún conservaba intactas.

—Tranquilo, Lucio, soy el doctor Claudio Aquilo. Llevas tres días con fiebre muy alta y delirios, pero por suerte empiezas ya a recuperarte.

—¿Tres días…? ¿Qué hago yo aquí? ¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Te trajo Caleb a su casa cuando estabas malherido. Tú mismo le dijiste cómo te llamabas, aunque ya no lo recuerdes: Lucio Fedro.

—¿Quién es Caleb?

—La persona que me avisó para que viniera a curarte. Regresará pronto. Le he mandado a la farmacopea a buscar algunas medicinas para ti.

Poco a poco empecé a recordar imágenes de la pesadilla vivida en la plaza pública de Jerusalén; las terribles punzadas de los latigazos, las carcajadas, el griterío de la muchedumbre arremolinada en torno a mí y los comentarios mordaces de Greco y los lictores: «Toma, cariño, otras seis caricias, ja, ja, ja…». Se desternillaban de la risa que les daba, una risa espasmódica y nerviosa.

Algún destello del soldado que me entregaba una daga y, después, alguien que me tomaba en brazos.

—Llegaste aquí en muy malas condiciones —me aclaró el galeno —. Estabas inconsciente cuando te examiné. El traumatismo a la altura de los riñones ha debido de originarte un edema, de modo que no te asustes si orinas sangre. Tienes más de sesenta heridas repartidas por la espalda y, como comprenderás, no ha sido fácil curarlas todas. Tuve que administrarte varias dosis de opio como analgésico y lavar cada llaga con vinagre para que no se infectaran. El cannabis me ha ayudado a aliviarte el escozor de las heridas y de los cortes: te he aplicado en ellos la planta en crudo junto con

emplastos de aloe vera y col fresca bajo las compresiones. Te he realizado varias suturas con hilaturas de lino, que he cubierto con vendajes de la misma fibra. Además, la centaurea está contribuyendo a una buena cicatrización. Y ahora —me advirtió— haz el favor de colocarte de costado y estarte quieto, no sea que vaya a lastimarte.

El galeno describía su trabajo con espontaneidad y precisión, como el que está acostumbrado y lo maneja con soltura.

Obedecí sin rechistar, consciente de que estaba en sus manos delicadas y expertas. El hombre de respetable edad acercó las pinzas a mi espalda para extraer algunos cuerpos extraños y esquirlas de hueso que aún quedaban en las hendiduras provocadas por las halteras. La operación me dolió, pero de ningún modo podía compararse con la tremenda paliza recibida de aquellas dos hienas ávidas de sangre. Tras vendarme las heridas, me preguntó:

—Por cierto, ¿quién es Greco?

—¿Cómo sabe ese nombre?

—Caleb me dijo que no dejabas de repetirlo mientras te traía a hombros hacia aquí.

—Greco es un indeseable que pagará caro lo que me ha hecho —respondí con rabia.

—La venganza no conduce a nada bueno, hermano.

Quise responderle que ya decidiría yo si me vengaba o no, pero opté por callar. Estaba en inferioridad de condiciones, en una casa ajena y con desconocidos. Lo mejor era ser precavido.

Se oyó el chirrido del portalón de madera de ciprés al abrirse hacia dentro.

—No te muevas —dijo el médico—. Acabo de curarte y podrías hacerte daño.

—Buenos días, Claudio. ¿Qué tal, Lucio?, ¿has descansado? —me preguntó Caleb, que en solo tres zancadas llegó hasta el dormitorio.

El doctor tenía razón: era un gigante que debía de medir casi como dos hombres. Solo había visto a alguien así de alto y corpulento cuando estuve en Germania. Era un bárbaro de largo cabello rubio, que yacía con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y un hacha incrustada en la frente, la boca entreabierta y los ojos fuera de las órbitas. Ni siquiera Leví, con toda su fuerza, podía emular la masa muscular de aquel coloso. Ahora entendía cómo había podido recogerme él solo y portarme a hombros hasta allí, igual que un saco de harina, pues cada uno de sus deltoides era como un enorme tocón de roble macizo. Y encima llamaba más la atención por su tez negra, tal vez oriunda de África, pero no era el momento oportuno de hacer preguntas sobre su pasado.

—Aquí tienes, doctor, el ajo, el asfódelo y el llantén que me has pedido.

—Gracias, Caleb. Con esto tenemos ya todo lo necesario para terminar de curar a este hombre.

—Me encuentro ya muy bien, doctor —dije intentando incorporarme de la cama.

—¡Ni te muevas! —ordenó—. Si lo haces, podrías abrirte las heridas y volveríamos a estar como al principio.

—¿Cuándo podré levantarme?

—En dos o tres días.

—No puedo esperar tanto.

—Pues deberás hacerlo si quieres curarte. Ocúpate tú, Caleb, de que obedezca al médico. Seguro que sabrás disuadirle…

Caleb asintió con la cabeza y acompañó al doctor hasta la salida. Abrió la puerta y salió fuera con él, dejándola entornada para que yo solo pudiese percibir los susurros desde la habitación. Me preocupaba que el rescate de Caleb se hubiera interpuesto en los planes de Tiberio. Deberían haber sido los hombres de Pilato, y no aquel gigantón, los encargados de curarme para proseguir con la misión.

—¿Por qué me trajiste a tu casa?

—Una persona me lo ordenó.

—¿Quién?

—Si te lo dijera, me mataría.

Quise insistir pero hubiera sido en vano. Aquel hombre no diría ni una palabra más.

Habría pagado dos mil sestercios de plata por saber quién velaba por mí de incógnito, pero Caleb no iba a decírmelo ni por todo el oro de Roma; y mucho menos recurriendo al uso de la fuerza, pues solo alguien fuera de sus cabales osaría enfrentarse a un centauro semejante.

—Permíteme una pregunta —me rogó con amabilidad.

—Prueba a ver si te respondo… —le reté.

—¿Quién es Junilla? No hacías más que repetir ese nombre entre escalofríos y temblores.

—Yo también tengo secretos. —Sin pretenderlo, volví a sonreír.

—Entonces, tal vez puedas explicarme por qué llevabas este puñal —repuso mientras lo extraía de la vaina adornada con ricos metales

y piedras preciosas.

Distinguí el *pugio* de doble hoja y más de un palmo de largo que un rostro familiar, al que no pude identificar, puso en mis manos aquella maldita noche, estando yo obnubilado.

—También encontré esto —añadió Caleb mientras sostenía entre el pulgar y el índice el colgante con la paloma que me había entregado Macrón. A continuación, y para mi sorpresa, me besó en la mejilla—. La paz, hermano —pronunció a modo de saludo.

Sentí gran repugnancia cuando aquel hombretón posó sus labios carnosos en mi cara como una ventosa. Tuve que hacer un esfuerzo sublime para contener el vómito y corresponder a su saludo. Pero comprendí que debía seguir fingiendo y ganarme su confianza. Resultó que aquel grandullón era uno de los seguidores del Nazareno. La suerte me sonreía, después de todo.

—¡Cómo desearía conocer a Jesús! —suspiré. Era una oportunidad única para empezar a recabar información destinada a la Misión Columba.

—A mí me cambió la vida y a ti también te la cambiará.

—Por cierto, Caleb, ¿por qué llevas ese parche negro en el ojo izquierdo?

—Lo perdí poco después de llegar Pilato. Entonces yo era un judío observante de la ley, y me opuse con uñas y dientes a que el nuevo prefecto llevase a Jerusalén los estandartes militares con la imagen del César. No podía permitir que desafiase de ese modo tan flagrante la tradición de nuestros padres. Uno de los soldados me hirió en el ojo durante la protesta ante la Prefectura. Visité luego al galeno y me puso un parche empapado en clara de huevo y leche de vaca

para curármelo, pero se me infectó y al final no tuvo más remedio que extirpármelo.

—Debió de dolerte mucho.

—No más que a ti la zurra que te han dado.

Al cabo de tres días, restablecido ya en parte, me despedí de Caleb tras ocultar el puñal bajo la túnica blanca que me había prestado.

—Tengo algo importante que hacer, pero regresaré pronto —le avisé.

—La paz sea contigo, hermano.

Asentí agradecido con la cabeza mientras me alejaba de él simulando tener prisa para evitar que volviese a besuquearme con sus labios gruesos.

14

PILATO

Fortaleza Antonia en Jerusalén, 32 d. C.

El prefecto Poncio Pilato solía residir en la ciudad de Cesarea Marítima, la más rica y suntuosa de toda la región. Solo durante la Pascua y otras solemnidades trasladaba su residencia a Jerusalén. Pero esta vez no hizo falta esperar a la celebración de ninguna fiesta en particular para que Pilato, quien a su título militar de prefecto sumaba el civil de procurador, se encastillase en la Torre Antonia, situada en el ángulo noroeste de la explanada del templo, desazonado e impaciente porque al cabo de una semana seguía sin tener noticias de mi paradero.

La Torre Antonia era, junto con el colosal templo y el palacio de Herodes, uno de los tres edificios más importantes de Jerusalén. Debía su nombre al militar y político republicano Marco Antonio, el mujeriego impenitente enamoriscado de Cleopatra hasta el tuétano. Se daba además la circunstancia de que su nombre coincidía en la versión femenina con el de una de sus cinco esposas: su prima carnal Antonia, y también como dos de sus hijas, Antonia la Mayor y Antonia la Menor.

Hacia aquel promontorio rocoso me dirigí yo aquella mañana con paso lento porque aún no estaba listo para demasiados trotes. Seguían doliéndome los riñones casi como si acabasen de fustigármelos y, por si fuera poco, la espalda cubierta de llagas aún sin cicatrizar me impedía caminar erguido por aquella empinada y sinuosa senda. Ascendí como si cargase con una mochila repleta de guijarros por el extremo oriental de la segunda muralla de la ciudad, dejando a un lado el templo y el estanque de Betesda.

La Torre Antonia donde residía Pilato era en realidad una fortaleza construida sobre la base de la plaza fuerte Asmonea. Esta constaba de una gran torre con otras cuatro repartidas por las esquinas, salvo la cuarta situada en el extremo sudeste, desde donde se dominaba todo el recinto del templo.

—¿Se puede saber dónde diantres te habías metido? —bramó Pilato furioso en cuanto me vio. Estaba recostado en un diván en el centro del balcón de la terraza—. Me tenías en vilo. He estado a punto de informar a Roma de tu desaparición.

—Estoy bien, como podrás comprobar —asentí con toda la paciencia que pude reunir, que no era mucha.

—Casio me dijo que te dejó en la plaza, pero que pudo darte un puñal para que tuvieras algo con lo que defenderte. No podía quedarse allí, y mucho menos ayudarte. Aunque sabía que alguien te rescataría.

Así que fue Casio, pensé. Debí suponerlo, pero en aquel momento mi mente nublada no estaba para deducciones.

—Por cierto, supongo que nadie te habrá seguido hasta aquí… —dijo de forma retórica.

Estaba tan nervioso e irritado que ni siquiera esperó a que subiese los peldaños de la escalera que me conducía hasta él para interrogarme.

—Disculpa, pero estaba ocupado intentando mantenerme con vida después de los veintiún latigazos de esos salvajes que casi me arrancan hasta el alma —le reproché.

—¿Veintiuno…? Querrás decir quince, como dispuso el magistrado.

—Los conté uno por uno, como para olvidarlos. Y lo peor fue que me zurraron con el *flagrum taxilatum*.

—Pero yo ordené que lo hiciesen con un *flagellum*. Preguntaré a Marco Greco qué diablos ha sucedido.

Imaginé por un momento la sonrisa maléfica de ese miserable de Greco. Había jurado a Marte hacerle pagar muy cara su fechoría y nada iba a impedirme sacrificarle como ofrenda al sempiterno dios de la guerra.

—Aún no me has dicho dónde has estado durante todos estos días —insistió el prefecto.

—Un tal Caleb me recogió de la plaza —le expliqué—. Y da la casualidad de que es un seguidor del falso profeta, Jesús de Nazaret.

—No me suena su nombre, pero siempre es bueno tenerlos controlados.

—Créeme, si le vieras jamás te olvidarías de él —afirmé—. Tan alto como dos hombres, fornido, cabeza rasurada y un parche negro en el ojo izquierdo… ¡Y casi tan negro como tu alma!

—¡Qué sabrás tú de mi alma, insensato! Acabas de retratarme a un monstruo. La verdad es que no hay muchos negros en Jerusalén… —dijo pensativo—. ¿Te fías de él?

—No me fío de nadie —admití—. Pero puede servirme de enlace para infiltrarme en el círculo del Nazareno.

Pilato abandonó el porche y le indicó algo a uno de sus hombres que yo no pude escuchar. Cuando me disponía a preguntarle, me hizo un gesto con la mano pidiéndome paciencia.

Llevaba los dedos cargados de anillos con piedras preciosas, dos de los cuales eran sellos, uno grabado con su propio retrato, para recrearse en su contemplación como en un espejo, y el otro con el rostro de Escipión el Africano, el primero en adornar su sortija con una gema.

Al cabo de un rato regresó a la terraza con una hoja de papiro que leyó en voz alta:

—Caleb Segal, nacido en Jerusalén pero ciudadano de Roma, soltero, treinta y cinco años, residente en la calle Ananías del barrio judío… Hum, no es gran cosa —murmuró.

—Entonces no hay motivos para alarmarse —afirmé.

—Conocí a su padre, Benjamín Segal. Me curó una pierna cuando estuve en el Ejército.

—¿Era médico?

—Y de los mejores. Sirvió muchos años en las legiones y el emperador le distinguió con la ciudadanía romana.

—Y ahora su hijo es ciudadano de Roma, como el padre. Qué extraña combinación —advertí.

—Podemos estar tranquilos, de momento —aseguró Pilato.

Solo él y yo, además de Herodes y de Casio, conocíamos la Misión Columba en toda la región. En el fondo, al prefecto le importaba un

bledo la amenaza que, según Tiberio y Macrón, suponía la cada vez más notoria figura de Jesús de Nazaret. Lo único que de verdad le preocupaba era salvar el trasero, y si de paso podía fastidiar también a su oponente Herodes Antipas haciéndole quedar mal ante el emperador, pues aún mejor.

A Tiberio tuvo oportunidad de tratarle durante los cuatro años que estuvo en la isla de Rodas, a donde toda una colonia de jóvenes de ricas familias romanas acudía a completar sus estudios en las célebres escuelas de filosofía y retórica. Desde el principio no le gustó el futuro emperador por considerarle un consumado hipócrita que solía repetir: «Soy señor de los esclavos, jefe de los soldados y dueño de todo lo demás». Pero luego, en el Senado, rogaba en público a los dioses que le dejaran vivir y gobernar solo mientras fuera útil al Estado. Quería que le llamaran César o Germánico, de quien estaba muy celoso, y sobre todo *Princeps Senatus*, el miembro de mayor dignidad en la cámara con arreglo a la antigua costumbre.

Respecto a mí, Pilato no olvidaba que yo era como un hijo para Macrón y que le convenía por tanto llevarse bien conmigo y dejar al margen sus modales bruscos cuando estaba rodeado de sus hombres para ganarse algo de respeto. Era todo menos necio, y sabía que algún día, más pronto que tarde, podrían designarme prefecto del Pretorio y erigirme así en el segundo hombre más importante de Roma, tras el mismísimo César; sobre todo, si la Misión Columba se saldaba con éxito. Por eso, él creía que si ahora me ayudaba podría contar conmigo en el futuro como cómplice suyo en el corazón del Imperio. Era ambicioso, cobarde e inseguro, como Herodes Antipas, razón por la cual ambos resultaban muy peligrosos y me interesaba llevarme bien aunque los considerase pura escoria.

—Ya sabes, Lucio, que solo tienes que pedirme todo lo que necesites —dijo lisonjero.

Si algo me soliviantaba era ver reflejada en su rostro la desvergüenza de un hombre.

—Te lo agradezco —acepté el cumplido.

—No olvido —advirtió— que te llamas como mi único hermano Lucio, ni que aprendí gramática e historia de un preceptor griego como Macrón, tu padre adoptivo.

Y a continuación, atusándose el pelo para doblegar un mechón, agregó con una sonrisa aviesa:

—Voy a contarte ahora algo que te interesará mucho…

15

SÉFORIS

Séforis, capital de Galilea, 32 d. C.

Benicio Quinto Celso, el *sponsus* de Flavia, hacía honor también a su *cognomen* o tercer nombre *Celsus*, que significaba «alto». Su gran estatura imponía a sus convecinos, y cuanto más a sus soldados. No me extrañó que Flavia quedase prendada por él: era un hombre valeroso y disciplinado que adoraba a Roma, igual que ella. Enamorarse de Benicio viéndole montar a caballo con su cabellera rubia, larga y ondulada, resplandeciente al sol y tremolante al céfiro, con la mirada verdinegra, la sonrisa abierta y ese porte de patricio romano, no debió resultarle complicado. Lo mismo podía afirmarse de Flavia: no conocía a un solo hombre que pasase por alto sus indudables encantos. Parecían hechos el uno para el otro.

Tres años mayor que yo, Benicio luchó conmigo contra los bárbaros en Germania. Jugarnos tantas veces el tipo juntos, frente al enemigo, nos hermanó dentro y fuera del campo de batalla. A pesar de su soberbia, varias veces nos salvamos la vida el uno al otro. Eso nos unió de forma irremediable. Luego, conoció a Flavia en Roma, y al quedar vacante la jefatura de la guardia personal de Herodes aceptó el destino en Galilea, en cuya capital Séforis residía

ahora con mi hermanastra dispuesto a compartir con ella el resto de sus días. Siendo sincero, creo que Flavia acertó al decantarse por Benicio, pues yo le consideraba un buen hombre y estaba seguro de que la haría feliz.

La elección de Séforis resultó también atinada, según me confirmó Macrón a su regreso de allí, unos meses atrás. Mi padre adoptivo se quedó prendado de la lindeza de aquella ciudad ubicada en una fértil llanura y rodeada de sierras bajas en lo alto de un pequeño cerro desde el cual se divisaban las casitas de Nazaret. En el centro del altozano se hallaba el teatro, con capacidad para casi cinco mil espectadores, a cuyas funciones solía llevar Benicio a Flavia, acomodados los dos en un graderío con asientos recubiertos de piedras labradas. El público entraba a la cávea por los tres vomitorios abovedados que cruzaban un gran muro con columnas.

En el cerro se encontraban también el barrio judío, la ciudadela y una villa romana. Pero la zona más lujosa de la ciudad se localizaba al pie de la colina, al sudeste, constituida por calles paralelas cruzadas con otras de modo perpendicular. Era allí donde Benicio y Flavia habitaban una hermosa mansión, en una ancha avenida, bien empedrada, con pórticos de columnas a ambos lados bajo los cuales había un pavimento de mosaicos. En el portal de entrada de su vivienda señorial habían dispuesto unos bancos de piedra para que pudieran sentarse los invitados y quienes llegaban a la casa en espera de ser recibidos. La puerta de bronce era de dos hojas, con largueros y entrepaños, claveteadas con tachuelas de hierro; y el atrio, muy original, cubierto por una especie de bóveda que vista desde lo alto, en el exterior, se asemejaba al caparazón de una tortuga gigante y formaba una azotea que servía de solana al piso

superior. La pareja disfrutaba de la luz del día filtrada por las dos grandes ventanas semielípticas vueltas hacia el peristilo.

Flavia estaba casi más enamorada de Séforis, que de Benicio. La razón era comprensible. La ciudad constituía un bastión importante de la cultura helenística en la zona, lo cual le recordaba a su padre, tan amante de los griegos. Y aunque ella lo ignorase, también su madre biológica procedía de dicha cultura. Desde hacía más de tres siglos, casi todo el mundo hablaba griego en Séforis; lo mismo que en el resto de la región, incluidos los judíos como Jesús, cuya lengua materna era el arameo, ya que el hebreo se consideraba un idioma culto y, como tal, destinado sobre todo a la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras.

Esa noche cené con Caleb y, ya acostado, apenas pude conciliar el sueño. No paraba de dar vueltas. Echaba de menos mi cama de Roma, con su piecero de madera y el soporte de bronce en la cabecera. Nada tenía que ver tampoco aquel colchón silvestre con el mío relleno de plumas de ganso, ni con el cobertor bordado en vivos colores traído de Sardes.

Pero, además de la cama, lo que de verdad me impedía dormir era saber que muy pronto partiría con Caleb hacia Cafarnaúm donde vería por primera vez a Jesús de Nazaret.

Caleb había conseguido un carro tirado por una pareja de mulas. Eso nos permitiría salir de Judea, atravesar Samaría y llegar a Galilea en poco tiempo. Estaba impaciente por reunir las pruebas concluyentes contra ese farsante. Pronto el César podría desacreditar a Jesús ante el mundo entero.

16

EL FESTÍN

Prefectura de Jerusalén, 32 d. C.

—¿Cómo está Claudia Prócula? —le pregunté a Pilato para ser amable.

—Perfectamente, gracias —respondió él.

La mujer del prefecto era natural de la Galia Transalpina conquistada por Julio César más allá de los Alpes. Antes de casarse con Pilato, la súbdita celta obtuvo la ciudadanía romana con pleno derecho, gracias a una causa judicial ganada con brillantez por el padre de su futuro esposo.

Pilato estaba muy agradecido a Claudia Prócula por haberle dado tres hijos, uno de los cuales murió siendo niño; otro, Marco, era oficial de la XIX Legión romana, y la única hija estaba felizmente casada con un médico eminente.

—¿Has visto a Flavia? —dijo sin ambages. Me sorprendió que fuese tan directo.

—Es preferible que no sepa que estoy aquí. Por la misión. ¿Tienes algo que decirme sobre ella? —sondeé.

—Es posible… —Pilato se hizo el remolón.

—Pues suéltalo ya.

Él sabía muy bien cómo provocarme. Estando ahora a su lado, me reafirmaba en que era un hombre tan voluble que podía mostrarse despótico e intransigente en público, para esgrimir en privado un talante componedor, agradable y hasta ocurrente. Le seducía la intriga y, si estaban de por medio los sentimientos de los demás, el deleite le resultaba aún mayor. Era el hombre de las mil caras del que no podías fiarte nunca.

—La vi hace pocos días —dijo a modo de provocación—. Antes de que te azotasen.

—¿Dónde? —Pilato notó mi ansiedad por saber de ella.

—En Séforis.

—¿Qué hacías en la tetrarquía de tu «amigo» Antipas? —pregunté para disimular mi interés desproporcionado.

—No seas irónico —se burló—. Me cercioré de que Antipas no estaría allí aquel día, sino en Cesarea de Filipo con una de sus meretrices.

—Tienes ojos en todas partes.

—Gaia Aurelia me invitó a un banquete en su lujosa villa, amenizado por coros de lindos chicos y muchachas —puntualizó—. Flavia estaba allí con Benicio.

—¿Quién es Gaia Aurelia? —me interesé en un intento de desviar la malévola intención de Pilato.

—Una solterona de oro que hace honor a su nombre, convertida en una diosa de la tierra adorada por todos los invitados a su elíseo.

—¿Flavia estaba allí?

—Era una de sus huéspedes. Tengo entendido que a Benicio Quinto Celso también le conoces…

—Tanto ella como Benicio son mis hermanos.

Pilato me describió a continuación la francachela musicalizada por cítaras y liras, con excelentes coros de jóvenes que cantaban con gestos rítmicos numerosas poesías de Anacreonte y de Safo, o declamaban los dísticos elegiacos de antiguos poetas romanos como Valerio Edito, Porcio o Licinio.

En el festín no faltó de nada. Gaia Aurelia agasajó a sus invitados con todo tipo de exquisiteces culinarias. Había así en las mesas recipientes con gallinas o pintadas de Guinea, faisanes y gallos procedentes de Persia, y hasta pavos traídos de la India.

Tampoco faltaba la carne de cerdo sazonada: lomos, perniles, cabezas o costillas; ni las orejas, la papada, el cerebro y hasta los testículos de los puercos machos. Montañas enteras de hortalizas, verduras, frutas, cereales y toda clase de quesos se elevaban también sobre las consolas.

Auténticos manjares regados, desde el primer plato hasta el último, con el vino en honor al dios Baco.

—Tengo la impresión —dijo Pilato, tras ambientarme en la fiesta— de que Flavia debió de probar todos los vinos aquella noche, pues jamás la vi tan parlanchina. No paraba de reír ni de gesticular con Gaia Aurelia. Y estaba preciosa.

—Mi hermana es preciosa —puntualicé.

—Aquella mitra de tela recogía su cabello, como el de una diosa, y su cuerpo despedía la irresistible fragancia del nardo. Mmm, ¡delicioso! —recordó con gesto pícaro.

Pilato insistía en provocarme. Conocía el parentesco y la relación que había entre Flavia y yo y que en realidad no nos unía ningún lazo de sangre, por mucho que nos considerásemos hermanos desde

pequeños. Quizá aquel hombre podía ver dentro de mí más profundamente que yo mismo.

17

LA NOTICIA

Casa de Caleb en Jerusalén, 32 d. C.

Caleb me había acogido con cariño desde el primer día. Vivía solo en una *domus* legada por su padre, médico muy apreciado en las legiones romanas y fallecido ya octogenario con una considerable fortuna, cuya mayor parte el hijo había repartido ya entre los más necesitados, siguiendo las enseñanzas de Jesús. Su madre, como la mía, había muerto de tuberculosis tres años antes.

La vivienda ocupaba un piso ambientado hacia el patio central, y se disponía de modo horizontal, sin más conexión con el exterior que una sola puerta de doble hoja. Era una *domus* de tamaño mediano, construida por un arquitecto romano amigo de la familia destinado en Jerusalén tras muchos años de profesión en Roma.

Además de curarle la pierna a Pilato, Benjamín, su padre, salvó la vida a muchos legionarios en campañas militares, razón por la cual obtuvo la ciudadanía romana y recibió numerosas recompensas y dádivas de Augusto. Su antigua casa seguía siendo todavía un museo, aunque faltasen algunas piezas valiosas vendidas por Caleb.

—Estarás hambriento —dijo al verme.

—¿Cómo lo sabes?

—El rostro refleja tu estómago.

—Me comería un buey, sí. Estoy desfallecido.

—Entra, anda…

Subí las dos gradas por encima del nivel de la acera de la calle y crucé el umbral de la puerta, enmarcada por dos pilastras terminadas en un capitel ornamentado. Muy diligente en su papel de anfitrión, me condujo directamente hasta el triclinio donde había preparado una rica cena en una mesa colocada entre tres divanes con sus correspondientes cojines. Él y yo ocupamos uno de los tres lados recostados en nuestro codo izquierdo, de forma que nuestra mano derecha quedó libre para alcanzar los alimentos.

—Espero que te guste el atún —dijo hospitalario.

—Ya lo creo.

—Lo he cortado en pequeños cubos para poder tomarlos con huevos duros. Sírvete lo que quieras sobre estas galletas de pan endurecidas y verás.

—Excelente.

Comimos con fruición y disfrutamos de los manjares que Caleb había preparado. Fue mi primera comida decente desde que llegué a Jerusalén.

—Dentro de seis días se celebra el *shabat* —dijo mientras apuraba el vino de su vaso—. Podríamos asistir al rito en la sinagoga de Cafarnaúm. El *shabat* comienza con la puesta de sol del viernes y termina al anochecer del sábado. Es el séptimo día de la semana judía y está dedicado al descanso. ¿Has entrado alguna vez en una sinagoga?

Conocía las tradiciones judías y de muchas otras creencias. Macrón se había ocupado de hablarme de todos los credos durante

mi educación. A mí y a Flavia. Pero nunca había entrado en ningún otro templo que no fueran los dedicados a los dioses romanos. Sentía curiosidad.

—Debo reconocer que no —dije, esta vez con sinceridad.

—No tengo más remedio que mantener las apariencias y seguir con las tradiciones judías —aseguró bajando ligeramente el tono de voz—. Quiero que conozcas a Pedro y a su hermano, Andrés. Son de los más allegados al Maestro.

El destino de la Misión Columba había dejado ya de ser incierto. Me parecía mentira que pudiese entablar contacto tan rápido con dos de los discípulos más influyentes de Jesús. ¡Cuánta información valiosa podría reunir a partir de ahora sin que nadie se enterase! Tiberio y Macrón no se arrepentirían de haberme excarcelado.

—¡Será un placer! —exclamé mostrando un gesto de perplejidad —. Me siento indigno de semejante privilegio.

—¿Has oído hablar de los milagros de Jesús? —me preguntó.

—No —mentí. Recordé entonces la carta de Herodes a Tiberio que me dejó leer Macrón, en la cual el tetrarca denunciaba el fraude cometido por Jesús en las bodas de Caná de Galilea al convertir las tinajas de agua en vino.

—Uno de los primeros fue la pesca milagrosa —me indicó.

Caleb me describió a continuación el inmenso lago de Genesaret donde se produjo el gran prodigio, formado por las aguas del río Jordán que penetraba en aquella especie de albufera por su parte superior, la cruzaba por completo y desembocaba en el extremo inferior para terminar su curso en el mar Muerto.

—En aquel lago —prosiguió— estaban aquel día reunidas tres parejas de hermanos junto a sus dos barcas: Pedro y Andrés,

Santiago el Mayor y Juan, y Santiago el Menor y Judas Tadeo. Lavaban las redes después de permanecer toda la noche pescando sin éxito. Su pesadumbre y desánimo eran evidentes, y Jesús se dio cuenta enseguida de ello.

El relato de Caleb era ya de por sí sugestivo, y si hubiese sido real, habría resultado hasta deslumbrante. Pero para mí no era más que otra de las muchas fabulaciones de Jesús para engañar a los más ingenuos, extendida con el mismo empuje y fanatismo que la popularidad de su inventor. Aun así, aparenté gran interés en ella, abriendo más los ojos e inclinando la cabeza hacia delante.

—¿Qué hizo Jesús? —pregunté.

—Dijo a Pedro: «Navega mar adentro y echa las redes para pescar».

—Pero eso era como enseñar a un constructor a colocar los sillares —advertí perplejo.

—Con la particularidad —matizó él— de que Pedro y los demás apóstoles, además de pescadores veteranos, se veían impelidos por Jesús a echar las redes de día cuando ellos sabían que la noche era la más indicada para faenar.

—¿Y cómo reaccionó Pedro?

—Obedeció. Echaron las redes y capturaron tantos peces que reventaban las mallas y temieron que las dos barcas se hundiesen.

—Afortunados ellos, que presenciaron un milagro de Jesús —exclamé con fingido asombro.

—No puedo asegurarte que seas testigo de otro milagro suyo, pero lo conocerás.

—Te refieres a… —Estaba asombrado de mis propias dotes de actor.

—Sí, hermano. En Cafarnaúm conocerás a Jesús.

18

LOS DEMONIOS

Casa de Caleb en Jerusalén, 32 d. C.

—¿Dónde nos alojaremos? —pregunté a Caleb. Estaba impaciente por obtener más detalles del viaje.

—En casa de María de Magdala —afirmó.

—¿Quién es? ¿No le importará acoger a un desconocido?

—Una mujer fantástica, generosa y la más hospitalaria que conozco. Podrás quedarte allí todo el tiempo que quieras.

Según me contó Caleb, aquella mujer estuvo poseída por siete demonios. Mi semblante cambió, y él no lo pasó por alto. Se limitó a sonreír.

—No me hace mucha gracia hospedarme en casa de una mujer endemoniada —le confesé.

El hecho de recelar de Jesús no me impedía negar aquella otra dimensión tan tenebrosa e inquietante de los espíritus del mal. De pequeño, me aterrorizaban las narraciones de Ovidio sobre ciertos rituales mágicos o de invasión de fuerzas oscuras practicadas por las viejas aldeanas sobre los muertos. Llegué a creer así que las almas de los difuntos permanecían entre nosotros para atormentarnos; espectros inmundos con una vida desgraciada, predispuestos por

una eterna amargura a vengarse de los hombres que más les habían hecho sufrir.

Mi abuela murió por una posesión que le hizo una hechicera. La infausta mujer empezó un día a hacer y decir cosas rarísimas que le indujeron finalmente a la desesperación y, como consecuencia de ella, a quitarse la vida. Mis padres localizaron su cadáver colgado de una soga en un árbol del jardín.

—Pero Jesús los expulsó a todos de su cuerpo.

—¿Acaso era María una hechicera?

—No. Los demonios se cebaron con la pobre mujer, sometiéndola a todo tipo de ultrajes, como arrojarla por las escaleras, darle palizas o impedirle conciliar el sueño con horribles pesadillas.

—No me hace gracia, Caleb. No hay que fiarse de los demonios.

—María no pudo resistirse a la acción diabólica —añadió él—. Los espíritus malignos la hicieron hablar en hebreo o en griego, dotándola de una fuerza excepcional y de una capacidad asombrosa para revelar cosas ocultas de los demás. Créeme, Lucio, el demonio existe.

—No lo niego, y precisamente por eso le tengo tanto pánico.

—Pero con Jesús estamos a salvo.

—¿Por qué existen los demonios? —pregunté intrigado.

—Dios creó a los ángeles, seres espirituales, y los sometió a una prueba de obediencia consistente en revelarles que él mismo se haría hombre y por tanto criatura inferior a ellos, pese a lo cual tendrían que servir y adorar a ese hombre-Dios, es decir, a Jesús.

—Y supongo que aquello no les hizo la menor gracia…

—Ninguna. Luzbel, el más hermoso de los ángeles como bien dice su nombre, luz bella, se rebeló al grito de «¡No le serviré!». Y

añadió, henchido de soberbia: «Me sentaré en lo alto del trono y seré semejante al Altísimo». Una tercera parte de los ángeles le siguieron en la rebelión.

—Y todavía hoy siguen haciendo de las suyas…

—Dios se lo permite.

—¿Y eso…?

—Es un gran misterio.

Había bebido ya dos copas de *mulsum,* un vino joven y dulce que acompañaba muy bien a los postres. Se notaba que Caleb entendía de vinos.

—Te contaré otra historia —dijo animado por la bebida—. Cierto día, Simón el Fariseo invitó a Jesús a comer en su casa. Estando todos reunidos en torno al triclinio, irrumpió allí una mujer conocida por ser una gran pecadora. Avisada de que Jesús se encontraba en aquel lugar, ella no dudó en presentarse con un frasco de perfume y colocarse justo detrás de él. De repente, rompió a llorar y con sus lágrimas lavó los pies al Maestro para secárselos después con su cabello, cubriéndolos de besos antes de ungirlos con aquella agradable fragancia.

—Una mujer de mucho valor.

—Pero al verla, Simón comentó aludiendo a Jesús: «Si fuera profeta, sabría qué clase de mujer le lava los pies».

No sé bien si era el vino o la maestría de Caleb a la hora de narrar las historias, pero yo estaba cada vez más absorto en aquel relato.

—Jesús lo dejó enseguida petrificado —continuó Caleb—. «¿Ves a esta mujer?», le preguntó. «Cuando yo entré en tu casa no me ofreciste agua para los pies, pero ella me los ha regado con sus lágrimas y secado con su pelo. Tú tampoco me besaste, pero ella no

ha dejado de hacerlo con mis pies desde que vino aquí. Del mismo modo tampoco tú derramaste ungüento sobre mi cabeza, pero ella me ha ungido los pies con su perfume. Por eso te digo: cuando esta mujer muestra tanto agradecimiento es porque se le han perdonado sus muchos pecados. Pero a quien poco se le perdona, poco tiene que agradecer». Y dirigiéndose a ella, concluyó: «Tus pecados están perdonados». Esa mujer era María de Magdala, según me contó luego el propio Simón.

Caleb podía componer un rico anecdotario digno del mejor taumaturgo. Sus relatos sobre Jesús eran muy sugestivos, pero no acababa de entender cómo un hombre de su inteligencia podía creer en semejantes cosas. Alguna pieza no encajaba en todo aquel galimatías: o Jesús era el mejor mago del mundo, capaz de seducir a las masas con sus sorprendentes trucos y palabrería, o había muchos más botarates de los que yo suponía. Aun así, tenía unas ganas irrefrenables de conocer a ese hombre, no porque fuese Dios, sino porque estaba convencido de que era un líder con un carisma jamás visto. Y con un hombre así, por muy timador que fuese, valía la pena compartir alguna que otra experiencia interesante.

Un sinfín de preguntas se agolpaba en mi cabeza tratando de hallar una explicación. Sea como fuere, mi aversión inicial hacia Jesús iba tornándose en un anhelo cada vez mayor por saber más cosas de él y poder juzgarle antes de condenarle. Confiaba en que cuando le tuviese delante de mí podría confirmar si lo que decía y hacía era auténtico o no porque, como el común de los mortales que no tenían fe en él, yo también necesitaba ver para creer.

19

EL CIRCO

Cafarnaúm, 32 d. C.

Llegamos a Cafarnaúm el día anterior, con la puesta de sol. En el aire flotaba una extraña mezcla de calma y de presagio. Yo apenas había conciliado el sueño aquella noche; algo en mi interior, inexplicable, vibraba con una intensidad que me desbordaba. No era temor, pero sí una suerte de nerviosismo reverente, como si estuviera a punto de encontrarme con alguien que, sin haberme visto nunca, ya me conocía por dentro. María de Magdala nos recibió sonriente. Tenía razón Caleb: era una mujer hospitalaria y afectuosa. Nos alimentó y nos ofreció una estancia para descansar.

Al día siguiente, nos dirigimos a la casa de Pedro. Caleb y yo logramos acceder finalmente a la vivienda. En el patio interior se hallaban ya sentados alrededor de Jesús algunos de sus discípulos, otras personas cercanas a él y algunas más provenientes de pueblos próximos para escucharle. Jesús estaba de espaldas a nosotros y explicaba a todos sus parábolas. También habían acudido los fariseos y maestros de la ley para intentar sorprenderle en algún desliz y poder prenderlo.

Yo permanecía de pie a mitad de la entrada, considerándome afortunado porque en la explanada aledaña a la vivienda se agolpaba desde hacía dos horas una muchedumbre de trescientas personas o más que no cabían allí dentro.

Nos encontrábamos en la habitación más amplia de la casa, cubierta por unas terrazas planas construidas sobre un entramado de troncos de abeto, eucalipto y pino, con traviesas y ramas tapadas con barro apelmazado. De repente empezó a caer polvo y algunos cascotes del techo. Se hizo el silencio y todos miramos hacia arriba, asustados. Vimos entonces a cuatro hombres abrir un enorme boquete por donde empezaron a descolgar un lecho amarrado con cuerdas. No era una simple parihuela, sino una camilla mucho más grande en la que yacía una persona.

Mi primera reacción fue de estupefacción, pero enseguida me convencí de que aquel espectáculo circense formaba parte del programa del día, y de que Jesús y sus apóstoles eran cómplices de lo que allí sucedía. Aquellos cuatro hombres que manejaban ahora a pulso el cordaje de la camilla para bajarla hasta donde estaba Jesús, me recordaban a esos equilibristas del gran Circo Romano que saltaban a través de círculos de llamas y de fuego, se movían como delfines por el vacío, volaban sin plumas y hacían todo género de cabriolas en el aire.

El numerito que contemplaba era un modo muy eficaz de atraer la atención del público, sediento como estaba de creer en algo o en alguien. Y aquello me demostró que cualquier gesto les valía. Me resultaba divertido y permanecí a la espera de ver cómo se desarrollaba la representación. Lo que sucedió a continuación me dejó todavía más perplejo.

—Traemos a un paralítico —dijo uno de los hombres que lo habían bajado.

Y el más joven de ellos, añadió:

—Como no pudimos entrar por la puerta, decidimos hacerlo por el techo para que pudieras curarlo, *Rabbuní*.

Fue entonces cuando Jesús se giró y pude verle de frente por primera vez. Tenía una mirada luminosa, profunda, infinita como un mar en calma. Su expresión era magnética y seductora. Sonreía, mucho, abiertamente. Todos los que estaban sentados a su alrededor estiraban los brazos hacia él, atraídos por su irresistible encanto.

Conmovido por la fe de aquellos cuatro porteadores, Jesús se aproximó al inválido y, en lugar de sanarlo, le dijo: «Tus pecados están perdonados». Su voz era un bálsamo de consuelo.

En ningún momento dudé de que todos, en realidad, eran excelentes actores, incluidos los hombres que bajaron la camilla desde el techo y el supuesto inválido tendido en ella. Y el director de la función era el propio Maestro, asistido por sus discípulos. Se aprovechaban de la buena fe de las personas allí congregadas, cuyos rostros turbados y boquiabiertos hablaban por sí solos.

Aseguran que el Nazareno adivinó el pensamiento de los escribas mientras razonaban para sus adentros:

«Está blasfemando», discurría uno de ellos.

«Solo Dios puede perdonar los pecados», protestaba otro en su interior.

Entonces Jesús les recriminó:

—¿Por qué pensáis eso?

Su tono no era retador ni desafiante, sino de una seguridad pasmosa. Los escribas fingieron sorprenderse. Ellos también eran grandes intérpretes.

—¿Qué es más fácil —interrogó—: decir al paralítico «Tus pecados están perdonados» o requerirle «Levántate, carga con tu camilla y echa a andar»?

Ellos se miraron dando por buena la segunda opción, y de nuevo Jesús hizo como que escrutaba sus corazones.

—Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados… —previno a los fariseos. Hizo una pausa y se dirigió ahora al paralítico—: Escúchame, tú, ponte en pie, carga con tu camilla y vete a tu casa.

Él obedeció enseguida y se marchó por su propio pie a la vista de todos.

Los presentes le seguimos con la mirada hasta que el hombre desapareció. Todos alababan a Jesús. La argucia había sido una jugada maestra. Quise salir tras aquel «paralítico» para hacerle confesar quién y cuánto le habían pagado por simular que era un tullido, pero la marea humana me lo impidió.

Una fuerza incomprensible me obligó a girar la mirada hacia donde estaba Jesús. Permanecía de pie, en mitad de la habitación, con su hermosa sonrisa, chispeante, casi pícara. Y me miraba directamente. Fue como si se hubiera apoderado de mi cuerpo y escudriñase a través de mis ojos en lo más profundo de mis entrañas. Una mirada escrutadora que no era de este mundo. Irradiaba una luz especial, proveniente de dos deslumbrantes fanales que impedían ver más allá de sus pupilas haciéndote sentir desnudo ante él. Jamás había visto a nadie mirar de aquel modo. Apreció

también la fortaleza y armonía de su cuerpo, un poco más alto que la media de los varones de su estirpe semita, sus brazos y hombros musculados, la espalda ancha y, por supuesto, la autoridad con que se dirigía a la gente. Lamenté que ese hombre a quien ahora contemplaba por primera vez no hubiese sido un excelente gladiador y hasta un gran pretoriano, como yo. Tenía madera de sobra. Sus ojos eran marrones oscuros en lugar de azules, como yo los había imaginado, y el pelo y la barba, partida por la mitad, eran de un tono castaño claro. Parecía un hombre acostumbrado al trabajo manual y a las incesantes caminatas por toda Galilea, sobre todo en su predicación pública. Desde Cafarnaúm, a orillas del lago de Genesaret, hasta Jericó, a orillas del Jordán, casi en el mar Muerto.

Pasados unos instantes, sin retirar su mirada de mí, se llevó la mano al pecho e inclinó ligeramente el torso a modo de saludo. Algo en aquel hombre me hizo tener la certeza de que sabía quién era yo.

Entonces, entre la multitud distinguí un rostro familiar que me hizo sonreír. Era Leví, que gesticulaba con estupor ante lo que todos acabábamos de presenciar. Cuando el público se dispersó, fui hacia él en el patio exterior de la casa de Pedro. No le había visto desde que llegamos a Cesarea.

—¡Bienvenido a Cafarnaúm! —dijo Leví. Me abrazó lleno de júbilo.

A Caleb le extrañó que yo le conociera.

—¡Me salvó la vida! —celebró Leví.

—¿Cómo no me lo dijiste, Lucio? —repuso Caleb.

No tenía forma de relacionar a ambos.

Permanecí callado.

Si supiesen que en realidad yo era un agente infiltrado de Roma llegado a Cafarnaúm para juzgar y condenar a su líder, seguramente

habrían dudado de esa fe que tanto proclamaban.

Caleb, Leví y yo paseamos por la tierra hosca y seca de la ciudad, tan diferente del verdor y el encanto de los paisajes divisados desde la ribera noroeste del lago de Genesaret, donde se situaba Cafarnaúm, a escasa distancia del Jordán que separaba las tetrarquías de Antipas y de Filipo.

No era Cafarnaúm una gran ciudad, como Jerusalén, o incluso Séforis. Su limitada extensión de terreno y los apenas diez mil habitantes le conferían un carácter modesto. Su importancia provenía de las aduanas, ya que constituía un puesto fronterizo entre la Galilea a la que pertenecía y la tetrarquía de Filipo, cuya ciudad de Betsaida se hallaba al otro lado del Jordán. Por eso abundaban allí los recaudadores de impuestos, como Mateo, convertido ahora en uno de los doce apóstoles de Jesús.

Divisé a lo lejos la guarnición militar del ejército mercenario de Herodes Antipas, una centuria a cuyo frente estaba Benicio Quinto Celso. Flavia vivía con él en aquella pomposa residencia con criados.

Distraído en compañía de Caleb y de Leví, no reparé en que alguien me había seguido hasta Cafarnaúm, y que al día siguiente me vería partir también de incógnito hacia el palacio de Herodes.

20

ANDRÉS

Casa de Pedro en Cafarnaúm, 32 d. C.

La vivienda de María de Magdala en Cafarnaúm estaba situada al sur de la sinagoga. Formaba un conjunto muy extenso de habitaciones y patios donde ella vivía soltera en compañía de sus tíos, primos y sobrinos, y donde solían hospedarse también huéspedes como yo. Por esos días, convivíamos alrededor de veinte personas repartidas por sus estancias.

Las paredes eran de mampostería de basalto sin mortero, y la cubierta, de ramaje con tierra batida y paja. Los tabiques de algunas habitaciones, como la mía, daban a patios de cuatro ventanales con jambas de basalto para la ventilación interior, pues la temperatura era muy alta en verano. Por esa razón, la vida solía hacerse en los patios donde estaban las cocinas, los instrumentos de trabajo y la almazara para producir el aceite de oliva que constituía la base del negocio familiar.

A la mañana siguiente, María me acompañó a la casa de Pedro, que se encontraba muy cerca de la suya. Nos abrió la puerta Lía, la mujer del apóstol, una genuina hebrea de tez oscura y cabello negro cubierto con un velo. Era bajita y menuda.

—*Shalom aleijem* —saludó deseando la paz con una vasija de metal sujeta del asa.

—*Aleijem shalom* —correspondió María—. ¿Aprovechando el agua de la lluvia?

—Acabo de recogerla del pozo. Con lo poco que llueve aquí, hay que usar hasta la última gota.

Lía tenía razón. Como el agua era escasa y no muy buena, se bebía mucha leche fresca de cabra y oveja. En cuanto se echaba la leche en el odre de pellejo de cabra, se espesaba y agriaba, dando la sensación de saciar mejor la sed.

—Te presento a Lucio Fedro —dijo María—. Llegó ayer de Jerusalén y se hospeda en mi casa.

Lía me miró con desconfianza y María se percató de ello.

—¿Están Pedro y Andrés?

—Pedro estará fuera toda la mañana, arreglando el aparejo, pero Andrés se encuentra en el patio. Pasad… —nos invitó.

Parecía mentira que hubiese estado allí mismo horas antes. Al ver ahora la casa vacía de gente, me resultó mucho más grande. La puerta daba acceso a un amplio patio en forma de «L», donde se había escenificado el ridículo espectáculo de la camilla. Era un espacio enorme que desembocaba en seis habitaciones, la mayor de las cuales se reservaba a Jesús cada vez que se alojaba en Cafarnaúm. Casi todas las estancias tenían los típicos ventanales rectangulares y estaban cerca de una escalera exterior para subir al tejado, desvencijado ahora por culpa del boquete abierto para bajar al supuesto paralítico. Al sur del patio y de las habitaciones había otro también espacioso con más dependencias.

Un hombre alto, de mediana edad y algo cargado de hombros, se incorporó del asiento para recibirnos. Su nariz prominente y los ojos castaños, avispados y vigilantes como los de un milano, otorgaban cierto aire de intelectualidad a su expresión, aunque no fuese más que un vulgar pescador.

—¿A qué se debe esta inesperada visita? —preguntó Andrés.

—Lucio Fedro… —indicó María, girándose para presentarme.

—Sé bienvenido, hombre de Dios.

Asentí amistoso.

—Siéntate —me invitó mientras María se iba con Lía a la cocina.

Sentados en dos sillas, en torno a una mesa rectangular de madera de chopo, Andrés inició la conversación.

—¿Qué te trae por aquí?

—Llegué de Roma hace un par de semanas para unirme a vosotros.

—Algo nos ha contado ya María…

Aproveché para referirle mi verdad, que en realidad era mentira: mi huida de Roma como polizón tras salir de la cárcel, la odisea en el mar, mi arresto en el puerto de Cesarea Marítima para pasar a disposición judicial, y la condena a quince latigazos que en realidad fueron veintiuno.

—Para ser fiel en lo capital, Lucio —reflexionó Andrés frunciendo su áspera frente de pescador llena de surcos—, a veces hay que traicionar lo insignificante.

—¿Y qué hay más importante que Dios? —dije para solidarizarme.

—Nada —contestó él rotundo.

—Ayer conocí a Jesús aquí mismo —añadí con satisfacción—. Podía imaginar sus asombrosas capacidades, pero reconozco que

aun así me sorprendió.

—Pedro y yo hemos presenciado tantas cosas… —suspiró Andrés, nostálgico, como si nada más pudiera ya embobarle.

—Cuéntame, Andrés. Estoy deseando conocer mejor a Jesús —le apremié impaciente.

—Yo fui el primero a quien él llamó. Escuché a Juan proclamarle en el desierto como «el Cordero de Dios» y le seguí sin titubear. Corrí a contárselo a mi hermano Pedro para compartir juntos lo mejor que había encontrado sobre la tierra. Luego se produjo la pesca milagrosa…

—Caleb me lo ha contado: impresionante.

—Ese hombre es un bendito —afirmó Pedro.

—Me acogió en su casa, malherido, para curarme. Siempre estaré en deuda con él.

—No lo hizo por eso.

—Ya lo sé, pero jamás podré olvidarlo.

—¿Te contó algo sobre Juan el Bautista?

—No. ¿El Bautista…?

—Era un personaje de leyenda, hasta que Herodes Antipas ordenó cortarle la cabeza para complacer a su hija quinceañera y caprichosa.

—¡Qué barbaridad!

—Juan había denunciado el adulterio de Herodes con su cuñada Herodías, y por eso el tetrarca lo encarceló en su fortaleza de Maqueronte, al este del mar Muerto. Pero su hija Salomé, confabulada con Herodías, le pidió su cabeza en una bandeja y él no tuvo más remedio que contentarla, pues había prometido delante de testigos darle cualquier cosa que ella le solicitase.

—¿Dices que Juan te presentó a Jesús?

—Sí, eran primos. María de Nazaret es prima de su madre Isabel, de las hijas de Aarón, casada con Zacarías, de la familia de Abia. Juan vivía en el desierto de Judea, en el fondo de una gruta salvaje. Vestía una túnica de pelo de camello ceñida a sus riñones por un cinturón de cuero y jamás se había afeitado; lucía una larga barba espesa y rizada, unas buenas patillas y un apreciable mostacho, de modo que cuando se enfundaba la holgada túnica parecía un profeta. Se alimentaba solo de langostas y de miel silvestre.

—Un auténtico anacoreta, desde luego. ¿Y lo de Bautista…?

—El pueblo le dio ese sobrenombre porque inauguró su ministerio a orillas del Jordán, llamando a todos a la penitencia y al bautismo que él mismo administraba por inmersión en el agua. Bautizó a Jesús…

—¿Cómo…?

—Jesús le pidió hacerlo. Dicen que cuando el Maestro salió del agua, los cielos se abrieron y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y se posó sobre él.

Pensé que Andrés también desvariaba. Su relato parecía un cuento fantástico para cándidos o idiotas, y yo no era nada de eso. Me resultaba ya el colmo, tras el numerito del día anterior, imaginarme ahora un boquete abierto en el cielo, como en el tejado de la casa, y ver salir por él a una paloma en pleno Jordán. Ahora entendía el significado del colgante que me regaló Macrón y que también portaba con disimulo Leví y por supuesto el nombre en clave de Columba con que se había bautizado mi campaña. Ignoré la ofensa a mi inteligencia y seguí interrogándole sobre Juan.

—¿Era de raza sacerdotal?

—Sí, aunque nunca entró en el templo para ejercer sus funciones. Decía a todos: «Haced penitencia porque el Reino de Dios está cerca». Su misión era anunciar la venida de Jesús, de quien decía que no merecía ni atarle la correa de sus sandalias. Él bautizaba con agua, pero anunciaba que Jesús lo haría en el espíritu y en el fuego.

Escuché a Andrés con atención. Realmente estaba fascinado por la capacidad de fabulación de aquellos hombres sencillos.

—Por cierto, ¿te contó Caleb algo sobre la conversión de Mateo? —Andrés cambió de tema.

—No, ¿quién es? —Aquello sí me interesaba. Cuantos más nombres me dieran, más argumentos tendría para acabar con aquellos farsantes.

—Mateo vive aquí, en Cafarnaúm, y era recaudador de impuestos en la aduana. Un publicano. ¿Has oído hablar de ellos?

Negué con la cabeza, dando a entender que no sabía a quiénes se refería, aunque en realidad había conocido y protegido a muchos publicanos como el tal Mateo en Roma.

—Publicano es sinónimo de pecador. Como uno de los impuestos exigidos por los romanos es el *publicum*, a los encargados de recaudarlo se les llama aquí «publicanos». Mateo abusaba de la fuerza y recurría a la extorsión, razón por la cual se le consideraba un pecador, cuyo oficio se condena hoy igual que el de una prostituta.

—Dios es misericordioso —dije.

—El Maestro se apiadó de él y no le importó que fuera tan pecador como nosotros.

Percibí que Andrés se encontraba a gusto hablando conmigo.

—¿Y qué hizo Mateo? —pregunté.

—Bastó una sola palabra de Jesús para que lo dejase todo: «Sígueme», le dijo. Y él obedeció al instante.

—¿Así, sin más…?

—Se retiró de la mesa de recaudación donde contaba las monedas y salió de la oficina detrás de él. Pero ahí no acabo todo…

—¿Qué quieres decir?

—Mateo ofreció luego un gran banquete en su casa para celebrarlo. Y estando Jesús sentado a la mesa, acudió un buen número de recaudadores de impuestos y descreídos para compartir el convite con nosotros. Al vernos, los fariseos y los escribas nos decían: «¿Se puede saber por qué vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores? ¡Hipócritas!». Al oírlo, Jesús les dijo: «No necesitan médico los buenos y sanos, sino los enfermos. Id mejor a aprender lo que significa misericordia, porque no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores».

Admito que esa condescendencia de Jesús con todos me agradaba; lo mismo que no juzgase a nadie como solían hacer los romanos, peleados por celos y envidias que a menudo generaban odio. Si algo transmitía aquel hombre era un amor y una paz inquebrantables. Pero yo no iba a poner en un pedestal a nadie, ni mucho menos a creer que ese individuo fuese el hijo de Dios; tampoco me consideraba una persona exaltada, sino con los pies bien firmes sobre la tierra.

Me despedí de Andrés y de su cuñada Lía, la esposa de Pedro. Aquella mujer me miraba con resquemor y desconfianza desde el instante en que me vio. Estaba convencido de que yo no le gustaba.

Mientras regresaba con paso lento a casa de María, no podía quitarme de la cabeza todo lo que acababa de oír. Aquellos hombres

creían de verdad en lo que contaban. No fingían. En sus voces no había falsedad, solo convicción. Y sin embargo, a mí me sonaban a fábulas, a exageraciones de mentes sencillas necesitadas de esperanza. Me desconcertaba la paz que transmitían. No entendía cómo un pescador podía hablar con tanta fe de un carpintero que se consideraba a sí mismo profeta.

Dentro de mí se debatían el escepticismo y la fascinación. ¿Y si ese tal Jesús tenía algo que yo no sabía explicar? No podía evitar mi deseo por conocer más de él.

21

EL REENCUENTRO

Ribera norte del lago de Genesaret, 32 d. C.

Caleb me sorprendió de mañana con un recado inesperado e inquietante. La nota decía escuetamente:

> Te espero en la ribera norte del lago a la hora séptima.

No estaba firmada. Cundió en mí cierta alarma y empecé a hacerme un sinfín de preguntas: ¿estaría aquella persona al corriente de la Misión Columba? ¿Se habría ido acaso alguien de la lengua? ¿Debía acudir a la cita, o tal vez era una trampa?

Sumido en la incertidumbre, decidí afrontar finalmente el peligro encaminándome por la tarde hacia el lago de Genesaret donde Jesús había obrado el prodigio de la pesca milagrosa, o eso al menos creían sus discípulos. Al fin y al cabo, estaba ya acostumbrado a que nada ni nadie me detuviese.

Conforme me aproximaba al lago, distinguí a lo lejos su ribera oriental con una estrecha franja, y más arriba los escarpes de los zócalos en los altos del Basán, una fértil llanura de origen volcánico

donada en su día por Augusto a Herodes el Grande, junto con otros cuatro distritos que formaron luego la tetrarquía de Filipo.

Advertí que por el norte y el sur, las riberas del lago carecían de montañas, al contrario que a poniente, donde el declive áspero del terreno de la Baja Galilea llegaba casi hasta la orilla. Pero en el norte, en cambio, se abría una larga y ancha llanura hacia la que yo me dirigía aquella tarde receloso. Desde el ángulo noroeste, donde se encontraba Cafarnaúm, pisé por fin aquella exuberante planicie en la que crecía toda clase de vegetación y de árboles, desde nogales, manzanos y palmeras, hasta higueras y olivos. El ubérrimo paisaje contrastaba con la aridez del resto de la costa del lago.

Se apreciaba el tacto sensible y delicado de una mujer en la elección del lugar para nuestro encuentro. Y esa dama misteriosa reapareció instantes después ante mí como un espejismo que me hizo zarandear la cabeza y abrir bien los ojos para convencerme de que ella era, en efecto, la autora de la nota.

—¡Flavia! —exclamé.

La abracé sin pensarlo y sin tener en cuenta las posibles consecuencias de que alguien nos pudiera ver juntos. Nunca había necesitado tanto el contacto con un ser querido.

Al abrazarnos sentí sus turgentes senos bajo la camisa interior de seda, y los comparé con dos gacelas mellizas, como en el Cantar de los Cantares, un poema de las Sagradas Escrituras que años atrás Macrón nos había hecho memorizar. Estaba realmente hermosa. Vestía una túnica hasta los pies, ceñida por la cintura, y sobre ella llevaba un manto violeta tintado a partir del púrpura obtenido del jugo de varios moluscos. Las gruesas trenzas de su cabello negro dispuestas sobre la coronilla y anudadas en la nuca se clareaban con

la tenue luz del atardecer. Flavia me saludó con una sonrisa abierta que dejó al descubierto sus dientes, a buen seguro blanqueados tras masticar raíces de anémona y hojas de laurel. Parecía una genuina romana, y en realidad lo era.

—Lucio… —susurró—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¡Qué guapa estás! —prorrumpí.

Percibí aún en ella el rubor de la inocencia.

—Tan cortés, Lucio, como siempre.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —le pregunté con asombro.

Flavia no respondió. Empezó a caminar en silencio y me invitó a acompañarla. Paseamos por la orilla del lago, surcado a esa hora por modestas barcas de pescadores. Imaginé a Pedro y Andrés a bordo de la suya con las redes dispuestas para la captura y les deseé en silencio una buena faena aquella noche. Recordé los momentos felices de nuestra infancia; Flavia jugando con muñecas de trapo, yo fingiendo montar a caballo sobre una caña larga, juntos representando obras inventadas en un teatrillo de marionetas… Éramos inseparables. Cuando iba a recordarle alguno de esos momentos, ella se me adelantó.

—Te preguntarás para qué te he hecho venir hasta aquí…

—Estaba intrigado desde que recibí la nota —reconocí.

—Te vi en casa de Pedro.

—¿Estabas allí? —repuse atónito—. ¿Qué hacías en aquel lugar? Puede ser peligroso.

—Igual que tú —me replicó.

—Pero Flavia… Yo…

No podía decirle cuál era mi cometido ni hablarle de la Misión Columba. Pero ella parecía tener el pensamiento en otra parte, pues ignoraba mis advertencias. Permaneció callada unos instantes con la mirada perdida en algún punto indefinido. Al final, me miró fijamente y se decidió a hablar.

—Soy una de ellos, Lucio —afirmó con una serenidad espantosa—. A ti te lo puedo contar: sigo a Jesús desde hace tiempo.

No daba crédito a sus palabras. Me quedé sin saber qué decir ni cómo reaccionar. Por suerte, ella continuó hablando.

—Cuando te vi, dudé de si eras tú. Creí tener una alucinación. Pero estabas con Caleb. Después le pregunté a él y me lo confirmó.

Resultaba evidente que Caleb era un miembro muy distinguido entre los seguidores de Jesús de Nazaret. Todos le conocían y respetaban.

—Pero… ¿desde cuándo? —Fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—Jesús vino un sábado a la sinagoga de Cafarnaúm a predicar —empezó a contarme, emocionada—. Mientras yo pasaba por delante, sentí un extraño impulso que me empujó hacia dentro. Los fariseos me miraron con reprobación al entrar porque no llevaba puesto el velo y tuve que cubrirme la cabeza con el manto. Fue la primera vez que le vi. Enseñaba su doctrina con autoridad.

—Es un gran orador —afirmé tratando de ser convincente. Aún estaba afectado por la confesión de Flavia.

—Entonces ocurrió algo inesperado —añadió—. Un hombre empezó a gritar de modo espeluznante: «¡Quién te mete a ti en esto, Jesús de Nazaret! ¿Has venido aquí para destruirnos? ¡Sé quién eres: el santo de Dios!».

—¿Qué hizo Jesús?

—En lugar de sentirse intimidado, le ordenó: «¡Cállate la boca y sal ahora mismo de este hombre!».

—Era el demonio; como los siete que poseyeron a María —añadí yo.

—Se trataba entonces de un espíritu impuro, como Belcebú, que al escuchar el mandato de Jesús derribó al hombre en medio de nosotros y retorció su cuerpo hasta salir de él soltando un alarido sin causarle el menor daño. Nos miramos todos asombrados, y alguien exclamó: «¡Da órdenes a los espíritus inmundos y le obedecen!».

—Estarías muerta de miedo, supongo.

—Temblaba. Jesús se percató de ello y vino hacia mí. Su mirada refulgió en mi interior y dijo con una dulzura indescriptible: «Flavia, sígueme».

—¿Sabía tu nombre?

—Dios conoce hasta el número de nuestros cabellos, Lucio. Y él, como ya sabes, es el mismo Dios.

—Tú lo has dicho —asentí.

—Y a ti, Lucio, ¿qué te llevó a creer en él?

Flavia acababa de hacerme la pregunta más difícil de mi vida. Tenía que improvisar una justificación que fuese convincente, y debía hacerlo rápido, ella me conocía demasiado. Recurrí a la mentira que había construido desde que salí de Roma. Tuve que aguzar mi ingenio para que todo siguiese pareciendo auténtico.

—Cuando salí de la cárcel… —Hice una breve pausa.

Flavia bajó la mirada algo avergonzada.

—Sí…, siento no haber podido visitarte. Padre me informaba pero sé que intentaba protegerme y solo me decía que estabas bien.

Mi encarcelamiento y condena había sido un tema tabú en la familia.

—Una vez libre, no tenía muchas opciones. Me había convertido en un paria, un desecho de la sociedad. —Exageré un poco para que Flavia acabase de creer mi relato.

—Pero… padre no te…

Antes de que pudiera continuar le rocé los labios con mi dedo y le pedí que me dejase proseguir.

—Alguien me habló de Jesús. Incluso me enseñó un retrato —añadí.

—¿Qué retrato?

—Un dibujo de Jesús que alguien anónimo pintó con virutas de carbón. Su mirada me impresionó desde el principio, Flavia. Llegué a soñar con que se acercaba a mí para tenderme su mano mientras me decía lo mismo que a ti: «Lucio, sígueme». Aquel sueño se repitió varias noches, me obsesioné con aquella mirada. Después vi la oportunidad de embarcarme. No deseaba otra cosa que conocerle. Por eso estoy aquí.

—¡Cuánto lo celebro, Lucio! —Me abrazó de nuevo.

—¿Benicio sabe algo…?

—Si lo supiese me repudiaría para siempre. Rezo para que él se convierta también y podamos ser felices algún día en nuestro matrimonio. Pero al mismo tiempo dudo que eso pase.

—¿Y entonces…?

—Sigo a Jesús en la clandestinidad, aunque siento en mi alma que llegará un momento en que ya no pueda disimular más y tenga que contarle la verdad. ¡Temo tanto ese día!

—¿Y padre? —añadí. No quise ni imaginar lo que pensaría si se enterase.

—Sé que le daré el mayor disgusto de su vida…

—Igual que yo… —le atajé—. Tuve que huir de Roma para que no tomase represalias contra mí.

—No le creo capaz de hacerlo.

—¿Estás segura de ello?

—Eres el hijo varón que el destino le negó.

—Sí, pero le decepcioné como hijo.

—No pienses en eso ahora, Lucio, sino en que estamos aquí juntos.

El semblante de ella se oscureció de pronto.

—¿Ocurre algo, Flavia?

—Ten cuidado con Benicio —dijo al fin—. No debe enterarse de que estás aquí, y mucho menos de que has traicionado a Roma con tus nuevas creencias. No sé de lo que sería capaz…

Me sorprendió la advertencia. Benicio era su prometido y mi hermano de armas. Sus palabras me pusieron alerta.

—Ten cuidado tú, Flavia…

22

LAS BIENAVENTURANZAS

Colina de Cafarnaúm, 32 d. C.

Cerca de donde Flavia y yo paseamos aquella tarde, en el extremo nororiental del lago de Genesaret, se alzaba una colina muy conocida en Cafarnaúm con una amplia explanada a media altura. Era alrededor de la hora sexta y una muchedumbre como nunca antes había visto se congregaba ya en la vasta llanura para asistir a otra nueva predicación de Jesús. Ni el César en persona lograba reunir a semejante gentío, salvo en ocasiones excepcionales como en la feria latina celebrada cada año bajo la invocación de Júpiter Lacial, protector del Lacio, cuyo santuario se hallaba en los montes Albanos, o en el mismísimo Coliseo romano donde cabían más de cincuenta mil espectadores.

Era evidente que la fama de Jesús iba extendiéndose de modo imparable por toda la región, mientras aumentaban los recelos de Roma y de la jerarquía judía en particular, que odiaba al sedicioso y anhelaba verlo muerto. Había allí incluso miles de personas procedentes del litoral de Tiro y de Sidón, dos ciudades que no eran israelitas sino fenicias y que durante muchos siglos habían protagonizado el poderío naval y colonizador de los púnicos.

Contaban que allí Jesús había curado a la hija endemoniada de una mujer cananea, suplicante: «Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija está siendo muy atormentada por el demonio».

Algunos de sus discípulos, entre ellos Andrés, habían animado al Maestro a despedir a la mujer porque les molestaba que gritase a sus espaldas. Pero él les reprendió: «He sido enviado a las ovejas perdidas de la Casa de Israel».

La madre, desesperada, se postró entonces de hinojos ante él implorándole de nuevo: «¡Señor, socórreme!».

«No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perros», había replicado él. A lo que ella alegó: «Cierto, Señor, pero también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos».

La respuesta debió de enternecer al Nazareno, que, apiadándose de ella, añadió: «¡Oh, mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres».

Aseguran los testigos que desde aquel mismo instante la hija quedó curada, pero yo no lo vi, y aunque lo hubiese visto, como el numerito circense en la casa de Pedro, seguramente tampoco lo habría creído. En aquellos días conocí otras muchas andanzas referidas por Caleb, Flavia o Andrés, pero me mantenía incrédulo pensando que no eran más que fruto de la obstinación y de la ceguera.

Observando la multitud allí reunida, crucé aquella verde planicie donde había también personas procedentes de la Decápolis, y en concreto de los territorios situados a la orilla izquierda del Jordán, como Damasco, Pella y Filadelfia. Toda esa gente se apiñaba con la

de Tiro y Sidón y la proveniente de Judea, Samaría y Galilea. La expectación era máxima, y cuando Jesús empezó a hablar cesaron las voces y tan solo resonaron ya los cánticos de los pájaros desde las frondosas arboledas.

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos —proclamó.

Debo admitir que no hallé nada reprochable en esta primera afirmación suya, al menos en apariencia, que constituía toda una declaración de principios. Yo la interpreté como una reivindicación de las personas que pasaban hambre y carecían de los bienes de este mundo, muchos de los cuales le rodeaban en ese momento escuchándole con gestos de aprobación. Pero yo pienso que él no aludía solo a los pordioseros que carecían de un miserable sestercio para combatir una sola de sus privaciones, sino a todos aquellos que por pertenecer a estratos inferiores en riquezas, poder o cultura, se les consideraba insignificantes en este mundo y sufrían el más cruel de los desprecios. Me convencí entonces de que los sumos sacerdotes, escribas y fariseos tenían razón al tildar a Jesús de revolucionario o de sedicioso, pues resultaba obvio que, en aquel océano de creencias, costumbres e intereses, él nadaba a contracorriente. Solo puse una objeción: ¿no se comportaba como un oportunista pronunciando aquella sentencia, convencido de que su auditorio le aplaudiría a rabiar? Así que no descarté que él pudiera ser también un especulador o un ventajista.

Más le hubiese valido no pronunciar la segunda de sus bienaventuranzas o «macarismos».

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

¿A cuento de qué venía eso de «bienaventurados los que lloran»? ¿Acaso no era ese un modo de instigar a los más débiles a seguir lloriqueando y gimiendo sin límite ni vergüenza alguna, prometiéndoles encima un tierno consuelo, como el padre que ofrece a su hijo un dulce para portarse bien? Un pretoriano como yo no podía tolerar ese pronunciamiento que ensalzaba a los flojos y endebles, en detrimento de los tenaces y valerosos. Si en eso consistían las palabras del profeta, yo me enorgullecía entonces aún más de adorar a mis dioses y de esgrimir la espada ante las injusticias. Desde niño aprendí a retener las lágrimas, aun en las situaciones más adversas de la vida. Solo lloré al fallecer mi padre, con nueve años, cuando Macrón me entregó su *gladius*, pero juré no volver a hacerlo jamás. Sentí ridículo que ese predicador animase a sollozar a cualquiera ante el menor obstáculo o dificultad que encontrase a su paso. Era vergonzante.

Me sorprendía ver a trabajadores rudos del mar como Pedro y Andrés, o a labradores como Judas Tadeo, asentir a esta segunda bienaventuranza como si fuese el lema o la consigna de sus vidas. Pero tanto o más disparatada aún me pareció la tercera cuando él, mirando a todos y a ninguno, soltó de repente:

—Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

¿Qué clase de promesa era aquella que premiaba a los plácidos e inofensivos, y condenaba a los violentos que recurrían a la fuerza para proteger a sus seres queridos o sus propias creencias? Me lo tomé como un ultraje personal que atentaba contra mis principios civiles y militares, y los de Roma entera. ¿Dónde quedaban la valentía y el pundonor para defender a la patria del ataque de sus enemigos? Miré de modo inquisitivo a quienes me rodeaban

pensando que eran todos unos cobardes si aceptaban lo que ese hombre acababa de decirles. ¿Poner la otra mejilla, como le había oído decir alguna vez a Leví y a Caleb? Pero si el mundo estuviese lleno de «mansos», el Imperio romano jamás habría existido.

La séptima bienaventuranza colmó ya el vaso de mi paciencia:

—Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

¿Tenía yo acaso pinta de pacificador o de promotor de la paz con el enemigo? Si había un término que aborrecía era el de *Shalom* con el que los judíos se saludaban y deseaban la paz en su trato cotidiano. He de reconocer que los avatares de la vida me habían acostumbrado a que un enemigo ocupase más lugar en mi pensamiento que un amigo en mi corazón; y en cualquier caso, estaba de acuerdo con Agis II, rey de Esparta, en que su ejército no preguntaba cuántos eran los enemigos, sino dónde estaban para aniquilarlos. Entendía así la vida como una permanente lucha contra uno mismo y contra los demás, y otorgaba mucho más valor a los hechos que a las palabras que Jesús acababa de pronunciar.

No pude aguantar a que él terminase de enunciar la octava y última bienaventuranza, y me retiré unos pasos más allá de donde estaban Pedro, su esposa Lía y el resto de los discípulos. Mi gesto furibundo no debió de pasar inadvertido. Reconozco que cometí un error táctico por no disimularlo. Llegué a recriminarme qué diablos hacía un tribuno como yo mezclado con toda aquella chusma de timoratos. Percatándose de ello, Andrés me siguió y, al llegar a mi altura, preguntó:

—¿Ocurre algo?

No tuve más remedio que fingir de nuevo y decirle que me dolía la cabeza y estaba mareado. Él lo entendió, pero otra persona que no había dejado de vigilarme durante la predicación empezó a sospechar de mí desde entonces.

23

HERODES

Fortaleza de Masada, 32 d. C.

—Bienvenido, Lucio Fedro Celer —me recibió Herodes rimbombante—. ¿Te han traído sin percances?

—Con celeridad y nada de contratiempos —agradecí.

Herodes Antipas había puesto a mi disposición una de sus carrozas tiradas por mulas con herraduras de oro, y conducidas por palafreneros vestidos de rojo y postillones por delante ricamente ataviados. Disfrutaba tanto del lujo como su difunto padre Herodes el Grande.

El tetrarca de Galilea y Perea se alojaba entonces en la imponente fortaleza levantada por su progenitor en la meseta de Masada, en el extremo oriental del desierto de Judea, cerca del mar Muerto y algo alejada de Séforis.

—Estos muros son inexpugnables —dije admirado por su extensión y grosor.

—Mi padre sabía hacer muy bien las cosas y reforzó el castillo con una gran muralla defensiva muy ancha —sentenció orgulloso—. ¿Qué te parece…?

—Impresionante, la verdad.

A Herodes el Grande le obsesionaban la ostentación y la opulencia en sus construcciones y, por eso, a Masada se sumaban así la fortaleza palacio de Maqueronte, donde su hijo Antipas había recluido a Juan el Bautista antes de matarlo, enclavada entre los riscos y picos volcánicos de Perea, el Herodión, en Belén, y el Alexandrion, en el valle del Jordán.

—Fíjate en la vista desde la terraza —señaló Herodes—. Al fondo puedes apreciar la depresión del mar Muerto, en el centro los límites del campamento romano, y más cerca la empalizada que rodea el palacio del Norte.

—Menudo espectáculo.

—¿Y qué me dices de esta terraza?

—Sin palabras tampoco.

—Todo un prodigio de la ingeniería, suspendida en la roca. Por cierto, ¿te has recuperado ya de la paliza que te dieron en Jerusalén?

—Gracias a Júpiter puedo caminar al fin recto —dije atusándome el cabello hacia atrás con la palma de la mano.

—Eres fuerte, como tu padre.

—¿Qué otro remedio me queda?

—Supongo que habrás estado ya con Pilato —dedujo él tocándose la punta de la nariz con el labio superior, como un tic.

—Está muy pendiente de la Misión Columba.

—No me fío de él.

—¿Temes que pueda hacer algo?

—Un cobarde es capaz de todo —advirtió con una mueca de desprecio—. El muy sinvergüenza mandó colocar en mi palacio de

Jerusalén, a la vista de todos, escudos de oro guarnecidos con el nombre del emperador para desairar a los judíos.

—Fue un escándalo —asentí—. Y cuando aquellos, resentidos por la profanación, lo denunciaron a Tiberio, este obligó a Pilato a trasladar los escudos al templo de Augusto en Cesarea Marítima.

—Menudo ridículo. Por cierto, hablando de Tiberio, ya le he escrito informándole de tu llegada a Jerusalén. En su última carta, el César me decía que cuidara de ti porque estaba en juego el futuro de Roma. Creo que exageraba, la verdad, porque ese Jesús de Nazaret representa todo menos una seria amenaza para los dioses y para el Imperio.

—Estoy de acuerdo, pero solo en parte: he visto de cerca a ese hombre y tiene encandilada a media Galilea, Samaría, Judea y hasta las regiones paganas de Tiro, Sidón y la Decápolis. Su sermón de las bienaventuranzas convocó ayer a más de diez mil personas en la ribera nororiental del lago de Genesaret, y sus seguidores aumentan cada día que pasa. Los jerarcas judíos están muy preocupados y temo que puedan producirse desórdenes y altercados a partir de ahora.

—Si la Misión Columba se salda con éxito, como espero, Jesús de Nazaret quedará al descubierto como lo que es: un tremendo impostor.

—¿Benicio Quinto Celso sabe algo? —Quise indagar hasta qué punto estaba enterado el prometido de Flavia. Su advertencia revoloteaba en mi cabeza desde que nos vimos.

—¡Qué dices! Si albergase la mínima sospecha, Tiberio me arrojaría a los leones. ¿Me tomas por loco? ¿Y Flavia…?

—Hace más de seis meses que no la veo —mentí.

—Es el mejor síntoma de que la Misión Columba funciona, ¿no?

—Puede que sí, pero me duele pasar por traidor a Roma habiendo jurado defenderla con mi sangre.

—Un alto precio por tu servicio y por eso la recompensa será grande.

—Ojalá que los dioses te oigan.

—Lo harán. Quedo a la espera de tus informes.

—Descuida.

Aquella noche dormí en el palacio de Antipas, y a la mañana siguiente emprendí el regreso a Cafarnaúm sin reparar tampoco en que alguien más sabía que había estado allí. Mientras viajaba en la carroza del tetrarca, me ratifiqué en que no debía confiar en nadie, y mucho menos en Herodes, aunque se hubiese mostrado cortés conmigo.

Además de heredar de su padre la pasión por construir teatros, ciudades y palacios, Antipas encarnaba el legado de su refinada crueldad. Era un déspota despiadado, un paranoico a medio camino entre el amor y el odio, receloso como nadie del mínimo atisbo que amenazase una pizca de su poder.

A Herodes el Grande no le tembló el pulso para ordenar la muerte de su esposa Mariamme, de la familia asmonea, la cual legitimaba su corona; igual que Herodes Antipas mandó decapitar a Juan el Bautista para complacer en última instancia a Herodías. Padre e hijo eran así unos indeseables movidos por sus más bajos instintos, aunque el primero le aventajase en las artes maléficas tras decretar

la muerte de su cuñado y sumo sacerdote Aristóbulo III, y hasta el asesinato de sus propios hijos Alejandro, Aristóbulo y Antípatro.

No era extraño tampoco que Herodes el Grande hubiese tenido la sangre fría de ordenar una matanza de inocentes treinta años atrás. Dispuso la ejecución indiscriminada de todos los niños de dos años para abajo empadronados en Belén.

Herodes el Grande murió matando. Expiró en su palacio de invierno de Jericó. Unas úlceras le desgarraron las entrañas y le impidieron descansar de día y de noche. Los gusanos hormiguearon en sus llagas, en medio de espantosas convulsiones que retorcieron sus miembros. Murió con la blasfemia en la boca y el odio en el corazón, y se hizo enterrar de modo solemne en su fortaleza Herodión, en Belén, donde cientos de cadáveres de niños habían sido sepultados por culpa suya. Pero los dioses evitaron que al final se cumpliese la cláusula testamentaria y pudieran salvarse así las vidas de los asistentes al estadio de Jerusalén, donde el monarca había convocado a título póstumo a las fuerzas vivas del país para que allí mismo irrumpieran los soldados y matasen a los invitados sin contemplaciones mientras les comunicaban oficialmente su fallecimiento.

¿A cuántos hombres había infligido Herodes el Grande suplicios peores incluso, con tal de satisfacer sus ínfulas de sadismo? Yo no podía pasar por alto que Herodes Antipas era su mejor alumno. Solo pensar que el futuro de la Misión Columba dependía de la discreción de un ser con una extraña ambivalencia de sentimientos como la suya era algo que me estremecía profundamente.

24

La conversación

Fortaleza Antonia, Jerusalén, 32 d. C.

—¿Me ha mandado llamar? —le preguntó Greco a Pilato.

El prefecto se mostraba molesto, lo que inquietó al centurión. Este sintió que su futuro más inmediato dependía de aquella conversación. Los también centuriones Máximo y Casio habían acudido del mismo modo a la llamada y secundaban a su jefe directo Greco, de pie en el despacho del prefecto. Pilato permanecía sentado a una mesa de madera de limonero cuyo tablero de dos piezas había sido ensamblado con tanta perfección que era imposible distinguir la juntura.

Pilato dilató el momento de empezar a hablar. Quería hacer sufrir a Greco con la incertidumbre. Finalmente se dirigió a él.

—¿Por qué Lucio Fedro recibió veintiún latigazos en vez de los quince que yo mismo ordené?

—Me pareció un castigo demasiado leve para un delito tan grave, señor.

—¿Eres tú acaso el juez? —le recriminó Pilato.

—No, no lo soy, señor —añadió avergonzado.

—¿Y por qué te comportaste como si lo fueras mandando que le diesen seis azotes de más?

—Me extrañó que escogiesen un *flagellum* para castigarle, en lugar del *flagrum taxilatum* empleado en estos casos de alta traición. —Lejos de disculparse, Greco intentaba justificar su comportamiento.

—Lo elegí yo, y tú desobedeciste mis órdenes.

—Lo siento, señor —dijo cuando vio que Pilato se mantenía inflexible.

—Da gracias a que eres el hermano de mi esposa —le advirtió—. Claudia nunca me perdonaría que te pasara algo. De lo contrario, pagarías cara tu osadía.

Greco era su cuñado, aunque lo lamentaba cada día. Tuvo que aceptar su traslado desde Roma por orden expresa del César, lo cual no le hizo ninguna gracia. Siempre le había considerado un imbécil.

Pilato, al ver que su cuñado no se retiraba, le conminó a que hablase, si tenía algo más que decirle.

—Verá, señor… —añadió temeroso—. Encargué a Máximo seguir a Lucio Fedro en Cafarnaúm —dijo mirando a uno de los centuriones.

La cresta roja del casco temblaba en la mano derecha de Máximo.

—Sin informarme a mí, claro. Más te vale contarme algo importante, porque de lo contrario será la última vez que pises esta fortaleza.

—Sospecho que Lucio Fedro trama algo…

—¿Tienes pruebas?

—Lo seguí hasta Cafarnaúm —dijo Máximo— y le vi entrar en casa de Pedro, el principal apóstol del Nazareno. Parecía llevarse muy

bien con su hermano Andrés. Luego se fue con él y con el gigantón ese al que investigamos hace unos días.

—¿Caleb? —interrumpió Pilato.

—Sí. Entraron los tres en la sinagoga y permanecieron allí un buen rato.

—¿Y…?

—¿No le parece extraño, señor, que Lucio Fedro estuviese con dos de los más destacados discípulos del Nazareno? —intervino Greco.

—Es un exconvicto, renegado de Roma. No tiene muchas más opciones de integrarse —intentó disimular Pilato.

—Hay algo más —añadió Máximo.

Pilato puso los ojos en blanco. Su paciencia estaba llegando a un límite y le molestaba tener que escuchar a su cuñado y a Máximo. El otro centurión, Casio, permaneció callado durante toda la reunión.

—Vi a Lucio Fedro dirigirse al palacio de Herodes en Masada —añadió Máximo—. Viajó hasta allí en una carroza de Herodes. Le vi partir en ella y regresar al día siguiente a Cafarnaúm.

Máximo había hecho diana sin darse cuenta: si Greco odiaba a Lucio Fedro y Macrón, el prefecto abominaba en su caso de Herodes. Pilato ardió de celos por dentro. Se preguntaba si, además de la Misión Columba, Lucio Fedro habría tratado con Herodes algún otro asunto importante a sus espaldas. Percibió el hedor de la traición con el que ya estaba familiarizado. Aun así mantuvo el secreto sobre la Misión Columba para no arriesgar su pellejo. Debía preservar la farsa a toda costa. El futuro de Roma estaba en juego.

—No digas más idioteces —le atajó a Greco—. Si Lucio Fedro ocultase algo te aseguro que Tiberio me habría informado de ello.

—Herodes también está en contacto con el César —advirtió poniendo otra vez el dedo en la llaga.

—Cualquier asunto requeriría la colaboración del prefecto de Judea. ¿Crees acaso que Tiberio ordenaría una operación sin el conocimiento de la autoridad que rige en Jerusalén?

—Hay algo más —afirmó Greco—. Es sobre la hija de Macrón, Flavia.

Pilato permaneció en silencio a la espera de lo que tuviera que decir. Empezaba a impacientarse de los comadreos del centurión.

—Su madre era una esclava griega —afirmó Greco tajante.

—¡Calumnias! —bramó Pilato—. ¿Cómo te atreves?

—Tengo pruebas, señor —aseguró el centurión—. Si llegase a oídos de Benicio, su prometido, este rompería el compromiso.

—¿Puedes probarlo? —La preocupación de Pilato aumentó de forma considerable.

—¡Claro que sí!

Casio tomó nota mental de toda la conversación. La mascarada de Lucio estaba en riesgo. Debía avisarle cuanto antes y atajar el peligro de raíz.

25

GRECO

Jerusalén, 32 d. C.

Casio me refirió aquel encuentro entre Pilato y Greco en la fortaleza Antonia. Él permaneció callado por obvias razones. Se limitó a memorizar la conversación para narrármela con todo detalle. No podía olvidar que su fidelidad a Macrón le hizo depositar un puñal en mi mano la tarde que me azotaron. Confiaba así más en él que en Herodes o en Pilato. Tampoco es que Casio fuese un dechado de bondad. Le movía también su ambición para derribar a Greco y convertirse en la mano derecha del prefecto.

Ambos coincidimos en que era urgente deshacernos de Greco para no poner en peligro la Misión Columba. Tampoco podíamos permitir que atentase contra el buen nombre de Macrón ni el de su hija. Pilato seguramente hubiera hecho lo mismo, aunque su parentesco con Greco se lo impedía.

Anhelaba más que nunca acabar con él, pero no quería precipitarme. Tampoco podía cometer errores. Si algo había aprendido del cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano, hermano de Escipión, era a ser un hombre prudente, reposado y calculador. La venganza, que para mí era justicia, requería ahora cierta parsimonia.

Podía resultar exasperante, pero no por ello innecesaria. Acabar con Greco se había convertido en un ejercicio de estrategia militar donde la calma y la dilación darían a buen seguro el fruto esperado. Además de evitar el escándalo y que la Misión Columba se fuera al traste, iba a poder aplacar, al menos en parte, las pesadillas que me acechaban por las noches y que me torturaron durante mi tiempo en prisión. Nunca olvidé su cara, aunque ahora se hallase en el otro extremo del mundo conocido.

Respecto a Máximo, en cuanto su jefe estuviese muerto acataría las nuevas órdenes de Casio por pura conveniencia. Greco tenía los días contados.

Afueras de Jerusalén, 32 d. C.

—¡Suéltame ahora mismo, Lucio Fedro, si no quieres que todo el mundo se entere de que Flavia es la hija de una fulana y de que su padre es un embustero! —gritaba Marco Greco, enrojecido de cólera, con el *puglio* de doble hoja sobre su gaznate.

Era un hombre robusto, de mediana estatura, con parte del cabello encanecido, la nariz redonda y pigmentada de púrpura como un rábano, los ojos de ofidio y una expresión a menudo contraída y proclive a la náusea.

Yo estaba calmado, quizá demasiado y eso me daba miedo incluso a mí. Disfrutaba del sufrimiento y la tortura que iba a infligir a aquel desgraciado y quería recrearme en cada momento.

—Te reconocí en cuanto te vi —le dije con calma y voz melodiosa.

El filo del puñal de Casio había hecho un ligero corte en su cuello por el que manaba un hilillo de sangre. Bien saben los dioses que si hubiese dependido de mí, le habría decapitado allí mismo sin contemplaciones, y su cabeza de saurio, con las mandíbulas repletas de afilados dientes amarillentos, habría rodado pendiente abajo desde las estribaciones del monte Hermón hasta la desembocadura del Jordán, en la costa norte del lago de Genesaret.

Retiré mi mano de su cuello y le hice sentar en el suelo, maniatado.

—Tú sabías de la crueldad de Cecilio —le increpé—. Pero cuando entraste y viste su cuerpo sin vida en el suelo y a mí con el *pugio* en la mano, no dudaste en acusarme.

Greco sonrió con la boca llena de sangre. La imagen de la pequeña Junilla me volvió a azotar con fuerza. Intenté espantar el recuerdo con un nuevo golpe en el rostro de Greco que le hizo sangrar por una ceja.

—¡Mereces una muerte dolorosa, víbora inmunda! —Mi ira iba en aumento con cada uno de sus gestos—. Urdiste un plan para quitarme de en medio y ocupar mi puesto como hombre de confianza de Macrón en Roma.

—Ese malnacido al que llamas padre me expulsó del cuerpo de vigiles y ordenó mi traslado al exilio de Jerusalén para condenarme al ostracismo —confesó mientras escupía una masa sanguinolenta en la que me pareció distinguir un diente.

—Después de que te sorprendieran metiendo la mano en las arcas de plata —le reprendí. Su gesto mostraba sorpresa. No imaginaba

que yo estuviera al tanto de esa información—. ¡Ah, que pensabas que no lo sabía! Da gracias a que eres el cuñado de Pilato. De lo contrario, te habría ordenado ejecutar.

—¡Yo mandaba una cohorte de mil hombres siendo tribuno del orden ecuestre! —berreó Greco con las venas del cuello de caimán a punto de estallar—. Y ahora mírame, en esta tierra inmunda como un vulgar centurión a las órdenes de Pilato.

—No te mereces ni eso —le maldije—. En cuanto puse un pie en el puerto de Cesarea viste la oportunidad de vengarte. No te bastó con que me mandaran a prisión, tenías que dar rienda suelta a tu crueldad.

El eco de mi puñetazo retumbó en sus mandíbulas. Greco permaneció un rato tendido en el suelo, atolondrado. Tuve que espabilarlo vapuleando sus mejillas hasta que pudo sentarse de nuevo.

—Si me matas ahora, todos sabrán que Flavia es hija de una esclava griega —amenazó—. Ningún romano que se precie de serlo querrá casarse jamás con ella, incluido el inútil de Benicio Quinto Celso.

—¿Cómo sabes tú eso, desgraciado? ¿Quién te ha contado semejante calumnia? —le interpelé, agarrándole del pescuezo con mi brazo izquierdo, mientras con el derecho apretaba el puñal contra su garganta a punto de rasgársela.

—Tengo mis propios medios —confesó Greco con una risa cáustica —. Les vigilé durante meses, el resto fue pura deducción. Intentaron ser discretos pero no lo suficiente. Cuando Adara preparaba su

partida a Britania, la abordé en plena ciudad y la conduje hasta un callejón oscuro y silencioso. Allí la obligué a confesar. La amenacé diciéndole que si no firmaba, Flavia lo pagaría. No tuvo más remedio que acceder, pues de lo contrario yo hubiese propagado que Flavia era hija suya y al final ella habría perdido así la ciudadanía romana. Por no hablar del enorme escándalo que habría supuesto para Macrón y su esposa Ennia, que aún vivía.

Una risita maléfica, de siniestro bufón, se dibujó una vez más en su desagradable rostro. Y aunque debía ser paciente, no pude evitar darle un golpe tan fuerte que lo dejé sin conocimiento. Marco Greco simbolizaba tan solo el triunfo de un perdedor. Pronto ese miserable recibiría su merecido.

26

BANDEJA DE PLATA

Palacio de Herodes en Jerusalén, 32 d. C.

Nos reunimos con Herodes Antipas en su espléndida atalaya de la Ciudad Santa. La concupiscencia de la carne le condujo hasta Jerusalén para disfrutar de la compañía de otra de sus rameras.

Como todos los perversos psicópatas, Herodes el Grande tenía también su lado sentimental que le llevó a conservar la memoria de su hermano Fasael dedicándole aquel torreón, tras enterarse de que se reventó el cráneo contra las paredes de su mazmorra cuando estuvo prisionero de los partos.

Ahora, su hijo Herodes Antipas ocupaba ese palacio cada vez que iba a Jerusalén, construido en su interior con mármol blanco, piedras africanas, frigias y laconias, alabastro y otros mármoles azulados y púrpuras; y en el exterior, con grandes bloques de piedra. El esplendor de su ornamentación dejaba boquiabiertos a los visitantes, y la mayoría de los enseres de sus estancias, provistas de un centenar de camas para los huéspedes, eran de oro y de plata.

Casio y yo atravesamos numerosos pórticos que se sucedían en círculo uno tras otro, y varios patios reverdecidos con toda clase de vegetaciones, que desembocaban en paseos bordeados por canales

y estanques con estatuas de bronce de las que borboteaba el agua de formas diferentes.

Antipas nos aguardaba en un ostentoso salón decorado con tapices de Babilonia y varias parejas de candelabros de Egina posados sobre una enorme plancha circular veteada de madera de tuya crecida junto al Atlas. Estaba sentado en el sillón del trono como si fuera un rey en lugar de un tetrarca.

—Debe tratarse de algo importante… —dijo sin rodeos.

—Prometí informarte de todo.

—¿Quién te acompaña?

—Es Casio, uno de los centuriones de Pilato. Está al corriente de la Misión Columba —le dije para tranquilizarle—. Estuvo presente en la reunión entre Pilato y Greco en la Prefectura —le informé.

—¡Cómo detesto a ese canalla de Greco! —añadió Herodes.

El odio de Herodes hacia Greco era notorio. El centurión amenizaba sus noches de borrachera con los otros soldados asegurando que el tetrarca le daba más importancia a los muslos de una mujer que a la Pax Romana con la que Augusto inauguró su reinado. Aseguraba también que era un hombre débil por sucumbir a los deseos de una mujer y mandar cortarle la cabeza al que llamaban el Bautista. Y aunque Greco estaba en lo cierto, nuestra misión era persuadir a Herodes para que nos diera libertad y poder ejecutar a Greco y acabar así con la amenaza.

—¿Y ahora qué diantres sucede con ese pájaro? —añadió molesto.

—Ordenó al centurión Máximo seguirme hasta Cafarnaúm y este averiguó que yo había ido a verte a Masada.

—Ese hombre es el hedor de una miserable letrina.

—También revocó la orden del magistrado para darme veintiún latigazos por su cuenta, en lugar de quince con un *flagrum taxilatum*.

—¿Por qué hizo tal cosa? —preguntó Herodes con poco interés.

—Asuntos personales del pasado —dije, y cambié de tema para no seguir hablando de un episodio de mi vida que me causaba tanto dolor—. El problema es Flavia… Amenazó con desvelar que es hija de una esclava griega.

—Suena a mofa, no creo que hable en serio —afirmó Herodes.

—En cualquier caso, la Misión Columba corre peligro si Greco posee esa información. —Tenía que conseguir mantenerle interesado en la conversación para poder cumplir con mi objetivo.

Omití a propósito decirle que Macrón me había confesado su secreto antes de abandonar Roma, y que si no hundí el puñal en la garganta de Greco fue porque este me aseguró que si lo hacía, publicaría entonces las pruebas de su acusación.

Herodes reflexionó unos instantes. Sin darse cuenta, estaba cada vez más cerca del cebo que le estaba poniendo delante. Quería acabar con Greco pero necesitaba su aquiescencia, y para ello él debía creer que había sido idea suya.

Al cabo de un rato, al fin me señaló y dijo:

—Ya sé lo que haréis… —Realizó una nueva pausa para añadir más dramatismo—.Vais a servirme su cabeza en una bandeja de plata, como hice con el Bautista.

—Admiro tu discreción —le dije a Casio mientras cruzábamos poco después el hermoso pórtico que rodeaba el palacio—. A este paso llegarás a ser mejor espía que yo —bromeé.

—Me limito a seguir los consejos de Marco Porcio Catón —repuso él—: «La primera virtud es frenar la lengua y es casi un dios quien, aun teniendo razón, sabe callar».

Estábamos tan contentos y ávidos de venganza que no reparamos en que alguien nos había visto salir juntos del palacio de Herodes.

27

LA ESTRELLA

Llanura de la Baja Galilea, 32 d. C.

María de Magdala y Caleb me llevaron a recorrer la ribera del lago de Genesaret y nos adentramos luego juntos en las colinas de la Baja Galilea. ¡Con cuánta delicadeza se detenía ella a contemplar los lirios del campo y las flores amarillas de los eneldos, como preciosas gemas…!

De aquella dulce mujer de mirada profunda y serena aprendí yo a distinguir los aromas de las pequeñas flores violáceas de la menta, del comino, la ruda, el nardo, tan apreciado para los perfumes, o de la olorosa madera del aloe que teñían de ricos colores las fértiles llanuras. Ella veía también la mano de Dios en las aves del cielo.

—¿No oyes cantar a los jilgueros sobre la morera? —me dijo, señalando la copa abierta del enorme árbol.

María veía a Dios como el creador de todo para uso y disfrute de sus criaturas. Y yo era, según ella, una de las que le inspiraban más compasión: huérfano desde niño, sumido en la guerra con solo quince años y flagelado para escarnio público en la plaza de Jerusalén. Pero yo solo la veía a ella como la testigo privilegiada que

podía proporcionarme las pruebas concluyentes para incriminar al Nazareno.

—¿Quieres que te cuente cómo nació Jesús? —sugirió ella, sentada conmigo en un saliente rocoso de la verde pradera, mientras Caleb doblaba los largos tallos de los cardos, introduciéndolos en su hatillo, para cocinarlos luego.

—Claro que sí —asentí.

—María, su madre, me contó el día en que llegó con José a Belén, desde Nazaret, embarazada y tras un largo viaje de cuatro días a paso de asno —comenzó a explicarme—. José había estado antes en Jerusalén, entregando el ganado para la ofrenda, y desde allí fue a Belén para informarse del censo y del tributo, pues cada uno debía inscribirse en su lugar de nacimiento.

—¿Por qué en Belén, si ellos residían en Nazaret?

—Como ya sabes, aquí el empadronamiento no se realizaba en el lugar de residencia sino en el país de donde procedía la familia. Un edicto de César Augusto dispuso que se inscribiesen en el censo los habitantes de todo el orbe y, en cumplimiento de este, María y José debieron empadronarse en Belén treinta años antes de que Juan el Bautista apareciese en el Jordán. Subieron así ambos hasta la ciudad de David llamada Belén, pues José pertenecía a la progenie de David.

—Entiendo… —asentí.

—Así que debieron atravesar la llanura de Esdrelón para dirigirse hacia el sur, de aldea en aldea, penetrando en el territorio cismático de Samaría hasta alcanzar finalmente Judea, donde se hallaba Belén.

—Y José, entre tanto, llevando el asno del ronzal…

—Qué remedio. El viaje resultó penoso por las numerosas pendientes y el deteriorado pavimento, pues aún no existía la vía romana. María aguantó como pudo el trotecillo insistente que sacudía la montura.

—Un peligro para el bebé que llevaba dentro.

—Menos mal que era Jesús, el Mesías que debía nacer según los grandes profetas, y lo escrito debía cumplirse al pie de la letra. A la entrada del caserío de Belén encontraron el albergue de Canaán que diez siglos antes levantó para sus rebaños el Galaadita, hijo de un amigo de David. Era todo menos confortable: un recinto sin techar a cielo abierto, rodeado de un alto muro a lo largo del cual se extendía un cobertizo con estancias más pequeñas; las bestias se reunían en el centro, y las personas como José y María, con su bebé en las entrañas, se refugiaban en los porches. María dio a luz allí mismo a Jesús, lo envolvió en pañales y lo reclinó sobre un pesebre lleno de juncos y hierbas, revestido con un cobertor que pendía de los costados. El pesebre estaba sobre un abrevadero de piedra situado a la entrada del albergue rural.

—Explícame, María, cómo siendo el hijo de Dios, nació como un esclavo —dije asombrado.

—Jesús quiso darnos una lección de humildad a todos desde su mismo nacimiento, para que lo imitemos en lugar de apegarnos al boato y los oropeles de este mundo —me narró María con tanta pasión que era imposible no prestarle atención—. Pero todo el mundo se enteró y vinieron personas de muchas partes a adorarle. Incluso tres reyes de tierras orientales que se enteraron del natalicio le visitaron con regalos. Dios les guio hasta Belén por medio de una estrella. Ellos estudiaban los astros y los conocían bien. Detectaron

un signo en aquel fenómeno celeste: los Reyes Magos vieron una estrella con los ojos, pero a la vez recibieron una iluminación en su mente.

Caleb había guardado ya suficientes tallos y raíces de cardo en su morral, y al escuchar mi pregunta se unió a la conversación.

—No olvides, Lucio, que él es el dueño y señor del firmamento —añadió Caleb.

—¿Eran magos de verdad? —pregunté ya fascinado del todo. Pensé en lo mucho que hubiera disfrutado Macrón con aquella historia.

—Pertenecían al pueblo de los Magói, de ahí su sobrenombre de magos, integrado en el imperio de los medos. Practicaban una religión dualista, proveniente del legendario Zoroastro, y adoraban a Ormuz, cuya pupila era el mismo sol. Este culto dio origen a una religión de carácter astral que incluía la observación de los cuerpos celestes.

—¡Caramba! ¡Cuánto sabes, Caleb! Pero ¿por qué adoraron a Jesús?

—El nuevo Mesías vino a la tierra para traer la salvación a todos sin excepción —me explicó—. Por eso llegaron desde una región remota. Su caravana de camellos siguió a la estrella.

No ponía en tela de juicio la belleza de aquel relato ni el hecho de que llegara a fascinarme como un cuento de hadas. Pero en realidad era solo eso: una historia infantil construida con una imaginación desbordante. Al fin y al cabo, se trataba de una leyenda o de un mito para levantar sobre él la existencia de un falso Mesías que nada tenía que ver con los dioses mayores de la tríada capitolina: Júpiter, Marte y Quirino.

De los tres, con permiso de Marte, el dios de la guerra, Júpiter constituía para mí el sumo aliado de mi existencia. Bajo su tutela quedaban todos los fenómenos que los Magos de Oriente debieron de observar en el cielo: claridad, lluvia, nieve, granizo, relámpagos, rayos y, por supuesto, estrellas.

Cuando María de Magdala me relató la concepción virginal de la madre de Jesús sentí un gran rubor ajeno. Era incapaz de creer que una virgen de catorce años como ella se hubiese quedado encinta de José, que le doblaba la edad, solo porque, como decía ella, «el poder del Altísimo la hubiese cubierto con su sombra».

Me resultaba igual de disparatado el argumento de María de Magdala para justificar que José no la hubiese repudiado en público por quedarse embarazada sin cohabitar con él. María me contó que cuando él decidió rechazarla en secreto se le apareció un ángel para decirle: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu esposa, pues lo que se formó en ella es obra del Espíritu Santo».

Pero aun pareciéndome ridículas, debo reconocer que las historias de ángeles me entusiasmaban tanto como la que María de Magdala estaba a punto de referirme también.

28

INFANCIA Y JUVENTUD

Campos de la Baja Galilea, 32 d. C.

—Cuando Herodes supo que los Magos buscaban a Jesús —añadió María de Magdala—, los animó a ir a Belén para que a su regreso le indicasen dónde estaba el niño porque él también quería adorarle.

—Mentía como un bellaco —advertí.

—Pretendía matarlo. Todo su reinado estuvo marcado por oleadas de sangre inocente. No contento con asesinar por separado a uno u otro, llevó también a cabo ejecuciones en masa, como la de los cuarenta jóvenes quemados vivos con antorchas por derribar el Águila dorada, un ídolo que el tirano mandó colocar en la fachada del templo.

—Conozco ese horrible crimen…

—Herodes se proponía hacer lo mismo con Jesús, pero los Magos, tras rendir pleitesía al niño Dios, regresaron por un camino distinto para evitar su palacio, como les había ordenado un ángel en sueños. Pusieron así rumbo hacia Arabia, de donde provenían, penetrando en el desierto por Thecua y Engadí, en la ribera occidental del mar Muerto, para dirigirse desde allí a la llanura de Moab.

—Supongo que Herodes montaría en cólera… —conjeturé.

Sentado junto a nosotros en la pradera, Caleb terció de nuevo en la conversación:

—Mandó matar a los niños de hasta dos años. Como en la aldea de Belén había entonces unas dos mil almas y cada año nacían alrededor de treinta niños de ambos sexos por cada mil habitantes, debieron morir unos treinta varones en total.

—Pero Jesús huyó a Egipto con sus padres… —dije.

—Sí —asintió María—. Un ángel del Señor se le apareció a José en otro sueño diciéndole que escapara a Egipto con Jesús y su esposa, y que no regresasen hasta que él les avisara. María me explicó que los tres caminaron, con ayuda de un jumento, por la pista de las caravanas que bordeaba la costa para esquivar el océano de arena del interior donde no crecía ni un solo arbusto. Pero conforme se acercaron al delta del Nilo, la ruta se tornó arenosa y desprovista de vegetación, lo cual hizo el avance más fatigoso bajo un sol ardiente. De noche, reposaron. El viaje de seis jornadas no estuvo exento de obstáculos y sobresaltos, pero también de momentos de consuelo, como el de los dos bandidos que, compadecidos de su miseria, les procuraron vituallas.

Caleb me contó que Egipto era entonces un país seguro para los fugitivos. Había sido un antiguo refugio de muchos israelitas como Abraham, los hijos de Jacob, Jeroboam, Jeremías y el sumo sacerdote Onías IV, quien había erigido un templo en Leontópolis para la colonia judía hacía más de siglo y medio.

Jesús, María y José permanecieron en una cripta localizada en pleno arrabal de Heliópolis. A María le encantaba sentarse bajo un sicómoro gigante plantado en Matarieh, al sur de la ciudad egipcia, cerca de Heliópolis. Era un árbol de mucha tradición en la historia

hebrea, hasta el punto de que entre los funcionarios reales de la corte de David había uno denominado «intendente de olivares y sicómoros». Muy parecido a la higuera, sus frutos eran abundantes y perduraban todo el año; tenían un sabor algo ácido que se paliaba punzándolos antes de que madurasen. Al apoyarse en la tierra, el tronco se ensanchaba y poseía unas raíces profundas en forma de pies gigantes que sugerían la idea de que el árbol echase a andar en cualquier momento.

María de Magdala me refirió otro suceso más fantasioso que real: ella recurrió de nuevo a los ángeles para explicarme que la estancia de la «Sagrada Familia» en Egipto, como la denominaba, duró poco más de un año hasta que, muerto Herodes, un serafín se apareció a José de nuevo en sueños ordenándole regresar. Una vez en Israel, José se enteró de que en Judá, donde se hallaba Belén, reinaba Arquelao, hijo de Herodes. Y temiendo que fuese tan malvado como el padre, se alejó de allí con su familia y subió hacia el norte para establecerse en Nazaret, donde él y María habían vivido en su juventud. En opinión de Bartolomé, extrañado de que pudiese salir algo bueno de Nazaret, en alusión a Jesús, obedecía en parte a que la situación de esta aldea había quedado un tanto marginada de la historia del pueblo hebreo, según me contó Caleb. No en vano, Nazaret había sido excluida de la Vía Maris que unía Damasco con el sur de la región y Egipto, y constituía una de las rutas comerciales más importantes de la época. La localidad carecía además de caminos trazados y seguros que la uniesen con el resto de Israel. Pero aun así, José decidió vivir con su familia en aquel lugar apartado y modesto.

—Su casa tenía una sola estancia, impregnada del inconfundible olor del aceite de oliva que allí tanto se consumía —me indicó María —. El humo, al cocinar o encender las brasas, salía por la única puerta que había; y de noche, una sencilla lámpara de arcilla colocada sobre un candelero de hierro alumbraba sutilmente el interior. La leña quemada durante años en aquel mismo lugar había alquitranado las paredes.

—Una casa más propia de un mendigo que de un príncipe — distinguí.

—En aquella vivienda —añadió ella— transcurrieron los primeros años de la infancia de Jesús, o más bien en la calle y en las plazas vecinas, puesto que la falta de espacio interior y el clima propicio trasladaron buena parte de las tareas domésticas al aire libre. La educación del niño recayó sobre su madre, y José se encargó de que la recibiera primero en el hogar y más tarde en la escuela.

—¿Cómo se le educó?

—La enseñanza se centró al principio en los mandamientos de la Ley de Dios y en las Sagradas Escrituras, que para el niño hebreo constituía su libro de cabecera para aprender tanto los preceptos de su religión como la historia, geografía y los rudimentos de otras disciplinas complementarias. Los estudios dependían en una segunda fase de la sinagoga, dirigidos por una especie de alguacil del venerado lugar. En la escuela primaria, los alumnos de cinco años en adelante repetían a coro los versículos de la Torá sentados en el suelo, alrededor del rollo de la Ley. Un proverbio decía: «Hay que engordar a un niño con la ley, como se ceba a un buey en el establo».

—Tengo entendido que Jesús trabajó luego con su padre en un taller de carpintería.

—Así fue. Concluidos los estudios elementales, él aprendió la ocupación de José; ya sabemos lo que versa el proverbio: «Quien no enseña a su hijo un oficio, le enseña a ser ladrón».

María siguió explicándome que Jesús laboraba en un banco de carpintero alisando tablas y apoyándolas luego en la pared. Siempre comprobaba si el objeto estaba perfectamente acabado y jamás perdía la paciencia durante la tarea, por más que se le cayese una herramienta al suelo, la madera tuviese algún nudo difícil de pulimentar, o la nube de humo le irritase los ojos. Trabajaba sin prisa pero sin pausa, vestido siempre con una túnica corta remangada hasta más arriba del codo y un delantal por delante. Conocía en realidad todos los oficios de la madera: lo mismo escuadraba las vigas que sostenían las terrazas, que fabricaba yugos, varas de carro, camas, cofres, sitiales, artesas o amasaderos.

Para la familia de Jesús era muy importante también el calendario judío que giraba alrededor de tres fiestas, la principal de las cuales era la Pascua, celebrada durante el mes de nisán. Alrededor de doscientos mil peregrinos, además de los cincuenta mil habitantes de Jerusalén, se reunían en el templo y en sus inmediaciones para festejarla.

—¿Jesús estuvo allí de niño con sus padres? —pregunté a María.

—La primera vez tenía doce años, y permaneció en la Ciudad Santa una semana entera, llamada de los Ázimos. Sus padres, creyendo que iba en la caravana de regreso a Nazaret, se pusieron a buscarle entre los parientes y conocidos, y como no lo encontraron, volvieron muy preocupados a Jerusalén. Al cabo de tres días, lo

hallaron por fin en el templo sentado en medio de los maestros mientras los escuchaba con gran atención y formulaba toda clase de preguntas brindándoles sus agudas reflexiones. Los presentes quedaron sorprendidos de su talento. María le regañó por comportarse así con ellos, pero él contestó: «¿No sabíais que debía estar en la casa de mi Padre?». Sus padres no le comprendieron al principio. Años después, su madre me dijo que no había sufrido tanto como durante aquellos tres días.

Escuchaba embelesado la narración de María. Era digno de admirar cómo entrelazaban los datos reales e históricos con las fabulaciones de Jesús. Resultaba obvio que se había creado una vida; un nacimiento, una infancia, un periodo iniciático y hasta un padre celestial que le transmitía sus mensajes.

—Su madre me lo explicó muy bien —continuó diciendo María—. Él era un muchacho como los demás: sano, alegre, inteligente y despierto, y en todo sumiso y obediente. Pero en su vida interior, conforme crecía en sabiduría y edad, iba fortaleciéndose la presencia de quien él llamaba su Padre, de cuya voluntad dependía y en cuyo templo se encontraba como en su propia casa. Era así un ser superior frente al que se empequeñecía cualquier criatura mortal.

María me vio sacudir la cabeza desconcertado.

—No te preocupes, Lucio. Pídele a él que aumente tu fe.

Ella me contó también de qué se alimentaba Jesús. Debía saberlo todo sobre él para poder dilucidar si era en verdad un hombre excepcional, o tal vez algo más… Pero no comía nada distinto del pueblo galileo: pan de cebada, aceite, muy poca carne, huevos, requesón, legumbres… Y en los días festivos, «pescados asados que fertilizan el cuerpo del hombre», como decían los rabinos.

Supe también por ella cómo murió José. Uno de aquellos días, mientras Jesús trabajaba en el taller de carpintería, irrumpió su madre urgiéndole a que la acompañase hasta una habitación contigua donde se hallaba su padre agonizante sobre un lecho. El hijo le ayudó a incorporarse levemente apoyando su espalda sobre almohadones y besó su mano, inclinándose hacia el moribundo para susurrarle al oído un salmo. Poco después, elevó la voz para que pudiese escucharle.

—Que mi bendición te acompañe —le dijo.

Mientras su madre le acariciaba intentando retener sus lágrimas, Jesús se acomodó en el borde de la cama y atrajo hacia sí al desahuciado, que instantes después expiró en sus brazos. El muchacho tenía diecinueve años y le faltaban aún doce para iniciar su ministerio público.

Poco a poco iba conociendo mejor a aquel a quien llamaban el Profeta. Y aunque su historia era poco convincente, por fantástica e inverosímil, también resultaba fascinante. Casi tanto como su carisma. Y sin saber cómo, me sorprendí a mí mismo con un deseo irrefrenable de volver a coincidir con Jesús.

29

Petronila

Casa de Pedro en Cafarnaúm, 32 d. C.

Una mujer de mediana edad, embozada en una túnica azul ceñida a la cintura con un cordel del mismo color, apretó el paso en dirección a la sinagoga de Cafarnaúm. Poco después, se detuvo ante la puerta de una casa y llamó con grandes aldabadas.

—Buenos días, Petronila, no hace falta que golpees tan fuerte el portón —saludó Lía en el umbral, haciéndole un gesto con la mano para que entrase—. ¿Qué haces tú aquí? ¿A qué viene esa cara de luto? ¿Ha muerto alguien…?

—Lo siento, hija. Debo contarte algo muy importante —contestó ella, en tono de pésame.

—Iba a desayunar sola. Pedro y Andrés aún no han regresado de pescar y es probable que estén ahora con el Maestro. Siéntate conmigo y cuéntame…

Petronila se acodó sobre una mesa redonda de madera con remates de bronce donde había posada una fuente de metal con grano tostado, otra con higos secados al sol, y una bandeja con tostadas de pan de cebada mojadas en aceite para untarlas con ajo, cebolla y rábanos negros. La noche anterior, Lía había triturado el

grano de cebada entre dos muelas de piedra, y ahora hizo ademán de servir a Petronila una taza de leche de oveja.

—Tiene todo una pinta estupenda, pero no tengo apetito —se disculpó nerviosa.

—¿Qué te ocurre? Tranquilízate.

—Sabía que ese hombre no era de fiar.

—¿Quién…?

—Fredo.

—Fedro, Lucio Fedro —corrigió Lía.

—Ese… Nunca me gustó.

—Ni a mí, ya lo sabes. ¿Qué sucede con él…?

Petronila llevaba años como criada en casa de Herodes. Era de su total confianza, pero desde hacía tiempo seguía a Jesús en secreto. Si su jefe la descubriera, la mandaría despellejar viva. Arrancó su preludio con voz trémula, trabándose. Sus ojos vivaces y encajonados sobre agrestes pestañas, y su fina nariz aquilina, le conferían un aspecto de ave rapaz con los cabellos erizados como los de Medusa, o los de Euménides. Había alcanzado ya el pináculo de la inquietud.

—Lucio Fedro vino a ver a Herodes.

—¿Estás segura de lo que dices…? ¿Era él…?

—Tan segura como que Jesús es Dios.

—Explícamelo todo despacio, sin omitir el más mínimo detalle.

—Hace unos días… El viernes —concretó la mujer.

—Sigue…

—Herodes dispuso su comitiva a Jerusalén. Aquella tarde, poco antes de ponerse el sol, la guardia del tetrarca franqueó el paso a dos hombres.

—¿Estás segura de que era él? —insistió Lía con interés.

—Bueno… estaban lejos, pero… sí, era él.

Pese a que las dudas de Petronila hicieron desconfiar a Lía, quería tener todos los detalles. La información podría ser una moneda de cambio más valiosa que el oro.

—Descríbeme al otro hombre —le pidió.

—Tenía aspecto de militar, aunque no vestía uniforme. Un poco más bajo que su acompañante, moreno y delgado, pero fuerte. Era un centurión, de eso estoy segura. Los vi entrar desde la ventana de mi habitación, que da a un lado de la fachada principal.

—Debía de ser un asunto importante para que Herodes los recibiese al anochecer —observó Lía casi para sí misma—. ¿Escuchaste algo?

—Había un guardia en la puerta, así que no tuve más remedio que improvisar y decirle que me dejase entrar para preguntar si Herodes y sus invitados deseaban tomar algo, pero él me cerró el paso.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. Solo escuché a Herodes gritar. Cada vez que perdía los estribos se ponía a brincar de un lado a otro lanzando aullidos lastimeros. Debía de estar enfadado con alguien, pero no distinguí su nombre por más que él lo repitió. Dijo algo así como que iban a darle su merecido…

—¿Lucio Fedro, un aliado de Herodes? —reflexionó Lía en voz alta.

—Tal vez, pero al menos sabemos que no es quien dice ser. ¿Por qué le mandarían flagelar, entonces? Hay que avisar a Jesús —sugirió Petronila.

—El Maestro se ha convertido en una amenaza para Roma porque se opone a sus ídolos, niega que el César sea un dios y cuenta cada

día con más adeptos. —Lía continuó.

—Pero si él no hace daño a nadie y predica el pacifismo… —arguyó Petronila.

La mujer de Pedro hacía honor a su nombre, que significaba «leona»: era vigilante, desconfiada y muy intuitiva. Olía a distancia el inconfundible perfume de la sospecha. En eso se asemejaba a Lucio. Podría haber sido también espía, como él, porque actuaba de manera astuta y perceptiva, llevándose una impresión muy acertada de las personas y las situaciones con rapidez y precisión. Era una observadora aguda, captadora de los detalles que a otros pasaban inadvertidos, y dotada de una excelente memoria para recordar nombres, rostros, lugares y hechos con pasmosa exactitud. Mental y emocionalmente equilibrada, también era capaz de mantener la calma bajo presión y tomar decisiones claras y racionales aun en las situaciones más tensas. Se mostraba además inquieta e independiente como una felina.

—La primera vez que vino a esta casa ya no me gustó. Vi algo extraño en su mirada que me hizo desconfiar de él —razonó como si hubiera descubierto un tesoro.

—¿Y qué hacemos? —dijo Petronila encogiéndose de hombros.

—Hablaré con Pedro y Andrés en el momento oportuno. Ese farsante representa una amenaza. Aunque me preocupa Andrés —añadió—. Lucio se ha granjeado su respeto y afecto. Le trata como a un hermano y, como él es tan testarudo, sé que me costará disuadirle.

—A ti nadie se te resiste —sonrió Petronila hundiendo sus mejillas y mostrando su único incisivo superior que daba a su rostro un aspecto de duende.

Lía dio un sorbo al tazón de leche y se llevó un higo seco a la boca. Mientras lo masticaba, parecía urdir en silencio su propio plan para desenmascarar a Lucio Fedro.

30

El cofre

Palacio de Herodes en Jerusalén, 32 d. C.

Herodes Antipas se bañaba una vez por semana en agua de rosas. Era tan presumido que le seducía despachar luego sus asuntos de la tetrarquía o salir a la calle oliendo más que dos cortejos fúnebres. Otras veces, sustituía las rosas por leche de burra para conservar la suavidad de la piel, como una mujer.

Su cuerpo flácido de colosal batracio, con el abdomen lardo y pringoso, se sumergía en la piscina de agua caliente de su palacio en Jerusalén, y a duras penas lograba chapotear sin hundirse, incapaz de dar dos brazadas seguidas. Diríase que aquel ballenato adiposo había nacido para disfrutar hasta el paroxismo de los cinco sentidos del ser humano, entre los cuales el gusto por la comida y las mujeres le erigían en el indiscutible rey sin corona, a diferencia de su padre. Tenía la coronilla calva, pero en la nuca le crecía, larga y rizada, una pelambrera de color canela, como su hirsuta barba.

Con el cuerpo aún mojado, bajaba luego por unas escaleras para zambullirse en un receptáculo más pequeño y tomar un baño turco, sentado en un poyete abierto rodeado por agua caliente que facilitaba el flujo de vapor que iba envolviéndole por todas partes,

como a un esturión ahumado. Disfrutaba como nadie en aquel trono tan particular.

A Herodes le secundaba un enjambre de sirvientes, cada uno de los cuales tenía su propio cometido: guardarle la ropa, acompañarle en el baño, llevarle las toallas para cuando se sumergía en la piscina o secarle al salir del agua. Vivía a cuerpo de rey sin serlo.

—Benicio Quinto Celso le aguarda arriba, señor —avisó uno de los criados.

—¿Se puede saber qué quiere ahora…? —repuso Herodes con fastidio.

—Debe de ser algo importante…

—Pues dile que me espere en el salón del trono. Y tú, Aurelio, ayúdame a vestirme —ordenó molesto.

Cuando Herodes irrumpió en el salón, minutos después, vio a Benicio sentado en una butaca de madera de arce tapizada de terciopelo, con un cofre reforzado con herrajes sobre las rodillas.

—¿Qué llevas ahí…? —inquirió altanero.

—No lo sé, señor. Está cerrado.

—¿Y por qué no lo abres?

—Lo han enviado a su nombre, señor. Debe de contener algo de valor, y además, pesa bastante.

—¿Y la llave?

—Aquí está —dijo Benicio, mostrándole una pieza de bronce.

—¡Ábrelo! ¿A qué esperas?

Benicio introdujo la llave en la cerradura y levantó despacio la tapa de madera.

—¡Por todos los dioses! —exclamó azogado.

Herodes lo miró, incómodo por el sobresalto de su hombre de confianza. Eso hizo que su curiosidad y atención aumentaran. Se acercó al cofre para comprobar cuál había sido el motivo de la conmoción.

—*Ammazza!* —gritó dando un brinco, y el receptáculo casi se le cayó al suelo.

Pero enseguida pareció calmarse, absorto en su contemplación.

—Mira que era feo el muy canalla —susurró complacido.

Ante su mirada y la de Benicio tenían la cabeza de Marco Greco, seccionada desde la yugular, y, con los párpados aún abiertos, sus ojos parecían observarlos desde la profundidad de sus cuencas.

—¿Lo sabía, señor? —balbuceó Benicio.

—Ignoraba que Lucio Fedro fuese tan refinado —respondió con sarcasmo—. Reconozco que tiene un gusto exquisito para envolver los regalos. Ahora que lo pienso, es mejor el cofre que la bandeja porque añade el factor sorpresa.

—¿Lo sabía, señor? —insistió.

—¡Claro que lo sabía, idiota! Le pedí a Lucio Fedro la cabeza de Greco en una bandeja de plata, pero él ha preferido obsequiármela en este bonito cofre de madera y, la verdad, no puedo reprochárselo.

—¿Por qué le encargó matarlo?

—Mi querido Benicio, el juez supremo soy yo mismo y ya le he condenado.

Herodes no podía ser más explícito. ¿Cómo iba a decirle a Benicio que Greco había amenazado con divulgar que su prometida Flavia era la hija de una esclava griega? Tampoco podía revelarle la

existencia de la Misión Columba, ni mucho menos que Lucio Fedro era el espía comisionado por Roma para seguir a Jesús de Nazaret. Si lo hacía, Tiberio le cortaría tarde o temprano la cabeza, como él había hecho con la de Greco.

—¿Y ahora qué…? —preguntó Benicio.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué dirá Pilato ahora…?

—Ni lo sé ni me importa. Estoy seguro de que se alegrará de que se lo hayan quitado de encima.

—Creerá que ha sido Lucio Fedro.

—Es posible, pero no podrá demostrarlo.

—Máximo me contó que Lucio Fedro y Greco discutieron en presencia de Pilato.

—¿Y…?

—Parece suficiente motivo para que el prefecto sospeche de Lucio.

—Ya te he dicho que las sospechas no son pruebas.

A punto de concluir la conversación, Benicio sorprendió a Herodes con una cuestión muy comprometida. Aguardó hasta el final, con la astucia del zorro, para hincarle el colmillo en plena carótida pillándole desprevenido:

—¿Qué hacía usted, señor, tratando con ese traidor de Lucio Fedro?

El tetrarca enmudeció. Los perversos como él se quedaban acorralados.

Sintiéndose atrapado, Herodes soltó un órdago repentino:

—Como digas algo, Benicio, te juro por Júpiter que todo el mundo sabrá que Flavia es hija de una miserable esclava.

—¿Cómo osa decir eso, señor?

—Porque es la pura verdad. Si ordené matar a Greco, fue entre otras cosas porque él me mostró las pruebas y amenazó con publicarlas.

—¡Cómo dice!

—Nadie, salvo tú, sabe ahora que Greco vino a verme con los documentos.

—¿Qué documentos…?

—Una declaración firmada por Adara reconociendo ser la madre de Flavia.

—Ningún tribunal romano daría credibilidad al testimonio de una esclava —advirtió su prometido.

—Pero su declaración coincide con la de los testigos que dieron fe durante el registro del nacimiento de Flavia ante el gobernador de Roma —confirmó Herodes.

—¿Ha visto usted esas tablillas?

—No solo las he visto, sino que también guardo copia de cada una de ellas. ¿Comprendes ahora por qué te conviene mantener la boca cerrada, si no quieres echarlo todo a perder?

—Sigo sin creerlo.

—Pregúntaselo a Flavia, aunque tengo la impresión de que ella aún no lo sabe.

—¿Su padre no se lo ha dicho en todo este tiempo?

—Greco me aseguró que no. Al parecer, Macrón pensaba que si el asunto trascendía, aparte del escándalo para su familia, tú no querrías ya casarte con ella.

—Pues se equivocaba. Incluso siendo cierto, yo amo a Flavia más que a nadie en el mundo y jamás la repudiaría por eso, sobre todo considerando que ella, como usted dice, ignora su procedencia y es

por tanto inocente. En cualquier caso, no dude de que guardaré el secreto sobre Lucio Fedro.

—No lo dudo, por la cuenta que te trae…

Benicio Quinto Celso cerró la tapa del cofre y poco después abandonó el palacio de Herodes con él bajo el brazo. Cuando llegó al Jordán, tras percatarse de que nadie le había seguido hasta allí, lo abrió y arrojó la cabeza de Greco como alimento a los peces gato, que con sus miles de dientes darían buena cuenta de ella.

Entre tanto, Herodes había leído ya el amenazador mensaje escrito en el trozo de papiro que, sin reparar en él, había caído sobre la alfombra de Pérgamo tejida con hilo de oro y plata, cuando Benicio abrió el cofre sobrecogido de espanto.

> Más te vale guardar silencio sobre lo que Greco te ha contado acerca de Flavia.

El firmante de aquella nota era, cómo no, Lucio Fedro.

31

EL MAR Y LA SAL

Costa del mar Muerto, 32 d. C.

Días atrás, Casio y yo habíamos visitado la ribera norte del mar Muerto, cerca de Jerusalén. Nos dirigíamos hacia allí cuando Casio, que marchaba al trote detrás de mí, me lanzó su idea.

—¿No te parece perfecto aquel inmenso lago de agua salada para acabar con ese canalla? —me propuso mientras sujetaba con firmeza las riendas.

Siempre era parco en palabras, pero a menudo, perspicaz.

—Creo que es inmejorable —contesté—. La naturaleza es capaz de crear accidentes geográficos fascinantes.

El mar Muerto lo era, no solo por su grandiosidad, sino sobre todo por su elevada salinidad, y por hallarse situado muy por debajo del nivel de mar, en el punto más profundo de la faz de la tierra y, por lo tanto, mucho más cerca del infierno donde pensábamos enterrar a Greco. El hecho de que el mar Muerto sepultase en sus aguas las ruinas de Sodoma y de Gomorra en la parte meridional, entre la península de El Lisan y Guebel Usdam, donde debía hallarse el valle de los Sidim, constituía para nosotros un aliciente especial. Pero nada tan motivador como su altísimo contenido de sal que, aparte

de mantener a flote sin esfuerzo a cachalotes del tamaño de Herodes, asiduo bañista en aquel mar como su padre o Cleopatra por la gran variedad de sales minerales, impedía la vida de peces y de plantas. Todo en él estaba así muerto, como anhelábamos ver también al reo que conducíamos hacia allí aquella tarde.

El trayecto fue largo, como si el paisaje conspirara contra nosotros. El sol caía a plomo sobre nuestras espaldas. El silencio del entorno intensificaba la tensión de nuestro cometido. Cada vez nos adentrábamos más en aquel desierto abrasador donde el tiempo parecía haberse detenido.

Al llegar a nuestro destino, hacía un calor asfixiante. El nivel del lago se veía afectado por la falta de precipitaciones, y el hecho de que su escaso caudal no tuviese otra salida que su evaporación nos proporcionaba el original elemento que necesitábamos para taparle la boca a Greco para siempre: el agua, cuya densidad era tan viscosa allí como la del aceite.

—¡Coge la silla de montar y ánclala en la orilla! —ordené.

Casio arrastró a Greco, que forcejeaba por liberarse de las ataduras de sus manos, y lo sentó finalmente en la montura. Luego envolvió su cuerpo con una soga a la altura del cuello. Ver al jefe de la guardia de Pilato galopando sobre esa cabalgadura a ras de la arena resultaba tragicómico. La expresión de su rostro, propensa al vómito, reflejaba ahora una mezcla de pesadumbre, desasosiego y resentimiento.

—¡Qué vais a hacer conmigo, cobardes! —vociferó Greco.

—Fijad bien su espalda al cuerno trasero de la silla para que no se mueva —indiqué a los legionarios.

El sol era ardiente y los cuatro, salvo Greco, a quien reservábamos una bebida especial, echamos un trago de agua para refrescarnos. Luego, le dije a Casio que se alejara de allí con los dos legionarios para dejarme a solas con aquel indeseable.

—Está bien, Marco Greco, ha llegado la hora de la verdad, que es tu propia muerte —le dije procurando que cada palabra emulase el golpe de maza del juez sobre la mesa al dictar sentencia.

El acusado se revolvía en la silla maldiciéndome.

—¡Ojalá que te pudras al franquear la puerta de Plutón para pasar al inframundo! ¡No eres más que un fracasado, a quien Macrón ni siquiera engendró, como a esa hija bastarda suya con la puerca esclava griega!

Mi puño de hierro se estrelló como una centella contra su repulsivo rostro.

—Y tú eres un bocazas —le reprendí—, pero muy pronto ya no podrás hablar jamás. Así que aprovecha ahora… ¿o prefieres llevarte algún secreto a la tumba?

—Voy a contarte algo que te quitará el sueño —bravuconeó—. Estuve con Herodes y le conté lo de esa zorra. No me fiaba de Pilato.

—¿Qué quieres decir…?

—Pilato no moverá un dedo para que todo el mundo sepa lo de tu «hermanita».

—Ni Herodes tampoco.

—¿Tan seguro estás…?

—Como que los dioses existen.

—Pues yo le vi muy convencido al mostrarle las pruebas.

—¿Dijo algo…?

—Ya sabes que cuando él está a gusto se mordisquea el labio inferior. Leyó las tablillas de madera y me rogó que se las dejase, pero yo al principio me negué.

—¿Se las diste?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Encargó a un escriba que hiciese copia de cada una de ellas.

—Así que las tiene en su poder.

—Tipo listo. Y piensa utilizarlas en el momento oportuno.

—No se atreverá.

—Pues yo le vi muy dispuesto a ganarse el favor de Tiberio y acabar de paso con Macrón. Ya sabes que a Herodes le encanta escribirse con el César. Es un chismoso empeñado en aparentar que posee talento.

—¿No tienes nada más que decir…?

Greco me miró con pavor sabiendo que no volvería a hablar ya más en su vida, mientras Casio se aproximaba a nosotros con un embudo en la mano, escoltado por la pareja de legionarios.

Acto seguido, fui hasta la orilla y llené el embudo de agua, taponando el orificio de salida con mi pulgar derecho para no derramar ni una sola gota.

—Asegúrate, Casio, de que mantiene la boca abierta —le indiqué.

Él hundió el pulgar y el índice en sus mejillas, como si tapase dos hoyuelos, mientras los legionarios le sujetaban la cabeza para que no pudiese moverla. El agua del lago era más fácil de tragar que la arena. Además, prefería que ese miserable tuviese una muerte lenta antes que provocarle la asfixia en tan poco tiempo.

Los amortiguados alaridos de Greco contrajeron su abdomen provocándole espasmos en la faringe. Volqué en su boca poco a poco, en finos chorros, el contenido del cono. Parecía un pez gigante que acabase de morder el anzuelo.

—Trágatelo todo —dije apretando el embudo contra su paladar—. Ya verás cómo te quita la sed. Siento no poder evitar que empiece a dolerte la cabeza y llegues a marearte. Tal vez te zumben también los oídos y tengas la sensación de verlo todo borroso; o seguramente percibas punzadas en el pecho y en la zona lumbar viendo cómo se te hinchan los tobillos. Pero no te preocupes, Marco Greco, porque todavía no habrá llegado tu final. Antes experimentarás convulsiones y la sangre se te volverá tan espesa que no podrá ni alcanzar tu cerebro. He aquí el inmenso poderío de la sal para curar o, en tu caso, matar.

Cuando Greco exhaló su último aliento, consumido por las sacudidas de un desenlace atroz, tomé prestada la espada de Casio y, agarrándole por los pelos, le di un tajo limpio en el cuello. Su cabeza quedó suspendida en el aire de mi mano izquierda, como el más digno trofeo del resarcimiento.

32

DE MUERTOS Y FANTASMAS

Orilla del lago de Genesaret, 32 d. C.

Poco a poco me fui integrando cada vez más entre los apóstoles de Jesús. Sobre todo con Andrés, el hermano de Pedro, con quien había entablado una buena relación. Un día me invitó a subir a su barca y compartir con ellos una jornada de pesca en el lago de Genesaret.

La embarcación era austera. Su quilla había sido fabricada con un tronco de cedro del Líbano, pero la mayor parte de las planchas utilizadas eran de maderas inferiores, como el pino, el azufaifo y el sauce. En la nave sin cubierta cabían hasta trece personas, aunque apretadas. El número exacto que sumaban Jesús y sus doce apóstoles.

Andrés siguió relatándome más historias sobre supuestos milagros de Jesús. En esta ocasión, la curación de la hija de Jairo, el jefe de la sinagoga de Cafarnaúm.

—El Maestro hizo salir a todos y se quedó a solas en la habitación con sus padres y los tres discípulos —siguió narrando Andrés con frenesí—. Acercándose a donde yacía la pequeña, la tomó de la mano y le dijo: «Niña, levántate».

—¿Qué pasó?

—La niña se incorporó al instante de la cama y empezó a caminar.

Era incapaz de entender cómo Andrés seguía creyendo en invenciones como aquella tan candorosa, cuando ni siquiera todos los dioses de Roma ni de Grecia habían obrado un prodigio semejante desde que el mundo existía. Sin ser saduceo, me identificaba con los miembros de esa secta, en su mayoría aristócratas y clérigos destacados, quienes pese a creer en la existencia de Dios no admitían en modo alguno la resurrección.

Andrés no se cansaba y continuó con más sucesos, como la resurrección del muerto de Naín. Le siguió la historia de cuando el Maestro, increpando al viento y el mar, detuvo una tempestad, un día que salieron a navegar.

Me resistía a creer que aquello también fuera verdad. Pero en caso de serlo, Jesús se habría comportado como un digno alumno de Júpiter calmando el torbellino de viento. Andrés me explicó que las ráfagas provenientes del *Mare Nostrum*, situado por encima del lago de Genesaret, a veces se encajonaban de modo brusco entre las vaguadas que descendían de la Baja Galilea por la diferencia de presión, formándose así violentos remolinos como aquel que sacudió la barca de Pedro igual que una cáscara vacía.

Andrés, como Caleb, era un pozo de sabiduría sobre el Nazareno. Resultaba llamativo que al primero de los apóstoles en recibir la llamada de Jesús le bautizase con nombre griego en lugar de hebreo, como cabía esperar de él. La elección del nombre del hermano de Pedro era una señal inequívoca del talante cultural abierto de su familia en el contexto histórico de una región como Galilea, donde la lengua y la tradición griegas estaban ya entonces muy presentes en la vida de sus habitantes. Al contrario que otros

hombres considerados varoniles, como su propio nombre indicaba, Andrés carecía de aspereza, inflexibilidad y ambición, lo cual le hacía parecer una persona afable que inspiraba confianza y, desde luego, poco o nada propensa a las exageraciones. Por eso a veces me desconcertaba él tanto.

La diferencia de temperatura entre la meseta y la depresión era muy apreciable. Los vientos borrascosos del oeste chocaban desde lo alto con toda su furia contra las aguas del centro del lago, y la superficie de este se encrespaba de tal modo que se registraban olas muy altas. No era una altura excesiva para una embarcación grande, pero sí para una barca como la de Pedro, sometida además a la acción propulsora del viento que amenazó con hundirla. Pensé entonces que Jesús podía haber hecho algo semejante cuando yo viajaba a bordo de la corbita rumbo a Cesarea Marítima.

—Yo iba también aquella noche en la barca, azotada por las olas con el viento en contra —añadió Andrés, emocionado.

Hizo una pausa. Eso significaba que lo que iba a decir a continuación sería, cuando menos, trascendental. Me miró para asegurarse de que le prestaba atención y no me burlaba de él.

—Esa noche… vimos a Jesús caminar sobre las aguas.

—¡Cómo! —Aquello era ya demasiado, y pensé si Andrés deliraba.

—Creímos que era un fantasma y empezamos a gritar atemorizados.

—¿Hablas en serio? —Realmente estaba haciendo un esfuerzo enorme por no reírme a carcajadas.

—Mentir es pecado, Lucio.

No supe qué decir y esperé a que continuara con el relato.

—A Pedro le pasó entonces lo mismo que a ti —aseguró Andrés—. Su falta de fe hizo que estuviese a punto de ahogarse. Al ver el viento tan fuerte, tuvo miedo y gritó: «¡Señor, sálvame!». Jesús le tendió la mano y subió con él a la barca mientras el viento se calmaba al instante. Todos nos postramos ante el Maestro, diciéndole: «Verdaderamente tú eres el hijo de Dios».

Miré a Pedro para corroborar que era cierto. Este afirmó con la cabeza.

Por un segundo, me asaltaron las dudas. ¿Sería verdad? Pero enseguida deseché la idea de mi mente. Aunque una cosa podía asegurar: aquellas historias me fascinaban como ninguna otra.

33

El teatro

Séforis, 32 d. C.

—Estás preciosa.

Benicio no pretendía seducirla. Con su capa azafranada, vestida como la aurora, Flavia parecía una princesa romana. Sus zapatos pequeños, bordados en seda con perlas incrustadas en las hebillas y suela alta de corcho, realzaban su figura ahusada.

La joven lucía un abanico de cola de pavo de rico colorido para combatir las tórridas noches de Séforis. Además, el pavo era el ave consagrada a Juno, la diosa del matrimonio, la fertilidad y la familia. Su prometido se lo había regalado también porque se decía que los ojos de sus plumas ahuyentaban a los brujos. Al óvalo perfecto de su rostro le favorecía el cabello recogido con agujas y en bucles, con una lámina de oro y brillantes unida a una cinta de lino que la sujetaba a la cabeza en la parte alta de la frente. Para complacer a Benicio, Flavia se había pintado los ojos, las cejas y los párpados, blanqueándose el cutis con harina de habas mezclada con polvo de caracoles secados al sol. «¡Dios mío! Perdóname por ser tan vanidosa», imploró ella para sus adentros.

—Toma, póntelos —dijo Benicio, sorprendiéndola con unos pendientes de perlas.

—¡Oh! ¡Son divinos!

—Para ti, amor.

—¿Perlas de Ceilán?

—Del mar Rojo; las mejores.

—Blanquísimas.

—Y grandes. Una de las pocas piedras preciosas que provienen de un ser vivo. Elegí las *elenchi*, en forma de pera, para ti. Parecen hechas a medida del lóbulo de tus orejas, con ese brillo nacarado.

Flavia estampó el carmín rojo de sus labios en los de Benicio, y recordó la leyenda hebrea que le relataba de niña su padre, según la cual las lágrimas de Eva, tras ser expulsada del Edén, se convirtieron en perlas resplandecientes.

Pero por mucho que intentase disimularlo, ella no era feliz. Una seguidora de Jesús no debía ser presumida ni yacer con un hombre fuera del matrimonio. Estas cosas la intranquilizaban. Además, ¿qué diría él cuando se enterase de que era una incondicional de Jesús y ella le propusiese desposarse según el rito judío? No podía engañarle mucho más tiempo ni tampoco engañarse a sí misma. Tarde o temprano, tendría que contarle la verdad y entonces… Entonces tal vez se acabaría todo o se abriría, quién sabe si de modo imprevisto, una rendija a la esperanza. Y entre tanto, la incertidumbre carcomía su ánimo y Flavia se veía interpelada por su prometido a veces con alguno de sus gestos o miradas en momentos de aparente felicidad.

Tampoco le agradaba presenciar aquella tarde uno de esos espectáculos grotescos de mimo donde los chistes se aderezaban con el mal gusto y las obscenidades. Predicadores como Félix o Etán

empezaban ya a desaconsejar la asistencia de los fieles al teatro, porque allí quedaban mancillados el alma, el ojo y el oído, y las escenas de lascivia causaban tanta vergüenza, que era imposible recordarlas sin faltar al pudor.

El teatro de Séforis se había construido aprovechando la ladera del cerro para tallar la infraestructura de las gradas. El foso era semicircular, y el escenario tenía una cornisa inclinada hacia arriba para protegerlo de la lluvia y como tornavoz para que esta se dirigiera hacia la cávea o graderío. Era un tablado rectangular algo elevado del suelo, formando un rico frontal de columnas y hornacinas.

A la derecha de la escena había un corredor bien pavimentado con pinturas al fresco en cada pared, que daba acceso a toda esa parte noble del teatro, en cuyos dos primeros graderíos de mármol se acomodaron Flavia y Benicio junto con otras autoridades y notables de la ciudad. Entre el escenario y las primeras gradas había una plataforma semicircular donde se situaba la orquesta, con un pequeño altar dedicado a Dioniso, el dios griego del vino, la diversión y el teatro, además de un surtidor de agua perfumada que se esparcía por todo el teatro.

El telón se levantó por fin y un flautista tocó el *scabillum*, en señal de que el espectáculo iba a comenzar, mientras los actores irrumpían en el proscenio y el encargado de los decorados colocaba ya el primer cortinaje de la escena con una potente máquina.

—¿Ocurre algo, cariño?

Benicio percibió el gesto contrariado de Flavia minutos después de empezar la comedia popular.

—Me espantan las escenas de adulterio —susurró ella.

Él sonrió, dando a entender que exageraba.

La obra estaba cargada de giros y expresiones chabacanas empleadas por las clases más bajas de la ciudad, donde tampoco faltaban las notas eróticas que a ella tanto le disgustaban desde que seguía la palabra de Jesús.

Mientras Flavia se sonrojaba, en el escenario, el amante sorprendido hizo que lo sacasen desnudo de la casa en el interior de un baúl para escapar de las iras del marido burlado. Junto al actor principal, a cargo del cual se desarrollaba la farsa, no faltaba el tonto conocido enseguida por sus abultados mofletes, la calva y el abigarrado traje de arlequín, convertido en objetivo de todas las zancadillas, bofetones y puntapiés. Eran los tres arquetipos de siempre: el amante, apuesto y galán; la mujer, astuta y embaucadora; y el marido, un ridículo botarate.

Flavia respiró aliviada cuando vio al amante salir corriendo del proscenio, mientras la música atacaba una melodía *in crescendo* y una danza ponía fin a la acción, al tiempo que se retiraba el último de los indecentes cortinajes. Los aplausos y carcajadas del público atronaron en sus oídos.

—No te ha gustado, ¿verdad…? —comentó luego Benicio, de regreso en casa.

—Sabes muy bien que no.

—Antes te divertían los mimos.

—Pues ahora me repugnan. Son vulgares y groseros.

Flavia no se atrevía a contarle aún la verdad.

—Está bien: la próxima vez iremos a ver una pantomima —sonrió al verla disgustada—. Te sorprenderá la elasticidad de los bailarines: parece como si en su cuerpo no hubiese huesos ni tendones.

—Eso ya es otra cosa —dijo ya más relajada—. La danza me fascina.

Estaban sentados a la mesa en el gran salón adornado con un hermoso mosaico que contenía escenas del culto a Dioniso. Ella evitaba mirarlo, y en su lugar imaginaba el rostro inefable de Jesús contemplándola con ojos tiernos y compasivos. ¡Y pensar que Benicio lo encargó en su día para complacerla a ella! En su parte central había un rectángulo con Hércules y Dioniso bebiendo juntos, y a su alrededor se representaban catorce escenas del segundo de los dioses, como sus bodas o la peregrinación a la India. Rodeaba todo el conjunto un friso de rollos de acanto con escenas en su interior, en cuya franja norte se dejaba ver el rostro reluciente de Flavia, como una ofrenda a los huéspedes.

—Debo preguntarte algo —dijo Benicio de repente con expresión grave.

—¿Qué…? —preguntó Flavia sobresaltada.

—El otro día, en el palacio de Herodes… —dudó él, interrumpiendo sus palabras.

—Sí, dime, ¿pasó algo? —le animó ella con preocupación.

—Verás, no es fácil decírtelo.

Flavia le miró inquieta, temiéndose lo peor.

—¿Sabes lo de tu madre…?

—No entiendo qué pretendes decirme.

—Me refiero a Adara.

—Querrás decir a Ennia —le corrigió—. Ay, Benicio, no llegaste a conocerla, pero era tan buena…

—He dicho Adara, la antigua esclava griega de tu padre —insistió él.

—¿Cómo? ¿Qué dices de mi madre? No te entiendo…

—Veo que no lo sabes —susurró Benicio.

—¿Qué debería saber?

—Herodes me aseguró que Adara es tu madre.

—¡Qué estás diciendo!

Flavia se incorporó del triclinio dispuesta a retirarse enfurecida al dormitorio.

—¡Vuelve aquí! —ordenó Benicio.

—¡Esto ya es demasiado! —clamó ella, sentándose finalmente a regañadientes junto a su prometido.

—Herodes me aseguró que no sabías nada, pero yo no le creí. Ahora veo que él tenía razón.

—¿Razón en qué…?

—Me contó que Marco Greco le aseguró que tú no eres hija de Ennia, sino de Adara.

—¿Marco Greco…?

—El jefe de la guardia de Pilato.

—¿Y qué sabe ese hombre de mi vida?

Benicio se vio atrapado en un laberinto sin salida.

—El indeseable de Greco odia a tu padre y desea hacerle todo el daño posible.

—¿Difundiendo bulos?

—Herodes conserva copia de las pruebas.

—¿Qué pruebas…?

—La declaración firmada por Adara y la de los testigos que dieron fe durante el registro de tu nacimiento ante el gobernador de Roma.

—¡Mentira! —gritó como una cierva herida—. ¿Cuándo estuviste con Herodes?

—Hace un par de semanas.

—¿Y por qué no me lo has contado antes?

—Pensaba hacerlo cuando estuviese a solas contigo; sabes que estos días no he parado de viajar. Pero aun siendo hija de una esclava, no renunciaría a ti por nada del mundo.

—¡Vaya, qué galante eres!

Flavia apenas pudo conciliar el sueño aquella noche. Le dolían los ojos de tanto llorar y las lágrimas le escocían. Comenzó a dar vueltas en su cama hasta que ya no pudo más y se tendió boca abajo. Al rato se incorporó. En su mente bullían escenas del pasado, remarcadas como las del gran mosaico del salón. Visualizaba el rostro de Ennia y la imagen de una desconocida esclava griega llamada Adara siempre enfrentados con un signo de interrogación, y su padre en medio de ambas, el único que podía resolver el enigma y que ahora se encontraba tan lejos.

¿Por qué nunca le contó la verdad, si Benicio estaba en lo cierto? Tal vez temía que, en caso de saberse, la vergüenza y el deshonor recayeran sobre la familia y ella no pudiese casarse jamás con un ciudadano romano. ¿De verdad pretendía evitar eso? ¿Era Adara, una mujer a quien nunca conoció, su auténtica madre? Flavia consumió la noche en duermevela, atormentada por sus convulsos pensamientos y temores. Pero al despertar supo enseguida cómo

descifrar aquel gran misterio que le había arrebatado tantas horas de sueño.

34

Rencillas

Cafarnaúm, 32 d. C.

Pedro, Lía y Andrés se afanaban con ayuda de varios operarios en salar el pescado en el segundo patio de la casa, que desembocaba en una gran habitación donde guardaban los aparejos de pesca: plomos para las redes, anclas, agujas, anzuelos para faenar desde tierra o mar adentro, redes de mediano tamaño y de arrastre… La salazón era una práctica habitual para conservar el pescado en buenas condiciones. Primero se salaba, luego se lavaba, y finalmente se procedía a secarlo para otorgar firmeza a la carne e inhibir la acción de las bacterias. Lía poseía una maña especial para extraer las vísceras de los peces y dejar solo la carne y la raspa de algunas de las más de treinta especies distintas que se capturaban en el lago de Genesaret. Una vez limpio el pescado, se extendía sobre una capa de sal muy gruesa y se añadía otra más encima, y así sucesivamente, hasta formar varios estratos sobre los que se colocaba un peso equivalente a la mitad de los peces. Al cabo de dos semanas de reposo, sacaban el pescado de la cámara y lo lavaban con una mezcla de agua y vinagre. Todo estaba así listo para orearlo al aire libre sin que le diese el sol directamente.

Entretenidos en la fase de limpieza, Andrés oyó de pronto el sonido de la puerta.

—Debe de ser Judas —dijo—. Voy a abrirle.

—Ahora mismo vamos también Pedro y yo al patio principal —contestó Lía—. ¡Pedro! —avisó a su marido, entretenido en el almacén de los aparejos.

—¡Voy! —gritó él desde lejos.

Andrés abrió la puerta a Judas. Era un hombre alto y huesudo, con mejillas hundidas, ojos atormentados y una risa forzada aguda y tétrica. Su tez oscura estaba picada de pestilencias y el estrabismo de su ojo derecho le confería una expresión de alerta y escéptica, como si desconfiase de cada palabra que le decían. Tenía los andares cansinos y daba la impresión de estar convaleciente de alguna dolencia.

—¿Trabajando también de mañana? —se extrañó Judas, dado que Pedro y Andrés solían hacerse a la mar de noche.

—Qué remedio —repuso Andrés encogiéndose de hombros—. El pescado no puede aguantar más sin la salazón. Entra, anda. Ahora vienen Pedro y Lía.

Judas era un tipo huraño, de mirada huidiza, silencioso, suspicaz e inhibido, cuyo apellido, Iscariote, significaba en realidad «hombre de Queriot», en alusión a su pueblo natal cerca de Hebrón. Pertenecía al clan revolucionario de los zelotes, el ala extrema de los fariseos dispuestos a luchar y a morir por sus creencias. Para ellos, el patriotismo y la religión eran inseparables. Los zelotes habían surgido veintiséis años antes con Judas el Galileo, que anhelaba dirigir una revuelta judía contra un censo para cobrar más

impuestos. La razón de la elección de Judas como uno de los Doce solo Jesús la sabía.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció Andrés.

—Con aceite y un poco de pan de cebada me basta.

—Yo tomaré lo mismo.

—¿Puedo saber el motivo de vuestra llamada? —preguntó Judas con ojos vigilantes. Solía escrutar a todo el mundo, pero cuando estaba solo se pasaba horas enteras con la mirada perdida farfullando alguna palabra para sí mismo.

—Lía te lo explicará todo mejor que yo —insistió Andrés.

—Como quieras.

Pedro y su mujer irrumpieron en el patio en aquel preciso instante. Impaciente por abordar ya el asunto, Lía fue directa al grano con una voz bronca que intimidaba incluso a los hombres que le doblaban la talla.

—Hablemos de Lucio Fedro…

—¿Qué ocurre…? —inquirió Judas con parecida urgencia.

—Es un traidor —espetó Lía con rabia.

—Tranquila, Lía —la previno Pedro.

Considerado el Príncipe de los apóstoles, Pedro era un hombre sencillo, rudo y recio, con una bondad especial. Su aspecto físico —casi calvo, de frente arrugada, nariz ancha, labios gruesos y barba redondeada— disimulaba sus rasgos de lucidez y perspicacia.

Jesús llamaba a Pedro en arameo Simón *Bar-Jona*, hijo de Jonás. Era natural de Betsaida Julias, cuyo significado hablaba ya por sí solo: «abundancia de pescado». Enclavada en una gran extensión basáltica, Betsaida descendía desde la meseta del Golán hasta el lago de Genesaret. Allí habían nacido también Andrés y Felipe, otro

de los doce apóstoles. Pedro y Andrés dirigían junto con la familia de Zebedeo, padre de los también discípulos Santiago y Juan, una pequeña empresa pesquera en el lago de Genesaret.

Pedro no era por tanto un pescador rudimentario sin más medios que una modesta barca y un pobre aparejo. Poseía incluso, como la familia de Zebedeo, algunos jornaleros a su servicio. Solo así podía entenderse que hubiese osado preguntarle a Jesús: «¿Qué tendremos, si nosotros lo hemos dejado todo para seguirte?».

Era un judío creyente y consecuente con su fe, que confiaba en la presencia activa de Dios en la historia de su pueblo.

—Estoy muy tranquila —repuso ahora Lía, indignada.

—«Sé prudente y no pierdas de vista la discreción, porque ellas te llenarán de vida y te adornarán el cuello como un collar» —le dijo Pedro, citando el libro de los Proverbios.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora con Lucio? —frunció el ceño.

—Prudencia, Lía.

—No creo que sea imprudente por afirmar que Lucio Fedro es un traidor.

—¿Para esto me habéis llamado…? —terció Judas con cinismo—. ¿Para decirme que Lucio Fedro es un traidor a Roma? ¡Vaya noticia!

—A Roma, no —le corrigió Lía.

—¿Entonces?

—A nosotros.

Y volviéndose a Pedro, le preguntó:

—¿Acaso te parece insignificante que Petronila lo viese entrar y salir del palacio de Herodes?

—Ignoramos por qué lo hizo —advirtió Andrés—. Incluso si se trataba de él. Petronila es una mujer mayor y le falla la vista. Pudo

equivocarse. Además, ya ha pasado tiempo desde entonces…

—¿Me consideras tan ingenua? —le atajó Lía.

—Solo creo que no deberíamos condenarle sin pruebas —insistió Andrés.

—¿Qué más evidencias necesitamos? ¿Una confesión suya? ¿Sabes lo que pienso, Andrés…? Que te has dejado embelesar por él —le recriminó ella.

—Eso no es verdad —replicó el apóstol.

—No me gustó ya la primera vez que le vi —insistía la mujer.

—Ni a mí tampoco —secundó Judas.

—¿Cuándo sospechaste de él? —Lía se dirigió a Judas.

—Hace tiempo, en el monte de las Bienaventuranzas. Al poco de aparecer entre nosotros.

—Aquel día Lucio Fedro no se encontraba bien: le dolía la cabeza y estaba mareado —recordó Andrés.

—No me refiero a eso —aclaró Judas—, sino al modo de comportarse ante las palabras del Maestro. No aparté la vista de él hasta que se retiró de allí.

—¿Y cómo reaccionó?

—Cuando Jesús ensalzó a los que lloran, a los mansos o a los pacíficos, él arrugó la frente, bajó la mirada y pareció murmurar algo, enojado.

—¿Pareció…? No deberíamos condenarle con suposiciones —advirtió Andrés.

—Se trata de hechos —distinguió Lía, nerviosa—. Visitar en secreto a Herodes en su palacio no es un acto de caridad, que yo sepa.

—Tiene razón ella —corroboró Judas—. Es un hecho que habla por sí solo.

—¿Tanto como para asegurar que Lucio Fedro es un traidor? —interrogó Pedro con mirada inquisitiva.

—Tal vez no —vaciló Judas.

—¿Por qué entonces Lucio Fedro se dejó flagelar? —inquirió Andrés con vehemencia.

—Muy sencillo: para no levantar sospechas —explicó Lía—. ¿De qué otro modo le hubiésemos creído? ¿Un guardia pretoriano como él que de repente sigue a Jesús? Está claro que no nos hubiéramos fiado.

—No puedes afirmar eso —la corrigió Pedro—. Estoy de acuerdo con Andrés en que las conjeturas no constituyen pruebas.

—No hay peor ciego que quien no quiere ver.

—Ni peor juez que quien se deja llevar por su instinto.

—Pelearse no servirá de nada —advirtió Andrés, tratando de apaciguar las rencillas.

—Tienes razón —zanjó Pedro—. Debemos buscar la verdad, que siempre nos hará libres. Y eso significa vigilar de cerca a Lucio Fedro…

35

LA VERDAD

Casa de María de Magdala en Cafarnaúm, 32 d. C.

Impulsado por la necesidad de sentirme útil y mostrar agradecimiento, decidí ayudar a María de Magdala en el taller de aceite. La palanca de la prensa requería más esfuerzo del que yo pensaba y resultaba un trabajo arduo y fatigoso. ¡Cuánto echaba de menos mi uniforme de pretoriano!

Recogida la cosecha de aceitunas entre los meses de septiembre y octubre, tocaba extraer del lagar la masa de pulpa y exprimirla en la prensa de basalto, la roca natural del lugar, fijada en el suelo dentro de una especie de tejavana. Me resultaba más cómodo valerme del molino de mano para exprimir el aceite, pero deseaba compensar la hospitalidad brindada por María manipulando también las grandes y pesadas prensas que el tío de esta, el bueno de Apolonio, había adquirido para producir elevadas cantidades destinadas no solo al uso doméstico, sino sobre todo a la exportación. El aceite de la familia de María se empleaba así en las tareas culinarias, en el alumbrado de casas, la elaboración de cosméticos y la celebración de oficios religiosos durante las unciones y ofrendas entregadas al

templo de Jerusalén; con extremo cuidado en que, en este último caso, el producto debía tener una pureza especial.

Galilea entera era un gran fabricante de aceite, y de hecho lo exportaba a la provincia romana de Siria, que abarcaba entonces Cilicia, en Anatolia, y la zona norte de Mesopotamia. El precio del ánfora a pie de almacén equivalía a un denario de plata, que era el sueldo diario de un jornalero.

En casa de María disponían de una *miqweh* o baño ritual judío. Era una especie de piscina escalonada y recubierta con una gruesa capa de estuco para evitar la permeabilidad, dotada de una conducción especial para recoger el agua procedente de la lluvia, del manantial o de las escorrentías. Disponía de unos peldaños que permitían bajar hasta el fondo mismo de la piscina. Su función era purificadora, de modo que el agua sucia se desviaba por una tubería de drenaje para evitar que contaminase el agua limpia. No muy lejos de la *miqweh* María solía lavar la ropa. Desde que puse los pies en Jerusalén, vestía las dos mismas túnicas: una interior de lino más ceñida al cuerpo, y otra exterior de lana dividida en dos piezas cosidas juntas, para que la parte anterior me cubriese hasta debajo de las rodillas y la posterior llegase solo a la altura de las pantorrillas. María me lavaba ambas con delicadeza. Era una de las muchas atenciones que me brindaba desde que me acogió en su casa, razón por la cual yo me veía también obligado a compensarla con mi trabajo en el taller de aceite.

Acababa de adentrarse en la casa tras recoger unas prendas ya secas, cuando apareció de nuevo.

—¡Lucio, tienes visita! —gritó ella desde el patio.

—¡Voy!

Interrumpí mi labor en la prensa y me dirigí hacia allí. Estaba tan inquieto como un lobo gris por saber quién deseaba verme en casa ajena a esa hora, pero cuando me asomé al patio solo pude preguntar atónito:

—¿Qué haces tú aquí?

Flavia se hallaba en mitad del porche y su rostro parecía congestionado. La preocupación se reflejaba en su mirada. Supuse que venía a darme una mala noticia. Aun así, estaba irresistible, con aquella túnica con banda de púrpura recamada y galón doble, que le bajaba desde el cuello hasta los pies.

En cuanto me vio, Flavia corrió hacia mí y me abrazó.

—No he pegado ojo en toda la noche.

Sus ojeras violáceas lo confirmaban.

—¿Qué te ocurre?

—Anoche discutí con Benicio. Solo tú puedes ayudarme ahora, Lucio —dijo casi en un ruego.

—¿Acaso ha descubierto tu relación con los seguidores de Jesús?

—Peor que eso… —afirmó apesadumbrada—. Júrame que me dirás la verdad.

—Está bien: te lo juro.

—¿Sabes quién es mi madre?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Benicio dice que Ennia no me engendró.

—¿Y él qué sabe?

—Se lo dijo Herodes. ¿Conoces a un tal Marco Greco?

—Pobre infeliz —simulé mi aflicción.

—De pobre, nada: se dedica a calumniar a mi difunta madre.

—No creo que pueda hacerlo ya más.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente eso —respondí enigmático.

—Pues Greco le aseguró a Herodes que podía probar que mi madre es en realidad una esclava llamada Adara.

—¿Adara…? ¿Tú le crees?

—He venido para que me lo aclares.

—Dices que Greco tiene pruebas. ¿Las has visto?

—No, y Benicio tampoco. Pero Herodes le aseguró que guarda copia de todas ellas, aunque no sé si miente.

Estuve a un tris de maldecir al tetrarca por irse de la lengua, pero ahora Flavia acababa de confirmarme que él leyó mi mensaje en el interior del cofre después de hablar con Benicio, de modo que no tuve más remedio que disculparle en silencio.

Macrón vino a mi cabeza en cuanto Flavia preguntó por su madre. Recordé así el día en que me llevó a las termas para hacerme jurar por todos los dioses que no revelaría a nadie su mayor secreto, y ahora acababa yo de hacer lo mismo con Flavia y su Dios. Me enfrentaba así a un doble juramento, y corría el riesgo de convertirme en perjuro, tanto si respetaba el compromiso con Macrón, como el de Flavia. ¿Qué otra salida tenía entonces…? Siempre podría alegar ante Macrón que Greco había hecho pública su confidencia a Pilato, Herodes y Benicio, y a Flavia a través de su prometido, y que por esa razón yo había decidido matarlo. Si Greco odiaba a Macrón, este le aborrecía aún más, y no dudaba que él me

creería. Así que decidí contarle a Flavia la verdad, perjurando una sola vez.

—¿Te pasa algo, Lucio? —dijo ella al verme guardar silencio.

No tenía sentido seguir ocultando la verdad. Flavia debía saberla. Se había convertido en una seguidora de Jesús y ella misma suponía una amenaza. Eso me colocaba a mí en una situación comprometida.

—Escúchame, Flavia. —La cogí por los hombros y la miré a los ojos—. Adara es tu madre de nacimiento. Quiero decir, que ella te trajo al mundo. Pero Ennia es tu verdadera madre, la que te crio, cuidó y dio todo su amor.

—¿Tú lo sabías? —me reprochó furiosa.

—Ennia no podía tener hijos y entre los tres encontraron la solución —intenté aclararle—. No hubo maldad, ni traición ni afectos ocultos. Fue un acto de amor…

—¿Y por qué mi padre me lo ocultó? —Flavia lloraba con desconsuelo.

—Quería protegerte —aduje.

—¿Protegerme…? Benicio me dijo eso mismo anoche. ¿Protegerme de qué? ¿De quién? Hubiese bastado con decirme la verdad.

—Pero en caso de saberse te habría hecho mucho daño, Flavia, créeme. Además, nunca le hubieses perdonado a tu padre que hiciese desaparecer a Adara enviándola a Britania.

—¡Ah! ¿Pero ella vive…? —inquirió atónita—. Supuse que habría muerto.

—Él sigue ocupándose hoy de que no le falte nada.

—¡Mi padre es un mentiroso! —gritó ella exasperada, golpeando el brazo del sofá con el puño.

—Tranquila. Sé lo que es perder a una madre —dije para consolarla mientras secaba con un pañuelo sus mejillas húmedas.

—Estoy harta de esta doble vida —respiró como si le faltase oxígeno—. Mientras sigo a Jesús a escondidas, anoche acompañé a Benicio al teatro a ver una comedia pagana. ¡Me sentí tan incómoda!

—Tendrás que pensar en algo.

—Ya lo he decidido: si Benicio se niega a respetar mi credo, le liberaré de su compromiso.

—O más bien lo hará él. Parece no importarle que seas hija de una esclava, pero dudo mucho que acepte traicionar a Roma.

—En ese caso, de nada habrán valido los esfuerzos de mi padre para guardar el secreto, ¿no crees? —dijo apesadumbrada.

—Aun así eres joven y hermosa, Flavia, y jamás te faltarán pretendientes.

Me sentí extraño diciéndole eso. Admiraba a Flavia como a ninguna otra mujer. ¿Qué hombre, acaso, no se hubiese sentido atraído por su belleza? Y no solo por esta, que saltaba a la vista, sino por esa habilidad tan particular de mostrarse tierna y solícita —como cuando envió a Caleb a rescatarme del abismo en la plaza de Jerusalén— y de afrontar también los inciertos peligros de la vida con arrojo admirable, engallándose en Roma con un grupo de indeseables que zaherían al deforme Rufus desternillados de risa. Era dulce y delicada, pero podía transformarse en una loba agresiva si alguien hería a uno de sus cachorros. Aunque eso no significaba que yo estuviese enamorado de ella, o tal vez sí… Recordaba con nostalgia y cariño la infancia y primera juventud que pasamos juntos

en Roma. Comprendía también que Benicio no accediese a casarse con ella si se enteraba de que era seguidora de Jesús, pues yo hubiese hecho exactamente lo mismo que él. Roma no tenía rival.

36

EL MAGO

Costa del lago de Genesaret, 33 d. C.

Llevaba ya un año en aquellas tierras, intentando cumplir mi misión de la mejor forma posible. Había conocido a Jesús y a sus seguidores, pero lo cierto era que no encontraba motivo alguno para denunciar sus actividades. Solo era un hombre que aseguraba amar a todo el mundo. No podía delatarlo por repartir amor. Mi relación con los discípulos y con María era cordial, incluso me atrevería a decir que empezaba a adaptarme a ellos. Flavia y yo nos veíamos, pero con precaución. Ella se estaba arriesgando demasiado. Yo, desde mi posición de espía, intentaba protegerla dentro de mis posibilidades. Además, Andrés me confesó las suspicacias de algunos de los apóstoles, sobre todo de Lía y de Judas. Me contó la información que Petronila les había trasladado cuando, recién llegado, visité el palacio de Herodes. Por supuesto lo negué, aunque debía ser cauto. Me distancié del grupo durante un tiempo. No podía poner en peligro la Misión Columba pero al mismo tiempo debía continuar con ella. Por eso aquel día decidí reaparecer y unirme a ellos.

Jesús se dirigió en la barca con sus discípulos hacia la costa nororiental del lago de Genesaret, en la otra parte de la desembocadura del Jordán. La ciudad más cercana de allí era Betsaida Julias, que no distaba mucho de Cafarnaúm.

Aquella mañana desembarcó en un lugar concreto de la costa para encaminarse con sus apóstoles hacia lo alto de una colina desde la que se divisaban la ciudad y el lago. Los aguardaba en la cima, abrumado por la muchedumbre que había acudido desde todas partes para escuchar a Jesús y, a ser posible, tocar su manto como si fuese un profeta y hasta un dios.

Bajé hasta el sendero por el que se aproximaba con los apóstoles. Distinguí a Pedro y Andrés y salí a su encuentro. En cuanto me vieron, se acercaron a saludarme.

—¡Qué sorpresa, no te esperábamos! —dijo Andrés con entusiasmo—. Maestro, ¿recuerdas a Lucio?

Jesús me miró. Era la representación pura de una felicidad desconocida para mí. Siempre risueño, bromista y tan cercano. Se aproximó a mí para abrazarme. Sentí un calor especial.

—Ven con nosotros —dijo afectuoso—. Hoy hablaré para todos estos hermanos. Te gustará.

Y me cogió del brazo para que los acompañase.

—Vais a dejarme sin ropa —bromeó cuando los niños y los ancianos se le acercaron para tocar su túnica.

—¡Es Jesús! —gritó alborozada una niña con trenzas doradas abrazándose a su cintura.

Él le pasó la mano por encima de la cabecita a modo de bendición.

Había en aquella meseta abundante heno verde, sobre el que Jesús, tras llegar arriba, mandó sentarse a todos. Era la primavera

de su tercer año de predicación pública, cuando la hierba crecía en aquella zona seca y desértica repleta de palmeras y se agostaba enseguida por el calor sofocante. Estaba muy cerca la fiesta de la Pascua.

Los apóstoles se mostraban cariacontecidos, sin saber qué hacer ante una muchedumbre extenuada y hambrienta que había caminado durante horas interminables para llegar hasta allí y ascender el último repecho de la colina. Previamente, Felipe le había advertido a Jesús:

—Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno coma un poco.

El dinero estimado por Felipe para comprar el alimento con que abastecer al gentío, calculado en la moneda de plata romana de curso legal, equivalía a más de la mitad del salario anual de un labrador. Y esa suma excedía con creces la modesta economía de los apóstoles. ¿Qué otra solución les quedaba entonces a aquellos doce hombres sin recursos…? Su tremendo apuro recordaba en parte al vivido por María de Nazaret en las bodas de Caná cuando se terminó el vino. Pero ahora, callado para no llamar la atención, como debió comportarse la madre de Jesús, Andrés se informó primero de las existencias disponibles y anunció finalmente al Maestro su mísero hallazgo:

—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces —balbuceó, avergonzado, ante la multitud de personas que le rodeaban, agregando a modo de disculpa—: ¿Qué es esto para tanta gente?

Ni siquiera con aquellos cinco panes de cebada y los dos peces podía satisfacerse a una decena de estómagos. Es posible que

Andrés albergase en su fuero interno, como María de Nazaret en el suyo, la esperanza de que Jesús obrase otro de sus grandes milagros; sobre todo, después de presenciar la pesca milagrosa. De modo que Andrés se conformó con ocupar silenciosamente su puesto entre los doce discípulos, y esperó.

Yo permanecía expectante detrás de él. A esas alturas, había podido contar ya mentalmente alrededor de cinco mil hombres, sin incluir a las mujeres y los niños. Estaba muy acostumbrado a calcular el número de enemigos a los que debía enfrentarme antes de cada batalla. Aquello me resultó más sencillo. Se habían agrupado en grupos de cien y de cincuenta. A mi peculiar modo de conteo se sumó la costumbre de los judíos de vestir túnicas y mantos multicolores, sobre todo entre los varones, de modo que los grupos sentados sobre el heno verde daban la impresión de formar un florido jardín y eso me facilitó mucho las cosas.

Jesús ordenó entonces a sus discípulos distribuir los cinco panes y dos peces entre todos los allí presentes. Sentí vergüenza. Aquello me parecía una broma. Toda esa pobre gente no merecía que se la engañase con falsas expectativas. Vi a niños llorar y tirar a sus madres de la túnica para que les diesen algo de comer, junto a enfermos y lisiados que habían subido hasta allí guiados por su fe ciega en aquel hombre que ahora parecía reírse de ellos; ancianos que a duras penas podían caminar y debieron detenerse muchas veces durante el largo trecho para reponer fuerzas y recobrar el resuello; bebés en el regazo de sus madres, invidentes guiados por sus lazarillos.

La pradera se había convertido en un poblado de menesterosos y desvalidos, muchos de los cuales alertaban a Jesús con sus

lamentos, mientras de vez en cuando aullaba a lo lejos algún que otro espíritu inmundo. Temí que Andrés, Pedro, Judas Iscariote y Judas Tadeo, Santiago el de Zebedeo y Santiago el de Alfeo, Juan, Bartolomé, Mateo, Felipe, Tomás y Simón el Celador hiciesen el ridículo más espantoso entre los miles de personas, y que aquella muchedumbre acabase apaleándolos a todos ellos junto con su Maestro al verse defraudada.

Seguí a los Doce con la mirada y me detuve en Andrés por estar más cerca de mí. Le vi repartir varias cestas vacías entre un grupo de cien personas y me quedé estupefacto cuando estas empezaron a coger con ansia y fruición el pan y el pescado que de repente apareció en ellas. Jamás contemplé rostros más satisfechos y agradecidos como los de aquellos hombres, mujeres y niños que, en lugar de masticar, deglutían los alimentos, desfallecidos tras varios días sin probar bocado.

Un mar de canastos pasó así de unas manos a otras en cuestión de minutos: las mujeres los distribuían entre sus hijos, y estos entre los adultos y ancianos. Tuve que sacudir la cabeza varias veces para convencerme de lo que estaba presenciando, pero no podía negar lo que contemplaban mis ojos. Vi a todos comer y saciarse y, finalmente, por si quedaba algún resquicio de duda, poner a los pies del Maestro doce cestas enteras con las sobras.

Admirados por el milagro, todos quisieron coronar a Jesús como rey de los judíos, aunque para mí no lo fuese. Algunos, incluso, lo aclamaron como a un dios. Aquella escena era digna del mejor taumaturgo.

Admito que me sobrecogió y no tuve más remedio que rendirme a la evidencia de que aquel mago no tenía parangón ni tan siquiera

con Orfeo, el célebre personaje de la mitología griega. Jesús era además real, y no de ficción. Yo mismo lo había abrazado. Dar de comer a todo aquel gentío no podía compararse con ninguno de los toques de lira con que el hijo de Apolo y la musa Calíope calmaban a las fieras y atraían a todo el mundo que anhelaba escucharlos y someterse al descanso del espíritu. Orfeo, eso sí, enamoró a la bella Eurídice y adormeció al cruel Cerbero, como Jesús acababa de hacer con toda aquella muchedumbre inquieta y ávida que ahora le escuchaba con el estómago agradecido y el corazón abierto.

Cuando ya creía haberlo visto todo, observé a Jesús acercarse a mí. Percibí sus ojos de azogue taladrándome por dentro. Al llegar a mi altura, me sentí desnudo frente a él. Me costaba trabajo aguantarle la mirada.

—Hacía mucho que no te dejabas ver, Lucio Fedro Celer —me dijo sin que nadie, que yo supiera, le hubiese revelado mis apellidos.

Recordé las palabras de Flavia cuando vivió una experiencia similar y entonces la entendí plenamente. Por primera vez en la vida me vi desarmado ante aquel hombre pacífico que me impidió reaccionar, sin coraza ni escudo para protegerme.

—Pronto lo sabrás… —añadió en apenas un susurro. Por primera vez y sin saber por qué, me sentí abochornado—. Tu misión no tiene razón de ser —me advirtió sereno, sonriente.

Sentí un escalofrío por dentro. Si no fuera porque me resultaba del todo imposible, hubiese jurado que Jesús conocía los entresijos de la Misión Columba.

El Nazareno se volvió hacia Pedro y Andrés, que iban acompañados por Lía y Flavia, y conminó a los cuatro:

—Dejadle que me siga.

37

El litigio

Casa de Pedro en Cafarnaúm, 33 d. C.

Al día siguiente, se formó una especie de sanedrín en casa de Pedro. A los cuatro a quienes Jesús había ordenado dejar tranquilo a Lucio Fedro, se sumó ahora María de Magdala. Las palabras del Maestro habían calado hondo en Pedro, Andrés, Lía y Flavia: «Dejadle que me siga». ¿Y quiénes eran ellos ahora para desobedecer aquel mandato sagrado? ¿Acaso Jesús sabía algo más que ellos ignoraban todavía? No era la primera vez que él escrutaba las conciencias o que predecía algún suceso. Tal vez supiese ya que Lucio era un espía de Roma al acecho, como pensaba Lía; o un convencido seguidor suyo, según creían Andrés, Flavia y María; y hasta un hombre bajo sospecha, como lo contemplaban, con algunas diferencias, Pedro y Judas Iscariote. En cualquier caso, la situación de Lucio debía aclararse y disipar cualquier duda que pudiera surgir en el grupo.

Andrés y María tomaron la palabra casi al unísono.

—Tampoco nosotros encontramos engaño en él —proclamaron.

—Ni yo —se unió Flavia, decidida.

—Siento discrepar —dijo Lía—. Todavía nadie ha logrado explicarme por qué Lucio Fedro visitó a Herodes en su palacio.

—Eso no está confirmado —increpó Andrés—. Además, pasó hace ya mucho tiempo.

—No olvidemos que era ciudadano de Roma. Quizá acudió a Herodes para pedirle ayuda… —barajó Pedro.

—Eso también es conjeturar —repuso su esposa.

—Creo que deberíamos darle la oportunidad de defenderse —advirtió Pedro.

—Estoy de acuerdo —asintió Flavia—. Yo también era ciudadana de Roma y aquí estoy, ninguno habéis dudado de mí.

—¿Y qué me decís de lo que nos contó Iscariote? —recordó Lía.

Flavia y María se miraron desconcertadas.

—Asegura que vio a Lucio Fedro enojado cuando Jesús ensalzó a los mansos y a los que lloran en el monte de las Bienaventuranzas —continuó diciendo.

—Dijo que le «pareció verle enojado», no que lo estuviera —distinguió Andrés—. No sé por qué insistes tanto en eso.

—¿Entonces…? —cuestionó María.

—Hizo un gesto de reproche y murmuró algo entre dientes.

—¿Y por un simple gesto puede juzgarse a alguien? —censuró la de Magdala.

—¿Crees que miento? —inquirió Lía, suspicaz.

—No digo eso…

—Está bien —intervino Pedro—. No estamos aquí para discutir, sino para intentar arrojar luz sobre un asunto que cada vez preocupa más.

—Yo solo puedo decir cosas buenas de Lucio Fedro —añadió María —. Desde que se aloja en mi casa se ha mostrado siempre afectuoso y atento con mi tío Apolonio y conmigo. Nos ayuda cada día con la

prensa de aceite, a veces hasta que ya no puede más. ¡Si supieseis con cuánto interés y cariño me preguntaba por la infancia de Jesús…! —recordó con mirada tierna.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, María —afirmó Flavia —. Conozco a Lucio desde que éramos niños y os aseguro a todos que es una persona noble e íntegra. Perdió a su padre en la guerra con solo nueve años y a su madre, apenas un año después. Luchó en Germania para resarcir la memoria de su padre y siempre defendió con su propia vida aquello en lo que él creía, aunque estuviese equivocado —añadió—. Estoy segura de que Lucio es sincero, e insisto en que le conozco mucho mejor que todos vosotros. Es imposible que finja sobre algo que le ha supuesto el repudio y la eterna condena de Roma. Su carrera militar era intachable y su futuro, designado tribuno del Pretorio, tan prometedor que podría haberse convertido en el segundo hombre más importante de Roma, en sustitución de mi padre y solo después del mismo César. ¿Alguno de vosotros cree todavía que él iba a tirar por la borda todo su brillante porvenir si no estuviese seguro de haber encontrado lo mejor?

Todos, excepto Lía, asintieron en silencio.

—Discrepo de vosotros —perseveró Lía—. Precisamente porque él tenía un futuro tan halagüeño, como dice Flavia, aceptó el sacrificio de hacerse pasar por traidor a Roma a cambio de obtener una recompensa aún mayor.

—¿Cómo puedes pensar eso? —le recriminó Pedro.

—Eso y mucho más —añadió envalentonada.

—Dejadme que os cuente algo muy íntimo y me creeréis —rogó Flavia.

—Adelante… —dijo Pedro.

—Siempre pensé que mi madre era Ennia Trasila, hasta que hace unos meses Lucio tuvo el coraje y la integridad de contarme la verdad que le había referido mi padre bajo secreto, y lo hizo con una delicadeza conmovedora. Aguardó a que yo le dijese que Benicio había escuchado a Herodes decir que mi madre era en realidad Adara, una esclava griega, para deshacer finalmente el enredo con la verdad. Le había asegurado a mi padre que jamás me la revelaría, pero no quiso verme sufrir más con aquella incertidumbre que tanto me atormentaba. ¿Creéis que un hombre así sería capaz de engañarnos?

Una vez más, todos le dieron la razón y Lía permaneció impasible.

—Macrón, mi padre —agregó—, adoptó a Lucio con poco más de diez años. Era el hijo de su hermano de armas y así quiso honrarle. Se mostró orgulloso viendo al vástago de su mejor amigo, caído en la batalla, defender su recuerdo en el frente con solo quince años. ¿De verdad consideráis todavía que una persona como él nos traicionaría?

Pedro, con su gran corazón, se sintió interpelado por las palabras de Flavia. Pese a ser un pescador rudo y brusco a veces, en el fondo era un sentimental que admiraba a los protagonistas de proezas como aquella. «¿Por qué ha dicho el Maestro que dejemos a Lucio seguirle en paz…?», pensó ajeno por completo a los demás que le observaban. ¿Se hallaba acaso Lucio en el camino de la conversión, o tal vez no lo había iniciado aún pero se disponía a hacerlo? ¿Quiénes eran ellos, en cualquier caso, para interponerse entre Jesús y él? ¿No era el Maestro el único capaz de juzgar a los demás? ¿Qué hacían entonces tratando de dilucidar un asunto reservado a la

más alta instancia? ¿No implicaba su actitud un desafío y una falta de confianza en la regia consigna «Dejadle que me siga»? Pedro cesó al fin en su cavilación para sugerirle a Flavia:

—¿Por qué no hablas tú con Lucio Fedro…?

38

SOSPECHA

Corazín, 33 d. C.

Flavia y yo fuimos juntos más allá de la ribera del lago de Genesaret, hasta Corazín, al noroeste de Cafarnaúm sobre lo alto de una loma y no lejos del monte de las Bienaventuranzas.

Yo llevaba ya mucho tiempo viviendo entre los seguidores de Jesús. Había visto cómo sus enseñanzas calaban en la gente. Cualquier otro, ante lo que yo había presenciado, hubiera sentido tambalear sus creencias. Sin embargo, mi lealtad a Roma hacía que siguiera tenaz con la misión y firme en mi credo.

Jesús solía descender con sus discípulos por aquel valle con torrente invernal que desembocaba en Cafarnaúm. Impresionaba ver por doquier, conforme nos aproximábamos a nuestro destino, las rocas basálticas con las que se levantó el pueblo, negras y muy resistentes.

La aldea era conocida por el trigo llevado por sus habitantes como ofrenda al Templo de Jerusalén. Era próspera y había sido construida pocos años antes. Su población apenas alcanzaba los dos mil residentes, y sus casas eran más grandes que las del resto de

Galilea, lo cual evidenciaba el alto nivel de vida de las familias que vivían allí.

Entramos en su gran sinagoga de basalto negro por la puerta principal de la fachada orientada hacia Jerusalén, y nos detuvimos a rezar en una sala dividida en tres naves por una docena de columnas dispuestas en «U» con capiteles coronándolas en forma de moldura. A la derecha de la entrada había una copia de la llamada «Cátedra de Moisés», con una bendición inscrita en arameo en favor de un tal Yudan, hijo de Ismael. El jefe de la sinagoga y otras personas destacadas del pueblo utilizaban esa cátedra durante las grandes celebraciones del año. Una concha colocada en la pared indicaba la presencia del armario sagrado donde se guardaban los rollos de las Sagradas Escrituras.

Al salir de la sinagoga, Flavia me recordó el día en que Jesús se encorajinó con aquella aldea porque había obrado allí muchos milagros pero sus habitantes seguían siendo paganos. «¡Ay de ti, Corazín! —exclamó él—. ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran realizado los milagros que en vosotras, muchos hubiesen hecho penitencia en saco y ceniza. Así pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio».

De camino a Corazín, Flavia sacó a relucir su tensa conversación con Pedro, Andrés, Lía y María de Magdala.

—No dudo de tu lealtad —dijo ella antes de nada.

Su advertencia presagió la cercanía de una tormenta.

—Agradezco tu confianza —repuse.

—Pero Lía no opina lo mismo que yo —añadió contrariada.

—¿Qué dice ella?

—Asegura que eres un espía de Roma. Está empeñada en que Petronila te vio en el palacio de Herodes.

Aquella sentencia me provocó una fuerte punzada en el estómago, pero reaccioné sin que se notara.

—De eso hace ya un año. Me parece increíble que no se haya olvidado, después de tanto tiempo.

Flavia no supo qué decir. Imagino que se sorprendió al confirmarle yo que efectivamente estuve en el palacio de Herodes. Al fin reaccionó.

—¿Cómo dices? —exclamó confundida—. O sea, que Petronila tenía razón. ¿Puedes explicarme qué hacías tú con Herodes?

Improvisé una coartada para salir del aprieto en el que me había metido con mi torpeza.

—Estuve con él para despachar un asunto urgente.

—¿Qué podía ser tan urgente? —frunció el ceño.

—Tu secreto —dije al fin—. Supe que el miserable de Greco visitó a Herodes con las pruebas de tu maternidad y me vi obligado a intervenir para evitar que alguien te hiciese daño —mentí.

—¿Entonces era eso? —sonrió Flavia, aliviada—. Judas Iscariote también desconfía de ti —añadió—. Te vio en el monte de las Bienaventuranzas.

—Supongo que como a las miles de personas que estábamos allí, incluida tú. A lo mejor el traidor es él —añadí con hilaridad.

—Asegura que te enfadaste con Jesús.

—¿Yo…? ¿Por qué…? Ese hombre es bastante raro, por cierto. Siempre lleva encima esa bolsa llena de dinero y mira a la gente con desconfianza y recelo.

—Insiste en que bajaste los ojos y murmuraste algo, como si estuvieras disgustado, justo cuando el Maestro ensalzaba a los mansos y a los pacíficos.

—Eso es ridículo. Ha pasado mucho tiempo. ¡Por favor, Flavia! Si quisiera hacer daño a Jesús o a alguno de los demás, ya lo habría hecho, ¿no crees? —Tenía que continuar con la farsa, aunque no sabía muy bien si lo hacía por Roma o por mí mismo.

La observé ahora más tranquila y desahogada, pero si llegaba a descubrir que todo era cierto me repudiaría para siempre. No podía revelarle mis verdaderas intenciones.

Aunque Jesús era especial… Podía admitir, en todo caso, que él era un adivino, al estilo de Trasilo y de tantos otros astrólogos de los que se nutría el Imperio a escondidas. Y por supuesto, además de mago, taumaturgo. Pero nada más que eso.

—¿Sabes, Lucio…? Aún no te he contado los detalles de mi conversión —me advirtió Flavia calmada ya del todo mientras descendíamos por el valle de regreso a Cafarnaúm.

—¿No me dijiste que fue en la sinagoga, cuando Jesús te pidió que le siguieras tras expulsar a un demonio delante de ti?

—No exactamente.

—¿Entonces…?

—Sucedió en las bodas de Caná.

—Vaya, ¿estuviste allí?

—Sí. Benicio y yo conocíamos mucho a los novios y nos invitaron al banquete.

—¿Viste cómo convertía el agua en vino?

—¡Claro que sí! Las mesas estaban repletas de platos fuertes y grasientos de carne y caza, y de pescados rellenos y aderezados con

cebolla. Se bebía mucho…

Flavia me explicó que en hebreo los términos «banquete» y «borrachera» se empleaban como sinónimos sin ningún matiz peyorativo. Sobre el vino puro, recitaron así todos al unísono aquel día: «¡Bendito sea el creador del fruto de los árboles!». El agua solo servía entonces para las abluciones. Pero llegó un momento en que faltó el vino…

—Sentado junto a Felipe y Bartolomé —evocó Flavia—, el Maestro vio venir hacia él a su madre, preocupada. María indicó a los criados que hiciesen lo que su hijo les dijera, y este ordenó llenar de agua las seis ánforas de piedra y llevárselas al maestresala. Vi cómo en las tinajas solo había agua, y seguí a los criados hasta el comedor. Pero al llegar junto al maestresala comprobé absorta que por el camino las vasijas se habían llenado de vino hasta los bordes.

Reparé yo entonces en que el cambio del agua en vino había permitido a los hombres soñar con otras mutaciones divinas, como en el coro de *Las Bacantes*, la gran tragedia del poeta griego Eurípides, cuando el dios Dioniso hizo brotar de las fuentes vino en vez de agua. Había otros muchos ejemplos de los que el pueblo y los escritores llamaban entonces «milagros», es decir, sucesos prodigiosos y extraordinarios. Pero como en realidad no eran tales, sino meros artificios literarios para engrandecer al héroe, me convencí de que Flavia, Caleb y Andrés relataban también ficciones para exaltar la figura de su Maestro.

39

Condenados

Séforis, 33 d. C.

Una mujer con capa larga y embozo subió a pie en dirección al cerro central de la ciudad donde estaba el barrio judío. Séforis, proveniente del término hebreo *tsippor*, que significaba «pájaro», anidaba así sobre una alta colina.

A media mañana, la mujer enfiló una recta y pavimentada avenida a cuyos lados se alineaban casas de dos o más alturas con patios interiores y cisternas, junto a bodegas excavadas en la roca del subsuelo. Era común en toda aquella zona que las viviendas albergasen una *miqweh* o baño ritual para los judíos devotos que debían purificarse, según la ley, antes de participar en las ceremonias religiosas o de elaborar vino y aceite.

Poco después, desembocó en una plaza porticada y siguió ascendiendo hasta detenerse finalmente en el soportal de una construcción amurallada casi en ruinas. Llamó a la puerta y esperó un rato hasta que otra mujer cubierta con su manto marrón le franqueó el paso haciendo sonar una campanilla.

—Buenas tardes, Dara.

—Te echábamos de menos, Flavia.

—Lo siento, pero no he podido venir antes —se disculpó ella.

—No te preocupes. ¿Qué traes en la cesta…?

—Panes de cebada, miel, aceite, legumbres y algunas granadas.

—Magnífico. Bastará con todo eso, gracias.

Flavia siguió a Dara por un amplio recinto con el suelo de tierra, a cuyo alrededor se disponían diversas cuevas horadadas en la pared rocosa y frontal de la montaña.

El panorama era desolador: decenas de mujeres y niños escondían sus rostros en penumbra bajo sucias telas de lino cubiertos con capuchas marrones y zapatos de piel. Para los judíos ortodoxos, aquellos seres extraños eran lo más parecido a un ejército de infieles harapientos.

El día en que fueron maldecidos por la lepra, recibieron de las autoridades hebreas todo su ajuar, incluida una campanita para avisar a la gente de su proximidad cada vez que salían por la ciudad, junto con una taza, un bastón, un par de sábanas, un cuchillo pequeño y un plato. Eso era todo. ¿Qué más necesitaba una persona enterrada en vida?

Se calculaba que alrededor de ochenta mil judíos de los que huyeron a Egipto hacía más de un milenio eran leprosos. La lepra era considerada no solo como una enfermedad del cuerpo, sino sobre todo como algo «impuro», *tzaraat* en hebreo, para el alma de quienes la contraían, y se creía que era un castigo especial de Dios.

Bastaba con apreciar una sola mancha en la piel para recluir al leproso en un lugar apartado donde no pudiese contagiar a nadie su enfermedad, que causaba también lesiones en los nervios y en las

vísceras. Era un trastorno endémico en Israel y en otros pueblos orientales.

La historia hebrea estaba salpicada de personas relevantes que en diversas épocas habían contraído la lepra, como María, la hermana de Moisés; el cortesano Naamán, mencionado por el propio Jesús; Giezi, el criado del profeta Eliseo; e incluso el rey Zacarías.

Ninguno de los que permanecían mudos ahora delante de Flavia se había librado del ritual establecido por la ley, según el cual cuando la enfermedad era diagnosticada, el sacerdote visitaba al leproso en su casa y se lo llevaba luego a la sinagoga al ritmo de fervorosos cánticos. Una vez en el templo, el desgraciado se confesaba por última vez y se tendía en el suelo sobre una sábana negra, como si estuviese muerto, para asistir al oficio religioso tras el cual era conducido a la entrada de la sinagoga donde el sacerdote pronunciaba la terrible sentencia que nadie deseaba escuchar: «Estás muerto para el mundo, pero acabas de renacer para Dios».

El condenado en vida sabía ya que el siguiente paso consistía en llevarle a los límites de la ciudad donde se le comunicaba la retahíla de prohibiciones: no podía entrar en las sinagogas, mercados ni molinos, o en cualquier otro lugar frecuentado por personas sanas; tampoco estaba autorizado a caminar por las calles sin su «uniforme» de leproso, ni a tocar sin guantes los objetos o alimentos que quisiese adquirir, ni tan siquiera las cuerdas y los postes de los puentes.

Una de las privaciones más duras para los padres era no poder acercarse ya nunca más a sus hijos ni a otros niños y jóvenes, como tampoco caminar en la misma dirección del viento para no contagiar a los transeúntes. La última orden disponía que, una vez muerto, el

leproso fuese enterrado en su propia casa para no contaminar el cementerio.

Todos los allí recluidos en tan penosas condiciones soñaban con verse curados algún día por obra de un milagro, conscientes de que su afección era mortal de necesidad. El sacerdote diagnosticaba la enfermedad, pero también la curación, razón por la cual soñaban con volver a verle para que los examinara y dictaminase que habían quedado limpios. Si él constataba que era así, el libro del Levítico disponía para su purificación la necesidad de reunir «dos avecillas vivas, puras, madera de cedro, un hilo de púrpura e hisopo». Y a continuación, quienes habían sido sanados debían degollar una de las dos aves en una vasija con agua bendita y tomar la que seguía aún viva junto con el cedro, el hilo de púrpura y el hisopo, y mojarlos todos en la sangre. Acto seguido, el sacerdote aspergía siete veces seguidas a quien debía ser purificado de la lepra y le declaraba puro, liberando finalmente al pájaro vivo en el campo.

Cada vez que Flavia oteaba el interior de las lóbregas cuevas no podía evitar conmoverse por más que intentase disimularlo. Veía a las pobres gentes hacinadas, sin más abrigo que sus capas hechas jirones y las mantas que algún alma caritativa como la suya les había llevado hasta allí desafiando el peligro de contagio. Las grutas eran tan bajas de techo que para entrar en ellas había que agacharse. Hacía frío dentro, incluso en verano, y el ajuar se reducía a jarros con el asa rota, esteras, mesas desvencijadas y catres sin colchón ni sábanas. Había vasijas apiladas en los rincones con vino avinagrado, judías, nabos, lentejas, cebollas, ajos, guisantes… y rara vez algo de

pescado barato. Se alumbraban con lámparas de aceite y linternas de cuernos, y como vajilla empleaban unos cuantos cacharros rotos, sartenes cubiertas de cardenillo y vasijas apestando a pescado podrido.

La última vez que ella acudió les llevó a esos desgraciados dos quesos de oveja, varios manojos de apio, cebolla y ruda para hacer ensaladas o cocinar las legumbres que ahora les traía en la olla redonda con tapadera que Caleb transportó en su día, junto con el único horno del que disponían.

Aquellas criaturas maltrechas y acobardadas la contemplaban en silencio mientras Flavia las acribillaba con la mirada. No había en ellas ni un atisbo de indignación, y su desánimo o más bien desolación era una abismal y alarmante pasividad; parecían vagar como espectros vivientes sin más futuro que el presente.

Apercibido de su presencia, Aarón, un niño de siete años, asomó su rubia cabellera con tirabuzones por aquel nido excavado en la roca. Se asemejaba a un angelote con sus redondas pupilas que fosforecían en las tinieblas.

—¡Hola, Flavia! —exclamó el chiquillo risueño.

—¡Aarón…! ¿Cómo estás, cielo?

—No quiero que te vayas más —sollozó abrazado a ella.

El niño era huérfano y malvivía allí con un tío suyo muy enfermo. Sus padres habían muerto de lepra, y ahora sus esperanzas de vida se desvanecían poco a poco sin una madre a su lado para reconfortarle.

—Te he traído una sorpresa —dijo ella con una sonrisa.

El rostro del chiquillo se iluminó como una luciérnaga en la oquedad de la cueva.

—¿Qué es…? —replicó con curiosidad.

Flavia se llevó la mano al bolsillo de su capa y extrajo seis astrágalos de oveja para jugar.

—Toma, son tuyos, para que te diviertas con tus amiguitos.

Aarón salió de la gruta dando un salto, y en la explanada lanzó una taba al aire mientras intentaba recoger de la tierra las cinco piezas antes de que la otra tocase el suelo.

Flavia se marchó de allí contenta aquella mañana por haber socorrido a los necesitados, pero muy triste porque Aarón, si un milagro no lo remediaba, moriría allí como un apestado. Impetró al cielo para que lo curase sin entender qué culpa tenía aquella criatura inocente para que se le considerase impura. Al llegar a la altura de la plaza, distinguió una sombra humana observándola bajo un árbol, pero hizo caso omiso y apretó el paso hacia su casa.

40

La pesadilla

Casa de Flavia y Benicio en Séforis, 33 d. C.

Cuando Flavia cruzó el umbral de su vivienda, la criada Claudia le confirmó que el señor aún no había regresado. Pensó que le habría surgido algún imprevisto en el destacamento militar o en el puesto fronterizo, y se encaminó hacia la habitación contigua a la cocina para tomar un baño. Había mandado colocar una bañera en aquel lugar para disponer de agua caliente con mayor comodidad. Se despojó de la capa y de las prendas interiores para introducirse desnuda en la pila de mármol, y comenzó a restregarse el cuerpo, que había untado previamente de aceite con una placa arqueada que eliminaba también el sudor de la piel. Oyó entonces la voz de Benicio al otro lado de la casa.

—¿Está la señora…? —preguntó a la sirvienta.

—La señora está en el baño —indicó Claudia.

Antes de secarse con las tres toallas para el cuerpo, el rostro y los pies, Flavia se extendió un compuesto de sosa por los pechos, la espalda y las extremidades, y se aclaró de nuevo. Era ya un ritual en ella cada vez que regresaba de la leprosería.

Cuando estuvo aseada, se ciñó con el cíngulo un vestido un poco más amplio y largo que la túnica, sin mangas y bordado en el cuello, con una franja ancha que le caía desde la cintura hasta los tobillos.

—Aquí estoy —dijo ella radiante, al ver a Benicio sentado a la mesa donde Claudia había servido ya los aperitivos: huevos, verdura fría con salsa picante y ensalada de mariscos.

Benicio había apurado su copa de vino con miel y llenó ahora la de Flavia antes de volver a hacer lo mismo con la suya.

—Bebe un poco, anda. Te sentará bien.

—Está riquísimo —dijo ella saboreando el trago.

—Ya puede estar bueno, porque me lo ha enviado el jefe.

—Los vinos de Herodes son de lo mejor.

—Y que lo digas.

Claudia regresó al comedor para preguntar por el segundo plato.

—¿Qué desean tomar los señores: corzo asado con salsa de cebolla, o tórtola hervida en sus plumas? —ofreció.

—¿Te parece bien un poco de cada cosa? —propuso Flavia.

Él asintió de buena gana y probó la ensalada de mariscos.

—De postre —añadió la sirvienta—, los señores tienen jalea de rosas, y dátiles rellenos de nuez y fritos con miel.

—Gracias, Claudia —dijo la señora.

—Y bien, ¿dónde has estado esta mañana? —preguntó Benicio.

—Dando una vuelta para despejarme.

—¿A dónde fuiste…?

—Estuve en el mercado comprando algunas cosas.

—¿Toda la mañana?

Flavia empezó a ponerse nerviosa.

—¿Por qué me interrogas con tanta insistencia?

—Quiero que me lo digas tú.

—Acabo de decírtelo.

—Mientes.

Flavia se sintió sofocada y dio un gran sorbo de vino, que al pasar por su fina garganta la sonrojó aún más.

—De modo que eras tú —murmuró ella.

—Decidí comprobar si era cierto lo que decían sobre ti.

—Y me seguiste.

—Hubiese preferido no hacerlo y que tú me contases la verdad, aunque no me gustase.

—Reconozco que no tuve el valor suficiente para hacerlo.

—Pues explícame ahora qué hacías rodeada de leprosos. ¿Has perdido el juicio? ¿No sabes que puedes contagiarte tú y contagiarme a mí…? ¿Tan poco valoras nuestras vidas?

—Lo siento de veras.

—¿Lo sientes? Cuando me lo contaron pensé que no era cierto. Hasta le rompí la nariz a quien vi como un embustero, pero me duele comprobar que él tenía razón.

Benicio era incapaz de controlar su rabia y decepción.

—¡Cómo has podido hacerme esto a mí, Flavia…! ¡Cómo has podido! —se lamentó, mesándose los cabellos.

La cabeza de ella era un carrusel de contradicciones: por un lado, pensaba que debía sincerarse con él y contarle todo; y por otro, sabía que sus nuevas creencias eran incompatibles con el concubinato permitido por el Derecho Romano.

Al final, su corazón pudo más que su cabeza. Se levantó y derramó la copa en la mesa con furia.

—¡Está bien! ¿Quieres saber la verdad? Te la diré. He ayudado a esos pobres infelices, sí. Merecen nuestra misericordia. Dios nos ama a todos por igual —resolvió—. El Nazareno me ha enseñado más sobre el amor de lo que tú harías si tuvieses tres vidas.

—¿Te refieres a ese… revolucionario?

—Sí.

Sin tiempo de reaccionar, Benicio le propinó una bofetada que la hizo caer al suelo. Flavia se llevó la mano a la mejilla, pero no se quejó ni lloró. Por el contrario, en su rostro pareció dibujarse una leve sonrisa, lo que enfureció aún más a su prometido.

—Lucio y tú… sois tal para cual. Con él luché en Germania y a ti te conocí cuando aún adorabas a los dioses. Pero fíjate ahora en lo que os habéis convertido…

—Si conocieras a Jesús no pensarías de ese modo —añadió ella conciliadora—. Déjame enseñarte su doctrina y comprobarás el amor más infinito que existe. Nos casaremos y…

—¡Jamás! —atajó él.

—¿Por qué…?

—¿Y tú me lo preguntas: la hija del prefecto del Pretorio romano? ¿La joven que creció leyendo a los poetas griegos Homero, Orfeo y Safo, y que bebió de la sabiduría de Virgilio, Ovidio, Horacio y Terencio? ¡Qué bajo has caído, Flavia, eligiendo a ese agitador de masas! —dijo con una mueca cínica.

—Jesús de Nazaret da sentido a mi vida.

—¿Qué sentido tiene un hombre que se arroga el poder divino y desprecia a los dioses gracias a los cuales Roma es hoy la civilización más próspera del mundo? ¿Puedes explicármelo tú?

—Jesús nos enseña que debemos amar a los demás como a nosotros mismos, y por eso he estado en la leprosería esta mañana llevando cariño a todos esos infelices.

—Si amases de verdad, respetarías el convenio de boda entre nuestras dos familias. Amar, Flavia, significa comprometerse en todo y para siempre.

—¿Y tú me amas, Benicio?

—Amarte es para mí ya una meta inalcanzable. No puedo seguir haciéndolo, Flavia, sabiendo que sigues a ese blasfemo.

—No alcanzo a creer que seas tan insensible. Tú también has cambiado, Benicio, pero en tu caso para mal —gimió ella.

—Hasta aquí hemos llegado. Vete pensando qué vas a decirle a tu padre.

Flavia seguía gimoteando como una niña con su muñeca rota.

—Aceptaré lo que Dios quiera para mí —balbuceó—. Decidí seguir a Jesús y lo haré con todas sus consecuencias, porque sé que él nunca me abandonará como tú lo haces ahora —añadió despechada.

Claudia no se atrevió a regresar al salón durante la fuerte discusión. Aguardó a que la señora terminase de hablar para preguntar con timidez si deseaba que les sirviese el segundo plato. Ella negó con la cabeza, y la criada se retiró.

Aquella noche, Benicio la pasó recostado en el triclinio entre almohadones, mientras Flavia tampoco pudo dormir tumbada en la cama. No dejaba de pensar en su futuro inmediato. Debía preparar el equipaje cuanto antes y marcharse de allí con todo el dolor de su corazón para no volver jamás. ¿Pero a dónde iría…?

Se quedó adormilada un momento y soñó que volvía a la leprosería, pero no para visitar a Aarón y jugar con él, sino para vivir allí con todos aquellos infortunados durante el resto de sus días. En su sueño, el sacerdote le diagnosticaba la impureza de su enfermedad y ella se encaminaba resignada hacia el lazareto. Una vez allí, le abría la puerta Dara, a quien al principio no reconoció porque había perdido las partes laterales de las cejas mientras la piel de su rostro y de la frente formaba pliegues gruesos y arrugados, como los de una tortuga gigante, con los lóbulos de las orejas estirados como péndulos.

Al entrar poco después en la cueva, vio a Aarón llorando desconsolado porque su tío acababa de fallecer. Dos ratas enormes con el pelaje negro azulado, el hocico puntiagudo y las orejas grandes salieron de las ánforas de una esquina y devoraron al hombre a dentelladas infligiéndole mordeduras y tajos profundos mientras dormía. Los roedores habitaban en las grutas junto a las letrinas que rara vez se limpiaban con agua ni conectaban con alcantarillado alguno. Abundaban también los orinales que luego se vaciaban en los retretes. Los olores nauseabundos se mitigaban en parte con el uso de ceniza de leña.

El niño tenía las córneas de los ojos inflamadas y el tabique nasal perforado, de modo que su nariz se asemejaba ahora a una silla de montar en miniatura. Por si fuera poco, el chiquillo había perdido dos falanges de los dedos y ya no podía jugar con tanta destreza a las tabas con sus amigos; la falange del pulgar izquierdo la conservaba aplastada como una espátula.

Flavia gritó horrorizada y en ese preciso instante se despertó envuelta en sudor.

A la mañana siguiente reparó en que tenía una pequeña mancha blanca y brillante en el cuello y barruntó cuál sería su nuevo destino.

41

LÁZARO

Betania, 33 d. C.

Camino de Jerusalén, Jesús se detuvo con sus discípulos y conmigo en la aldea de Betania, que significaba «casa de los dátiles». Allí, a unas dos horas andando de Jerusalén, había en efecto hermosos palmerales agitados por la intensa brisa. Estábamos ya fatigados por la dureza del camino empinado desde que salimos de Jericó, en la comarca occidental del Jordán.

—¿Adónde nos dirigimos, Señor? —le pregunté.

—Tranquilo, vais a conocer a dos mujeres, soy amigo de la familia —aseguró con su aplomo habitual.

Entramos en una casa donde nos recibieron con gran hospitalidad dos hermanas que dijeron llamarse Marta y María. El Nazareno se sentó dispuesto a predicar y trasladarles su palabra. María se sentó a los pies del Maestro para escuchar con atención sus enseñanzas mientras Marta permanecía distraída con el ajetreo propio del hogar. Pero llegó un momento en que esta, molesta, se plantó delante de Jesús para decirle:

—Señor, ¿acaso no te importa que mi hermana me deje trajinar sola? Dile, por favor, que me eche una mano.

Pero él, en lugar de darle la razón, la reprendió:

—Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte y no se le quitará.

Creía así el Maestro que no había nada más importante que el Reino de Dios, sobre el cual hablaba entonces a María y a todos los presentes, incluido yo. Marta hizo honor a su nombre, que en hebreo significaba «la señora», y siguió ocupándose así de las tareas domésticas.

Poco tiempo después regresamos a esa misma casa. Esta vez Jesús sí recibió el aviso de Marta y María mientras nos encontrábamos en la ribera oriental del Jordán, donde él y sus discípulos se retiraron tras la persecución sufrida por el Nazareno a manos de los fariseos en Jerusalén.

El acoso se produjo durante la fiesta de la Dedicación, que conmemoraba el hito histórico del alzamiento hebreo contra las fuerzas de Antíoco Epífanes, el rey sirio de la dinastía seléucida que ilegalizó la fe judía y profanó el Templo. Perea era una región tranquila, donde los enemigos de Jesús no podían ya acecharle, y conservaba viva la memoria de Juan el Bautista que tanto había predicado allí la venida del Mesías. Muchos habitantes afirmaron que Juan no hizo milagros en aquella tierra, pero que todo cuanto él dijo sobre Jesús se cumplió, razón por la cual se habían producido muchas conversiones.

Pero resultó que Lázaro, uno de los mejores amigos de Jesús, cayó gravemente enfermo y sus hermanas Marta y María le enviaron

un recado urgente para que regresase a Betania en cuanto pudiese. Él aguardó, aun así, dos días antes de emprender la marcha, y se encontró con las reticencias de algunos de sus discípulos.

—Maestro, hace nada querían apedrearte los judíos en Betania, ¿y ahora quieres volver allí? —le previnieron.

—¿No hay doce horas de luz? —replicó él—. Si uno camina de día, no tropieza porque ve la luz de este mundo. Uno tropieza si camina de noche, porque le falta luz… Nuestro amigo Lázaro se ha dormido y yo voy a despertarlo.

—Señor, si duerme seguro que se curará —dijeron ellos.

Todos entendimos que Jesús se refería al sueño normal, pero en realidad él hablaba de la muerte. Entonces, añadió ya con claridad:

—Lázaro ha muerto. Me alegro por vosotros de no haber estado allí para que tengáis fe. Ahora vamos a su casa.

Fue así como nos pusimos en marcha hacia Betania, atravesando el Jordán para recorrer una vez más la fatigosa ruta que subía desde Jericó a Jerusalén. Pedro resoplaba en algunos trechos del camino, en señal de que no estaba en buena forma física. De entre todos, Jesús, Juan y yo éramos los únicos que caminábamos con más soltura y resistencia.

Por fin llegamos a Betania, situada en la ladera oriental del monte de los Olivos, donde además de palmeras abundaban los almendros, los algarrobos y las higueras. Al enterarse de que había llegado Jesús, Marta salió a recibirlo mientras María se quedaba a cargo de la casa.

—Señor —dijo Marta—, si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano Lázaro. Pero aun así, sé que Dios te dará lo que le pidas.

—Tu hermano resucitará —aseguró él.

Al oír aquello, me convencí de que el Nazareno no debía de estar muy en sus cabales. ¿Quién podía devolver la vida a los muertos, sino solo Dios? Una cosa era ser un excelente mago y taumaturgo, y no dudaba de que Jesús lo era, pero otra muy distinta creerse todo un dios. Detestaba profundamente esas muestras suyas de megalomanía.

Con razón, Marta le corrigió:

—Ya sé que resucitará el último día, como todo el mundo.

Pero Jesús permaneció obstinado.

—Yo soy la resurrección y la vida —manifestó—. El que tiene fe en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que está vivo y tiene fe en mí no morirá nunca. ¿Crees esto…?

Pensaba que no era cuestión de fe, sino del más elemental sentido común. Si él me hubiese formulado a mí esa misma pregunta, la respuesta habría sido muy diferente de la de Marta, aunque yo no hubiese tenido más remedio que fingir entonces. «¡Pues claro que no creo en esas sandeces!», habría exclamado con toda franqueza.

Pero Marta contestó:

—Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el hijo de Dios que debía venir al mundo.

«¡El hijo de Dios!», grité escandalizado para mis adentros. Según aquella mujer, Jesús había sido engendrado por un dios, lo mismo que Júpiter, la deidad suprema de la tríada capitolina. ¡Aquello era un insulto a los dioses! ¡Un gravísimo atentado contra la religión politeísta de Roma! Pero me vi obligado a callar por estar en acto de servicio.

A continuación, Marta avisó a su hermana y esta salió enseguida al encuentro de Jesús. Acercándose a sus pies, le dijo sollozando lo mismo que aquella:

—Señor, si hubieses estado aquí antes, mi hermano no habría muerto.

Al ver llorar desconsolados a María y a sus discípulos, Jesús reprimió su emoción y preguntó:

—¿Dónde lo habéis enterrado?

—Ven a verlo, Señor —repuso María.

Él se estremeció y gimió. Algunos judíos que había allí comentaron entre ellos, admirados:

—Mirad cuánto le quería.

Pero otros le criticaron:

—Si abrió los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que Lázaro muriese?

Viendo a Jesús llorar, me ratifiqué en que él no era Dios, sino un hombre débil que ahora predicaba con el ejemplo una de sus grotescas bienaventuranzas. Un hombre muy dado a las digresiones, arengas y soflamas.

Llegamos al sepulcro, que era una cueva cerrada con una losa.

—¡Retirad la piedra! —ordenó Jesús.

Marta le interrumpió:

—Señor, huele mal, pues lleva ya cuatro días muerto.

—¿No te he dicho que si tienes fe verás el poder de Dios? —la recriminó.

Solo entonces removieron la losa mientras él miraba al cielo y decía, como si hablase con un espectro:

—Gracias, Padre, por haberme escuchado. Yo sé que siempre me escuchas. Lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado. —Y acto seguido gritó con toda la fuerza de su alma—: ¡Lázaro, sal fuera!

El muerto salió con los brazos y las piernas vendadas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les mandó desatarlo para que pudiese andar por su propio pie. Lo presencié todo tan de cerca que Lázaro pasó a mi lado.

A partir de entonces, comencé a ver a Jesús con otros ojos. Fui testigo en ese momento de su poder y su bondad. Algo había cambiado en mí y decidí demorar la información que debía pasarles a Pilato y a Herodes.

Dos años antes hubiera creído que aquel numerito orquestado pretendía confundirnos y hacernos pensar que Jesús era el dueño y señor de la vida y de la muerte.

Hubiese pensado que Marta y María eran sus cómplices, igual que Lázaro. Pero finalmente recapacité tratando de no ser negligente, y a partir de ese momento, comencé a preguntarme quién era en realidad aquel portento de hombre.

42

EL SAMARITANO

Samaría, 33 d. C.

Uno de aquellos días, diez leprosos gritaron a Jesús desde lejos mientras caminaba con sus discípulos y conmigo por la frontera limítrofe de Samaría:

—¡Maestro, ten compasión de nosotros!

Los leprosos, que conocían de sobra la fama de Jesús, no se atrevían a aproximarse por no incumplir la prohibición de acercarse a las personas sanas y por eso reclamaron su atención desde lejos. Al verse excluidos del trato social, se habían agrupado entre sí para cuidarse y defenderse. El hecho de que entre ellos hubiese uno que fuese samaritano era comprensible, pues a la hora de la enfermedad desaparecían las rivalidades ancestrales entre los pobladores de Samaría y los judíos.

Al verlos, él les dijo:

—Id a presentaros a los sacerdotes.

Al parecer, mientras iban de camino quedaron limpios. Y uno de ellos, advirtiendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a voz en grito y al llegar donde estaba Jesús se arrojó a sus pies complacido. Era el samaritano. Y el Nazareno le preguntó:

—¿No habéis quedado limpios los diez leprosos? ¿Dónde están los otros nueve? ¿No ha habido quien volviese para agradecérselo a Dios, excepto tú, que eres extranjero? Levántate y vete. Tu fe te ha salvado.

Nosotros ya sabíamos que la lepra era una enfermedad endémica en Israel y en otros pueblos orientales. Jesús nos lo había recordado en la sinagoga de Nazaret, advirtiéndonos de que había ya muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo. Pero ahora no curó de inmediato a los diez que se lo pedían, sino que los mandó presentarse antes a los sacerdotes de acuerdo con lo preceptuado por la ley. Es probable que los nueve leprosos que no regresaron se mostrasen a los clérigos para obtener la declaración oficial de su curación, pero uno de ellos dio media vuelta y llegó hasta donde estábamos nosotros. Era, insisto, un samaritano, lo cual otorgaba aún más mérito a su regreso para mostrarse agradecido por su curación, en lugar de observar de modo externo la ley, como hizo el resto.

La reacción de aquel hombre me admiró, pero todavía más la de Jesús con él delante de mí. La lepra había deformado su cara, convirtiéndole en un monstruo al que todo el mundo despreciaba y del que huía en cuanto advertía su presencia. Y ahora ese hombre nuevo se rendía agradecido ante Jesús pese a profesar una religión hebrea influida por divinidades asirias como Nergal, el dios del mundo subterráneo, o Hadad, el dios de la lluvia. Considerados descendientes de Jacob, los samaritanos esperaban la venida de un mesías a quien llamaban *Ta'eb*, «el que vuelve», una especie de segundo Moisés. No creían así en Jesús como enviado de Dios.

A los samaritanos como él no se les permitía tomar parte en la restauración del Templo de Jerusalén desde el retorno de los judíos de la cautividad. Los hebreos tampoco toleraban que ellos se mantuviesen fieles al culto de Dios en el monte Garizim, al que llamaban «montaña bendita y santa», asegurando que era el lugar del sacrificio de Abraham.

Qué grandeza la de Jesús haber concedido la curación precisamente a ese hombre, quien desde aquel día dio un vuelco a su vida.

La actitud satisfecha y alegre del samaritano sirvió a Jesús de argumento, según me explicó luego Caleb, para considerar prójimo, y por lo tanto merecedor de ser amado como a uno mismo, no solo al compatriota judío de raza y religión, sino también a los extranjeros que vivían entre los hebreos. Jesús constituía así el paradigma del curandero que reemplazaba al médico cuando este se veía impotente para sanar alguna enfermedad.

Era frecuente entonces que los familiares del paciente recurriesen a los servicios de sanadores populares o de magos como él. En una sociedad repleta de enfermos, no faltaban tampoco los santuarios donde las familias impetraban el poder sanador de Esculapio, dios romano de la medicina, o el de Serapis, dios griego de la curación. En las fuentes y baños termales identificados con alguna divinidad también se imploraba la recuperación de los seres queridos. Por no hablar de la fuente de Tiberíades, en el lago de Genesaret, o la de Gadara, ciudad helenística de la Decápolis, donde las gentes acudían

en masa como último recurso para alejar los males que amenazaban la salud.

Pero además de creer que Jesús era un curandero muy especial, yo ya admitía la posibilidad de que hubiese algo más en él que se me escapase. Lo sucedido con Lázaro me dio mucho que pensar. ¿A qué clase de hombre se enfrentaba Roma?

43

EL HIJO PRÓDIGO

Hebrón, 33 d. C.

En la ciudad de Hebrón, donde había un pequeño y frondoso valle que acogió un milenio antes los jardines y estanques del rey Salomón, llegué a sentirme miembro del círculo de los enemigos de Jesús formado por los escribas y fariseos, que permanecían allí atentos para sorprenderle y poder acusarle de blasfemo. Mi misión, sin embargo, no era llevarlo ante el Sanedrín, como pretendían ellos, sino desacreditarlo ante Roma y el mundo entero.

Aquellos días ya no podía asegurar que él fuese un charlatán, ni mucho menos un hereje, pero tampoco quería creer en sus milagros. Mi postura se alineaba así con la de los fariseos, que al verle expulsar un diablo de aquel hombre mudo se convencieron de que lo había hecho con ayuda del príncipe de los demonios. Era un hechicero con poder sobrehumano, pero sin llegar a ser un dios hacedor de milagros. Estaba persuadido así de que sus falsos prodigios constituían más bien un obstáculo para creer que un medio de creer, y adoptaba la actitud burlona y negativa propia del escéptico puro que veía en ellos piadosas supercherías, cuando no fuerzas psicológicas como la sugestión o la fe que cura. Aceptaba lo

sobrenatural, incluida la superstición, y jamás movía un dedo sin consultar a los dioses, pero me resistía a asumir que Jesús fuera uno de ellos, como los de Roma.

Convertir el agua en vino, hacer que cinco panes y dos peces alimentasen a más de cinco mil personas, y no digamos ya resucitar a Lázaro debían ser manifestaciones directas del poder creador de un dios, pero yo me negaba a reconocer en él un solo atisbo de divinidad y eso, debo admitirlo, a veces me exasperaba. ¿Cómo supo él mis apellidos? Era fácil de responder: Andrés o cualquier otro de sus discípulos se los habrían dicho, tal vez sin darse cuenta. Pero tampoco habría sido necesario revelárselos, pues el propio Jesús, como el resto de los habitantes de Judea, Samaría y Galilea, pudo conocer la identidad del hombre que había sido flagelado para escarnio público.

Y mientras cavilaba sumido en este océano de dudas, me vi sorprendido por otra de sus parábolas. Además de los discípulos, se concentraba aquella tarde en torno a él una nube de publicanos y pecadores a quienes por su incredulidad Jesús había decidido hablarles en parábolas. Arrancó así él con la del hijo pródigo, según la cual un hombre tenía dos hijos, y un día el menor le sorprendió diciéndole: «Padre, dame la parte de fortuna que me corresponde».

El padre le repartió sus bienes y poco después su hijo menor emigró con el dinero a un país lejano, donde lo derrochó viviendo a cuerpo de rey. Cuando lo hubo gastado todo, sobrevino una hambruna en aquella tierra y empezó a pasar necesidades. No tuvo más remedio al final que ponerse a cuidar cerdos, y llegó a padecer tal penuria que sentía la necesidad de llenar el estómago con las

algarrobas que comían los puercos, pues nadie le daba ni un mísero mendrugo de pan para llevárselo a la boca.

No sabría explicar por qué, pero lo cierto es que yo me sentí interpelado por Jesús con aquella conmovedora historia. ¿Realmente era yo como ese porquerizo hambriento, alejado de la casa paterna para explorar tierras paganas donde se practicaba el pastoreo del cerdo, prohibido en Israel? Pensé en la humillación que debió de suponer para aquel judío, desprovisto de toda ayuda material y humana, verse convertido en guarda de una piara de cerdos y estar dispuesto a alimentarse de cualquier cosa con tal de llenar el estómago.

Y cuando todo parecía perdido, inmerso en un callejón sin salida, se abrió de repente una puerta en su interior que le hizo reflexionar y comparar su aciaga vida presente con los felices recuerdos del hogar paterno: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo me muero aquí de hambre!», se lamentó para sus adentros.

Pero en lugar de abandonarse a la desesperanza, tomó una decisión: «Volveré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. No merezco llamarme hijo tuyo, así que trátame como a uno de tus jornaleros"». Y se puso así en camino hacia la casa de su padre.

Por primera vez en mi vida, tuve conciencia de lo que suponía ofender a Dios: el pecado era una huida y abandono de la casa paterna, tan opuesto al camino de la conversión. Aquellos entrañables recuerdos de su progenitor se habían convertido para él en un deseo irrefrenable de regresar al hogar. Decidió así confesar su pecado contra el padre y contra Dios por faltar al cuarto

mandamiento, que le conminaba a honrarlo como a su difunta madre.

Al verle regresar a lo lejos, su padre se enterneció. Salió corriendo hacia él, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo entonces lo que ya había pensado: «Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo».

Pero el cabeza de familia ordenó a los criados: «¡Deprisa! Coged el mejor traje que haya, ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo. Celebraremos un gran banquete, porque este hijo mío se había muerto pero ha revivido; se había perdido, pero lo he encontrado».

Recapacité así en que, tras el hallazgo de lo perdido, se sucedía el reencuentro alegre y regocijado. El padre revistió a su hijo harapiento con las mejores galas, ofreciéndole la túnica y el manto. Andaba descalzo y le colocó las sandalias; llegaba para ser jornalero, pero le devolvió el anillo propio de los hijos legítimos. Eligió el mejor ternero que tenía y convocó a los músicos y cantores para celebrar el banquete por todo lo alto porque su hijo, a quien consideraba perdido, había sido al fin encontrado.

Andrés, a mi lado, me susurró al verme:

—¿Por qué lloras, Lucio…?

Nadie me había visto sollozar hasta entonces, ni siquiera yo mismo recordaba haberlo hecho desde que falleció mi padre cuando tenía solo nueve años. Pero ahora, sin reparar en ello, se había formado un pocito con mis lágrimas en el suelo. El mismo hombre que censuraba a Jesús por bendecir a los lloricas no hacía ahora otra

cosa que gimotear, incapaz de retener el llanto, mientras pasaban a un ritmo vertiginoso por mi cabeza las piezas dispersas del puzle de mi vida que nunca había sido capaz de encajar. Recordé así todos mis crímenes cometidos en el frente y en la retaguardia, y solo pude reprocharme por dentro haberme comportado como un demonio, como cuando María de Magdala me refirió la matanza de los inocentes y yo evoqué sin querer la infausta memoria de la pobre Junilla, la hija menor de Sejano.

«¡Soy un demonio! ¡Un demonio…! —gritaba por dentro, recriminándome—: ¡No tengo perdón de Dios!».

Pero enseguida caí en la cuenta de que si aquel padre bueno había sido capaz de perdonar alborozado a su hijo malo, ¿por qué no podría mostrarse también misericordioso conmigo…? Hallé así el consuelo en aquella parábola de Jesús, dirigida también a los fariseos y doctores de la ley que se creían con derecho exclusivo a ocupar la Casa del Padre, mirando con recelo y envidia a los hijos pródigos como yo. Resultó que el hijo mayor se hallaba en el campo cuando retornó a casa su hermano. Y a su regreso, cerca ya de la residencia, oyó la música y el baile y preguntó a uno de los mozos a qué se debía semejante alboroto.

«Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el ternero cebado porque ha recobrado a su hijo sano y salvo», dijo el criado.

Entonces él se indignó, negándose a entrar. Apercibido de ello, el padre intentó persuadirle, pero el primogénito le replicó: «A mí, en tantos años como hace que te sirvo sin desobedecer nunca una orden tuya, jamás me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, ¡matas para él el ternero cebado!».

Y el padre le respondió: «Hijo mío, ¡si tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo! Había que organizar una fiesta y alegrarse, porque ese hermano tuyo se había muerto, y ha vuelto a vivir; se había perdido, y ha sido encontrado».

Yo me sentía también como aquel hijo pródigo que anhelaba ver al padre salir corriendo al camino para ofrecerle su perdón, su casa y su banquete.

—Cálmate, Lucio. Dime, anda, por qué lloras —insistió Andrés.

No respondí. Mi llanto era inconsolable y me impedía hablar. Escondí la cabeza entre mis piernas y lloré tanto que perdí la noción del tiempo.

Cuando desperté, tenía ante mí el rostro de Jesús, en cuclillas, iluminándome con aquellos ojos que encandilaban a cualquiera. Me puso la mano en el hombro y dijo con un amor indescriptible:

—No llores más, Lucio. Te vas a salvar.

44

La jaula

Jericó y Séforis, 33 d. C.

—¿Qué querrá «Aníbal Barca»? —preguntó Andrés, a modo de chanza, viendo a Caleb dirigirse hacia nosotros como una gran ave zancuda por la llanura de Jericó.

Así motejábamos en broma a Caleb por lucir un parche de tela negra similar al del general cartaginés que hizo temblar a Roma. Pesaba mucho. Era grande como un caballo. Poco después, aquel gigantón nos cubrió a Andrés y a mí con su sombra. A nuestro lado parecía el coloso de Rodas, la imponente estatua que los rodios erigieron en honor a Helios, dios tutelar de la isla y personificación del sol, cuyo pulgar podían abrazar muy pocos hombres sobre la tierra.

—¿Qué ocurre, Caleb? —preguntó el apóstol al verle tan excitado.

—¡Flavia ha contraído la lepra! —dijo él, casi sin aliento.

—¡Cómo…! —exclamé dando un respingo.

—Está recluida en la leprosería del barrio judío.

—¡Dios mío…!

—Ahora sabemos que visitaba a los leprosos para llevarles algo de comida.

—Siempre tan caritativa y discreta: que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha —señaló Andrés, mostrándose afectado.

—Y si la vieras ahora… —musitó Caleb—. Pobrecilla, se me cayó el alma a los pies cuando la reconocí bajo esa horrenda capucha. Ahora todos creerán que es una gran pecadora obligada a expiar sus muchas culpas.

—¡Qué injusta es la vida!

—Ella me contó, sollozando, que nunca pasó tanta vergüenza como cuando el sacerdote la declaró impura en medio de todo aquel gentío que no cesaba de increparla: «¡Inmunda! ¡Corrompida! ¡Pecadora!»…

—Debió de ser terrible…

—Y para colmo, Benicio ha deshecho ahora su compromiso de boda y no quiere volver a verla jamás en su vida. Ese hombre nunca la amó como debiera.

Sabía que el matrimonio entre Benicio y Flavia estaba abocado al fracaso, porque tarde o temprano él descubriría la doble vida de su prometida, pero jamás imaginé que esta ruptura se produciría en el peor de los escenarios, con Flavia enferma de lepra.

Permanecí callado, incapaz de articular palabra. Me invadieron muchos pensamientos, todos tremebundos, y pude imaginar, porque yo también la sentí en mis propias carnes, la desolación a la que conduciría a su padre semejante noticia sobre su amada hija.

«Cuando Macrón se entere…», pensé. Pero no estaba seguro de cómo reaccionaría cuando supiese que su hija se había unido al revolucionario al que me envió a desenmascarar. Algo me decía que, aunque decepcionado, no la condenaría y sentiría piedad por ella como padre.

—Pobre Flavia. Yacerá así sola en su tumba… ¡estando viva! —exclamó Andrés.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —inquirí, desesperado.

—Rezar. Y esperar un milagro —dijo Caleb.

Y fue entonces cuando mi mente se iluminó de repente, aunque sabía que desde ese instante ya no había marcha atrás. Miré a Caleb esperanzado.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunté.

—Solo él puede salvarla —asintió.

Alarmada por la noticia, que era ya un clamor en Galilea y muy pronto lo sería en toda la región, María de Magdala visitó aquella tarde a Flavia en la leprosería.

La recibió Dara, a la que conocía desde niña y que llevaba dos años enferma, con el rostro carcomido por la lepra y recluida en aquella jaula sin barrotes.

—¡Cuánto te echaba de menos, María! Entra —se alegró la mujer al verla.

—Perdóname por no venir antes —se disculpó María de Magdala.

—Tranquila. Sé que cuando no estás ocupada con el negocio del aceite o las tareas de la casa, aprovechas para estar con el Maestro y sus discípulos. ¿Qué otra cosa mejor puedes hacer…?

—Verte a ti, y también… a Flavia. ¿Cómo está ella?

—Destrozada. ¡Y pensar que se acercó aquí el otro día a traernos algo de comida…! La desdichada no se merece esto.

—Ni tú tampoco.

—La intento consolar, pero es imposible sobreponerse a un trauma como este. Cuando yo enfermé, permanecí meses enteros sin querer hablar con nadie, hasta que la fe me hizo entrar en razón, para que luego digan que ambas están reñidas y no van juntas de la mano.

—Lo recuerdo muy bien, Dara. Al principio rehuiste mi compañía, pero entendí enseguida el gran sufrimiento que arrastrabas viéndote obligada a separarte de tu esposo y de tus hijos.

—Gracias a Dios, Ariel y Débora vienen a visitarme con su padre cada vez que pueden. Él ya es un mozo de quince años y su hermana tiene dos menos. Son dos tesoros. Y Elías, un santo varón.

Dara acompañó a María hasta una gruta iluminada por dos lucernas de arcilla alimentadas con aceite. Era un lugar tenebroso donde nadie, en su sano juicio, a no ser obligado por las circunstancias como Flavia y las dos mujeres que compartían la cueva con ella, hubiese querido ni tan siquiera asomarse.

—¡Flavia! —avisó Dara—. Tienes visita.

Poco después, ella bajó los dos escalones de piedra que separaban la gruta de la explanada como si llevase bolas de plomo en sus zapatos de piel.

—Os dejo a solas para que podáis hablar —se despidió Dara.

—¿Cómo estás, Flavia?

—Me consuela volver a verte, María —dijo con la mirada extraviada.

—No podía dejar pasar el tiempo sin saber cómo estabas.

María tuvo la sensación de encontrarse ante otra mujer distinta: ojerosa, sin su larga melena al aire, cubierta con aquella horrible caperuza y enfundada en una túnica gris ratonil con un bolsillo donde guardaba la esquila. Pero sobre todo, lo que más le

sobrecogió de ella fue su expresión inerte, como si acabase de perder a un ser muy querido que era ella misma.

—Mal, estoy mal —musitó—. Sé que el tiempo lo cura todo, pero lo que he pasado no es nada comparado con lo que todavía me espera.

—Dios te dará la fortaleza que necesitas, Flavia. No lo dudes.

—Gracias a él he soportado ya el tremendo desdén de estos días, tendida en aquella sábana negra desplegada en el suelo mientras los escribas y fariseos me soltaban todo tipo de improperios ante los vecinos y desconocidos.

—¡Cuánto lo siento! No te mereces eso, y Jesús lo sabe. Confía en él.

—Ya lo hago.

—¿Y Benicio…?

—Ha roto conmigo y me alegro. Estuve enamorada de él, pero sabía que nuestra relación era imposible porque jamás aceptaría mi decisión. Ahora solo rezo para que no se contagie él también y pueda ser feliz de verdad cerca de Dios. Es un hombre bueno en el fondo, aunque permanezca ofuscado.

—Nada sucede por casualidad, Flavia, para quienes creemos en la providencia.

—Así es, María.

—Vendré a verte otro día.

—Tranquila, no estoy tan ocupada como tú —dijo ella haciendo un vano esfuerzo para sonreír.

Antes de despedirse, Flavia le reveló su gran secreto confiándole un objeto suyo muy preciado para que se lo entregase a Lucio Fedro.

45

EL AMOR

Llanura de Jericó, 33 d. C.

Debió suceder una desgracia como la de Flavia para convencerme de que el amor auténtico existía y yo aún no lo había probado. Lo veía también reflejado en quienes me rodeaban, sobre todo en Jesús, en cada una de sus miradas o de sus palabras.

—Lucio Fedro, sígueme —me conminó el Profeta aquel día en el que yo estaba al borde de la desesperación. Lo hizo con su encanto habitual, ante el cual caí rendido.

Su llamada no era una orden militar, como tantas otras a lo largo de mi carrera, sino una invitación generosa y altruista para descubrir el amor en él y en los demás. Lo que yo necesitaba en aquel momento. Mi nueva fe con la que volvería a nacer.

Con ella, las palabras de Jesús cobrarían sentido y sabría discernir que iban dirigidas también a mí. «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: "Vete de aquí allá", y se iría, y nada os sería imposible», aseguró él.

¿No decía también que él era el Camino, la Verdad y la Vida…? Si creía en ello, todo se arreglaría y Flavia podría volver a nacer del mismo modo para el mundo.

Perseguía la fe y, sin darme cuenta, había empezado ya a creer que lo imposible podría dejar de serlo para mí.

Por primera vez en mi vida, supe que la fe me hacía ser feliz de verdad. Palpaba el sufrimiento ajeno en derredor, pero veía a quienes lo padecían con rostros venturosos, y eso me desconcertaba. Daba igual que fuesen ciegos, sordos o lisiados, que hubiesen perdido a un ser amado, estuviesen desfallecidos por la sobrecarga de trabajo o por cualquier otra pesadumbre humana. Sabían sonreír, y eso bastaba para provocarme envidia y admiración.

Antes los hubiese tildado a todos de lunáticos, o incluso de sádicos complacidos con su dolor. Pero al seguir durante todo ese tiempo a Jesús y a sus discípulos, había aprendido que si aquellos infortunados para el mundo sabían ser dichosos tras derrotar a la angustia y la aflicción, también podría serlo yo.

Siempre había actuado por el sentido del deber, tanto para ir a la guerra como para cumplir con la misión que ahora tenía asignada. La motivación se repetía en todos los casos: compromiso, obligación, exigencia, imposición, mandato.

En cambio, ellos, los desvalidos, encontraban siempre un sentido a todo lo que el destino les deparaba, y sabían obrar por amor. ¿Qué había significado para mí esa palabra durante tantos años? Nada absolutamente.

Le pedía al Nazareno con todas mis fuerzas que Flavia se viese limpia algún día de la lepra para poder compartir con ella el resto de mi vida.

Me arrepentía de todas mis conquistas sentimentales, incluida la primera experiencia a los dieciséis años con una mujer patricia,

casada, a quien conocí en un prostíbulo tras solazarme con la matrona.

Había permanecido años enteros entregado con gozo al frenesí de vivir, sin considerar pecaminoso el sexo ni hallar culpa alguna en la complacencia de los sentidos, pues estaba persuadido de que lo natural no podía ser indecente. Frecuentaba así los burdeles romanos en el barrio de la Subura, enclavado en el monte Esquilino, algunos de los cuales parecían auténticos palacios de lo alhajados que estaban, a diferencia de otros lupanares sucios y malolientes que solo pisé contadas veces.

Me convertí en un sibarita de la lujuria: pagaba caro a las meretrices que trabajaban por cuenta propia y despreciaba en cambio a las mujerzuelas que hacían la calle junto a las puertas. Era raro que faltase algún año a las fiestas donde cundía el desenfreno, como las Lupercales, a mediados de febrero, o las Saturnales, en diciembre. ¡Cómo disfrutaba yo entonces con los poemas libidinosos de Catulo, tan amigo de Pompeyo, Cicerón, Catón o César…!

Pero ahora por fin sabía que nunca había amado de verdad a ninguna otra mujer más que a Flavia.

46

Obediencia

Séforis, 33 d. C.

Herodes se dispuso a escribir de nuevo a Tiberio en las hojas de papiro recibidas con la última remesa de rollos traída de Egipto. Llevaba ya tiempo sin noticias de Lucio Fedro y debía guardarse las espaldas ante el emperador que le había pedido explicaciones sobre la Misión Columba en su última carta. El contacto epistolar con Tiberio le permitía también al tetrarca dejar al margen a su acérrimo enemigo Poncio Pilato y reservarse para él solo los favores del César.

«A Pilato, que le parta un rayo», dijo para sus adentros mientras invocaba a Júpiter.

Con su vasto pulgar y el índice sujetó el cálamo de caña de junco para mojar la punta en tinta y empezar a redactar los acontecimientos desde el principio con una escrupulosa cronología, de modo que Tiberio no pudiese acusarle de ocultar ni una sola menudencia:

> Al excelentísimo, piadosísimo, divinísimo y terribilísimo Claudio Tiberio César, el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas…

Herodes relató en la misiva todo lo acontecido desde la llegada de Lucio. Su detención, el castigo con el flagelo, su infiltración en el círculo de Jesús de Nazaret, la muerte de Greco, la influencia del revolucionario en la zona, sus milagros (referidos por Lucio). Le habló de Caleb, de María de Magdala, con la que vivía. Hasta que llegó a la parte más delicada. Le contó que Flavia, la hija de Macrón, había abrazado la doctrina de Jesús y se había convertido en una de ellos. Y que por ese motivo, por la estúpida idea de amar al prójimo, había contraído la lepra y ahora agonizaba en las cuevas sin nadie que la consolara. Le indicaba al César que fuese él, con su sabiduría, quien le trasladase la noticia a su padre.

Por último, le refirió que Lucio había desaparecido pero añadió enseguida que había ordenado buscarlo a sus mejores hombres.

Cuando terminó de redactar la carta, Herodes la selló con líneas de tinta trazadas sobre el cordel y el papel, como tenía por costumbre, y se dirigió a Benicio.

—Necesito que encuentres a Lucio Fedro, aunque tengas que remover hasta la última piedra del Templo de Jerusalén. ¿Está claro? —dijo fulminándole con la mirada.

—No descansaré hasta conseguirlo, señor —repuso Benicio.

—Más te vale, si en algo aprecias tu carrera de pretoriano. Eres para mí como un hijo, Benicio, pero no olvides jamás que por encima de eso está la obediencia ciega que me debes como tetrarca de Galilea.

—Cuente con ello, señor —afirmó el jefe de la guardia de Herodes, que estaba sediento de venganza tras el desaire de su prometida.

—¡Tráeme aquí a Lucio Fedro o te arrepentirás!

47

LA *BULLA*

Cafarnaúm y Jericó, 33 d. C.

María de Magdala se puso en camino hacia Jerusalén, acompañada por Juana, la mujer de Cusa, el intendente de Herodes, y por María de Betania, la hermana de Marta y de Lázaro.

Las tres mujeres llevaban el rostro cubierto por un tocado con dos velos sobre la cabeza, una diadema en la frente y cintas colgantes hasta la barbilla, como una malla de cordones y nudos para que nadie reconociese sus facciones.

La mujer que salía a la calle sin tocado para velar su rostro ofendía las buenas costumbres judaicas y otorgaba derecho al marido a divorciarse sin pagarle ni un solo denario de plata. Más de una esposa o novia había proferido ya una especie de maldición doméstica: «Que recaiga sobre mí esto y aquello, si las vigas de mi casa han visto una sola vez mi cabellera». Solo el día del matrimonio, si la esposa era virgen y no estaba viuda, podía aparecer en el cortejo con la cabeza descubierta.

Para Jesús, las mujeres tenían gran protagonismo en su vida pública. Las trataba con inmenso cariño, valoraba mucho sus oraciones, tanto si eran madres como solteras, como María de

Magdala, y las curaba a ellas o a sus hijos con un mimo y una dedicación exquisitas. Bastaron así las lágrimas de una madre para que él se enterneciera y resucitase al joven de Naín, acabase con los tormentos de una niña en la región de Tiro y Sidón, resucitase a Lázaro ante la insistencia de sus hermanas Marta y María, o perdonase a la mujer sorprendida en adulterio a quien los fariseos pretendían lapidar.

Mujeres como María de Magdala, Juana y María de Betania formaban parte de ese grupo femenino escogido que acompañaba a los doce discípulos a todas partes y al que pertenecían también María, la madre de Santiago y José, parientes de Jesús, y Salomé, la madre de los discípulos Santiago y Juan. Sin olvidar a Susana, cuyo nombre hebreo significaba «lirio», y que cuando Jesús hablaba sobre los «lirios del campo» aludía a las «susanas» e, inevitablemente, a la mujer de carne y hueso llamada así.

Las dos Marías y Juana llegaron a Jericó, cerca de Jerusalén, donde se encontraba Jesús con sus apóstoles, acompañados por mí y otros seguidores. Sumergida en el valle del Jordán, la ciudad era, según decían, la más antigua del mundo.

María de Magdala se acercó a mí aquella mañana para que me retirase con ella a un lugar discreto donde nadie pudiese escucharnos. Nos sentamos bajo un tupido palmeral a cuyo alrededor brotaban «rosas de Jericó», que solían secarse y renacer de modo constante. Por esa razón se las denominaba «plantas de la resurrección» o del «perpetuo renacimiento». Hasta en la naturaleza Jesús me mostraba signos de lo que estaba a punto de sucederme.

—He estado con Flavia —dijo María.

El corazón se me aceleró.

—¿Flavia…? —farfullé—. ¿Cómo está?

—Muy afectada. Le costará Dios y ayuda aceptar que ya nunca más saldrá de allí, a no ser que suceda un milagro.

—Ella es fuerte —advertí—, pero no sé si tanto como para aguantar en aquel infierno.

—Confío en que salga de allí del mismo modo que ha entrado —añadió ella esperanzada.

—Empiezo a creer en los milagros.

—¿Empiezas? ¿Después de presenciar tantos…?

—Reconozco que me ha costado.

—La oración todo lo puede.

—Pues recemos para que suceda otro con Flavia —dije—. Por cierto, Caleb me comentó que ella y Benicio habían anulado su compromiso matrimonial.

—Así es —corroboró María—. Su inesperada enfermedad ha desencadenado la ruptura de una relación imposible, porque Benicio jamás hubiese aceptado casarse con una seguidora de Jesús. Además, ella en el fondo no le amaba.

Esta última confesión de María me sonó al mejor cántico elegiaco que jamás había escuchado.

—¿Te dijo eso Flavia?

—Eso y mucho más.

—¿A qué te refieres?

—Se acabaron los secretos.

—¿Qué secretos? —dije con inquietud.

—Ella te ama, Lucio.

—¿Cómo lo sabes?

—Me encargó que te lo dijera.

—¡Dios mío, María! Yo también la amo —declaré.

—El miedo a una pérdida nos abre los ojos.

—Tienes razón —asentí—. ¡Qué ciego he estado durante todos estos años!

—Toma, me lo ha dado Flavia para ti —dijo ella tendiéndome un obsequio inesperado—. Quiere que lo lleves siempre contigo para que nunca la olvides.

María me entregó una pequeña cápsula de oro, compuesta por dos placas cóncavas adheridas entre sí por los bordes con una pieza elástica del mismo metal precioso. Era el primer regalo que Macrón le hizo a su hija recién nacida. Flavia lo había llevado colgado del cuello desde entonces. La *bulla*.

—¡Es preciosa! —exclamé—. Y fíjate en el reverso: lleva grabada una paloma.

—Mandó cincelarlo ella misma poco después de unirse a nosotros.

Besé la *bulla* y rompí a llorar, pero no sentí vergüenza alguna por hacerlo delante de María. Reparé así en que yo no era ya la misma persona. Todo transcurría muy rápido. Algo había cambiado en mí y seguiría haciéndolo hasta mi total transformación.

48

LA OVEJA PERDIDA

Betfagé, 33 d. C.

Muy cerca de Jerusalén, Jesús avistó la aldea de Betfagé, que significaba «la casa de las brevas», situada a medio camino subiendo por la pendiente entre Betania y la cumbre del monte de los Olivos. La ruta de Jericó a Jerusalén escalaba desde Betania a Betfagé, y de allí hasta la cima, desde donde comenzaba el descenso con una maravillosa vista panorámica de la Ciudad Santa.

—Id a Betfagé —indicó el Maestro a dos de sus discípulos— y encontraréis allí enseguida una borrica atada y un pollino con ella, sobre el cual nadie ha montado todavía. Desatadlos y traédmelos aquí. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, decidle que el Señor los necesita y que los devolverá pronto.

Andrés me explicó por qué el Nazareno había escogido un asno como cabalgadura para su entrada triunfal en Jerusalén, en lugar de un caballo o de una carroza empenachada, como hacían los generales romanos para celebrar cada una de sus victorias. Entre los semitas, el caballo tenía una connotación profana como animal de guerra, que servía de cabalgadura militar a los enemigos de Israel. Por el contrario, el asno era conocido como animal doméstico mucho

antes que el camello, e incluso los jefes del pueblo lo utilizaban para montarlo, además de las clases humildes. Zacarías había profetizado ya en las escrituras que el Mesías llegaría a Sion montado en un asno, como los nobles y reyes de la tierra.

Jesús me cogió del brazo y me llevó aparte para decirme algo.

—Eres como el hijo pródigo, Lucio. Hace tiempo que te espero y por fin ha llegado tu hora —afirmó, esta vez con el gesto algo más sombrío que de costumbre, pero sin perder su magnetismo.

—¿Mi hora de qué, Señor? —inquirí nervioso.

—Tu hora de seguirme.

—Un criminal como yo no se merece eso —aduje.

—Sé muy bien todo el mal que has hecho, Lucio: presenciaste la violación y muerte de una niña y no pudiste salvarla, y hace poco le cortaste la cabeza a Marco Greco como quien poda un algarrobo.

—¿Cómo sabes todo eso, Señor?

—También te metieron en la cárcel…

Permanecí en shock sin poder hablar ni mirarle a los ojos, dando vueltas en derredor suyo, cabizbajo y avergonzado, como un borrico de feria. Y de repente sentí un fuerte zumbido en los oídos que me despabiló.

—Lucio, ¿me amas…? —inquirió Jesús.

Lo dijo con una ternura que nadie antes había empleado conmigo.

—¿Me amas…? —repitió como si su vida dependiese de ello.

En aquel mismo instante tuve la certeza de estar delante del Mesías. Y empecé a preguntarme cómo era posible que todo un Dios hubiese adoptado la naturaleza humana repleta de tantas miserias como las mías, y se rebajase hasta el extremo de preguntarme

ahora con tanta insistencia si le amaba. ¿Tan importante era yo para él…?

—¿Recuerdas a la oveja perdida? —me preguntó.

—¿La oveja perdida soy yo…?

—Claro, Lucio, y el hijo pródigo también.

A Jesús le encantaban los símiles del pastoreo, tan habitual en el paisaje de la zona, y en particular el de las ovejas y las cabras. Moisés, el gran libertador del pueblo judío, también fue pastor cuando era fugitivo de la corte del faraón egipcio; lo mismo que David, valeroso defensor de su redil frente a las fieras depredadoras, hasta que fue designado rey de su pueblo. Dios era el Pastor de Israel, con mayúsculas, y los gobernantes, pastores buenos o malos, según el caso.

—Si tuvieras cien ovejas —añadió Jesús— y se te perdiera una sola, ¿no dejarías, Lucio, las noventa y nueve restantes en el campo para ir en busca de la descarriada hasta encontrarla?

—Seguramente —contesté.

—Y cuando la hallases, ¿no te cargarías la oveja a los hombros, tan contento…? Al llegar a casa, reunirías a los amigos y vecinos para decirles: «Dadme la enhorabuena, porque ya he encontrado a la oveja perdida».

—Lo haría —asentí.

—Pues yo te digo, Lucio, que lo mismo sucede en el cielo: hay más alegría por un solo pecador que se arrepiente, como tú ahora, que por los noventa y nueve justos que no necesitan hacerlo.

Rompí a llorar entonces como un recién nacido. Tal vez fuese porque yo acababa de nacer en ese mismo instante a la vida del

espíritu. Experimenté un dolor indescriptible por haber ofendido a Dios durante tantos años y con tanta indiferencia.

—Yo soy el Buen Pastor, Lucio —me dijo él, extendiendo los brazos para acogerme en su regazo como a la oveja perdida que acababa de recuperar.

—Pero yo vine aquí, Señor, para espiarte, juzgarte y condenarte —confesé.

—Nada de eso importa ya. Responde ahora a mi pregunta, Lucio: ¿me amas…?

—¡Te amo, Señor! —aullé como un lobo herido—. ¿Acaso merezco tu perdón…?

—Ya lo tienes.

El Maestro me escogió al final entre sus setenta y dos nuevos discípulos, tras advertirme que la mies era abundante pero los obreros pocos. Por eso nos dijo a todos que rogásemos al dueño de la mies que enviase más braceros para atenderla, y eso mismo hizo él.

Me encontré así junto a los discípulos restantes, entre ellos Matías, Bernabé, llamado «el Justo», Cleofás, Ananías, Aristión, Juan, Manahem, Esteban y Agabas, el Profeta. Sentí un gran estupor, mezclado con un gozo enteramente humano. Me veía como un ser pobre, desconocido, oscuro… El desecho de la humanidad, la escoria a quien Jesús llamaba ahora para extender su Reino por el mundo. Divina paradoja.

Reunidos junto a él, advirtió que nos enviaba como corderos en medio de lobos, indicándonos que no llevásemos bolsa, alforja,

sandalias ni báculo, y que tampoco nos detuviésemos a saludar a nadie por el camino, añadiendo que cuando entrásemos en una casa debíamos saludar primero: «Paz a esta casa».

Si había allí gente de paz, nos dijo, la paz que les deseáramos se posaría sobre ellos, y si no volvería a nosotros. En caso afirmativo, debíamos permanecer en esa casa comiendo y bebiendo de todo lo que nos ofreciesen, porque el obrero merecía su salario.

También nos aconsejó que no cambiásemos de morada, y que si entrábamos en un pueblo y nos recibían bien, comiéramos todo lo que nos pusiesen, curásemos a los enfermos y dijéramos: «Está cerca de vosotros el Reino de Dios».

Pero si en alguna aldea no éramos bien recibidos, debíamos salir entonces a las calles y proclamar: «Hasta el polvo de esta tierra que se nos ha pegado a los pies nos lo limpiamos».

Y añadió que el día del juicio le sería más llevadero a Sodoma que a ese pueblo displicente. «Quien os escucha —manifestó—, a mí me escucha, y el que os desprecia, a mí me desprecia; y el que me desprecia, también lo hace con mi Padre que me ha enviado».

Fue así como él nos seleccionó: setenta y dos discípulos, ni más ni menos.

49

EL TEMPLO

Jerusalén, 33 d. C.

Llegó el anhelado día, el primero de la semana para los judíos, y la gran fiesta de la Pascua congregó en Jerusalén a más de diez mil personas para presenciar la entrada triunfal de Jesús en la capital de Judea.

Los hombres habían extendido sus mantos por el camino y las mujeres sus velos para que el personaje homenajeado pisase sobre ellos a lomos de un asno. Era una ceremonia atávica en la historia de Israel, similar a la de colocar tapices bajo los pies de las personas importantes. Siglos antes, en la proclamación de Jehú, hijo de Josafat y rey de Israel, los servidores de la corte se desprendieron de sus mantos para colocarlos sobre las gradas que iba a pisar el nuevo monarca.

Otras personas entre la muchedumbre cortaban ahora ramas de olivo que todavía no estaban en flor, siguiendo una vieja tradición que simbolizaba la alegría festiva. Lo mismo que en la otra gran solemnidad religiosa de la fiesta de las Chozas, también llamada de los Tabernáculos o de las Tiendas, que además de su sentido agrario para agradecer los frutos de la recolección de las vides y los olivos,

tenía como finalidad recordar la larga peregrinación de Israel por el desierto, cuando el pueblo habitó bajo tiendas de lona durante cuarenta años consecutivos.

Cientos de peregrinos salieron de la ciudad aquel domingo al encuentro de Jesús agitando sus ramas de olivo, símbolo de la paz. La muchedumbre se arremolinaba en torno a Jesús haciéndole bajar con dificultad y lentitud, montado sobre el pollino, por la pendiente del monte de los Olivos para cruzar el valle del Cedrón y subir finalmente hasta el Templo.

El valle del Cedrón rodeaba la ciudad por el lado oriental, separándola del monte de los Olivos, y por su profundidad constituía una defensa natural importante. En sus laderas y en su lecho, guarnecido por sauces y arbustos, se asentaban santuarios y cementerios. Debíamos atravesar la puerta de la ciudad más cercana al valle, la de los Leones, para dejar atrás el también llamado valle de Josafat o de la Decisión, porque a él haría bajar Yahvé a todas las naciones para ser juzgadas el día elegido, según las Sagradas Escrituras.

Al gentío que nos envolvía se sumó otro mucho más numeroso aún procedente de la ciudad de Jerusalén que, al enterarse de que el profeta de Nazaret llegaba a sus calles, salió también a su encuentro vitoreándole:

—¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna al rey de Israel! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!

Mientras descendíamos por el monte de los Olivos, seguimos alabando exultantes a Jesús con grandes vítores por todos los milagros que nos había regalado durante los últimos tres años. Los fariseos seguían al cortejo con rabia en el corazón; buscaban los medios para abortar aquel triunfo y se acercaron al Maestro para exigirle que nos reprendiese por aclamarle, pero él les contestó con gran autoridad: «Os digo que si ellos callasen, gritarían las piedras».

A cada paso que dábamos, salían a nuestro encuentro nuevos grupos, y estos cruces sucesivos de peregrinos provocaban renovadas explosiones de júbilo. Los extranjeros decían: «¿Quién es este…?».

Y gran parte de la multitud que nos acompañaba respondía: «Es Jesús de Nazaret».

Un poco más adelante, en el lecho del valle del Cedrón, pudimos beber de la fuente de Guijon, bastante caudalosa, mientras otros peregrinos calmaban su sed en la otra fuente Ein Rogel. Y al cabo de una hora de camino aproximadamente, llegamos a nuestro último destino: el Templo de Jerusalén, donde en su parte más íntima, el santuario, se había producido la anunciación de Juan el Bautista a su padre Zacarías y la conversación de Jesús con los doctores de la ley.

Las exclamaciones y cánticos prolongados de una calle a otra llegaron así hasta el Templo, y cuando Jesús apareció en las gradas recibió la calurosa bienvenida de cientos de niños a quienes sus padres portaban a hombros para que pudiesen ver y gritar también: «¡Hosanna al Hijo de David!».

En el centro del templo dominaba el santuario, con una descomunal fachada donde se combinaban los mármoles preciosos con las placas de oro.

Jesús curó allí a varios ciegos y cojos delante de mí. Poco después, se le acercaron unos griegos. Eran unos paganos, de los llamados prosélitos, que habían aceptado la fe en el verdadero Dios de los judíos. De este último grupo eran los que se habían dirigido poco antes al apóstol Felipe en su lengua materna para suplicarle que les dejase ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés, que permanecía a mi lado. Vi entonces al Maestro taladrar a Andrés con su mirada mientras le decía, a modo de premonitoria advertencia: «Si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo, pero si muere, da fruto abundante».

Aludía así a su propia glorificación, es decir, a su muerte y a su resurrección gloriosa. Mientras él hablaba, le interrumpió una voz del Cielo. La misma que ya se había dejado oír en el momento de su bautismo en el Jordán y sobre el monte Tabor, donde se produjo la Transfiguración. Andrés y yo, sobrecogidos hasta lo más hondo del alma, a diferencia de la muchedumbre que apenas percibió un sonido confuso, semejante a un trueno o incluso a la voz de un ángel, alcanzamos a escuchar con sobrehumana claridad aquellas palabras celestiales, que clamaban con majestad irresistible por la glorificación de quien iba a morir por la salvación de todos los hombres, para resucitar después y vencer así, de una vez y para siempre, a la muerte.

Fue en aquel lugar privilegiado, tras escuchar la profecía de la muerte de Jesús, donde volví a verla entre la multitud y solo pude gritar, eufórico, sin advertir la presencia de nadie más:

—¡¡¡Flavia…!!!

SEGUNDA PARTE

50

LA PIEDRA ANGULAR

Templo de Jerusalén, 33 d. C.

—Pedro, ¿por qué llora el Maestro? —preguntó Andrés a su hermano, conmovido frente al monumental templo herodiano.

Solo le había visto llorar dos veces en los últimos tres años: la primera, de modo silencioso y con los ojos húmedos por la muerte de su amigo Lázaro; y ahora, de forma diferente, con un llanto sonoro colmado de lagrimones.

—La expulsión de los mercaderes no es la única causa de sus sollozos —aclaró Pedro, tan triste y sorprendido como Andrés al percibir aquellos hirientes gemidos.

Poco antes, Jesús había expulsado con cajas destempladas a los mercaderes que profanaban aquel lugar sagrado. Vendedores de bueyes, ovejas y palomas, junto a cambistas sentados ante sus mesas canjeando denarios y dracmas, dinero romano y griego contaminado según la ley mosaica, desataron su más iracunda reacción. La dramática escena se produjo en el llamado Atrio de los Gentiles, donde se comerciaba con animales destinados a los sacrificios del templo. Tras confeccionarse él mismo un látigo con cuerdas anudadas en sus extremos, empezó a echar de allí a todos

los que vendían y compraban, esparciendo por el suelo el dinero de los negociantes y volcando todos sus tenderetes.

—¡Quitad todo esto de aquí y no convirtáis la casa de mi Padre en centro de contratación! —vociferó.

Andrés volvió a interrogar ahora a su hermano:

—Entonces ¿por qué otro motivo llora, Pedro?

—Llora porque acaba de tener otra de sus visiones proféticas y contempla a Jerusalén destruida y a su templo arrasado —aseguró cariacontecido el Príncipe de los apóstoles—. Sus enemigos rodearán la ciudad de trincheras, la sitiarán, apretarán el arco y la devastarán por completo con la población entera entre sus muros. «No dejarán piedra sobre piedra», vaticina él.

—¡Qué horror! ¿Por qué?

—Frente al esplendor de la ciudad reconstruida por Herodes con abundancia de mármoles blancos, sobre los que relucen los oros del techo y de los paramentos del santuario, él vislumbra ahora la futura miseria por causa de la ceguera de los hombres que no creen ni tan siquiera en sus obras. Por eso, clama al Cielo: «¡Si al menos tú, Jerusalén, comprendieras en este día lo que te conduce a la paz…!».

—No hay peor ciego que quien no quiere ver.

—Tú lo has dicho, Andrés. Acabamos de verle curar a invidentes y cojos en el templo, mientras los sacerdotes y escribas se revolvían indignados contra él.

Pedro distinguía así el tremendo contraste entre el clamor y entusiasmo del pueblo con Jesús, agradecido por sus milagros durante la Pascua, y la presencia también allí de sus enemigos acechantes en espera de la ocasión propicia para prenderle.

Poco antes, Pedro, Andrés y los demás discípulos habían tenido ocasión de escuchar sus palabras ante un grupo de griegos. Pedro jamás las olvidaría y reflexionaba ahora con Andrés sobre aquellos mismos mensajes.

—No hemos venido hoy aquí para celebrar la alegría de la Pascua, sino la tristeza del mañana —advirtió atribulado—. ¿Recuerdas, Andrés, cuando yo afirmé ante él que era el Mesías y el hijo de Dios vivo?

—Fuiste el único que se atrevió a decirlo. Y él quiso corresponderte, asegurando que tú no eras solo el pescador que había conocido en la ribera del lago, sino sobre todo la roca firme sobre la que edificaría su Iglesia y ante la que el poder de las puertas del infierno no prevalecería jamás.

—Desde entonces, Jesús empezó a decirnos que debía viajar a Jerusalén para padecer mucho a manos de los ancianos, sacerdotes y letrados, añadiendo que sería ejecutado y que resucitaría al tercer día.

—Y ahora estamos en Jerusalén…

—Por eso presiento la inminencia de lo que él predijo ya entonces, y a lo que yo me opuse desatando su ira —asintió con pesar—. ¡Qué insensato fui tomándolo aparte para increparle! ¿Quién era yo para pedirle que renunciase a todo ese sufrimiento que ya estaba escrito?

—Con razón, él te lo recriminó.

—Y de qué modo: «¡Apártate de mí, Satanás!», me espetó.

—Dijo que eras el diablo personificado, porque tu visión no era la de Dios sino la de los hombres.

—Y ahora, lo que ha dicho a los griegos me ha recordado todo eso: «Ha llegado la hora en que yo sea glorificado, porque si el

grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo, pero si muere, da fruto abundante». ¡Asegura que debe morir! ¿Acaso Dios es mortal, Andrés? —gimió él.

—No llores tú también, Pedro. Él dijo que resucitaría.

—¿Cómo no voy a llorar, hermano, viéndole tan turbado ante su Padre celestial y dudando si pedirle que le libere de su compromiso con la muerte, para luego acatar resignado su misión salvífica con la que pretende glorificar su nombre?

—Todos acabamos de escuchar esa voz del Cielo: «Lo he glorificado y volveré a hacerlo».

La misma voz que se dejó oír ya en el bautismo de Jesús. Andrés recordó entonces a Juan el Bautista en la depresión geográfica del desierto del Jordán, que bajaba desde el Tauro y continuaba por el mar Muerto hasta el mar Rojo, donde confluían las caravanas y los viajantes para escuchar al profeta y recibir el bautismo de sus manos en el agua del río. Esa agua pura y cristalina que encendía el espíritu, procedente de las nieves perpetuas del Hermón, un gran monte integrado en las estribaciones del Líbano.

Cuando Jesús salió del agua, se abrió el cielo y bajó el Espíritu Santo en forma de paloma que se posó sobre él, al tiempo que resonaba una voz desde las alturas: «Tú eres mi hijo, el predilecto, en quien me complazco».

También en el Tabor, esa montaña en forma de tronco de cono levantada en el extremo nororiental de la llanura de Esdrelón, sucedió algo parecido. Andrés no estuvo allí, pero se lo refirió luego Pedro, quien junto con los hermanos Santiago y Juan presenciaron cómo Jesús se transfiguraba ante ellos: su rostro brilló de improviso como el sol y sus vestiduras se tornaron de un blanco deslumbrante,

como no era capaz de blanquearlas ningún batanero del mundo. De repente, una nube luminosa los cubrió a todos y salió de ella una voz que dijo: «Este es mi hijo amado, mi predilecto, escuchadlo». Al oírla, cayeron los tres de bruces, espantados.

—Era de nuevo Dios Padre —dijo Andrés, retomando la conversación—, aunque muchos han dicho ahora que oían un trueno y otros a un ángel.

—Tampoco hay peor sordo que quien no quiere oír —advirtió Pedro—. Después de tantas señales, siguen sin creer en Jesús ni en su Padre. El profeta Isaías ya nos previno sobre su incredulidad: «Les has cegado los ojos y embotado la mente, para que sus ojos no vean, ni su mente discurra, ni se conviertan, y los tenga que sanar».

—¿Por eso también lloras?

—Han rechazado a Jesús —dijo Pedro con amargor—: a la piedra angular que sostiene el edificio entero desde sus cimientos, a la piedra preciosa que puede salvarlos. Y ahora aquellos mismos jefes de los sacerdotes y fariseos que quisieron prenderle tras verse reflejados en la parábola de los viñadores, están aquí con nosotros en el templo.

Pedro aludía a la parábola con la que Jesús reprendió a sus perseguidores y estos, deseando vengarse de él, enviaron espías haciéndose pasar por varones justos para ponerle en un brete preguntándole si era lícito o no pagar el tributo al César. Tras pedir que le mostrasen un denario, él preguntó de quién era la efigie y la inscripción grabadas en la moneda.

«Del César», respondieron ellos.

Pero él encrespó aún más sus ánimos con una inesperada sentencia: «Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es

de Dios».

Previamente, él había relatado a sus enemigos la parábola de un hombre que plantó una viña y la arrendó a unos campesinos antes de emprender un largo viaje. Cuando lo consideró oportuno, envió a un siervo a los viñadores para que le entregasen los frutos de la viña, pero aquellos lo azotaron y lo despidieron con las manos vacías. Volvió a enviarles un segundo criado y a este también lo apalearon y lo despacharon de vacío. Aún les mandó un tercero, y del mismo modo lo hirieron antes de echarle fuera. Entonces decidió enviar a su hijo amado, pensando que lo respetarían. Pero al reparar los viñadores en que era el heredero, decidieron matarlo para quedarse con sus bienes. En vista de ello, Jesús preguntó a los fariseos y a los jefes de los sacerdotes qué debía hacer el amo de la plantación con aquellos campesinos. Y él mismo respondió que haría perecer a los agricultores para confiarles el sembrado a otros. Fue entonces cuando, fijando la vista en sus enemigos, les dijo: «La piedra que rechazaron los arquitectos es ahora la piedra angular. Todo el que tropiece con esta piedra se estrellará, y sobre quien ella caiga lo aplastará».

Del mismo modo que los constructores de la Torre de Babel se rebelaron contra Dios en busca de su propio proyecto, quienes ahora rechazaban a Jesús pasaban por alto el plan divino en favor del suyo a la espera del juicio. Era el mismo Cristo esa piedra angular colocada en la esquina de la estructura para orientar a los obreros durante su labor, la piedra más grande, sólida y finamente trabajada de toda la construcción, sobre la que se edificaría la Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerían contra ella. Jesús era la piedra angular y Pedro, la roca firme.

51

EL ATRIO DE LOS GENTILES

Templo de Jerusalén, 33 d. C.

La curación de Flavia fue milagrosa.

Todavía emocionada, ella me contó que de un día para otro la enfermedad desapareció. Al mirarse en el espejo se sobresaltó: su rostro estaba limpio de manchas, como el cuello. Examinó también sus manos y advirtió que tampoco había señales de la enfermedad.

—Entonces grité: «¡Milagro!» —me relató impetuosa—. Dara vino enseguida a la cueva y me vio celebrándolo con mis dos compañeras, como si ellas acabasen de curarse también. Abigail y Daniela son unas benditas. Poco después llegó Dalila, a quien María le encargó que cuidase de mí mientras ella permanecía fuera; fue quien me acompañó luego hasta la salida de la leprosería y cerró la puerta tras de mí para que nunca más volviera a ese horrible lugar.

—¿Qué hora era cuando viste que te habías curado? —inquirí.

—A mediodía.

—¡Dios mío!

—¿Qué sucede? —dijo ella intranquila.

—¡A esa misma hora Jesús me perdonó!

Flavia y yo acabábamos de probar la verdadera felicidad: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos». Ambos habíamos escuchado a Jesús pronunciar aquella bienaventuranza como una invitación a desprendernos de las cosas terrenales para alcanzar la dicha del auténtico amor.

Aquel día nos retiramos a un extremo del Atrio de los Gentiles, abierto a todos los públicos sin distinción de cultura, lengua o profesión religiosa: judíos y no judíos, circuncisos e incircuncisos, miembros o no del pueblo elegido, y personas educadas en la ley o al margen de ella accedían allí sin impedimento alguno. Era el lugar perfecto para pasar inadvertidos entre aquel crisol de gentes.

Aun estando mezclados entre la multitud sudorosa y maloliente, distinguía yo la intensa fragancia de rosas que Flavia desprendía. Sabía que las flores y sus aromas disponían solo de un día para subyugar al ser amado. Pero tratándose de ella, las cosas más bellas y atractivas de la vida no eran las primeras en desvanecerse sino que perduraban.

Su túnica de lino con mangas largas le llegaba hasta los pies y disimulaba sus encantos femeninos, holgada y sin escote. Como complemento llevaba un gran manto rectangular sobre la túnica, a modo de capa, y la cabeza cubierta con un velo.

—Verte aquí ha sido toda una aparición —dije sin dar crédito aún.

—Los milagros existen, Lucio —sonrió ella feliz.

—Eres el vivo ejemplo de lo que dices, pero temí no volver a verte jamás.

—Ni yo a ti. Por eso envié a María para despedirme. ¡Ah! ¡La llevas colgada al cuello! —añadió con alegría señalando la *bulla* con su

índice de marfil, el colgante que ella entregó a María de Magdala para que me lo diera a su vez a mí.

—Prometí llevarla siempre conmigo.

—¿También me amas tú, Lucio?

—Más que a ninguna otra mujer en el mundo.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—Me parece un sueño.

—Muy real, Flavia. Ahora sé que eres la mujer que Dios me había reservado. He estado ciego todos estos años, pero al fin él me ha abierto los ojos físicos y los del corazón para que pueda amarte como mereces. Eres tan preciosa…

Flavia se ruborizó, mientras sus ojos azules reflejaban ahora un océano bonancible dominado antes por aguas turbulentas.

—¿Me amas desde siempre? —insistió ella.

—La primera vez que te oí interpretar al laúd poesías de Ovidio, supe que no hallaría criatura más adorable que tú sobre la tierra.

—Tenía solo quince años.

—Y yo había estado ya en la guerra. Por eso, al escucharte declamar los versos de Ovidio…

Flavia selló sus labios con el índice para que me callara y empezó a recitar de memoria:

—*Soldado es todo enamorado y Cupido tiene su propio campamento… La edad que es adecuada para la guerra, lo es también para el amor*. ¡Qué bellos versos! —sonrió.

—Y qué tiempos aquellos, viéndote danzar en el cortejo al son de las flautas, los crótalos o las siringas.

—Aquel día fuimos en procesión ritual al santuario de Nemi, en los bosques de Ariccia, para rendir honor a la diosa Diana, a la cual ofrecí votos y promesas.

—¿Las recuerdas, Flavia?

—¡Claro que las recuerdo! Quería desposarme contigo algún día sin saber que tú ya te habías fijado en mí. Hice mi voto al verte montado a caballo con túnica, sin cíngulo y el casco simulando la forma de tu pelo rizado con relieves en bronce brillante. Estabas irresistible. Pero debo reconocer que me gustas mucho más ahora.

Flavia permanecía radiante y podía entenderla ahora mejor que nadie, pues yo también había muerto, solo que por dentro, y renacido como ella gracias a un portentoso milagro.

—¿Sabes una cosa, Lucio?

—Dime…

—Contigo me siento protegida como en el claustro materno.

—Espero que ese claustro no sea ya una prisión.

—Sería tu prisionera de por vida.

—Pues no te librarás de mí.

—Ni tú tampoco.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Nada de secretos entre tú y yo.

—¿Echas de menos a Benicio? —la interrogué, temeroso de su respuesta.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Ibas a casarte con él.

—Nunca estuve segura del todo.

—¿Y por qué viniste a Séforis entonces?

—Para comprobar si lo estaba. Él me atraía e incluso admito que pude estar enamorada al principio, pero luego supe que si nos casábamos nunca seríamos felices de verdad porque era más lo que nos separaba que lo que nos unía. A fin de cuentas, era un matrimonio arreglado entre dos familias, empezando por mi padre, a quien Benicio le parecía el hombre ideal para compartir mi vida. Pero todo cambió cuando conocí a Jesús.

—Solo deseo estar contigo el resto de mi vida, Flavia.

—Además, tú estabas desaparecido… —añadió como si no me hubiera escuchado.

—Ya te contaré esa historia luego —le prometí. No quería ensombrecer aquel momento hermoso con recuerdos y pensamientos tormentosos.

Fue a decir algo más pero no la dejé responder. La besé con tanto ardor, estrechándola contra mi túnica, que me pareció elevarme al cielo.

—¡Lucio! —exclamó ella sonrojada—. Estamos en un lugar sagrado.

—Lo sé, pero solo tus labios dulces pueden succionar ahora todas mis pasiones.

Me seducía su sangre indolente que, tras la turbación, volvía a regar el organismo hasta encender de nuevo sus mejillas. Sentí vergüenza al reparar en que Andrés y Pedro nos observaban a unos pasos de distancia, en el mismo Pórtico de Salomón. Nuestra relación era ya un secreto a voces en el círculo íntimo de Jesús. Solo una boda podía normalizar las cosas y arreglarlas para siempre, aunque Flavia ignorase todavía que una persona encapuchada y muy

peligrosa la había seguido hasta Jerusalén para interponerse en nuestro camino.

52

LOS DOCE

Betania, 33 d. C.

Jesús decidió retirarse aquella noche a Betania. Sabía que sus enemigos le acechaban para encontrar la ocasión propicia de arrestarle, pero no debía anticipar su triunfo sino atenerse al plan trazado por Dios y sortear de momento el inevitable encuentro.

—El Maestro quiere que cenes hoy con nosotros, Lucio —me dijo Andrés de camino hacia allí.

—¿Quiénes?

—Él, nosotros doce, Lázaro, Marta y María.

—¿Nadie más?

—Diecisiete contigo.

—Menudo privilegio.

—No olvides que ya eres uno de los setenta y dos nuevos discípulos —dijo con una mueca cómplice.

Una vez en casa de Lázaro, nos dirigimos al fondo del peristilo, en la planta baja, donde el triclinio ocupaba todo el espacio de la estancia. Echaba de menos a Flavia, pese a que acababa de verla en el Templo. A esa hora estaría ella cenando en la Ciudad Santa con María de Magdala, Salomé, Susana y el resto de las mujeres.

Jesús deseaba descansar ahora en compañía de sus íntimos y se reclinó sobre el colchón del banco alargado y sin respaldo, guarnecido con almohadones. Marta y María habían preparado los seis triclinios en torno a una mesa central de madera con remates de bronce para que cupiésemos los diecisiete comensales. Lázaro se acomodó, como anfitrión, al fondo en el banco izquierdo, según se entraba al comedor. A su izquierda, en el triclinio central se instaló Jesús por ser la persona más distinguida de todas. Yo me recosté entre Andrés y Bartolomé, con las piernas hacia el exterior, muy cerca del suelo.

Marta empezó a servir en cálices de doble asa el vino mezclado con agua caldeada en un pequeño calentador portátil. A continuación, se dispuso a trinchar y partir el cordero pascual con ayuda de María. Las dos hermanas sabían darle el toque de distinción al cordero, asándolo con hierbas aromáticas —tomillo, laurel y romero—, añadiendo un poco de sal y pimienta, y bañándolo todo finalmente en vino blanco.

Nos habían preparado también una sopa con albóndigas de *matzá* combinadas con apio, zanahorias, espinacas y eneldo; y de postre, un exquisito *haroset* elaborado con frutas secas, dátiles, almendras, higos y pasas machacadas y desleídas en vinagre. Todos esos manjares empezaron a desfilar por nuestros bancos mientras el Maestro hacía las oportunas presentaciones.

—El otro día —recordó Jesús a los presentes—, mientras dos de vosotros fuisteis a Betfagé en busca de la borrica y de su pollino, Lucio y yo mantuvimos una interesante conversación. Ahora ya es uno de los nuestros y quiero que os conozcáis todos porque se avecinan tiempos difíciles y debéis estar más unidos que nunca.

—Me siento muy honrado, Maestro —afirmé.

—A Pedro y Andrés ya los conoces —añadió señalándolos con la mirada—, y a Judas Iscariote, también.

—Pero a mí todavía no —repuso Santiago, el hijo de Zebedeo.

—He oído hablar mucho de ti —asentí.

—Y yo de ti, Lucio. Bienvenido, hermano.

Sus palabras me sonaron sinceras y hermosas.

—Tiene el mismo genio arrollador que nuestro padre —advirtió Juan, sonriente, en alusión a su hermano Santiago.

—Arrolladores sois los dos —matizó Jesús—. Por algo os apodé *Boanerges*, porque parecéis «Hijos del trueno». ¿Acaso no recordáis ya vuestra reacción cuando los samaritanos se negaron a proporcionarme un albergue, vulnerando las leyes sagradas de la hospitalidad? Tú, Santiago, y tú, Juan, os revolvisteis como un rayo contra ellos: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del Cielo y los consuma?», dijisteis al unísono. Y eso que ya habíais oído antes mi Sermón de la Montaña: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen». ¿Recordáis…?

—Tienes razón, Maestro —convinieron ellos, apesadumbrados.

—¿Y qué decís sobre vuestra propuesta para sentaros en el Reino a su diestra y siniestra? —cuestionó Felipe.

—¡Cuidado! Tocas un tema delicado —advirtió Pedro.

—Si te refieres a que nos disgustó a todos y entristeció al Maestro, dices bien —agregó Felipe—. Justo antes de tan descarada petición, el Señor acababa de anunciar por tercera vez su Pasión y, por si fuera poco, ellos recurrieron a su madre, y la buena de Salomé abordó al Maestro con el mismo ruego pensando en agradar a sus hijos.

—Como ya os advertí —añadió Jesús, casi divertido al ver a sus amigos en tan fogosa discusión—, compartir mi gloria es compartir mi sufrimiento.

—Tienes razón. ¡Olvida ya eso, Felipe! —zanjó Pedro con autoridad.

—Y a ti, Felipe, ¿quién te ha pedido tu opinión? —interpeló Bartolomé—. Santiago y Juan siguieron a Jesús sin rechistar, dejando solo a su padre Zebedeo con los jornaleros. Eligieron así al Maestro antes que a su padre, que se había pasado la vida faenando en el mar para dar de comer a su familia y soñaba con legar a sus hijos la pequeña empresa de pesca. Pero tú…

—Yo también le seguí, y la prueba es que ahora estoy aquí con todos vosotros —afirmó Felipe, engallado.

—Pero no lo hiciste enseguida, como ellos —advirtió Bartolomé—, sino que pediste permiso al Maestro para que te dejase ir primero a sepultar a tu padre y él no tuvo más remedio que corregirte: «Sígueme y deja a los muertos que entierren a sus muertos». ¿Acaso no lo recuerdas ya?

—No hemos venido a discutir, hermanos —intervino Mateo, conciliador.

Bartolomé le miró con ojos verdes resplandecientes y armónicos enmarcados en su rostro cetrino de pescador cananeo. Llevaba una túnica blanca guarnecida de púrpura, y un manto también blanco sujeto con un broche adornado con piedras preciosas de color rojo.

—Yo no discuto, Mateo. Hablo de hechos.

—¿Debo recordar entonces cuando tú mismo me dijiste, con una risita irónica, si de Nazaret podía salir algo bueno en alusión al Maestro? —le enjaretó Felipe.

—Paz, hermanos —insistió Mateo.

La conversión de este antiguo publicano seguía impresionándome. Él era el vivo ejemplo de cómo Jesús veía en lo escondido y sabía por tanto que había llegado para él la hora de la verdad, el momento de liberarse de las cadenas que le impedían ser feliz. Era un hombre sufriente, pues nadie sobre la faz de la tierra podía dejar a un lado los sinsabores y obstáculos de cada día. Seguramente, cuando él regresaba a casa por la tarde con la bolsa llena de dinero, recordaría las miradas de odio de los judíos, los puños crispados y las monedas que le arrojaban como a un perro. Pero ¿qué le importaba en el fondo todo ese dinero si su pueblo le despreciaba? Así que dejó atrás su buen sueldo y sus dos casas, el inmueble de la alcabala y la espléndida casona en el centro de la ciudad, para seguir a Jesús en un abrir y cerrar de ojos.

—Te presento a mis primos —dijo Jesús para zanjar así ya la polémica, que iba subiendo de tono. Cuando él hablaba, todos callaban y escuchaban—. Santiago y Judas Tadeo, hijos de Alfeo, el hermano de mi padre.

—Un honor —asentí.

—Nos alegramos mucho de que estés aquí con nosotros, Lucio —afirmó Santiago, mientras su hermano correspondía con la cabeza.

Judas Tadeo sobresalía por su singular audacia, a veces casi temeridad. No se arredraba ante las dificultades. Tenía un carácter fuerte, que había dulcificado en los tres años que llevaba con Jesús. Pero siempre anteponía la fidelidad y el honor a los denarios. Al

contrario que Judas Iscariote, que daba prioridad al dinero sobre los ideales.

Un antiguo proverbio decía que a los judíos los movía más el oro que el honor, y que a los galileos como Judas Tadeo, más el honor que el oro. De ahí que las comparaciones resultasen odiosas, pero no menos ciertas.

Llamaba también la atención la duplicidad de nombres entre los discípulos: dos Simones, dos Santiagos y dos Judas. Sus compañeros conocían a Simón por el sobrenombre del Cananeo para distinguirlo de su tocayo Simón Pedro. Tomás tenía un carácter decidido y valeroso del que ya hizo gala cuando Jesús viajó a Betania y él no dudó en acompañarle, a pesar de la violencia vivida a manos de los fariseos durante la estancia de Jesús en Jerusalén.

El Maestro quiso que yo conociese aquella noche a esos doce hombres tan distintos, rudos, ásperos y hasta descorteses, pero elegidos de entre todos para que ellos mismos y el mundo entero se convenciesen de que sin él nada podían hacer.

53

EL AVISO

Casa de Caleb en Jerusalén, 33 d. C.

Un hombre irrumpió de noche para verme. Había seguido a Flavia y Dalila hasta la *domus* de Caleb, donde me hospedaba en Jerusalén, y mientras me dirigía hacia la puerta de entrada percibí unos pasos vigilantes a mi espalda.

—¡Casio! ¿Qué haces tú aquí? —dije con sorpresa, tras girarme para identificar a mi perseguidor.

Muerto Greco de forma violenta, él había tomado su cargo como jefe de la guardia personal de Pilato. Desde entonces apenas nos habíamos visto.

—Vamos a dar un paseo —me indicó ladeando la cabeza.

Intuí que debía de tratarse de algo importante para presentarse allí de modo inopinado y con cara de pocos amigos.

—Como quieras —accedí.

Nos alejamos de la casa por una vereda que conducía hasta un tupido palmeral cuyas coronas sacudía la brisa nocturna, parecidas a esos umbráculos que agitaban las mujeres romanas a modo de sombrillas de mano para protegerse del sol y conservar la blanquecina tez que las diferenciaba de los bronceados esclavos.

—Me envía Pilato —dijo torciendo el gesto—. Está muy preocupado porque llevas ya mucho tiempo sin informarle.

Me quedé en silencio unos instantes, meditando las palabras que iba a pronunciar.

—Lo siento, pero no puedo seguir adelante.

—¿Cómo dices?

—He cambiado.

—¿Qué significa eso?

—Pues que ya no soy el mismo de antes.

—Explícate mejor —me exigió visiblemente preocupado.

—No puedo hacerlo. Soy incapaz de destruir a un ser como él —le dije, casi suplicándole—. Es puro amor, y me ha acogido en su seno.

—¿Qué…? ¿Te has unido a ellos? —repuso Casio con una mezcla de escepticismo y decepción.

No respondí. Mi silencio y la firmeza de mi mirada bastaron.

—¿Estás loco?

—Nunca he estado más cuerdo que ahora.

—Si lo estuvieses, no dirías eso.

—¿Sabes, Casio? Jesús de Nazaret no es ningún impostor sino un hombre que también es Dios. Es la conclusión más importante de la Misión Columba para que se la traslades a Pilato, si quieres.

—Si le digo eso, ordenará matarnos a los dos: a ti por decir esa majadería y a mí por consentírtela. Al final te convertirás en un desertor y serás castigado con la pena capital, ya lo sabes. Ese hombre te ha trastornado por completo.

—Tienes razón: sin él nada tiene sentido ya para mí.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿Y qué pasa con Júpiter, Marte y el resto de los dioses a los que siempre has adorado?

—¿Los falsos dioses?

Casio apretó los puños, pero se contuvo.

—Creí que éramos amigos —dijo desengañado.

—Para mí lo eres todavía.

—Pero yo no tolero que un amigo hable así de Roma ni de los dioses. Tiberio pedirá tu cabeza y no tendremos más remedio que ofrecérsela, como hiciste tú con la de Greco. ¿Es que ya no lo recuerdas…?

—He pedido perdón por eso, Casio, y por tantas otras cosas más.

—Has traicionado a Roma —exclamó él con tristeza.

—¿Estarías dispuesto a hacerme ahora lo mismo que a Greco?

—Ni lo dudes. Roma vale más que la sangre de todos los hombres. ¿Tampoco recuerdas eso?

—Ahora sé al fin que estaba equivocado.

—¿Y qué me dices de Macrón?

—Sé que él me entenderá, y rezo para que se una a nosotros, igual que tú.

—¡No digas sandeces!

—Eres un buen hombre, Casio, y mereces ser feliz.

—Ya lo soy. Tengo todo lo que los dioses pueden ofrecerme: una esposa maravillosa y dos hijos que algún día defenderán a Roma igual que su padre, y no como tú.

—Y todo eso te lo ha dado Dios, el dios en el que yo creo —aseguré.

—¡Estás loco! —insistió.

—Estoy loco, sí, pero de amor.

—Dicen que Flavia se ha vuelto tan lunática como tú.

—No la insultes. Juntos seremos más felices de lo que tú jamás podrás imaginar —sentencié.

—Siento pena por ti.

—Más pena siento yo por vosotros, pero sobre todo por el pobre Macrón cuando se entere de que su hija ha sido repudiada por Benicio Quinto Celso.

—¡Qué vergüenza y qué escándalo en toda Roma: la hija del prefecto del Pretorio seguidora de ese farsante! —bramó.

—Yo la convertiré en mi esposa.

—No digas más tonterías de las que luego debas arrepentirte —repuso con cinismo—. Volveré pronto, Lucio, y ese día más te valdrá no haber nacido —amenazó.

En ese instante supe que Casio había dejado de ser mi amigo para convertirse en un peligroso enemigo.

Volví sobre mis pasos a casa de Caleb, meditabundo. Debía tener mucho cuidado a partir de ahora porque muy pronto sería, ahora sí, de verdad el enemigo público número uno de Roma. Tiberio pondría precio a mi cabeza y sus adláteres, Herodes y Pilato, se disputarían el preciado trofeo como lobos hambrientos. Di un aldabonazo a la puerta y enseguida me abrió Caleb. Flavia y Dalila debían de estar ya durmiendo en sus habitaciones. De camino hacia la mía y tras despedirme de Caleb hasta la mañana siguiente, sentí el chirrido de una puerta al abrirse. Flavia se asomó al pasillo.

—¿Dónde has estado? —dijo ella preocupada.

—Vamos al atrio —musité.

Poco después, nos sentamos bajo la abertura rectangular en el techo del atrio que filtraba la luz lunar favoreciendo la ventilación de la casa. Me pareció estar en un escenario iluminado desde arriba que realzaba las finas facciones de Flavia y proyectaba sobre su cabeza una aureola mística indescifrable.

—Ha venido a verme el jefe de la guardia de Pilato —dije refiriéndome a Casio.

Flavia se cubrió la nariz juntando las palmas de sus manos, como si entonase una plegaria.

—¿Qué quería ese hombre?

No podía dilatarlo más. Debía contarle a ella cuál fue el verdadero motivo de mi viaje a Galilea y la operación oscura que debía llevar a cabo. Era el sacrificio autoimpuesto para mi redención. Así que le relaté todo: desde el asesinato de Cecilio por violar y asesinar a Junilla hasta mi tormento al no poder salvarla, la cárcel, y finalmente la oferta de Macrón para liberarme si aceptaba llevar a cabo la Misión Columba.

—¡Qué dices! —exclamó Flavia horrorizada.

—Debía informar a Roma de todos los pasos de Jesús —intenté excusarme—. Para ellos representaba una amenaza y había que acabar con ella.

—¡Petronila estaba en lo cierto! —añadió espantada.

Su rostro reflejaba un profundo desencanto. Debió de preguntarse si de verdad yo la amaba o seguía fisgoneando para sabotear a Jesús y a sus seguidores, incluida ella.

—Pero eso pertenece ya al pasado, Flavia —intenté convencerla—. Ahora permanecemos juntos y Jesús está de nuestro lado.

Pese a ser sincero, parecía existir una pieza suelta que a Flavia todavía no le encajaba.

—Mi padre lo sabía —murmuró con tristeza.

—Y Tiberio también. Ambos pergeñaron la operación y me encargaron ponerla en marcha.

—¡Qué ingenua fui! Me engañaste al decir que me amabas —se lamentó.

—Ya no hay engaños que valgan, Flavia. Te amo con toda mi alma. He llorado mucho por mis graves pecados y Jesús me ha perdonado.

Tras un instante de reflexión que me pareció una eternidad, al fin me miró y sonrió.

—¡Loado sea el Señor!

No tardé en rodearla con mis brazos y ceñirla por la dalmática recamada con un galón sencillo, que bajaba del cuello hasta los pies. Y me estremecí por dentro al sentir la calidez de su cuerpo, anhelando que llegara el día de yacer con ella. Pero ahora confundí su sonrisa alegre con su boca de fuego.

—¡Lucio, por favor! —me pidió zafándose entre risas intermitentes —. Recuerda el sexto mandamiento.

—¿Hay algo más puro que besarte con amor?

—Olvidas que yo tampoco soy de piedra.

—Tenemos los dos toda una vida por delante.

—Te amo, Lucio.

—A partir de ahora debemos extremar las precauciones —la previne—. La casa de Caleb ya no es segura. Vendrán a buscarme pero no me encontrarán, porque mañana mismo nos vamos juntos de aquí. Se me ocurre un plan.

—Contigo al *finis terrae*, amor mío.

54

Judas

Palacio de Caifás en Jerusalén, 33 d. C.

Dos días antes de la Pascua los sacerdotes y senadores del pueblo judío se reunieron en el palacio de Caifás, levantado en la colina sudoeste de la ciudad. Eligieron la residencia del sumo sacerdote en lugar de la sala oficial del Sanedrín, ubicada en el interior del recinto del templo, para que su conspiración pasase lo más inadvertida posible. Fue entonces cuando decidieron prender a Jesús a traición y darle muerte, pero no durante las fiestas por temor a un tumulto popular. Judas Iscariote compareció aquel día ante los jefes de los sacerdotes y senadores, movido en parte por su afán de codicia.

Treinta denarios de plata recibidos por entregar al Mesías.

Un denario equivalía a un día de jornal de un obrero, lo que suponía un valor apreciable pero insultante comparado con la grandeza infinita de Dios.

Judas vendió así a su Maestro por un precio muy inferior al de un esclavo, que habitualmente era de quinientos denarios como mínimo y que en casos muy excepcionales, tratándose de un siervo de esmerada instrucción, podía alcanzar los diez mil denarios. ¿Pero qué eran treinta monedas comparadas con la vida de Jesús? La

avaricia de Judas no podía ser su pecado característico, sino solo el síntoma de una ofensa mucho mayor.

El motivo último de su traición era de carácter mesiánico: Judas sufrió una gran decepción al ver a Jesús excluir de su programa la liberación político-militar del país oprimido por el yugo de Roma. Las rebeliones y levantamientos estaban así a la orden del día. La presencia romana era muy notoria en forma de legiones y de un prefecto que controlaba las acciones del monarca, algo que a los sectores más ortodoxos de la sociedad judía no les gustaba ni un ápice. Los romanos eran para ellos unos idólatras, que para colmo divinizaban a sus emperadores, y consideraban traidores e infieles a sus gobernantes por colaborar con ellos. Como buen zelote, Judas no entendía así la postura pacifista del Señor, tan proclive a ofrecer la otra mejilla a todos sus enemigos sin excepción. Y en su caso, cuando Jesús no llamó a la revuelta contra la tirana Roma, Judas, decepcionado, decidió entregarlo sin miramientos a las autoridades.

Nadie se convertía de la noche a la mañana de amigo en traidor de Jesús. Judas tampoco. La perfidia de este apóstol fue gestándose a lo largo del tiempo a fuego lento. El primer paso hacia el abismo de su alma lo dio Iscariote después del sermón eucarístico de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, al día siguiente del milagro de los panes y de los peces.

«El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo», anunció entonces el Maestro.

Con esta frase lapidaria, Jesús cerró de modo hermético cualquier espita de ambición política. Hasta tal extremo irritaron y

desconcertaron sus palabras a quienes las escucharon que muchos de sus discípulos se marcharon aquel día nada más oírlas y no regresaron ya nunca más con él. Y Judas…, ¿cómo reaccionó este discípulo ante aquella inesperada sentencia? Justo al contrario que Pedro, quien contestó solícito: «Señor, ¿y a quién iremos…? Tú solo tienes palabras de vida eterna».

Judas, en cambio, le recriminó la renuncia cobarde a su Reino en la tierra destruyendo así todos los ideales de poder y de gloria. No podía ocultar su tremenda decepción. Pensaba que si él era Dios y, por lo tanto, todopoderoso, ninguna autoridad terrenal podía oponerse a sus designios desde el momento presente. Como Satanás, Judas tentó en su interior a Jesús con el poder y la gloria de este mundo. Y este, que veía en lo escondido, respondió a Pedro: «¿No he elegido yo a los Doce…? Uno de vosotros es un diablo».

Aludió así a Judas Iscariote, que había de entregarle.

Presa del desencanto, el apóstol traidor decidió entonces permanecer junto al Maestro, en lugar de seguir el camino de los discípulos que acababan de abandonarle. ¿Por qué tomó él esa decisión en contra de sus más ocultas intenciones? Tal vez creyese que podía llegar el momento en que aquel cambiase de parecer. Pero conforme pasaba el tiempo, se convenció de que era muy difícil y finalmente imposible, porque no se cansaba de repetir que debía ser entregado al poder de sus enemigos para sufrir y morir por la salvación del mundo. Incluso el Domingo de Ramos, cuando el pueblo entero lo recibió como al Mesías de Dios con sus cánticos alborozados durante su entrada triunfal en Jerusalén, no hizo el menor ademán de tomar el poder.

De este modo, se apoderó del alma de Judas un resentimiento cada vez mayor en contra de él. Sus milagros con los ciegos y paralíticos le contrariaban, lo mismo que sus predicaciones fabuladas sobre el Reino de los Cielos. Su bondad y dignidad le exacerbaban y deseaba romper de una vez por todas con ese círculo íntimo al que había dejado de pertenecer y que tanto rechazo le producía ya.

Tras la resurrección de Lázaro, al inicio de la primavera, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos convocaron una primera reunión donde tomaron la determinación de matar al Nazareno. Estaban indignados por los milagros que hacía, y temían que si no intervenían a tiempo de modo drástico muchos más creerían en él y, para colmo de males, los romanos vendrían para destruir su lugar santo y la nación entera. Caifás se dirigió entonces a los reunidos para pronunciar una sentencia de muerte contra su víctima con un ladino argumento: «¿No comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo y no que perezcamos todos?».

Desde aquel día tomaron la resolución de matarlo. Pero ¿cómo podía ejecutar el Sanedrín su maléfico plan si todo el mundo seguía a ese líder y sus miembros temían una reacción furibunda de la muchedumbre? Necesitaban un traidor, alguien de su máxima confianza que se lo entregase. Fue entonces cuando el príncipe de las tinieblas sembró su diabólica semilla en el alma de Iscariote, quien, esclavizado por su pasión, no supo o más bien no quiso rechazar las insidias del maligno. Con su acostumbrada astucia, Satanás volvió la realidad del revés en la mente de Judas haciéndole parecer como bueno lo que era en esencia malo, y viceversa.

A Judas debieron de asaltarle entonces las más diversas preguntas, que en el fondo trataban de justificar el horrible crimen

que iba a cometer: ¿qué había de censurable en delatar a un hombre que ponía en riesgo el presente y el futuro de su pueblo? ¿Acaso los sacerdotes y fariseos no tenían la obligación y el derecho de preservar la seguridad de su gente? ¿Por qué no iba él a colaborar en devolver la tranquilidad a las autoridades que regían los designios de Israel?

Y si al final decidía denunciar a Jesús, ¿qué había de reprobable en exigir una recompensa por asumir el riesgo que la delación entrañaba? Judas contaba además con una coartada perfecta para respaldar su horrenda fechoría pues, a fin de cuentas, ¿no había predicho el propio Maestro su destino, invocando para ello el recuerdo de los profetas, según el cual debía morir en la cruz para redimir al mundo del pecado? De este modo, llegó un momento en que el cómplice se convirtió en víctima legitimada, mientras que el inocente asumió ante sus ojos toda la culpa haciéndose merecedor del peor castigo.

¡Qué significativa escena la de María de Betania ungiendo con perfume los pies de Jesús, en casa de su hermano Lázaro! A partir de ahí se precipitó todo. Como sicario del maligno, Judas no soportó semejante muestra de amor por parte de María de Betania, pero menos aún toleró que Jesús le dejase en evidencia ante los demás con estas palabras: «Ha hecho lo que ha podido, anticipándose a ungir mi cuerpo para la sepultura». ¡Para la sepultura! Jesús desenmascaró al traidor ante los comensales allí reunidos. En su fuero interno, en aquel momento Judas debió de formularse un sinfín de preguntas que le sirvieron de pretexto para ejecutar su vil traición, entre ellas: «¿Qué necesidad tengo yo de sentir escrúpulos de conciencia si el Maestro acaba de descubrirme y acepta,

abnegado, la inminencia de su pasión?». Así que él se fue finalmente a los príncipes de los sacerdotes para entregárselo sin contemplaciones.

55

El cazador

Palacio de Herodes en Tiberias, 33 d. C.

—¿A qué se debe tanta urgencia, señor? —preguntó Benicio a Herodes sin tiempo apenas para arreglarse, en el salón del trono de su nuevo palacio.

La luz sonrosada que precedía al amanecer aún no se había asomado por el horizonte. El tetrarca había mandado despertar al jefe de su guardia de madrugada, apremiándole para que compareciera ante él.

—Lo que voy a contarte no te gustará —le previno Herodes.

—¿Qué? —dijo Benicio azogado.

—Lucio Fedro está en Jerusalén.

—Lo sé.

El tetrarca frunció los labios y sacudió la cabeza de un lado a otro, indignado.

—¿Lo sabes? ¿Y por qué diablos no me has informado de ello? Espero que tengas un buen motivo para no haberlo hecho —añadió.

—Pensaba hacerlo.

—¿Cuándo?

—Preferí esperar a que el centurión Décimo regresase de Jerusalén, hasta donde siguió a Flavia y comprobó que se aloja en casa de un tal Caleb.

—Todavía me parece mentira que esa chica se haya curado de la lepra.

—Dicen que es un milagro.

—¿Crees en esas majaderías?

—Nunca he creído en ellas.

—Más te vale. ¿Sabes que Flavia está ahora con Lucio Fedro?

—Sí, claro. Décimo la vio con él en el atrio del templo, durante la Pascua, y luego los siguió hasta la casa de ese tal Caleb.

—No puedo creer que estés tan ciego, o tal vez seas imbécil.

—¿Por qué dice eso?

—Van a casarse.

Benicio tensó los nudillos en un acto reflejo. Su rostro palideció al instante, como si la sangre le hubiese abandonado de golpe. Un silencio denso lo envolvió, roto solo por su respiración entrecortada. Apretó las quijadas con tal fuerza que los músculos del cuello se le marcaron como cuerdas tensas de un arco a punto de romperse.

—¿Cómo se ha enterado de eso? —preguntó, con una voz ronca, forzada, como si cada palabra le rasgara la garganta.

—Pilato me lo contó. Casio fue a ver a Lucio y este se lo dijo con mucho entusiasmo.

—¡Vaya dos traidores! —exclamó Benicio con una mezcla de furia y desdén, alzando la voz como si quisiera atravesar con ella las paredes del palacio. Sus ojos chispeaban de rabia, y una vena le latía con fuerza en la sien derecha. Sentía un calor abrasador que le

trepaba por la cintura y le nublaba el juicio. El corazón, preso de una tempestad, le golpeaba el pecho como un tambor de guerra.

—¡Déjate ahora de pamplinas! —le cortó Herodes con brusquedad —. Me importa más que Pilato nos lleve la delantera. Sabe dónde se refugia Lucio Fedro y en cualquier momento puede capturarlo. ¿Comprendes por qué te he hecho llamar con tanta prisa? Necesito que encuentres a Lucio antes que Pilato y que me lo traigas aquí de inmediato. No puedo permitir que ese sinvergüenza se salga con la suya y presuma luego de su hazaña ante Tiberio. Si eso sucediera, me dejaría a los pies de los caballos. Y tú no vas a permitir eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señor.

—Debes partir ahora mismo a Jerusalén.

—A la orden.

—Pero no vayas así, idiota.

—¿Cómo?

—¡Vestido de pretoriano! Llamarás la atención y harás que Lucio se vuelva más escurridizo todavía.

—Vestiré entonces una túnica cualquiera, y guardaré mi espada, la daga y el escudo en la cabalgadura.

—Llévate a Fortis: es el más veloz y ligero de mis corceles.

—Gracias por el privilegio, señor.

—Y recuerda que todas las precauciones son pocas, tratándose de Lucio Fedro.

—Descuide, le conozco bien; combatí junto a él en Germania.

—Pues deberías saber que no se conoce al enemigo hasta que no se lucha directamente contra él. Vete ya de una vez, anda, y

mantenme informado de todo. ¡Ah, y ni se te ocurra volver aquí sin él!

—¿Alguna cosa más, señor?

—Sí… ¡Olvídate de Flavia!

—Hace ya tiempo que la he olvidado.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Me interesa solo Lucio.

—Ya… —repuso Benicio, dubitativo.

—¿Está claro?

—Pero ella…

—¿Es que no me has oído?

—Sí, señor.

Amanecía cuando Benicio abandonó el palacio en dirección a las caballerizas. Pidió que le entregaran a Fortis, el corcel importado de la provincia de Hispania, donde se criaban miles de equinos como él para utilizarlos luego en la guerra o en las competiciones de bigas, trigas y cuadrigas. Era rápido, pero sobre todo muy resistente, acostumbrado a tirar de la cuadriga en su caso, cualidad indispensable para cubrir el largo y fatigoso camino hasta Jerusalén. El hecho de que Herodes le hubiese confiado la montura de Fortis era indicio suficiente de hasta qué punto le importaba apresar a Lucio para contarle luego a Tiberio que todo había sido gracias a él. Cuando se lo trajeron de Hispania, el tetrarca mandó construir una caballeriza para su corcel con el más puro mármol, e hizo preparar un pesebre de marfil tallado con primor para que descansase como

un príncipe. Fortis se cobijaba entre mantas teñidas con púrpura de Tiro y se adornaba con hermosos collares de perlas y piedras preciosas.

Mientras cabalgaba sobre él, rumbo a la Ciudad Santa, Benicio no cesaba de jurar por todos los dioses que se vengaría de Lucio y de Flavia sin reparar en que el perdón era en realidad lo que convertía al hombre en superior a su enemigo. No le importaba ya tanto hacer sufrir a Lucio, como regodearse con los padecimientos de Flavia, la mujer que le había traicionado a él y a Roma. Daba igual lo que le hubiese dicho a Herodes: Flavia debía morir, igual que Lucio. Solo imaginar que los dos pudiesen estar juntos y profesarse amor eterno enardecía aún más su cólera y sed de revancha. Le consolaba, en cierto modo, lo dicho por Sócrates a un discípulo suyo cuando este le preguntó si era mejor casarse o permanecer soltero: «Da igual, porque haga lo que haga terminará arrepintiéndose». Y eso mismo anhelaba que hicieran Lucio y Flavia llegado el caso, aunque era una posibilidad muy remota que la boda pudiera celebrarse porque él se había empeñado en impedirlo a toda costa.

Decidió que aguardaría al momento oportuno, cuando estuviesen más confiados, para sorprenderles con toda la fuerza de su inquina. ¿Mataría a él primero, delante de Flavia, sin prisa alguna, para poner fin luego a la vida de ella con idéntica congoja? ¿Cómo lograría hacerles sufrir más, hasta la atonía del último estertor? Su mente bullía como una caldera infernal donde se entremezclaban los más crueles instintos y pasiones, hasta que al fin halló el mejor remedio para desquitarse de ellos. Solo necesitaba un poco de paciencia para no precipitarse, pues la venganza requería una mente fría, como su pétreo corazón. Lucio se había convertido en el más preciado laurel

que ahora se disputaban Herodes y Pilato para su corona. Pero Flavia significaba mucho más para Benicio: ella era su antigua musa que debía ser expulsada del Monte Olimpo para entrar en el inframundo donde moraba el dios Plutón con el demonio Orco, los lémures y los manes.

Flavia y Lucio eran para él dos «adúlteros» que habían usurpado sus planes matrimoniales. Merecían por tanto el exilio del mundo para abismarse en el inframundo. Él se encargaría ahora de infligirles un castigo ejemplarizante para la posteridad.

Petronila, siempre sigilosa, había escuchado aquella madrugada la conversación entre Herodes y Benicio desde el otro lado de la puerta del salón del trono y, ausentándose con disimulo de palacio, se encaminó con celeridad a la casa de Pedro. Al oír que llamaban a la puerta, Lía abrió y le franqueó el paso.

La criada expuso nerviosa todo lo que había escuchado. Tras prestar mucha atención a su relato, Lía trató de calmarla:

—Déjame pensar en algo…

56

BETESDA

Piscina de Betesda en Jerusalén, 33 d. C.

Durante el tiempo que llevaba yo con Jesús había advertido ya que los pareceres sobre su persona diferían mucho unos de otros. Había gentes que le consideraban un hombre de bien, pero otras denunciaban su propósito seductor y artificioso. En cualquier caso, ninguno osaba hablar de él con total libertad por miedo a la reacción de los sacerdotes y los fariseos.

Las opiniones eran también muy distintas dentro y fuera de Jerusalén. Lejos de la capital de Judea, en Galilea o en otras regiones, él no solo era aceptado sino incluso buscado por la muchedumbre para escucharle o presenciar alguno de sus numerosos milagros. Pero en Jerusalén, en cambio, él tenía multitud de enemigos, sobre todo desde que decidió curar en sábado al paralítico en la piscina de Betesda, también llamada Probática, situada muy cerca de la puerta de las Ovejas, en la muralla norte del templo.

Los judíos censuraron el milagro porque era sábado y ese día estaba consagrado a Dios por una ley inviolable. Los rabinos contemplaban hasta treinta y nueve formas distintas de quebrantar

el precepto y una de ellas era, precisamente, «transportar un objeto de un lado para otro».

En ese caso se trataba de la camilla del paralítico y nada importaba que estuviese ocupada o no. No era la primera vez que él resultaba amonestado y perseguido por ello. En otra ocasión los discípulos, a su paso por un trigal, habían arrancado unas espigas para llevárselas a la boca, muertos de hambre, y eso había desatado un conflicto con los fariseos. La violación de la ley no residía en el simple acto de desprender las espigas del campo sembrado, lo cual estaba permitido, sino en hacerlo el sábado. De algún modo, al arrancar las espigas los apóstoles estaban recogiendo las mieses, haciendo la siega, que era precisamente una de las tareas prohibidas aquel día festivo.

Todavía tuvo que soportar él de nuevo las críticas airadas de los fariseos en el interior de la sinagoga de Cafarnaúm, donde curó el brazo derecho atrofiado a un hombre. Los fariseos se enfurecieron de tal modo con él por haberle sanado en sábado que a su salida de la sinagoga se aliaron con los herodianos para planear la forma de acabar con su vida.

Yo me consideraba un privilegiado por haber presenciado tantos milagros suyos, aunque al principio me hubiese resistido a creer en ellos. Pero ahora los veía todos con ojos diferentes. La aceptación del Mesías me había encendido la mirada del alma para admitir una realidad sobrenatural que la visión humana era incapaz de captar.

Estuve allí también cuando él perdonó a aquella mujer adúltera en Jerusalén.

—El que esté libre de pecado que le arroje ahora mismo la primera piedra —dijo el Maestro a los presentes.

Se agachó e hizo garabatos acuclillado en el suelo, como si nadie le observase. Al oír aquello, comenzaron a retirarse uno a uno, empezando por los más viejos, mientras él se iba quedando solo con la mujer. Entonces, se levantó de nuevo para preguntarle a ella:

—¿Dónde están los otros? ¿Ninguno te ha condenado?

—Ninguno, Señor —repuso ella.

—Pues tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más.

57

La Última Cena

Cenáculo en Jerusalén, 33 d. C.

Jesús eligió a Juan para preparar uno de los momentos más importantes de su vida: la cena durante la cual instituyó la Eucaristía.

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, sus discípulos le preguntaron dónde quería celebrar la Pascua y este indicó a Juan que fuese a la ciudad con Pedro y siguiesen ambos a un hombre con un cántaro de agua y en la casa donde él entrase, reservasen al dueño la estancia.

La cena pascual comenzó después de la puesta de sol y se prolongó hasta la medianoche. Sobrecogió a todos de modo especial la escena en que Jesús lavó los pies a Judas Iscariote, como María hizo con los del Maestro en Betania. Arrodillado ahora ante el traidor, él se humilló durante el lavatorio de los pies.

—El que se ha bañado no necesita lavarse, pues está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos —advirtió él, aludiendo al felón.

Su inaudita genuflexión a los pies del traidor hizo que la tierra exhalase un silencioso lamento. El asombro se convirtió en espanto

cuando sus manos puras acariciaron los pies sucios del asesino.

Tras el lavatorio a los Doce, sentados ya todos al triclinio alrededor de las tres mesas que lo componían, dispuestas como los tres lados de un rectángulo que dejaba el cuarto flanco libre para el uso del servicio, Jesús volvió a dirigirse al infiel:

—Yo sé a quiénes escogí, pero digo esto para que se cumpla la Escritura: «El que come mi pan levantó contra mí su calcañar».

Desvelada así ya la perfidia, añadió:

—En verdad os digo que uno de vosotros me entregará.

Bastaba cada gesto de los discípulos para adivinar su tremendo desconcierto:

—¿Soy yo el traidor, Señor…?

Y así, uno tras otro, le preguntaron conmovidos como si les fuese la vida en ello. Solo Juan fue directo al grano:

—¿Quién es, Señor?

Nadie sospechaba aún de Judas. Hasta tal punto alcanzaba su hipocresía y disimulo. Pedro ya no aguantó más y le hizo un gesto a Juan para que insistiese al Maestro quién de todos era el desleal.

—Aquel a quien yo ofrezca un bocado —contestó él.

Y mojando un trozo de pan en la salsa, lo tomó y se lo dio a Judas.

Todavía el hombre de Queriot tuvo la desfachatez de preguntarle:

—¿Soy yo, por ventura, Maestro?

Y este le respondió sereno ante su descaro:

—Tú lo has dicho… Lo que has de hacer, hazlo pronto.

Todo estaba así consumado.

Jesús tomó el cáliz, dio gracias al Padre, y dijo en voz alta:

—Tomadlo y distribuidlo entre vosotros, porque yo os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.

Entre tanto, Judas había presenciado también el momento culminante. Vio a Jesús tomar así uno de los panes que estaban sobre la mesa. Eran panes ázimos, sin levadura, semejantes a tortas circulares cocidas, hasta lograr una consistencia dura.

Entonces Jesús, sosteniendo en sus manos uno de esos panes, dio gracias a Dios Padre por ofrecerlo tan generosamente. Después, con la otra mano tomó aquella cuarta copa y pronunció las palabras correspondientes.

—Esto es mi cuerpo —dijo, lo cual equivalía a manifestar que el pan que tenía en sus manos era desde aquel mismo instante su propio organismo. Y lo mismo sucedió con el vino—: Esto es mi sangre —aseguró.

Ya era inevitable que sucediese lo que Jesús había anunciado.

58

La recompensa

Roma/Jerusalén, 33 d. C.

—Pruébala —invitó Tiberio, chupándose con fruición el pulgar mantecoso.

—¿Qué es, señor? —preguntó Macrón.

—Tú pruébala.

El prefecto obedeció.

—¡Ajá! Se deshace en la boca y tiene un toque dulce —dijo deleitándose.

—Eso lo diferencia de cualquier otra carne.

—Se parece a la ternera rosa.

—Ordené asarla al punto para apreciar mejor su magra textura.

—Aún no me ha dicho qué es… —inquirió el comensal con curiosidad.

—Carne de camello, Macrón.

—¿De camello…?

—Y no de cualquier parte, sino de la joroba misma. Mójala en el *garum* y verás…

Macrón volvió a mostrarse dócil.

—¡Mmm! ¡Exquisita! —exclamó.

—Ahora echa un trago de falerno.

—¡Caray! Refuerza el sabor.

—Otro día te invitaré a comer pavo de Samos y tordos de Frigia rellenos con dátiles egipcios.

Tiberio era un sibarita entregado al placer de los cinco sentidos en su refugio de Capri. Su pasión por el hedonismo alcanzaba extremos insospechados. Se decía que en cierta ocasión obligó a un pescador a frotarse la cara con el hermoso pescado que le ofreció, tras escalar un acantilado, para cerciorarse de que no había nada en él que pudiera provocarle la muerte. Era obsesivo y cruel, hasta el punto de ordenarle también restregarse el rostro con una enorme langosta que le dejó la frente y las mejillas repletas de arañazos y de heridas, mientras él se reía por lo bajo, siseando. Algunos aseguraban que disfrutaba con el dolor de los demás, incluso había quien añadía su indomable debilidad por los efebos y párvulos.

Pero entre tanto, nada le impedía disfrutar de la buena mesa ni de la buena vida, nada absolutamente; ni siquiera el asunto tan delicado que debía confiarle aquella tarde a Macrón en cuanto terminasen de comer y empezasen a degustar el delicioso licor mirabilis, elaborado con hierbas aromáticas y frutas mediterráneas.

—A ver, Macrón, ¿por dónde empiezo…? —preguntó Tiberio con gesto grave.

—Usted dirá, señor —repuso él, expectante.

—Lucio Fedro es un traidor —dijo sin consideración.

—¿Un traidor…?

—Así es —afirmó el César—. Lo enviamos para acabar con ese revolucionario y al final se ha convertido en uno de sus más fieles seguidores.

—¿Está seguro de lo que dice? —Macrón intentaba asimilar la noticia.

—Sé que es duro, querido amigo. —Tiberio procuraba apaciguar el golpe que acababa de asestarle—. Herodes me contó en su última carta que no tenía noticias de él desde hacía tiempo, y que por eso había ordenado su búsqueda inmediata.

—Tal vez Lucio no pueda comunicarse con nosotros para no levantar sospechas, vigilado por el estrecho círculo de ese profeta —conjeturó Macrón, benevolente.

—No, mi querido prefecto —le replicó el César decepcionado—. Hay pruebas. Los hombres de Herodes le han seguido y lo han confirmado.

—No puedo creer que mi hijo sea un traidor. Lucio ama a Roma por encima de todas las cosas, incluso de su propia vida.

—Lo siento, Macrón, hay testigos. No cabe ninguna duda. —Y añadió con rotundidad—: Jamás debió salir de la cárcel, sino con la cabeza separada del tronco.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Macrón, aunque ya conocía la respuesta.

—Ya lo sabes: juzgarlo y condenarlo. Es alta traición.

—Pero…

—Se libró de morir decapitado porque le di la oportunidad de redimirse con la Misión Columba —le interpeló Tiberio—, pero ahora no solo la ha desaprovechado, sino que nos ha traicionado. Quiero que sepas que he cursado ya la orden a Herodes y Pilato para que lo encuentren y lo traigan vivo a Roma, donde le daremos el recibimiento que se merece.

—¿Contemplaría el indulto? —musitó el prefecto.

—¿Qué dices? ¡No hay piedad para los traidores!

Macrón reparó en que su vida correría también peligro si insistía demasiado.

—¿Y todas las veces que se jugó la vida defendiendo a Roma y al César? —alegó con voz aterciopelada.

—¡Basta! —Tiberio atajó de raíz las súplicas del padre herido—. Recibirá el castigo que merece. He ofrecido treinta denarios de plata a quien revele su paradero.

El prefecto permaneció atónito. Tiberio esperó unos instantes para darle la otra noticia que le destrozaría el corazón por completo.

—Pero eso no es todo… —continuó el César.

Macrón contrajo el rostro dispuesto a encajar el golpe decisivo.

—Flavia.

—¿Flavia…? —preguntó al borde del llanto.

—Ella también se ha unido a esos miserables, seguidores del Nazareno.

Macrón rompió a toser sin control, atragantado por el licor. Temiendo que fuera a asfixiarse, Tiberio se incorporó enseguida del triclinio para palmearle la espalda.

—Benicio ha roto su compromiso de boda —dijo finalmente Tiberio —. No quiere volver a saber nada más de ella.

Poco después, Macrón abandonó Villa Jovis desolado. Mientras descendía por el promontorio donde el emperador había edificado su palacio, fue incapaz de disfrutar de las espectaculares vistas del mar Tirreno. Caminó cabizbajo y azotado por una tormenta interior de sentimientos contrapuestos: amaba a Flavia y a Lucio, pero no podía entender ni aceptar que hubiesen traicionado a Roma. Aunque en

algún rincón escondido de su corazón se sintió reconfortado sabiendo que al menos estaban juntos.

Pilato mandó llamar a Caifás. Necesitaba su ayuda para encontrar a Lucio Fedro. El sumo sacerdote poseía una tupida red de delatores extendida por toda Jerusalén. Era además tan ladino y miserable que enseguida pensó en Judas Iscariote como cebo. Si le ayudaba a capturar a Lucio, Pilato estaría en deuda con él y sería más fácil condenar a muerte a Jesús, llegado el momento.

—Y bien —dijo Pilato—, ¿hablaste ya con Iscariote?

—Claro —asintió Caifás con una sonrisa siniestra.

La piel de su cara se agrietó, y sus oscuros ojos se entornaron.

—¿Le diste ya el dinero?

—Treinta monedas de plata por entregar a ese canalla de Jesús —concretó—. Las contó cinco veces el muy avaro. Y otras treinta por revelarme el paradero de Lucio Fedro.

—Judas es el rey de los traidores.

—Ese truhan sería capaz de vender a su propia madre por un mísero dupondio.

—Parece mentira que el Nazareno lo eligiese para ser discípulo suyo.

—Él mismo está lleno de contradicciones: es hijo de un carpintero, pero va pregonando por ahí a todo el mundo que su padre es el mismo Dios.

—Menudo insensato.

—Y por cierto, una parte de ese dinero ya ha sido amortizado. Judas ha averiguado dónde se esconde Lucio.

—¡Haber empezado por ahí! ¿Dónde…? —exclamó Pilato como si hubiese descubierto el tesoro de Cleopatra.

—En casa de Marcos.

—¿Marcos…?

—En realidad se llama Juan, pero lleva el sobrenombre de Marcos. Es uno de los seguidores de Jesús. Vive con su madre María en la misma casa donde ahora se aloja Lucio y que sirve de punto de reunión para los discípulos y seguidores del Nazareno. En esa misma vivienda se refugió Pedro tras ser liberado de la cárcel y luego este bautizó allí a Marcos, a quien llama «su hijo». Es primo del también discípulo Bernabé.

—Déjate ya de biografías y parentescos, y dime de una vez dónde vive ese tal Marcos —ordenó el prefecto.

—En pleno barrio judío.

—¿Alguna hora especial de «visitas»?

—Suele ir a dormir allí, y de día le han visto recorrer las afueras de Jerusalén.

—Le sorprenderemos entonces de noche.

—Ya sabes que me debes una.

—Siempre que capturemos a Lucio Fedro.

Caifás había accedido al sumo sacerdocio hacía quince años, nombrado por Valerio Grato, gobernador entonces de Judea. Su larga permanencia como sumo sacerdote suponía la prueba fehaciente de sus relaciones cordiales con las autoridades romanas, y en especial con Poncio Pilato. Era el encargado de la adoración en el templo. Su oficio se transmitía de modo hereditario, pero él lo

había conseguido por asignación. Se trataba de una figura que se asumía con carácter vitalicio. Para ser sumo sacerdote resultaba imprescindible mantener un elevado nivel de santidad y evitar la contaminación por contacto con los muertos. Debía ser alguien dedicado a Dios en cuerpo y alma. Hasta tal punto resultaba eso imprescindible que cuando el sumo sacerdote cometía un pecado, la culpa recaía sobre el pueblo entero, como establecía el Levítico.

Y ahora toda esa gran influencia rabínica se cernía amenazante sobre Jesús de Nazaret.

59

Las dos espadas

Cenáculo en Jerusalén, 33 d. C.

Cuando Judas, el traidor, abandonó el recinto del banquete, instituida ya la Eucaristía, Jesús permaneció a solas con sus once discípulos en una hora de intimidad y despedida, sincerándose así con ellos:

—Hijos míos —les dijo muy afectado, con la mirada húmeda—, me queda ya poco tiempo de estar con vosotros. Me buscaréis, pero os digo ahora lo mismo que a los judíos: donde yo voy, tampoco podéis venir vosotros. Todos padeceréis escándalo por mi causa esta misma noche, porque está escrito: «Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas».

Al oír aquello, Pedro escupió el trago de vino oscuro hecho con pasas negras sobre el pequeño mantel de lino teñido de rojo y púrpura.

—¿Por qué no puedo seguirte? —increpó al Señor, con razón—. Estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel, si es necesario, e incluso a la muerte. Si todos se escandalizan de ti, yo jamás lo haré.

—¿Darías tu vida por mí, Pedro?

—Por supuesto.

Pedro recordó entonces las palabras del Maestro dirigidas a él en su día: «No temas; en adelante vas a ser pescador de hombres», profetizó. Y si había sido capaz de aceptar esa invitación para participar en un proyecto que desbordaba todas sus expectativas, ¿cómo no iba a salir ahora en su defensa? Pero Jesús le puso en su sitio durante la cena.

—Pues yo te digo, Pedro, que esta noche, antes de que el gallo cante dos veces, habrás negado conocerme tres.

—¡Aunque muera contigo, jamás te negaré, Señor! —repuso él ofendido.

Cuando Jesús dijo esto, era ya de noche y habían entrado en el viernes de su pasión y muerte.

Él recordó a sus discípulos que debían prepararse de modo muy especial ante lo que se avecinaba, y lo hizo recurriendo a su lenguaje parabólico, que ellos tampoco entendieron en esta ocasión.

—Cuando os envié a predicar sin bolsa, alforja ni sandalias, ¿os faltó algo? —inquirió.

—Nada —contestaron Pedro y Juan.

—Pues ahora, el que tenga bolsa que la coja, y lo mismo con la alforja; y quien no tenga, que venda el manto y se compre una espada. Porque yo os digo que debe cumplirse en mí lo que está escrito: «Lo tuvieron por un criminal». Llega el fin… —vaticinó con gran pesar.

—¡Señor, aquí hay dos espadas! —advirtió Pedro.

Había allí, en efecto, dos enormes cuchillos de carnicero para degollar y trocear el cordero pascual.

Este había anhelado desde el principio la intervención de Dios en la sociedad contra las injusticias; deseaba que el Todopoderoso

devolviese la libertad al pueblo judío oprimido por la férula de Roma. Y ese celo irrefrenable se hacía todavía más palmario ahora que peligraba su vida.

—¡Basta ya! —tronó Jesús.

Todos callaron. No era habitual ver al Maestro tan disgustado.

Los apóstoles, con Pedro a la cabeza, interpretaron aquellas palabras en sentido literal. Pero en realidad él se refería a que debían prepararse con toda clase de recursos y responsabilizarse cada uno de su mantenimiento y defensa personal, sin ejercer violencia de ningún tipo. Por eso él zanjó la conversación con rotundidad.

Jesús se despidió de ellos con un «hasta luego», abriendo así una puerta a la esperanza ante un futuro tan cercano como incierto.

—No se turbe vuestro ánimo —dijo—. Fiaos de Dios y de mí. La Casa de mi Padre tiene muchos aposentos. Si no fuera así, ¿os habría dicho entonces que voy a prepararos un sitio a cada uno? Cuando vaya y os lo prepare, volveré para llevaros conmigo. Así, donde esté yo, estaréis también vosotros. Ya sabéis el camino para ir adonde yo voy…

Creyendo que se trataba de un camino físico, ubicado en un terreno concreto, Tomás le preguntó con ingenuidad:

—¿Cómo podemos localizar ese camino, Señor?

—Yo soy el Camino —aseguró él—, la Verdad y la Vida. Nadie se acerca al Padre sino a través de mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre, aunque ya lo estáis viendo ahora mismo.

—Muéstranos al Padre. Con eso nos basta —rogó Felipe, intrépido como siempre.

—Con tanto tiempo como llevo con vosotros, ¿todavía no me conocéis? —replicó él—. Quien me ve a mí está viendo al Padre. ¿Cómo dices tú entonces, Felipe, «muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy con el Padre y que él está conmigo? Todo lo que yo os digo y hago es la voluntad del Padre. Si no me creéis, dejaos convencer al menos por las obras que veis con vuestros propios ojos.

Aludió así a la misteriosa Trinidad divina: «Quien me ve a mí está viendo al Padre». Como si dijera que a través de su rostro podían contemplar también el de Dios Padre.

—Quien cree en mí —añadió— hará obras como las mías y aún mayores, porque yo me voy con el Padre, y lo que pidáis en mi nombre yo lo haré para que el Padre reciba la gloria del Hijo.

Rodeado de sus once discípulos, Jesús pronunció aquella noche el discurso más largo de todo su ministerio público.

—Yo soy la vid y vosotros los sarmientos —les dijo a modo de comparación—. Quien sigue unido a mí da fruto abundante porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no sigue conmigo lo arrojan como un sarmiento y se seca; luego lo recogen para echarlo al fuego y quemarlo. Esta es la gloria de mi Padre: que deis frutos abundantes y seáis mis discípulos.

Aprovechó él también la cercanía de sus apóstoles para trasladarles un mandamiento nuevo:

—Amaos unos a otros como yo os he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Seréis amigos míos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque un siervo no

está al corriente de lo que hace su amo; os llamo amigos, porque os he comunicado lo que he oído de mi Padre.

Tras advertirles de que el mundo los odiaría en su nombre, elevó la oración sacerdotal a su Padre celestial:

—Ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti… Padre, tú me los confiaste —dijo él aludiendo a sus discípulos y a todos sus fieles—. Quiero que donde yo estoy, estén también ellos conmigo y contemplen esa gloria que tú me has dado, porque ya me amabas antes de que el mundo existiera.

Dicho esto, y tras recitar el himno final, salieron todos hacia el monte de los Olivos, al otro lado del torrente Cedrón que nacía en el nordeste de Jerusalén, en las faldas del monte Scopus. Jesús se dispuso a cruzarlo del mismo modo al comienzo de su pasión para llegar hasta Getsemaní, donde ya nada sería igual que antes.

60

EL REGISTRO

Casa de Marcos en Jerusalén, 33 d. C.

Flavia y yo nos fuimos a dormir muy tarde aquella noche, tras comer el cordero pascual en casa de Marcos acompañados de su madre María y de Lía, Dalila, María de Magdala, Salomé, Susana y Caleb. Diez comensales, incluido Marcos, sentados al triclinio sin dejar de pensar en qué estaría haciendo Jesús con los discípulos más allegados a él en su cena.

Estábamos muy preocupados ante la inminente detención. Pedro había intentado disuadir ya al Maestro en vano y este le llamó «Satanás» por oponerse a los designios divinos. A Pedro, igual que al resto, nos repugnaba aquel mesianismo sufriente. No entendíamos por qué él tenía que padecer, si era el mismo Dios. El pueblo hebreo anhelaba también la venida del Mesías libertador, tantas veces prometido por los profetas de Israel. Toda la historia del pueblo perseguido era una constante espera en un Dios que debía venir a salvarlo de modo semejante, aunque más glorioso y perfecto, al relatado en el libro del Éxodo con motivo de la liberación de Egipto.

Me costó conciliar el sueño mientras evocaba la primera predicción de la pasión que tuvo lugar cerca de Cesarea de Filipo, cuando él dijo a la muchedumbre que quien quisiera seguirle debía negarse a sí mismo y cargar con su cruz. ¿Por qué ese amor incondicional a un espectáculo tan atroz y cruel como el suplicio de la cruz, importado por los romanos de los persas? ¿Acaso debía ser considerado yo también un demonio, como Pedro, por querer preservarle de una muerte tan horrible como aquella?

Mientras daba vueltas en la cama sin poder dormir, no dejaba de pensar tampoco en la crucifixión como el mayor de los tormentos que cualquier ser humano podía padecer. De las tres formas más brutales de ejecución entonces, la crucifixión se consideraba sin lugar a duda la peor de todas, seguida de la cremación y de la decapitación.

El filósofo y orador romano Séneca aludía con desprecio y horror a la cruz como «el madero criminal», mientras que el autor de comedias latino Plauto la calificaba de «terrorífica», y el mismo Cicerón aseguraba que la muerte en ella representaba «el más cruel y asqueroso de todos los suplicios».

Así sabía Jesús que iba a morir: crucificado de pies y manos en un madero, como el peor de los criminales. Yo seguía rebelándome contra aquel vaticinio ineluctable que se avecinaba, cuando por fin me venció el sueño.

En la noche estrellada, los haces luminosos de la luna siluetearon a los ocho soldados del contubernio romano comandado por el centurión Casio, aproximándose con sigilo a la casa de Marcos.

Llegados ante la fachada de piedra sin labrar, como correspondía a una vivienda modesta como aquella, Casio señaló con la palma de la mano hacia arriba y la mitad de sus hombres de infantería se dirigió hacia una ancha escalinata que conducía desde el exterior hasta la azotea, ligeramente inclinada para permitir al agua de lluvia filtrarse por unos tubos conectados con la cisterna de abajo.

Los cuatro hombres se apostaron poco después en la balaustrada que rodeaba la terraza, lo bastante sólida para soportar su peso, y desde allí arriba permanecieron vigilantes. Como sospechaban, la azotea se comunicaba con otra, lo cual podía facilitar mi huida si no tomaban las debidas precauciones. Los rabinos denominaban a esa zona «el camino de las azoteas», porque permitía a una persona pasar sucesivamente de una a otra hasta descender en la última casa por las escaleras que desembocaban en la calle sin necesidad de entrar en ninguna vivienda. Para evitar que yo pudiese escapar de ese modo, Casio destacó a cuatro de sus hombres allí.

Igual que los moradores de la casa elegían aquel lugar elevado para retirarse a hacer oración, atisbar la llegada de una tormenta o distinguir la luz rojiza y dorada del amanecer en el horizonte, los soldados de Casio sellaban ahora la huida por arriba y controlaban también lo que sucedía abajo.

La estancia de los huéspedes, como Flavia y yo, se habilitaba generalmente en la azotea para que pudiésemos entrar y salir de la casa con absoluta independencia sin molestar a Marcos ni a su madre. Pero Casio no debió tenerlas todas consigo ahora, pues temió que yo, en lugar de dormir en un habitáculo de la azotea, pudiese ocupar una de las estancias de la familia en las que desembocaba la galería del patio. Por fortuna para él, no había

perros peligrosos en la casa que pudiesen alertarnos de su presencia porque estaban prohibidos por las autoridades.

Casio se plantó con la otra mitad de sus soldados ante el porche donde estaba la puerta de entrada al patio inferior, y golpeó con fuerza la aldaba. La puerta giraba sobre goznes fijados con estacas de madera y podía abrirse también con llave desde fuera.

—¡Alto! —rugió de repente uno de los soldados desde la azotea.

—¿Qué sucede? —dijo Casio, alarmado, dando dos pasos atrás para alzar la mirada.

—Un palomar.

—¿Cómo?

Acodado en la barandilla, el soldado tranquilizó a su jefe desde arriba:

—Una paloma ha echado a volar al oírnos.

Poco después, se escuchó la voz de una mujer gritar desde dentro:

—¿Quién llama a estas horas?

—¡Abra la puerta a los soldados del César! —ordenó Casio.

El centurión empujó el portón entreabierto y se precipitó al interior de la casa seguido por sus hombres.

—¿Qué ocurre? —dijo Marcos con ojos amusgados ante la luz cegadora de las lucernas de aceite.

—¿Dónde está Lucio Fedro? —inquirió Casio, asomado al patio interior.

—No está aquí —repuso María.

—¿Cómo que no está aquí? ¡Registradlo todo ahora mismo! —mandó el jefe a sus soldados, desconfiado—. Y tú —dijo a uno de ellos—, quédate aquí con estos dos y no les quites el ojo de encima.

Casio atravesó el patio interior y llegó hasta la galería.

—Vosotros dos —indicó—, buscad en esas tres habitaciones mientras yo registro las demás.

Entre tanto, en la azotea los cuatro soldados restantes habían inspeccionado ya cada rincón sin hallar ni rastro de mí.

Abajo, en el recibidor, tampoco había una sola alma; lo mismo que en el salón familiar y en los dormitorios. Removieron mesas, sillas y sofás, buscaron debajo de las camas y en el interior de los armarios, pero no encontraron a nadie.

—¿Dónde habéis escondido a Lucio Fedro? —bramó Casio. Marcos y su madre se encogieron de hombros—. ¿Estáis sordos o qué…?

—Ya le hemos dicho que no está aquí —alegó Marcos.

—Pues mis informadores aseguran lo contrario.

—Usted mismo acaba de comprobarlo.

—Señor —interrumpió uno de los soldados—, en la cocina hay un montón de vasijas de cerámica con restos de cordero, y una tinaja grande de vino casi vacía.

—¿Tuvisteis invitados anoche? —inquirió Casio.

—Nada extraño en plena Pascua, ¿no le parece? —arguyó Marcos.

—A no ser que Fedro fuese uno de ellos…

—No estuvo aquí.

—Mientes… Está bien, ¡vámonos! —ordenó a sus hombres a regañadientes, sintiéndose burlado—. Pero ya os advierto que volveremos en cualquier momento para darle a Fedro su merecido —añadió amenazante, sin apartar la mirada de Marcos ni de su madre.

Al cabo de un rato, tras cerciorarse de que estaban solos, María le dijo a su hijo con media sonrisa:

—Jesús nunca defrauda.

—¡Y que lo digas, madre!

Pese a su edad, María estaba delgada por los numerosos ayunos y conservaba la espalda recta y una agradable figura. Tenía la cara ovalada, el pelo cano rizado y unos ojos negros muy serios.

—El Maestro avisó ayer a Lucio —dijo ella contenta— para que no durmiese ya más aquí: «Alójate desde ahora en casa de José Barsabás, apodado el Justo», le indicó.

—Leyó así a Lucio una frase decisiva de su cuaderno personal —celebró Marcos.

61

EL SUEÑO

Casa de José Barsabás en Jerusalén, 33 d. C.

Durante la cena pascual en casa de Marcos, Lía apartó a Flavia para advertirle sobre las oscuras intenciones de su antiguo prometido. Petronila le refirió con detalle la conversación que había escuchado entre Benicio y Herodes. Más tarde, ya de madrugada, Flavia volvió a tratar el asunto conmigo en casa de José Barsabás, hijo de Sabas, uno de los setenta y dos discípulos designados por Jesús.

—Estoy muy preocupada por ti, Lucio. Ni te imaginas lo que Benicio es capaz de hacer si te encuentra…

—Le conozco bien, Flavia. Luchamos juntos en Germania —le recordé—. Yo también me espero cualquier cosa de él.

—La mañana que descubrí la mancha en mi cuello, él me preguntó qué ocurría. Le conté la verdad —relató ella—. Tras visitar a los leprosos para llevarles comida, empecé a padecer sus mismos síntomas. Entonces, sin dejarme terminar, profirió horribles insultos, fuera de sí. Nunca antes me había tratado de ese modo.

—¿Qué te dijo?

—Me duele solo recordarlo.

—A mí puedes contármelo. Tal vez te alivie compartirlo conmigo.

—Me llamó «zorra», en alusión a mi madre: «¡Eres igual que esa esclava de mierda que te cagó!», gritó como un energúmeno mientras derribaba las sillas a puntapiés y estrellaba los enseres contra las paredes. Se volvió loco en un instante. Intenté encerrarme en el dormitorio, muerta de miedo, pero vino detrás de mí y, agarrándome del cuello, me arrojó sobre la cama volteándome con la espalda hacia arriba. Luego, agarró el cinturón militar con el que se ceñía la túnica y empezó a golpearme con tanta fiereza que sentí cómo se me abría la carne y manaba sangre abundante. Yo gritaba de dolor, pero a él no le importó lo más mínimo.

—Miserable cobarde —susurré iracundo—. ¿Puedo ver tu espalda?

Flavia se levantó la túnica interior y se giró sentada en la silla para mostrarme la parte dorsal de la espalda salpicada de cicatrices. Era como si hubiesen rasgado sin piedad el tafetán más valioso del mundo o el torso sagrado de una vestal. Mientras exploraba con la mirada aquel templo profanado por la rabia, ella lloraba como si la terrible escena acabara de producirse en ese preciso instante.

—¡Dios mío! —suspiró.

Incorporado del asiento, me agaché para abrazarla.

—¡Escoria! No se atreverá a repetirlo —dije acariciándole la nuca.

—Y cuando él pensó que había descargado ya todo su odio contra mí —prosiguió ella, entre lágrimas—, antes de hacerme perder el conocimiento, me agarró de los pelos e inclinándose sobre mi cara escupió varias veces en ella, vociferando: «¡Espero que te pudras en esa leprosería!». Poco después, me levanté como pude del suelo para recostarme sobre la cama, hasta que logré finalmente preparar la bolsa con mis enseres personales. Lo demás ya lo sabes.

—Eso ya se acabó, Flavia. Ahora estás a salvo —dije con firmeza.

—Te equivocas. En cuanto él descubra que nos amamos, querrá destruirnos a los dos. Sabe que seguimos a Jesús y que yo estoy curada. La envidia es otra pasión muy fuerte, y en su caso una declaración de inferioridad. Lía me contó que Herodes le había ordenado capturarte, pero yo sé que él también deseará ajustar cuentas conmigo. Corremos ahora un grave peligro, Lucio.

—Tranquila. Lo tengo todo planeado. Huiremos a Éfeso —le dije—. Allí empezaremos de nuevo y construiremos un hogar.

Su rostro se iluminó de repente como el de una mística en éxtasis.

—¡Ah, qué maravilla! He soñado con eso toda mi vida, amor —dijo con ojos hipnotizados, oníricos, sumidos en la contemplación de una especie de paraíso terrenal.

—Pues muy pronto ese sueño se hará realidad. Viviremos juntos en una casita en el valle del río Caístro, junto al mar Egeo y entre las montañas de Koresos, mientras yo extiendo la palabra de Dios en cada rincón de la ciudad situada entre Mileto y Esmirna.

—Hace años que sueño con lo mismo.

—¿Con qué…?

—Me veo vestida de blanco con un velo en la cabeza, mientras me llevan en andas y en procesión para casarme contigo, amor.

—¿Estando con Benicio ya soñabas eso? —pregunté extrañado.

—Te amo desde siempre, Lucio.

—¡Bésame con besos de tu boca!

Flavia se sonrojó, pero eso no me importó. Estreché sus mejillas en mis manos, como dos perlas de río de Britania con tonalidades áureas, y la besé como nunca lo había hecho con ninguna otra mujer. Dos veces: con los labios y con el corazón.

—Siento interrumpiros —nos dijo Claudia, la madre de José Barsabás, asomada al salón con una sonrisa que dejó al descubierto sus negros raigones—. Marcos os espera en el vestíbulo. Parece importante.

Flavia y yo nos pusimos en guardia. El presentimiento de Claudia resultó ser cierto.

—Los hombres de Pilato han venido a buscarte a mi casa —me dijo Marcos visiblemente alterado.

—¿Los mandaba un tal Casio?

—Sí, y le acompañaban ocho soldados.

—¿Nadie te ha seguido hasta aquí?

—Tranquilo, he tomado todas las precauciones.

—Flavia y yo estamos ahora a salvo.

—Te buscan a ti, Lucio.

—Pilato, sí, pero Herodes parece que nos quiere a los dos.

—Debemos irnos cuanto antes —le dije a Flavia.

—Ten cuidado —me advirtió Marcos—, Iscariote os ha vendido a Jesús y a ti.

—¡Judas le habrá dicho a Caifás que me alojaba en tu casa!

—Y Caifás, a su vez, a Pilato. Son tal para cual.

—Solo podemos fiarnos del Maestro.

—Así es —corroboró Flavia—. Él te ha salvado ya la vida y pretende hacer ahora lo mismo con todos.

62

Sangre, sudor y lágrimas

Getsemaní, 33 d. C.

Getsemaní era un gran huerto rodeado de un seto plantado con muchos árboles frutales y arbustos decorativos. Se hallaba en el valle del Cedrón, al este de Jerusalén y en la base del monte de los Olivos, donde Jesús solía retirarse a orar. Aquel lugar era donde él debía enfrentarse a la vil traición de Judas Iscariote.

La tierra estaba oscura aquella noche, pero en el cielo había claro de luna. Jesús bajó solo a un abrigo de roca que formaba una cueva natural donde estaban Pedro, Juan y Santiago el Mayor.

Pedro se asomó aterrado, alrededor de la caverna, y pudo distinguir siluetas espantosas, horrendos espectros que oprimían al Maestro simbolizando todos los pecados, vicios, tormentos e ingratitudes de la humanidad entera. Jesús sentía como hombre el terror ante la muerte y la magnitud de los padecimientos expiatorios. Se retorcía las manos de miedo e impotencia, y caía al suelo una y otra vez envuelto en el sudor del pánico ante lo que le aguardaba. Estremecido, se tambaleaba hasta desplomarse. Trataba luego de incorporarse, pero sus rodillas trémulas eran incapaces de

sostenerlo en pie. Su rostro estaba desencajado y era casi irreconocible, con los labios pálidos y los cabellos erizados.

Sobre la medianoche se levantó finalmente bañado en sudor y fue al encuentro de los tres apóstoles subiendo por la izquierda de la gruta hasta desembocar sobre ella, en la terraza donde Pedro, Juan y Santiago el Mayor yacían dormidos. Los despertó y les instó a orar, retirándose de nuevo a la gruta para someterse a otro demoledor combate contra las fuerzas del mal. La agonía del Salvador alcanzó su clímax cuando en su lechosa faz brotaron gotas de sangre, espesas y oscuras, mientras sus cabellos estaban apelmazados y su barba desgreñada.

Satanás, entre tanto, seguía atormentándole con los pensamientos más terribles, culpándole de las faltas de sus discípulos y de todos sus escándalos, de no haber impedido la matanza de los inocentes perpetrada por Herodes ni la muerte de Juan el Bautista, y hasta de los pecados de María de Magdala por no evitar que volviera a cometerlos. El demonio le tentó así como hombre, intentando turbarle hasta la extenuación y cargándole con todos los pecados del mundo.

—¡Padre, si es posible aparta de mí este cáliz! —suplicó él, atormentado.

Pero pronto se rehízo:

—Que se haga tu voluntad y no la mía.

Aquella noche había poco ruido en Jerusalén; los judíos estaban en sus casas ocupados en los preparativos de la fiesta, y los campamentos de los que habían venido para la Pascua no se encontraban cerca del monte de los Olivos.

Cuando él salió por segunda vez al encuentro de sus apóstoles, estos no estaban ya tumbados de costado para dormir, sino encorvados sobre las rodillas con la cabeza cubierta, en la misma posición que se guardaba luto o se oraba. Se habían traspuesto, vencidos por la preocupación, la tristeza y el cansancio, pero se despabilaron al verle acercarse temblando y gimiendo. De pie ante ellos a la luz de la luna, con el pecho hundido, la tez blanquecina y ensangrentada, y el pelo revuelto y pegajoso, tardaron en reconocerlo; estaba desfigurado. Pero al reparar en que era él, se incorporaron de un brinco tomándolo por debajo de los brazos para sostenerlo en pie, enternecidos. Él les dijo que en una hora lo apresarían, arrastrándolo hasta un tribunal donde sería maltratado, escarnecido, azotado y ejecutado como el peor de los criminales.

A esas alturas, Judas Iscariote ya había cobrado el precio de la traición. Poco después regresó para informar de que Jesús ya no se encontraba en el Cenáculo y que con toda seguridad se hallaría a esa hora en su lugar de oración habitual en el monte de los Olivos. Instó así a los sacerdotes a enviar con él una pequeña tropa para que los discípulos no se alarmasen y pudiesen alentar un levantamiento. Judas les advirtió que debían ser muy precavidos para que la presa no se les escapase, e incluso osó decirles que se hacía invisible ante los demás con artimañas secretas, proponiéndoles encadenarla con recursos mágicos para que no rompiese los grilletes. Pero los judíos rechazaron su plan con desprecio al considerarlo una superstición perseguida por sus leyes.

El traidor pensaba besarle en calidad de amigo y discípulo, como si regresase de uno de sus encargos habituales. Era la señal para que irrumpiesen en Getsemaní, como por casualidad, los veinte soldados reclutados de la guardia del templo.

A cierta distancia de Judas y de los veinte soldados, les seguían cuatro infames sayones de la peor calaña con cordeles y cadenas; y unos pasos por detrás de estos, iban los seis funcionarios con los que el traidor había estado en contacto desde el principio: dos sacerdotes de alto rango, confidentes de Anás y de Caifás, dos funcionarios de los fariseos y otros de los saduceos que eran también herodianos. Todos ellos formaban la tétrica procesión de la muerte.

63

La oreja rota

Getsemaní, valle del Cedrón y Jerusalén, 33 d. C.

Jesús divisó a lo lejos del valle del Cedrón una tropa armada aproximándose con antorchas, faroles y hachones encendidos, pero innecesarios en aquella noche de plenilunio. Salió entonces del huerto de los Olivos con Pedro, Juan y Santiago el Mayor y tomaron juntos el camino hacia el jardín de Getsemaní para encontrarse con los esbirros que iban a prenderlo, mientras los demás discípulos vagaban en la lejanía, acechantes y listos para la espantada.

Él se acercó a unos pasos de la tropa y dijo en voz alta e inteligible:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret —respondieron los jefes de los soldados.

—Yo soy —replicó él.

La soldadesca retrocedió en aquel mismo instante y cayó al suelo víctima de una especie de convulsiones epilépticas. Los hombres desvanecidos empezaron a revolcarse en la tierra soltando espumarajos por la boca y aullando como posesos. Pedro había presenciado ya comportamientos similares cada vez que el Maestro había expulsado algún espíritu impuro.

Poco después, los soldados lograron incorporarse mientras Pedro, Juan y Santiago el Mayor rodeaban a Judas increpándole por ladrón y traidor.

—¿A quién buscáis? —insistió él.

—A Jesús de Nazaret —repitieron ellos.

—Ya os he dicho que soy yo. Cogedme a mí y dejad a estos tranquilos.

Judas se acercó entonces a él y le besó en la mejilla.

—Maestro, te saludo —dijo.

—¿Con un beso traicionas al Hijo del hombre…? —le recriminó él con tristeza.

Acto seguido, los sayones le echaron mano y se produjo una violenta escaramuza entre aquellos y los apóstoles. Durante el forcejeo, Pedro seccionó de un tajo con la espada la oreja derecha de Malco, un criado de Caifás, la cual cayó al suelo como una concha de molusco sanguinolenta.

—Pedro —ordenó Jesús—, envaina ahora mismo tu espada, pues quien a hierro mata, a hierro muere. ¿Acaso crees que no puedo pedirle a mi Padre que envíe ahora mismo doce legiones de ángeles para defenderme? Pero entonces no se cumpliría la Escritura.

Y acercándose a Malco, se acuclilló junto a él para recoger del suelo la oreja, formar barro con su saliva y pegársela mientras farfullaba algo ininteligible.

Al verlo, los seis fariseos le escarnecieron ante la tropa.

—¡Es un diablo! —gritaron rasgándose las vestiduras—. Hizo que la oreja se desprendiera por brujería y ahora la ha colocado con sus mismos hechizos.

—Habéis venido a prenderme con picas y estacas como a un asesino —los reprendió él—. He enseñado todos los días en el templo entre vosotros y no os habéis atrevido a ponerme una mano encima. Pero ha llegado vuestra hora, la hora de las tinieblas —añadió aludiendo al poder de Satanás, a quien ellos obedecían.

Mientras lo maniataban, los sayones no cesaban de increparle:

—¡No has podido vencernos con tus hechizos!

Los verdugos ataron a su víctima de un modo brutal, con cuerdas nuevas y cortantes. Colocaron en su cintura una banda ancha con pinchos de hierro y volvieron a maniatarle con esposas de mimbre. Le encajaron también un collarín con objetos punzantes del que salían dos correas muy estiradas cruzadas sobre el pecho.

La columna echó a andar con pasos apresurados y con los hachones encendidos, formando una macabra procesión encabezada por diez hombres de la guardia, seguidos por los sayones que llevaban al preso, los fariseos que le colmaban de injurias y, cerrando la marcha, los otros diez soldados.

Entre tanto, los apóstoles habían huido ya en estampida. Solo un joven seguía a la comitiva a prudente distancia, con su cuerpo envuelto en una sábana. Pero al ser descubierto, arrojó esta al suelo y escapó de allí desnudo como si le persiguiese el mismo diablo. Era Juan, un muchacho curioso, ágil y huidizo.

El reo marchaba descalzo. Ya antes de llegar al puente, el preso había caído dos veces al suelo por las fuertes sacudidas que los esbirros propinaban a las cuerdas. Cuando llegaron a la mitad de la construcción, cuya altura superaba a la de un hombre, los sayones

arrojaron a su presa al torrente suspendido del correaje profiriendo blasfemias contra él y animándole, entre burlas, a que aprovechase la ocasión para saciar su sed. Él cayó de rodillas y se dio de bruces con los guijarros del arroyo que sobresalían del agua. Apenas bebió recordando la profecía del salmo, según la cual en el camino sorbería solo algunas gotas de aquel torrente.

De madrugada, le hicieron subir descalzo por la otra ladera del Cedrón por caminos llenos de cardos, espinos, piedras afiladas y trozos de roca. De vez en cuando, los cuatro verdugos se arrimaban a él para pincharle con sus varitas, empujarle o abofetearle. Jesús sangraba por los pies a causa de las piedras cortantes y las espinas de las plantas. Era un espectáculo desgarrador contemplarlo tan pálido y desfigurado, con el cabello revuelto y la ropa sucia, mojada y llena de arrugas, arreado con cuerdas y apaleado como una bestia sacrificada.

Cuando la columna entró finalmente en Jerusalén, Pedro y Juan, que habían seguido al Maestro desde lejos, corrieron a casa de uno de los servidores de los sumos sacerdotes a quien conocían para que les ayudase a entrar en la sala del tribunal donde lo conducían.

Anás y Caifás habían sido informados desde el mismo instante del prendimiento y toda su casa se entregó a una actividad frenética. Iluminaron las salas de juicio, pusieron guardias en todos los accesos a la ciudad, y sus mensajeros se apresuraron a convocar a los miembros del Sanedrín, a los escribas, saduceos, herodianos y a todos los que tuvieran algo que testificar contra él en el juicio.

En Jerusalén se había concentrado ya toda esa jauría humana procedente de Nazaret, Cafarnaúm, Tirsa, Gadara, Siloh y otros

lugares donde la víctima, para vergüenza de ellos, había defendido muchas veces la verdad encendiendo su odio e inquina.

Todos aquellos miserables acudieron en tromba a la llamada de Anás y de Caifás, unos con antorchas y otros a la sola luz de la luna. Los soldados romanos no intervenían pero habían reforzado sus puestos de centinela, y las cohortes permanecían en formación apretada. Vigilaban atentos todo lo que sucedía a su alrededor. Esa atmósfera enrarecida envolvía a la Ciudad Santa cuando aquel inocente fue llevado ante Anás.

64

EL SECUESTRO

Casa de José Barsabás en Jerusalén, 33 d. C.

Aquella noche fue tal vez la más larga y tortuosa de toda mi vida. Poco después de marcharse Marcos, irrumpió en casa de José Barsabás la última persona que yo hubiese esperado ver entonces.

Flavia y yo estábamos a punto de irnos a la cama, mientras José y su madre debían dormir ya a esa hora avanzada, cuando de repente aporrearon la puerta.

—No vayas —me previno Flavia, asustada.

—Preguntaré antes de abrir —dije para tranquilizarla.

Un remolino de temores e incertidumbres me asaltó en aquel instante: ¿y si era Casio quien llamaba, enviado por Pilato, para conducirme detenido hasta el Pretorio y desde allí escoltarme a Roma, donde Tiberio había ordenado ejecutarme? A no ser por una urgencia o algo parecido, a nadie se le ocurriría presentarse después de la medianoche en una casa particular, por mucho que siguiese celebrándose todavía la Pascua. Así que me acerqué sigiloso a la entrada y grité:

—¡Quién va!

Una voz jadeante y trémula contestó al otro lado de la puerta:

—Soy yo, Andrés, ábreme.

Respiré aliviado y descorrí el cerrojo.

Sin llegar a cruzar el umbral, Andrés dijo ya con voz grave:

—¡Han detenido al Maestro y se lo han llevado a casa de Anás!

—¿Cómo? —repliqué poniendo mi mano sobre su hombro para acompañarle hasta el salón donde aguardaba ya Flavia con José Barsabás y su madre, recién despiertos.

—¡Ha sido terrible! ¡Terrible! —aulló Andrés entre lágrimas.

Jamás le había visto tan abatido. El hombre de gran prestigio y preeminencia entre los apóstoles era ahora una caricatura de sí mismo. ¿Dónde habían quedado su energía y decisión, reflejadas en su cabellera levantada y alta como un monte? Parecía mentira que hubiese sido el primero de los apóstoles en recibir la llamada para seguir a Jesús y que lo hiciera sin titubear, corriendo a contárselo con desbordante alborozo a su hermano Pedro, deseoso de compartir con él lo mejor que había encontrado sobre la tierra.

De repente, las dudas me asaltaron. Por mucho que en ese momento yo defendiese al Maestro con toda mi alma, había llegado años atrás con la misión de destruirle y acabar con él y sus acólitos. Durante largo tiempo informé a Pilato y a Herodes de sus movimientos y sus doctrinas. Les facilité nombres, lugares de reunión y personas de contacto. Eran datos suficientes como para prenderle y castigarle. Una angustia lacerante me atravesó el alma. Era muy posible que yo fuese el causante de su detención. Y no podía soportar ese inmenso dolor y esa grave responsabilidad.

—¿No lo defendisteis vosotros once? —recriminé a Andrés lleno de rabia, una vez que nos contó lo acaecido en Getsemaní.

—Eran demasiados.

—¿Cómo que eran demasiados…?

—Más de veinte soldados, cuatro sayones e Iscariote en cabeza.

—¡Ah, ese traidor! —prorrumpió José Barsabás, desdeñoso.

—Se produjo un forcejeo…

—¿Nada más que un forcejeo? ¿Te refieres a que no movisteis ni un dedo para impedir que lo apresasen?

—Mi hermano le cortó la oreja a un criado de Caifás.

Andrés rompió a llorar; sus lágrimas eran la sangre de su alma herida.

—Soy un cobarde —confesó.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Huir.

—¡No puedo creerlo! —añadí indignado.

—Síííí… —asintió él, lastimero.

—¿Cómo es posible que os hayáis comportado así con él, después de tres años acompañándole a todas partes y presenciando sus milagros? —alegó Claudia, compungida.

—Tuvimos miedo —añadió él avergonzado.

—Sois unos cobardes —grité, y me abalancé sobre Andrés cogiéndole del cuello—. Si yo hubiese estado allí, tendrían que haberme matado con él antes de abandonarlo.

Más que indignado, estaba furioso. Pensar en la posibilidad de que lo hubieran detenido por mi culpa me hacía odiarme a mí mismo. José y Flavia me sujetaron y me apartaron de Andrés, luchando por zafarse de mi mano, que le presionaba el cuello contra la pared.

—Cálmate, Lucio —rogó Flavia.

—¿Calmarme…? Eso de ofrecer la otra mejilla, tratándose de él, carece de sentido para mí.

Me resistía a aceptar que Jesús siguiese comportándose como un manso cordero, en lugar de acabar con el mal que asolaba al mundo. Para eso era el hijo de Dios, aunque por esa misma razón podía hacer también lo que le diese la gana. ¿Quién era yo, a fin de cuentas, para impedírselo?

Supuse que a esa hora debía de estar ya él en casa de Anás sometiéndose a los maltratos y castigos de sus despiadados verdugos.

—¿Cómo se encontraba él la última vez que le viste? —preguntó Flavia a Andrés.

—Sereno y obediente: «Cogedme a mí y dejad a estos tranquilos», dijo. Y entonces Judas le besó…

—Así le delató el muy traidor, estoy segura —apuntó Flavia.

Andrés asintió con la cabeza y pudo continuar con esfuerzo. Tenía el cuello enrojecido y con algún arañazo.

—Le condujeron por un puente tirando de las correas con que lo habían amarrado, como las riendas de un caballo.

No dije nada más. Me encaminaba hacia el vestíbulo cuando Flavia me detuvo.

—¿A dónde vas? —inquirió.

—Voy en su busca. Debo ayudarle.

—¿Ahora…?

Bajé la voz y la llevé a un rincón apartado. José y Andrés no debían escucharme.

—¿No te das cuenta? Puede que yo sea el culpable de su detención. Toda la información que he compartido con Pilato y Herodes durante este tiempo… Lo matarán por mi culpa… Ay, Flavia,

no me lo puedo perdonar… Debo estar con él —susurré, amortiguando mis palabras.

—No lo hagas —insistió ella.

—¿Acaso quieres que permanezca impasible, como Andrés y el resto? —dije mirándole a él con desdén.

—No.

—Entonces deja que me vaya.

—Ten mucho cuidado, Lucio, te lo suplico.

—Lo tendré, y tú no te muevas de aquí, ¿me oyes?

—Sí, amor.

Salimos al porche y nos fundimos en un abrazo. Ella sollozaba. Dentro de la casa se oía a José alzar la voz y a Andrés gimotear sin interrupción.

—Te amo, Flavia —susurré a su oído, besándola en el cuello.

—Y yo a ti, Lucio. Prométeme que tendrás cuidado, por favor —volvió a implorarme.

—Te lo prometo.

—Querrán arrestarte —me previno.

—Razón de más para ser cauteloso —asentí.

—¿Seguro que no perderás los nervios cuando compruebes que le maltratan? Mira que te conozco…

—Seguro. Solo deseo verle y, si es posible, que me vea él a mí también. Necesito saber qué quiere de mí con una sola de sus miradas.

—Está bien, amor.

Flavia permaneció en la puerta hasta verme desaparecer en la noche. El rostro crispado reflejaba su estado de ánimo sacudido por un fuerte seísmo. La preocupación se agolpaba en su pecho, asfixiándola. Esperaría en casa de José. Era el sitio más seguro. Aunque llegados a ese extremo, ya no estábamos a salvo en ningún lugar. Tanto ella como yo nos hallábamos en el punto de mira de los guardias de Roma.

Antes de girarse para entrar en la casa, Flavia sintió una mano agarrándola del cuello y la hoja fría y afilada de un puñal apoyada sobre él. Un aliento cálido y una voz familiar musitó a su espalda:

—Shhh… Como digas algo te rebano la yugular.

La persona en cuestión se cambió el cuchillo a la mano izquierda para extraer con la derecha un frasco del interior de su túnica.

—Bebe —ordenó.

Ella se resistió al principio, pero quien la sujetaba lo hacía con tanta fuerza que le tenía inmovilizada la cabeza. Acabó obedeciendo.

—No voy a envenenarte —advirtió la voz—. Solo vas a dormir un poco. Tranquila, no hay prisa. Me muero de ganas de verte sufrir —dijo con una risita maliciosa.

Tras ingerir el bebedizo, hecho con hojas y raíces de mandrágora, Flavia quedó sumida en un profundo letargo, que su captor aprovechó para echársela al hombro y dirigirse con ella a la entrada de la casa, donde dejó prendida una hoja de papiro en una rendija de la puerta con un mensaje de advertencia para Lucio Fedro. Luego se fue de allí con ella hasta un descampado donde permanecía amarrado su caballo, la montó delante de él y rodeándola con sus brazos asió las riendas y se alejó al galope a campo abierto.

65

LOS BUITRES

Palacio de Anás en Jerusalén, 33 d. C.

Anás había sido nombrado sumo sacerdote veintiséis años antes por el legado romano de Siria. Tal vez por eso, en deferencia a su condición de jefe del clan familiar, le llevaron a Jesús aquella noche, pues encarnaba al peligroso profeta que tantas veces había denunciado sus ambiciones y abusos.

El preso llegó extenuado al iluminado zaguán del palacio de Anás y de ahí lo condujeron a una sala para interrogarle; una prerrogativa de la que carecía el sumo sacerdote a título honorífico, porque no ejercía ya la autoridad religiosa. Rodeado de veintiocho consejeros, Anás le aguardaba ufano, sentado frente a la entrada de la sala en una terraza alta a la que se accedía por una escalera con descansillos. Los sayones tiraron con fuerza de las cuerdas a modo de ronzal para hacerle subir varios peldaños. El auditorio estaba lleno de soldados y de populacho que no cesaban de chismorrear ni de insultar al detenido.

De pie ante Anás, pálido, extenuado, con las vestiduras empapadas de agua y manchadas de barro, el reo compareció

cabizbajo y callado. Anás era un viejo flaco, de barba rala, malvado y lleno de sarcasmo y soberbia.

—¿Dónde están tus seguidores, Jesús de Nazaret? —preguntó irónico—. Se acabaron ya tus blasfemias. ¿Ahora callas…? ¡Habla, embaucador!

El aludido contestó con una llamativa paz:

—Yo he hablado en público a todo el mundo. Siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, y no he ocultado nada. ¿Por qué me preguntas a mí sobre lo que he hablado? Pregúntaselo a quienes me han escuchado; ellos saben lo que he dicho.

Al oír esto, uno de los criados del tribunal abofeteó al reo con un guante de hierro que hizo crujir su mejilla y su boca, mientras le increpaba, adulador:

—¿Así respondes al sumo sacerdote?

La víctima se tambaleó por la violencia del golpe y, zarandeado por los sayones que tiraban de las cuerdas con energía y le empujaban, cayó de costado en los escalones. La sangre corrió por su rostro y la sala se llenó de risas, burlas, ultrajes y murmullos. Incorporado con brutalidad, dijo igual de imperturbable que antes:

—Si he hablado mal, indícamelo; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

Encolerizado por la flema con que se expresaba el acusado, el sumo sacerdote Anás instigó a los presentes para formular sus acusaciones. Se oyó entonces a uno decir que el procesado había sublevado al pueblo, mientras otro le reprochaba curar en sábado gracias al diablo, y un tercero hacerse llamar «hijo de Dios», en vista de lo cual Anás lo envió maniatado a su yerno Caifás.

La mayor parte de los convocados se encontraban ya reunidos a esa hora en la sede semicircular del tribunal, sentados en torno a Caifás. El vestíbulo de la residencia estaba abarrotado de gente y se hizo imperioso para los guardias expulsarla de allí por la fuerza.

Poco antes de llegar la escolta con el detenido, Pedro y Juan alcanzaron el patio exterior de la casa vestidos aún con manto de mensajeros, momento que yo aproveché para salir a su encuentro.

—Andrés ya me ha contado la estampida en Getsemaní —dije en tono de reproche.

Pedro y Juan se miraron decepcionados.

—Nos puede la vergüenza —admitió Pedro.

—No es para menos —advertí con dureza.

—Debemos remediar nuestro pecado —alegó Juan.

—¿Cómo? —inquirí.

—Arrepintiéndonos —dijo el Príncipe de los apóstoles.

—Para eso estamos aquí —apostilló el más joven de ellos.

Juan franqueó la puerta del patio interior con ayuda del funcionario al que conocía, pero a causa de la gran afluencia de gente nos la cerraron en las narices a Pedro y a mí poco después. Él y yo nos habíamos rezagado un poco por culpa del tumulto y la portera no quería dejarnos pasar. Juan intentó disuadirla desde dentro, pero de no ser porque en aquel mismo instante irrumpieron allí Nicodemo y José de Arimatea no hubiésemos podido acceder.

Pedro y Juan devolvieron los mantos al empleado y luego nos mezclamos los tres entre la muchedumbre a la derecha del atrio, desde donde se veía a Caifás sentado en el centro del semicírculo escalonado y a su alrededor algunos miembros del Sanedrín. No estaban los setenta y un integrantes del Consejo porque este había

sido convocado con precipitación, pero asistían veintitrés de ellos y era suficiente para formar *quorum*.

Caifás llevaba ya algún tiempo reunido con sus consejeros desde que Judas Iscariote salió con su tropa del huerto de los Olivos, tras prender a Jesús. Su impaciencia y furia habían crecido tanto que se bajó del sitial con todos sus adornos ceremoniales y corrió al vestíbulo a regañar y preguntar si aún no llegaba el detenido. En esto se le acercó la escolta y él retornó a su puesto. Por eso, nada más ver al acusado, gritó ahora con ira incontenible:

—¡Ya estás aquí, enemigo de Dios, que nos turbas esta noche santa!

Acto seguido, despojaron a Jesús de la calabaza que portaba en el cetro que habían colocado en sus manos para mofarse de él, en el palacio de Anás, con las acusaciones manuscritas de este, toda una suerte de improperios y calumnias contra su buen nombre. Una vez leídas a viva voz, Caifás profirió otro torrente desbordado de insultos y agravios ante la multitud congregada en la sede del tribunal.

Los sayones y los soldados empujaban entre tanto al preso, zarandeándolo como si fuese un pelele, mientras esgrimían amenazantes en sus manos las varas de hierro terminadas en un pomo en forma de pera con pinchos para golpearle sin la menor piedad, y vociferaban:

—¡Contesta! ¡Abre la boca! ¿Acaso no sabes hablar?

Caifás era un hombre serio, de semblante enrojecido y feroz, que le interrogó con mucha más rabia que Anás, pese a lo cual la víctima inocente permaneció con la cabeza inclinada sin mirar a los ojos en ningún momento a su acusador ni despegar los labios. Aquella actitud de dócil indiferencia sacó de quicio al sumo sacerdote.

Para obligarle a hablar, los sayones le pegaron con sus varas de hierro en las manos, pinchándole con punzones. Rodeado de una banda de malvados, recibió toda clase de salivazos y de golpes, e incluso le arrancaron mechones del cabello y de la barba.

La cadena de acusaciones se interrumpía a menudo por los insultos y los malos tratos. En realidad, más que de inculpaciones fundadas se trataba de contradicciones flagrantes para retorcer y desfigurar sus palabras, instrucciones y parábolas. Así, mientras uno le denunciaba por intitularse rey, otro se rasgaba las vestiduras recordando que se había autoproclamado hijo de Dios.

Le incriminaron también por hechicero y embaucador porque sus curaciones habían resultado ser todas fingidas, pues las personas a quienes él había impuesto las manos recayeron enfermas. Mintieron y dieron falso testimonio sobre algunas de sus curaciones milagrosas, como la del paralítico de la piscina de Betesda. Pero aun así, todos y cada uno de aquellos falsos testigos fueron incapaces de formular una sola acusación con base legal. No tuve entonces más remedio que recordar la promesa hecha poco antes a Flavia y morderme la lengua, clamando para mis adentros: «¡Canallas!».

66

EL CANTO DEL GALLO

Palacio de Caifás en Jerusalén, 33 d. C.

Los falsos testigos se disputaban con violencia quién era capaz de verter el mayor infundio sobre Jesús, mientras Caifás volvía a erigirse en protagonista de la patética mascarada.

—¿Qué clase de rey eres tú? —dijo a Jesús encolerizado, con un mohín de desprecio—. Muéstranos tu poder. Llama a las legiones de ángeles de las que hablabas en el huerto de los Olivos. ¿Dónde has llevado el dinero de las viudas y de los locos? Has dilapidado fincas enteras, ¿qué ha sido de todo ello? ¡Responde! Ahora que debes hablar ante el juez, permaneces en silencio, pero mejor hubieras callado ante el pueblo y las mujerzuelas. Entonces tenías muchas palabras que pronunciar…

Jesús permanecía con la boca cerrada, pese a lo cual prosiguieron los falsos testimonios y las torturas físicas de los soldados. Caifás estaba cada vez más amargado y ansioso, pues los malos tratos al difamado, las contradicciones de los falsos testigos y la paciencia inalterable de este empezaron a surtir efecto en muchos de los presentes, que llegaron incluso a reírse de las sucesivas incoherencias de los declarantes. Exasperado por la confusión

reinante, el sumo sacerdote ya no aguantó más y volvió a tomar cartas en el asunto. Su intervención constituía una irregularidad procesal, pues su papel era presidir el Sanedrín pero no actuar directamente como interrogador, ni mucho menos como acusador. Desconcertado y enfurecido con aquel silencio insolente que no le proporcionaba argumentos condenatorios, le interrogó ahora de modo solemne y perentorio, poniendo al Todopoderoso por testigo:

—¡Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo del Dios altísimo! —gritó furioso levantando las manos al cielo.

Se hizo un profundo silencio en medio del barullo, y él contestó con gran pundonor y una voz reforzada por su divinidad:

—¡Yo lo soy, tú lo has dicho! ¡Y os digo que pronto veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la Majestad venir sobre las nubes del cielo! —proclamó Jesús con una serenidad y un aplomo admirables.

Inspirado por las fuerzas malignas, Caifás asió el dobladillo de su manto ceremonial, lo rajó con un cuchillo y lo desgarró con un ruido seseante mientras aullaba como un lobo herido y sediento de sangre:

—¡Ha blasfemado! ¿Todavía hacen falta testigos, ahora que ya sabéis que este hombre es un sacrílego?

Informado por sus guardias y sus espías, Caifás sabía que el acusado había anunciado poco antes en Jerusalén, durante la fiesta de las Tiendas, su condición divina, razón por la cual algunos fariseos y escribas pretendieron apedrearlo ya entonces. Y ahora tampoco pudo permanecer en silencio ante el tribunal, porque hubiese sido interpretado como una negativa. Por eso, aun

conociendo que sus palabras significaban su condena, el encartado respondió afirmativamente de modo claro y terminante ratificando su deidad.

Entonces se levantaron todos los asistentes que aún quedaban en el recinto y gritaron con espantosa voz:

—¡Culpable, a muerte! ¡Culpable, a muerte!

Cuando Caifás se rasgó las vestiduras en aquella atmósfera angustiosa y escalofriante, Pedro, Juan y yo —paralizados por la violencia de aquella farsa— nos retiramos de inmediato, atónitos y con el corazón encogido. Juan se dirigió a casa de Marta, donde aguardaban la madre de Jesús y otras santas mujeres, pero Pedro y yo salimos al atrio, que hervía de soldados y chusma vociferante, burlándose sin pudor del Maestro mientras se calentaban alrededor de una lumbre.

Y allí, ante mis propios ojos, presencié una de las escenas más desgarradoras de mi vida: Pedro negó tres veces consecutivas al Señor, hasta que cantó el gallo, tal y como él mismo había profetizado. Cada negación era como una puñalada en el alma. No solo le escuché negar…, también le vi temblar, tartamudear, jurar en falso con voz quebrada y mirada huidiza. Pedro, la roca sobre la que Jesús pretendía edificar su Iglesia, invocó a Dios como testigo para declarar que no le conocía. No por maldad, sino por miedo. Un miedo atroz a ser detenido, torturado y aniquilado.

La primera vez que lo hizo estábamos entre algunos guardias y sirvientes del sumo sacerdote, en el patio rodeado de pórticos. Nos habíamos acercado al fuego para calentarnos, pues la noche era

gélida. Pero el hielo verdadero no provenía del aire, sino de lo que ocurrió en ese instante: la traición nacida del pánico, y el eco sordo del Maestro quedándose cada vez más solo. Formábamos un círculo con los guardias del templo, los sirvientes de los sacerdotes y algunas criadas, al que se sumó de improviso la portera que, viendo a Pedro calentarse, se le quedó mirando fijamente y dijo señalándole:

—También tú andabas con el Nazareno.

Pero él repuso azorado:

—No entiendo de qué me hablas.

La mujer cogió a Pedro desprevenido y este, para evitar otras preguntas incómodas, negó cualquier relación con el detenido. Ante la situación tan embarazosa, y disgustado por su actitud cobarde, él se alejó de aquella gente y salió fuera al zaguán. Yo le seguí, avergonzado. Justo entonces oímos cantar al gallo por primera vez. Cuando Pedro llegó al vestíbulo, otra mujer le reconoció y empezó a gritar a los presentes, señalándole también con el dedo:

—¡Es uno de ellos!

—Te equivocas —aseguró él.

Pedro se retiró de allí enseguida y yo volví a seguirle a prudente distancia. Esta vez fue un grupo de personas el que formuló una acusación colectiva:

—¡Es uno de ellos! ¡Su acento galileo le delata!

Viéndose aún más acorralado que antes, Pedro comenzó incluso a maldecir y a jurar en falso:

—¡No conozco a ese hombre del que me habláis! ¡Jamás le he visto en mi vida!

Y en aquel preciso instante cantó el gallo por segunda vez.

Jamás vi llorar a un hombre con tanta amargura y arrepentimiento como a Pedro aquella noche triste, convenciéndome así de que, después de la propia sangre, lo mejor que una persona podía ofrecer era una lágrima. Me avergonzaba de él por haber traicionado al Señor, pero una turbación similar la había experimentado yo mucho antes. ¿Con qué justicia y autoridad podía un pecador como yo recriminarle a Pedro su timorata reacción? Mi traición había sido mucho mayor. No podía sacarme de la cabeza que, aparte de Judas, quizá yo fuera el otro responsable directo del castigo infligido a Jesús. No podía culpar a Pedro. Solo intentar redimirme y enmendar mi error.

Avanzada la madrugada, cuando el silencio reinaba ya en el patio, Jesús cruzó la galería conducido por los sayones desde la sala del Consejo en dirección a otro recinto del palacio donde permaneció custodiado hasta el amanecer. Volviéndose hacia Pedro, le miró y entonces el apóstol recordó sus proféticas palabras: «Antes de que el gallo cante dos veces, habrás negado conocerme tres», que ahora le dolían como estacas clavadas en el corazón. Jesús le habló con la mirada, y Pedro le contestó con sus lágrimas.

—¡Qué he hecho, Dios mío! —sollozó el perjuro restregándose la cara con las manos y escurriéndose los lagrimones.

—«El que esté libre de pecado…», ¿lo recuerdas, Pedro? —susurré a su lado para consolarle.

—¡No tengo perdón de Dios!

—Eso mismo dije yo cuando él leyó mi alma.

—Pero el Maestro me eligió como roca de su Iglesia.

—Y la roca también se resquebraja a veces, ¿no? —intenté calmar su desazón.

—¿Cómo he podido hacerle esto al Señor? ¡Cómo…! —se lamentó con insistencia.

—Tú no has matado a nadie.

—Le he matado a él tres veces, negándole.

—Pero no has dejado que violasen y asesinasen a una niña de once años, como yo; y él, aun así, me perdonó.

Pedro me miró absorto.

—¿Cómo dices?

—Jesús lo sabía y perdonó mi horrendo crimen. ¿Acaso tú eres menos que yo? Él te perdona.

—No soy digno, Lucio —insistió Pedro.

—No creo que haya alguien más indigno que yo, salvo Judas. Tu humildad te redime.

—Igual que a ti.

—No te he contado más que eso, pero hay muchas otras cosas de mi turbio pasado que me sonrojan.

—Como tú dices, él ya te las ha perdonado todas.

—Y contigo acaba de hacerlo también al verte llorar arrepentido.

—Su mirada indulgente, sí… —evocó Pedro melancólico—. Ahora debo yo pedirte perdón.

—¿A mí…?

—Por haberte juzgado.

—Me juzgaste bien.

—Temí que pudieras traicionarnos, como yo acabo de hacer con Jesús.

—Y estabas en lo cierto.

—Nunca debemos juzgar a nadie, Lucio, ni mucho menos condenarle, como yo estuve a punto de hacer contigo. Solo Dios

tiene potestad para eso.

Pedro rompió a llorar de nuevo como un recién nacido.

67

El sádico

Palacio de Herodes en Jerusalén, 33 d. C.

Herodes Antipas puso a disposición del secuestrador el palacio construido por su padre Herodes el Grande en la parte alta de Jerusalén. La fortaleza se erigía majestuosa en el barrio más acomodado de la ciudad, donde residían los ricachones helenizados en sus lujosas mansiones adornadas con ostentosos cuadros, estatuas, doseles, cortinas, alfombras… y el colmo del sibaritismo: láminas de talco adosadas a las ventanas para protegerlas de la lluvia y del frío y, a su vez, filtrar la luz solar. Gotas de agua empezaban a formar ya un charquito en el alféizar del ventanal.

Flavia se despertó desorientada tras los efectos de la adormidera. Todo había sucedido con demasiada rapidez, pero poco a poco logró recomponer con esfuerzo las últimas imágenes deslavazadas en su cabeza: Lucio alejándose de ella hasta perderse en la oscuridad mientras alguien la sujetaba del cuello por detrás obligándola a ingerir unas gotas de un frasco de cristal. Opuso resistencia al principio, pero finalmente claudicó y bebió de aquella ampolla sospechosa para que su captor no le cortase el pescuezo. Ahora recordaba también las palabras de su carcelero:

—Como digas algo te rebano la yugular.

Y aquella voz tan familiar… ¡era la de Benicio!

—¿Has dormido bien, amor? —dijo él ahora con voz gangosa.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

—¿Recuerdas cuando me amabas, Flavia? Pues ahora solo deseo que me odies con toda tu alma, como yo a ti.

—No te reconozco —le recriminó ella.

Sentada en un sillón, la víctima permanecía maniatada y sujeta con cadenas a una pilastra.

—¿Está cómoda así la señora?

—Estaría mejor si me soltaras.

—De acuerdo —accedió él por sorpresa.

Benicio cortó las ligaduras de las manos y abrió con una llavecita el cerrojo de los grilletes, como un alma caritativa.

—Ahora estoy mejor —dijo ella con desahogo.

—Me alegro, preciosa, pero no olvides que esto es pasajero —se burló Benicio.

—¿Qué te propones?

—Hacerte sufrir a ti y a ese otro traidor de Lucio —contestó con rostro impávido.

—¿Qué te hemos hecho nosotros? —bramó Flavia.

Benicio soltó una carcajada estentórea que resonó en la estancia abovedada.

—¿Y tú me preguntas eso? Deberías mostrarte avergonzada —dijo frunciendo los labios y sacudiendo la cabeza tristemente de un lado a otro.

—No tienes dignidad —repuso ella desafiante.

—Me sorprende tu osadía.

—Dime, ¿qué tramas?

—Acabar con los dos.

—¿Te has vuelto loco?

—Nunca he estado más cuerdo que ahora.

—¿Por qué quieres deshacerte de nosotros?

—Amo la traición pero odio al traidor, como diría el gran Julio César.

—No somos traidores.

—¿Qué sois entonces?

—Dos personas que hemos encontrado el amor, entre nosotros y también al prójimo. Y todo gracias a Jesús —añadió.

—¡Ah! Ese impostor y enemigo de Roma.

—Si Roma fuese su enemiga, la amaría aún más.

—Bobadas.

—No te guardo rencor, Benicio.

—Querrás decir que no te lo guardo yo a ti. Traicionaste a Roma y luego a mí. Tiberio te decapitaría por lo primero, y yo lo haré por lo segundo —aseguró él.

—¿Desde cuándo amar es un delito? —cuestionó Flavia.

—Lo es renegar del César y de los dioses. No olvides que estos nacieron de la risa del Dios primigenio, pero vosotros habéis sido engendrados de sus lágrimas.

—¿Sabes una cosa? Yo ya te he perdonado tus azotes y tu indiferencia al recluirme en la leprosería.

—Los azotes del alma duelen más que los del cuerpo, querida —se burló él—. Has fingido amarme todo este tiempo, cuando en realidad adorabas a Lucio Fedro.

—Te carcomen los celos —le increpó.

—¡Qué pérfida eres!

—Te equivocas, Benicio: yo te he querido siempre, pero tú nunca me habrías aceptado como seguidora de Jesús. Tú le odias, a él y a todos los que creemos en su palabra.

—Ajá, odio a los traidores de Roma, y no sabes cuánto te odio a ti y a ese malnacido de Lucio.

—¿Por qué quieres vengarte de nosotros?

—Ya te lo he dicho: os aborrezco más que a nada ni a nadie en el mundo.

—Piensa bien lo que vas a hacer, por favor.

—No he hecho otra cosa últimamente más que pensar en cómo deshacerme de vosotros.

—Mi padre jamás te perdonará que nos hagas daño.

—¿Tu padre…? —Benicio se carcajeó de nuevo con estrépito y la bóveda hizo retumbar un sonido estridente—. Macrón jamás te perdonará, ni a Lucio tampoco. ¿Acaso no sabes que Tiberio ha ordenado a Herodes capturarlo y llevárselo a Roma para cortarle la cabeza como una calabaza? ¿Por qué crees que estoy yo aquí ahora? —inquirió con la risa de una hiena.

—Quieres tomarte la justicia por tu mano…

—¿Qué otra alternativa tengo? Herodes cree que le llevaré a Lucio vivo, pero en realidad lo mataré aquí, muy despacio, para que sufra, y luego haré lo mismo contigo —dijo entre risotadas, con un rictus sádico.

—No lo hagas, Benicio. Seguro que te arrepentirás —imploró ella.

—Arrepentirse ahora sería de cobardes o de imbéciles.

Los seres humanos podían elegir entre ser la gloria o la escoria del planeta; Benicio había optado por ser un desecho. Podía amar y

odiar, ayudar y lastimar a los demás, estrecharles la mano y clavarles un puñal, sentir el dolor ajeno y disfrutar con él… Pero el uso de su libertad le había convertido ahora en esclavo de sus más bajas pasiones. Su desolación había llegado al extremo de alegrarse con las desdichas ajenas.

Flavia se incorporó como un resorte del sillón para arrojarse a sus pies y pedirle clemencia.

—Mátame a mí si quieres, pero deja a Lucio que viva —suplicó entre gemidos.

—¡Oh, qué heroína más romántica! Me conmueve que seas tan dadivosa. Por cierto, ¿le has dicho ya a tu amorcito que perdiste la virginidad conmigo?

—¿Por qué eres tan cruel? Pareces un demonio.

—Tu demonio. ¿Crees que a Lucio no le importará, o tal vez sí?

Lágrimas de dolor rodaron por las mejillas de Flavia; las de él, en cambio, eran de júbilo y entusiasmo.

—Nunca imaginé que pudieses llegar tan lejos —lamentó ella.

—Todavía no me has respondido.

—No mereces que lo haga —repuso despechada.

—Tampoco creo que a Lucio le importase gran cosa, después de visitar tantos lupanares en Roma. A fin de cuentas, eres otra de sus meretrices.

—¡Serás sinvergüenza!

—Ja, ja, ja —se mofó él.

Flavia había reparado ya a esas alturas en el puñal envainado de Benicio ceñido a su túnica, y aguardó la ocasión propicia para arrebatárselo aprovechando que aún conservaba las manos libres. Recurrió así a la única estratagema que le quedaba.

—¿Qué tienes en el cuello? —dijo de repente señalándolo con el índice.

—¿Cómo? —repuso él sorprendido.

—Esa mancha blanca y brillante me recuerda a la mía cuando contraje la lepra.

El rostro de Benicio se encogió de temor, y en un acto reflejo se palpó la garganta.

—No tengo nada —negó aliviado.

—Necesitas un espejo para verla: te digo que es una mancha, y no un grano.

—Déjame comprobarlo… —añadió inquieto.

Al girarse en busca de un espejo, Flavia se abalanzó sobre él para arrebatarle el puñal pero Benicio logró atenazar a tiempo su muñeca con tanta fuerza que la volteó al suelo como a una marioneta de cuerda.

—¡Zorra! —gritó encima de ella—. Mereces que te viole aquí mismo, pero eso te complacería demasiado.

—¡Animal! ¡Apártate de mí! ¡Me haces daño!

—Y mucho más te voy a hacer. Cuando conozcas los detalles de mi plan lamentarás no haberte quedado en Roma —sentenció amenazador.

68

LA ENCERRONA

Palacio de Caifás en Jerusalén, 33 d. C.

Jesús pasó aquella noche en una infecta mazmorra instalada en un sótano lúgubre y mohoso bajo el tribunal, vigilado por dos sayones. Al llegar al cuartucho, sus verdugos le ataron a una columna baja sin dejarle apoyarse en ella, de modo que él se tambaleaba sobre un pie y otro, ambos hinchados y heridos por las caídas y los golpes de la cadena que le llegaba más abajo de la cintura. Abandonado por los suyos y a merced de sus enemigos, siguió sufriendo toda clase de vejámenes y humillaciones durante la madrugada. Nicodemo me lo contó luego con detalle entre lágrimas y lamentos.

Miembro del Sanedrín, como José de Arimatea, Nicodemo era un hombre rico, banquero de oficio, con sucursales en Cesarea Marítima, Alejandría y hasta en Roma.

—Ha sido una gran farsa —me aseguró decepcionado, pues aun siendo fariseo por el modo de pensar y su adscripción política, en su vida privada se relacionaba con los grandes empresarios y banqueros, lo cual le otorgaba una visión más tolerante de la vida. Podía considerársele así un hombre justo con alguna que otra salvedad.

—Jesús es inocente —denuncié yo.

—Lo creo —asintió Nicodemo—. Pero es que además de no estar presentes todos los miembros del Consejo, los veintitrés que allí permanecíamos nos reunimos en el palacio de Caifás, y no en la sala Gizith situada en el recinto oficial del Sanedrín, como establece el reglamento. La sesión nocturna tampoco cumplió los requisitos legales para su validez, pues debía ser ratificada durante el día y en el lugar apropiado.

—Entiendo —dije disgustado—. Por eso organizaron una sesión matinal al día siguiente, ¿no es así?

—Exacto. Déjame explicarte, Lucio, que el Sanedrín no es un tribunal legal como otro romano cualquiera, sino un comité tradicional de seguridad pública cuya existencia nosotros permitimos en su día en aras de la paz. El Sanedrín debe así salvar vidas en lugar de arruinarlas. Nadie puede ser juzgado sin estar presente ni poder defenderse.

—Menos Jesús, claro.

—Por eso se ha violado el reglamento de modo tan flagrante. Solo hubo testigos de la parte fiscal, pero ni uno solo de la defensa, por la sencilla razón de que el tribunal anhelaba desde el principio que la sentencia fuese condenatoria.

—Una encerrona.

—Ni más ni menos. Siempre hemos extremado las precauciones en todas las acusaciones importantes.

—Siempre, salvo ahora.

—Cierto. Para condenar al acusado se exige como mínimo la anuencia de dos testigos; y mientras un veredicto de absolución puede darse de modo inmediato, una sentencia condenatoria solo

puede pronunciarse al día siguiente. De ahí que los juicios importantes no puedan empezar el día anterior al sábado o festivo, ni tampoco una vista criminal deba continuarse de noche. Fíjate si hemos sido escrupulosos con las normas hasta ahora que los votos de los miembros más jóvenes se emiten siempre primero para que no estén condicionados por los de más edad.

—Siempre, tampoco. A Jesús se le ha condenado de antemano.

—Lamentablemente, sí. Caifás forzó al inculpado —añadió Nicodemo sagaz— para comprometerle con su pregunta ante los judíos y los romanos: «¿Es tu silencio una confesión de culpabilidad?», inquirió el sumo sacerdote. Y de pronto, hablando en arameo, la lengua habitual de los tribunales judíos y de la nación, le espetó: «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el *Malka Meshicha* —el Mesías Rey—, el hijo de Dios». Proclamarse rey es un crimen de lesa majestad. Entonces, todos los jueces se levantaron y preguntaron ruidosamente: «¿Eres, pues, el hijo de Dios?». Y él contestó: «Vosotros lo habéis dicho, yo soy».

—Jesús cayó en la trampa porque estaba escrito —advertí—. Había insistido mucho en que él debía padecer por todos nosotros, y ahora se ha entregado como un manso cordero para ser degollado.

—No se trata ya de una cuestión religiosa —puntualizó Nicodemo —, sino de un proceso político. Para la casta sacerdotal, Jesús ya no es judío y por eso le tratan como lo harían con cualquier hombre de otro credo.

Nicodemo me explicó así, escandalizado, que no recordaba un juicio tan injusto en toda la historia de la humanidad como el de Jesús de Nazaret a manos de Anás y de Caifás. Y eso que la Ley de Moisés llegó a ser conocida como el más desarrollado y garante

sistema de jurisprudencia jamás promulgado hasta entonces. Pero los rabinos legalistas añadieron un sinfín de reglas no escritas que perjudicaron gravemente la causa de Jesús. Para empezar, su arresto resultó ser un atropello, pues por imperativo legal debieron comparecer antes dos testigos ante el tribunal para acusarlo de un delito concreto tipificado en las costumbres penales judías. En cualquier caso, los tribunales no podían asumir en modo alguno el papel del fiscal acusador, sino que debían limitarse a investigar los hechos denunciados para comprobar si eran o no constitutivos de delito.

En este sentido, el libro del Deuteronomio era muy claro al establecer que el proceso judicial únicamente podía abrirse cuando las declaraciones de al menos dos testigos fuesen coincidentes, y en tal caso debía formularse el cargo procediéndose solo entonces al arresto del inculpado. Pero como las autoridades judías solo buscaban deshacerse del acusado, eludieron los preceptos legales y lo detuvieron sin más, amparándose en la oscuridad de la noche.

Solo cuando lo apresaron y le hicieron comparecer sucesivamente en los palacios de Anás y de Caifás buscaron a los falsos testigos, pero no hallaron ni tan siquiera a dos de ellos que lo acusaran de modo ecuánime y concordante. Por si fuera poco, la ley exigía que las acusaciones de un delito castigado con la pena capital, como el imputado a Jesús, se dirimiesen de día y no de noche. El propio inculpado sabía además que el interrogatorio de Anás era ilegal y por eso inquirió a este:

—¿Por qué me preguntas a mí sobre lo que he hablado? Preguntádselo a quienes me han escuchado.

Cualquier juez honesto se habría dado por aludido, pero la intención de Anás no era aplicar justicia, sino dejarse llevar por su odio e inquina contra el hombre que había denunciado sus intolerables abusos.

Para colmo, en el libro de los Números se garantizaba el derecho del acusado a ser tratado con todo respeto y a gozar de la debida protección en la audiencia. Pero era indudable que él había sido maltratado de palabra y de obra durante el simulacro de juicio. En casa de Caifás prosiguió la pantomima judicial con testigos falsos que solo pretendían contribuir a dar muerte al infortunado, pero al ver que su ladina táctica no funcionaba, el sumo sacerdote acabó instigándole para que se autoinculpase tras preguntarle si él era el Mesías.

El juicio tampoco se celebró en público, como exigía la ley mosaica, sino a puerta cerrada, en secreto, ni se le permitió a nadie declarar a favor del acusado, como en cualquier proceso imparcial, impidiéndose también al jurado emitir un veredicto oficial.

Nicodemo me refirió por último la tercera fase del proceso de Jesús, tras el interrogatorio efectuado en la casa de Anás y poco después en la de Caifás. Convocado de nuevo el Sanedrín, esta vez se reunió en la sala ordinaria de sesiones situada en el atrio reservado a los israelitas en el ángulo sudoeste del templo. Era una plaza porticada al otro lado del valle de Tiropeón, una especie de barranco escarpado, unida al recinto del templo por un puente de arcadas superpuestas.

Jesús fue conducido a la sala del Gran Consejo casi al amanecer. Urgía expedir el proceso político para abordar cuanto antes la fase civil ante el procurador romano. Una vez frente el tribunal, sus acusadores insistieron:

—Si tú eres el Mesías, dínoslo.

A lo que él respondió:

—Si os lo digo, no me vais a creer; y si os hago preguntas, no me vais a contestar. Pero, de ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de Dios Todopoderoso.

—¿Entonces tú eres el hijo de Dios? —insistieron.

—Vosotros lo decís: yo soy.

Con razón, alegaron los sumos sacerdotes y letrados:

—¿Qué falta hacen ya más testigos?

A primera vista, podía parecer que en esta sesión matutina se repetía el proceso celebrado por la noche en casa de Caifás, pero existían diferencias importantes. Nicodemo me señaló tal vez la más crucial de todas: ahora no había ya necesidad de testigos que pudieran contradecirse o no aportar nada significativo para condenar a Jesús. Y este, sabiendo que había llegado la hora suprema de su sentencia por el más alto tribunal de Israel, no dudó en reconocer su condición divina.

Caifás ordenó entonces a los sayones atar de nuevo al acusado para conducirle ante Pilato, enroscándole alrededor del cuello la cadena de los sentenciados a muerte. Poco antes, el sumo sacerdote había enviado ya un mensajero a Pilato para que estuviese listo y juzgase a un criminal a primera hora, pues tenía prisa a causa de la proximidad de la fiesta del sábado. Caifás sabía que el Sanedrín no podía condenar a muerte a nadie y para dar apariencia de legalidad

debía ser el prefecto romano quien sentenciara a Jesús por crímenes contra el emperador.

La comitiva se puso así en marcha hacia la Prefectura con los sumos sacerdotes y miembros del Consejo en cabeza, seguidos por el reo, rodeado de cuatro sayones, y la chusma cerrándola. Desde Sion bajaron al palacio de Pilato, en la Torre Antonia. Todavía resonaban en los oídos de muchos testigos las terribles vejaciones y desprecios al inculpado:

—¿Cómo te atreves a presentarte tan sucio y asqueroso ante este Alto Tribunal? ¿No presumías tú de purificar a los demás? Pues ahora vamos a hacerlo nosotros contigo.

Tomaron entonces un bacín lleno de turbias y sucias aguas de letrina, en cuyo interior había un trapo nauseabundo, y sin dejar de insultarle ni de sacarle la lengua o enseñarle el trasero, le frotaron la cara con aquella pringosa bayeta como si se la fregasen.

—¡Aquí tienes el costoso ungüento! —gritaron burlones—. Trescientos denarios de agua de nardo, ja, ja, ja —rieron.

Qué lejana parecía ahora la tierna escena en la que María había lavado los pies al Nazareno.

69

LA ESPUELA DEL INFIERNO

Valle de la Gehena, 33 d. C.

Fue Pedro quien me contó que poco después de apresar a Jesús en el huerto de los Olivos y de confinarlo en la mazmorra del palacio de Caifás, Judas Iscariote caminó sin rumbo, desesperado, por la abrupta ladera meridional de Jerusalén, en el valle del Hinom, donde se acumulaban carroñas, huesos y desperdicios.

Llegado a los alrededores del tribunal del sumo sacerdote, Judas vagó por allí como un espectro. Todavía llevaba colgado a un lado del cinturón, bajo el manto, el manojo de monedas de plata engarzadas unas con otras en pago por su traición. Aquel haz era para él como una espuela del infierno, y lo agarró con firmeza en la mano para que al caminar deprisa no le repiqueteara en el costado. Apretó así el paso como un insensato hasta el templo, adonde los senadores y algunos miembros del Consejo se habían acercado, tras la sentencia condenatoria del Nazareno, para presidir a los sacerdotes que oficiaban aquel día. Al verle llegar, todos ellos intercambiaron algunas expresiones de asombro y fijaron a continuación sus miradas en él con sonrisas y gestos de orgullo, desdén y sarcasmo.

Judas salió a su encuentro con el corazón contrito y desesperado, se arrancó del cinturón el manojo de piezas de plata y, suspendiéndolo de su mano derecha ante ellos, les dijo con violenta angustia:

—Tomad vuestro dinero con el que me habéis seducido para entregaros al Justo. Recobradlo y soltadle. Rompo el pacto porque he pecado gravemente al ofreceros sangre inocente.

Los sacerdotes descargaron contra él todo su desprecio. Se cumplió así la profecía de Jeremías sobre la venida del Reino de Dios. Judas, presa ahora de la desesperanza, se retiró desolado al campo para ahorcarse con su cinturón, colgándose de un árbol de tres troncos plantado en una hondonada. Sus vísceras se desparramaron por la tierra, pues al suspenderse de una de las ramas, esta se partió en dos por su peso y el cuerpo inerte del traidor se precipitó al suelo.

Nos encontrábamos todos sobrecogidos por el desenlace de este hombre desventurado como ante un espantoso abismo, como ante una noche tenebrosa. Pero al mismo tiempo yo, Lucio Fedro, pensaba que nadie ecuánime y honesto con la verdad podía asegurar que Judas fuese ya un ser depravado cuando Jesús le llamó para formar parte de su Colegio Apostólico.

El propio Maestro se había mostrado ya muy claro al respecto, asegurándonos a todos: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros».

Pero era imposible no formularse la gran pregunta: ¿cómo pudo él escoger a Judas y confiarle la misión desde el principio? Se trataba

de un misterio insondable, sobre todo a raíz del juicio tan severo que luego vertió sobre él cuando exclamó: «¡Ay de la persona que entregue al Hijo del hombre! Más le valdría no haber nacido».

Nadie dudaba de que entre Jesús y Judas se abría un abismo de luz o de tinieblas, de cielo o de infierno, de amanecer o de ocaso. Pero solo Dios era capaz de convertir la oscuridad más tenebrosa y triste en un resplandor de esperanza y alborozo por su infinita misericordia. Eso ya lo sabía yo muy bien por propia experiencia.

70

LA HOJA DE PAPIRO

Casa de José Barsabás, 33 d. C.

—¡Madre de Dios! Toda Jerusalén sabe ya que han condenado a muerte al Maestro —rugió José Barsabás al verme llegar a su casa.

Sus ojeras violáceas, parecidas a las mías, delataban sus muchas horas de vigilia; y los cercos de las cuencas se veían todavía húmedos de tantas lágrimas como habían derramado sus ojos.

—Ha sido muy duro, José, muy duro —repetí, asintiendo con la cabeza—. Temí no aguantar más tiempo sin abalanzarme sobre aquellas fieras que se mofaban de él, pero recordé al final la promesa que le hice a Flavia.

—De Flavia queríamos hablarte —añadió José con disgusto.

—¿Qué ocurre? —dije presagiando lo peor.

—Sígueme… —me indicó—. Andrés y mi madre nos aguardan en el salón.

Al verme, ambos se acercaron para abrazarme.

—Verás, Lucio —dijo Andrés tragando saliva—, hace tan solo una hora encontramos esta hoja de papiro prendida en la puerta de entrada. Va dirigida a ti —agregó tendiéndomela.

La nota decía así:

> Te espero junto a la puerta de los Jardines a la hora secunda si quieres volver a ver a Flavia con vida.

No me hizo falta comprobar la firma para saber quién la había escrito.

—Será bellaco… —susurré apretando los puños—. Querrá vérselas conmigo. ¡Pues le daré su merecido! —grité desafiante.

—Calma, Lucio —me contuvo Andrés.

—¿Calma…? ¿Me pides calma tú, que saliste corriendo cuando prendían al Maestro? No confundas al león con la gallina.

Sentí remordimiento tras pronunciar estas palabras.

—Lo siento, Andrés —me disculpé enseguida.

—Tienes razón: soy un cobarde. Pero no quiero que tú cometas ahora una torpeza de la que puedas lamentarte el resto de tu vida.

—Si te refieres a matar a Benicio no lo haré, salvo que sea en defensa propia.

—Pero él te pondrá a prueba con Flavia —advirtió José—. Y tú intentarás matarlo para que no acabe con ella ni contigo.

De pronto, me encontré con dos frentes abiertos. Flavia estaba en peligro y debía salvarla, era mi deber. Por otro lado, Jesús iba a ser condenado a muerte por crucifixión. Pensé en mi entrenamiento como centurión al servicio de Roma. Me sentía capaz de manejar y solucionar ambas situaciones.

—En eso tienes razón —asentí—. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer sino acudir a la cita?

—No vayas solo.

—¿Me acompañarás tú?

—Iremos los dos contigo, ¿no, Andrés? —afirmó José.

—Claro —concluyó él.

—No permitiré que ese energúmeno os haga daño. ¿Pensáis que por blandir espadas de madera, cuando erais niños, estáis preparados para defenderos ahora de ese habilidoso guerrero?

—Pero será más fácil que entre los tres reduzcamos a uno solo, ¿no crees? —planteó José.

—¿Tan seguro estás de que no habrá nadie más con él? —quiso saber Andrés.

—Tratándose de un asunto personal…, es casi seguro que así sea. El resto permaneced aquí por si el Maestro os necesita —ordené.

—Puede que sí acuda solo, o puede que no —advirtió José—. Aunque es probable que estés en lo cierto, si consideramos que la puerta de los Jardines es un lugar ideal para batirse en duelo: se halla fuera de los muros de la ciudad, en campo abierto y rodeada de parcelas cultivadas. En cualquier caso deberías saber algo, Lucio…

—¿Qué?

—La tunda de palos que le dio el tal Benicio al pobre Cusa —repuso José todavía afectado.

—¿Cusa…?

—El intendente de Herodes, a cuyo hijo curó el Maestro.

—¡Menudo canalla! —estallé de rabia.

—Desde entonces el pobre anda renqueante —lamentó Andrés—. Herodes le ordenó darle un escarmiento para que no pregonase más el milagro de la curación de su hijo, que tantos adeptos había sumado a nuestra causa.

—Ten cuidado, hijo —suspiró Claudia, quien me previno con su instinto maternal, llevándose la mano reseca y nudosa a su cabello

gris acerado recogido en trenzas—. Ese hombre es muy malo y quiere haceros daño a Flavia y a ti.

—No te preocupes, Claudia, seré precavido.

—Contad con nuestras oraciones —añadió ella con una sonrisa, que tensó su resquebrajada piel como la nervadura de una hoja.

—Falta nos hacen —sonreí yo también.

Tenía que llegar hasta la puerta de los Jardines antes del amanecer. Estaba dispuesto a todo con tal de salvar a Flavia, menos a matar a otro hombre, a no ser que fuese en legítima defensa, porque había jurado no volver a hacerlo.

71

Muñeco de feria

Prefectura de Jerusalén, 33 d. C.

La extensa cadena de gruesos eslabones de hierro pendía desde el cuello hasta las rodillas y golpeaba las rótulas de Jesús por la inercia de sus pasos, provocándole un dolor indescriptible. Su rostro estaba desfigurado por los terribles maltratos sufridos durante la noche interminable en el calabozo del palacio de Caifás.

Era un cuadro desolador: el Nazareno trastabillaba con el pelo y la barba desgreñada, y la cara hinchada y cárdena por los golpes. Lo arrastraban al amanecer hacia el palacio de Pilato entre burlas y escarnios. La gentuza se mofaba de la comitiva, comparándola con su entrada regia en Jerusalén montado en la borrica. Le llamaban con toda clase de nombres grotescos de reyes y proferían improperios mientras lanzaban piedras delante de él junto con palos, tarugos y trapos sucios para remedar aquel recibimiento solemne, acompañándolo con cánticos burlescos y exclamaciones. Los esbirros daban tirones a las cuerdas para hacerle tropezar con los obstáculos; todo el camino era así un continuo maltrato con aquel muñeco de feria.

De madrugada, el cortejo de los sumos sacerdotes y fariseos llegó con el reo al palacio de Pilato. El gobernador ya los estaba esperando en el balcón de la terraza, repantingado en una especie de diván con oficiales y soldados a su alrededor. Los secuaces arrastraron a la víctima hasta el pie de la escalera que conducía hacia el prefecto, pero los príncipes de los sacerdotes y los judíos se mantuvieron a cierta distancia porque, según la ley mosaica, su cercanía a la autoridad romana les volvía impuros.

El gobernador de Judea salió fuera para preguntarle a Caifás:

—¿De qué acusáis a este hombre?

—De malhechor —denunció el sumo sacerdote.

—Lleváoslo entonces y juzgadlo según vuestra ley —replicó el prefecto.

—Sabes muy bien que no tenemos permiso para matar a nadie.

Caifás era un viejo zorro que no quiso repetir ahora, ante Pilato, las acusaciones de índole religiosa por las que el Sanedrín acababa de condenar a muerte a Jesús. La autoridad romana solía dejar tales asuntos al discernimiento de la justicia judía. Por eso convirtió la acusación religiosa en otra de naturaleza política, la cual sí haría mella en el prefecto por ser de su competencia.

—Hemos comprobado —advirtió el sumo sacerdote— que este hombre anda amotinando a nuestra nación y oponiéndose a que se paguen tributos al César diciendo que él es el único Mesías y rey.

Al oír aquello, Pilato entró de nuevo en el Pretorio, se dirigió a Jesús y le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

—¿Piensas tú eso o te lo han dicho otros? —repuso el acusado.

—¿Acaso soy yo judío? —inquirió el prefecto—. Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

—Mi reino no es de este mundo —contestó—. Si lo fuese, mis soldados habrían luchado para que yo no cayese en manos de los judíos, pero mi reino no es de este mundo.

—Entonces ¿tú eres rey?

—Tú lo has dicho. Yo he nacido para esto y he venido al mundo a dar testimonio de la Verdad. Todo el que la defiende me escucha.

—¿Y qué es la verdad…?

Parecía no existir en principio animosidad alguna por parte de Pilato. La acusación de sedición y de arrogarse la realeza tampoco le preocupó. Era evidente que conocía las actividades de Jesús gracias al espionaje de Marco Greco y ahora de su sucesor Casio. El prefecto no observó en la acusación de Caifás ni un solo signo de rebelión política; tampoco el menor indicio de que el inculpado fuese un cabecilla o agitador peligroso para los intereses del César. De modo que salió otra vez al Pretorio para dar su veredicto a los príncipes de los sacerdotes y a la turba de gente que los arropaba.

—No hallo culpa en este hombre —aseguró.

Los enemigos de Jesús se irritaron y presentaron un torrente de nuevas acusaciones sin fundamento alguno, guiados solo por su odio e inquina contra él. Entre tanto, el reo permanecía de pie y en silencio orando por aquellas pobres criaturas que le increpaban.

—¿No respondes a sus acusaciones? —cuestionó Pilato.

El imputado enmudeció. Admirado por su silencio, el prefecto llegó a pensar que las denuncias eran falsas, pero ellos insistieron con sus diatribas, gritando:

—¡Agita al pueblo con sus sermones por toda Judea, empezando por Galilea!

—¿Habéis dicho Galilea? —preguntó él enarcando sus pobladas cejas.

—Sí, este hombre es galileo —aseguraron ellos.

—Entonces es súbdito de Herodes —manifestó.

—Así es. Sus padres vivían en Nazaret y él ahora reside en Cafarnaúm.

—Pues si es galileo y súbdito de Herodes, llevádselo entonces a él para que lo juzgue aprovechando que está ahora en Jerusalén con motivo de la fiesta.

Pilato vio así la oportunidad de salir del atolladero, endosándole a su enemigo Herodes un caso tan arduo y molesto. Renunció a su jurisdicción sin pesares, mientras los enemigos de Jesús llevaban su cólera hasta el paroxismo, enojados con el prefecto por dejarles en evidencia delante del pueblo al rechazarlos. Como eran tan cobardes y mentirosos, se cebaron con la víctima más débil e inocente. Los sayones rodearon a Jesús otra vez y, blasfemando con renovada rabia, le ataron de nuevo para arrastrarle con la cadena a golpes y empellones hacia el palacio de Herodes. Cruzaron el foro repleto de gente y siguieron por una calle empinada que desembocaba en la residencia del tetrarca no muy lejos de allí.

72

LA PANTOMIMA

Palacio de Herodes, 33 d. C.

Herodes aguardaba la llegada de Jesús sentado en un trono alto con almohadones rellenos de plumas de cisne y pétalos de rosa bordados con escenas mitológicas, y un escabel para apoyar los pies. Las patas de madera de esta lujosa cátedra habían sido talladas con primor, al modo etrusco, incrustando en ellas adornos vegetales cincelados con finos cristales y piedras preciosas. El mensajero de Pilato había llegado a su palacio antes que la comitiva encabezada por Caifás.

Los sacerdotes y escribas accedieron al salón por la columnata y se colocaron a ambos lados, dejando al reo de pie en el centro. En lugar de indignarse con Pilato por desentenderse del galileo, el tetrarca se sentía halagado porque hubiese expresado ante los sacerdotes y doctores su derecho a juzgarlo.

Rodeado de una corte licenciosa y estragada, también se recreaba al ver en un estado lastimoso y humillante al hombre que le había despreciado por asesinar a Juan el Bautista o por esquilmar a los más pobres y necesitados. Tampoco le gustaba que se hubiese referido a él como «un zorro» en sus predicaciones por toda la

región. Sentía a la vez gran curiosidad por interrogar al hacedor de milagros, pero su aspecto físico, con el pelo desgreñado, el rostro cubierto de sangre y excrementos, y la túnica mugrienta y maloliente, suscitaron en él una mezcla de compasión y de repugnancia.

—¡Puaj! Llevadlo fuera y lavadle —ordenó—. ¿Cómo osáis traerme a un hombre tan sucio y asqueroso como este?

Herodes aprovechó, entre tanto, para regañar a Caifás y los suyos, alineado con Pilato, por haberse ensañado con el reo de aquel modo tan brutal.

Los criados condujeron al acusado hasta el vestíbulo y le frotaron allí de mala gana el rostro con un estropajo, mojándolo antes en una palangana con agua y un compuesto de sosa sin reparar en el tremendo escozor de sus heridas sanguinolentas.

Una vez aseado, lo condujeron de nuevo ante la presencia del tetrarca, quien procedió con su particular interrogatorio, movido más por la curiosidad que por su sed de justicia.

—Lamento que hayan sido tan desconsiderados contigo, acusándote de cargos muy graves. Ahora Pilato te envía para que yo te juzgue. Pero dime: ¿qué tienes que decir tú ante todo eso?

—…

—Me han referido tu gran sabiduría para hablar y enseñar, y quisiera ahora oírte responder a tus acusadores.

—…

—¿Es cierto que eres el Rey de los judíos?

—…

Molesto por el mutismo del interrogado, Herodes bajó de su sitial y empezó a dar vueltas en torno suyo mientras escuchaba las acusaciones de los fariseos y escribas. Sonrió y le hizo burlas, hasta fingir una piedad y un respeto que tampoco turbaron a la víctima.

—Eres grande —dijo adulador—. No tengo la menor duda de ello. Te he seguido de cerca y me he alegrado de que Cusa, mi fiel intendente, sea amigo tuyo.

El muy cínico calló que había ordenado a Benicio azotar al funcionario para que no contase a las gentes la curación milagrosa de su hijo desahuciado por los médicos, a manos del mismo hombre que ahora comparecía ante él. Y siguió comportándose igual de zalamero que antes:

—Sentía un deseo irrefrenable de decirte en persona que eres grande, créeme, y de pedirte perdón. ¿Sabes, Jesús de Nazaret? La mirada de Juan me asalta cada noche, entre sueños. Oigo su voz acusadora: «¿Por qué me cortaste la cabeza? Contesta. ¿Por qué…?». Tú eres el santo que borra los pecados del mundo. Te suplico por eso, oh Jesús, que me absuelvas ahora a mí también.

Pero el acusado seguía sin despegar los labios. Aun así, Herodes prosiguió:

—He oído que has hecho grandes milagros, ¿por qué no haces ahora uno conmigo?

—…

—¿Acaso te han cortado la lengua?

—…

—¡Te conjuro a que hagas un milagro!

—…

El tetrarca siguió parloteando consigo mismo un buen rato sin recibir respuesta de Jesús. La razón de aquel persistente sigilo era que el Galileo le consideraba un proscrito por su casamiento adúltero con Herodías y el asesinato impune de Juan el Bautista. Su actitud no era la misma ante el tetrarca que ante Pilato, pues no reconocía la autoridad del tirano y lo desdeñaba con su silencio. Era el único de sus jueces a quien trataba con desprecio. Habló a Caifás, a su suegro Anás, hasta a los criados que le abofetearon. Habló a Pilato. Pero solo ante Herodes callaba ahora. Nada, ni una palabra, pese a las múltiples preguntas y la persistencia de sus interrogatorios. Callaba y miraba al suelo, mientras su interrogador seguía disimulando indiferencia.

—¿Estás loco? ¿Ya no tienes poder para perdonar? ¿Satanás te impide hablar?

Trajeron un galgo con una pata rota que aullaba lastimero, y poco después a un pobre hombre hidrocéfalo y deforme convertido en juguete de los criados. Al verlos, los escribas y fariseos se marcharon de allí gritando: «¡Sacrilegio!».

—Es la mascota preferida de Herodías —dijo Herodes con una sonrisa perversa—. Ayer se rompió una pata y ella llora. Cúralo tú, Galileo.

Tampoco halló respuesta esta vez, pero él insistió:

—¿Por qué no te apiadas entonces de este desgraciado con la cabeza deforme y le sanas? Dale la inteligencia —añadió desternillado de risa.

Los servidores llevaron ánforas y copas para celebrar un ágape amenizado por bailarinas casi desnudas, con una sola franja de lino multicolor ceñida desde la cintura a los muslos. Eran africanas de

cuerpos atractivos y estilizados que empezaron a danzar alrededor del reo, silenciosas y lascivas.

—Toma la que quieras —dijo Herodes para tentarle—. ¡Vive como te apetezca! ¡Aprovéchate! ¡No seas tonto!

El encartado parecía una estatua inerte y callada. Cerró los ojos y ni siquiera tembló cuando las impúdicas bailarinas le rozaron la piel con sus cuerpos semidesnudos.

Pese a estar cada vez más irritado, Herodes se negó a condenarle por el secreto terror que le infundía y la profunda inquietud que sentía ante el crimen de Juan, y también porque detestaba a los sumos sacerdotes que le habían excluido de los sacrificios en el templo a causa de su adulterio. Pero, con todo y con eso, al final se hartó:

—¡Sacadlo de aquí ahora mismo y rendid honores a este rey de pacotilla, loco de remate!

Los criados obedecieron empujándolo hacia el patio, donde uno de ellos trajo un gran saco blanco y, tras agujerear el fondo con una espada, se lo echó por la cabeza a Jesús en medio de las más estruendosas risotadas; simulaba una túnica blanca, el color real de los judíos. Otro sirviente llevó un trapo colorado y se lo puso al cuello como distintivo de mando. El saco formaba pliegues en los pies y quien lo llevaba se convirtió en el hazmerreír de los presentes, inclinados ante él para empujarle de un lado a otro, injuriarle y colmarle de salivazos. Le rendían mil homenajes, arrojándole boñigas y zarandeándole como si quisiesen bailar con él, hasta forzarle a caer al suelo tras tropezar con el largo manto.

Jesús los miraba compasivo, gemía y suspiraba de dolor, pero ellos se mofaban de sus lamentos distorsionando las voces y lanzando

sonidos guturales mientras estallaban en risas con cada maltrato. Llegaron a congregarse decenas de hombres armados y cortesanos de Herodes, procedentes de distintas comarcas, cada uno de los cuales deseaba exhibirse ante el tetrarca y sus paisanos asestando a la víctima su propio cachiporrazo en la cabeza.

A los sacerdotes les apremiaba el tiempo, ya que pronto deberían estar en el templo para encargarse de los oficios. Así que rogaron una vez más a Herodes que sentenciase a muerte a Jesús, pero el tetrarca no olvidaba que Pilato lo había declarado inocente y por eso decidió devolvérselo vestido de reyezuelo.

73

Cruces y tumbas

Puerta de los Jardines, 33 d. C.

Benicio amarró a Flavia a un poste vertical de madera de ciprés, sirviéndose de sólidas maromas fabricadas con fibras de palmas datileras.

En cuanto llegó a la puerta de los Jardines con ella aún adormecida a lomos del blanco corcel de Herodes, Benicio exploró las inmediaciones donde habían muerto crucificados incontables reos desde hacía siglos. El lugar era una antigua cantera de piedra, convertida ahora en zona verde, con una extensa área sepulcral donde se hacinaban amontonados maderos verticales y transversales en forma de cruz extraídos de árboles, la mayoría de ellos carbonizados en extintas piras: boj, pino, ciprés, olivo y, en algún caso excepcional, cedro.

Un lugar lúgubre y apartado, donde solo se percibía el crascitar de los cuervos.

Benicio había convertido los preparativos de su diabólico plan en un ritual pagano dedicado a Némesis, la diosa griega de la venganza que castigaba a los amantes infelices por el perjurio o la infidelidad.

—Estate ya quietecita —dijo chascando la lengua.

—¿Qué te propones? —gritó Flavia oponiendo resistencia.

—Hacerte sufrir, ya lo sabes.

—Eres un monstruo.

—¡Oh, dama de honor! Gracias a ti.

—¿Y Lucio…?

—Vendrá a verte aquí, tranquila —dijo con hilaridad.

—Como le hagas daño…

—¡Uy, qué miedo!

—¿Por qué me atas?

—¿Tú qué crees? ¿Te gustan las adivinanzas?

—No digas sandeces.

—Lucio y yo jugaremos a otra cosa.

—¿A qué?

—A soldaditos. ¿Ves cómo amo los acertijos?

—Le has preparado una trampa, malvado.

—¿Tramposo yo? Querrás decir vosotros. Yo doy siempre la cara. —Simuló sentirse ofendido.

—¿Por eso me atas al poste?

—Para que no te pierdas el espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

—El duelo a muerte entre Lucio y yo.

—¡Por Dios santo! ¡Qué estás diciendo!

—Si él no es capaz de aniquilarme antes, tú morirás abrasada y asfixiada por el humo; o simplemente por el tormento y el terror que todo ello te provocará.

—¿Cómo eres tan perverso?

—Podría haberlo sido mucho más, pero por deferencia hacia ti he escogido este suplicio más refinado que la fustigación, la

decapitación o la amputación de miembros con que se castiga a los traidores como vosotros. Tampoco olvides que a los desertores se les cortan las piernas y las rodillas, o los nervios de los dedos de una mano.

—¡Qué horror!

—Pero yo he preferido quemarte a ti viva porque me resulta mucho más romántico —añadió haciendo otro gesto indecoroso con la punta de la lengua.

—Has perdido el juicio.

—¿Otra vez igual? ¿Y si yo te dijera que pensé al principio en castigarte con la *poena cullei*, introduciéndote en un saco con serpientes venenosas que, una vez cosido, pensaba arrojar al mar?

—¡Eres un demonio!

—Pero al final me decanté por el rito de la incineración, inspirado en los sacrificios de los antiguos druidas con sus prisioneros de guerra, a quienes introducían en grandes estatuas de mimbre para prenderles fuego. Al fin y al cabo, Flavia, siempre te quedará el consuelo de servir a tu Dios en la hoguera, como una auténtica mártir.

Benicio acabó de anudar con firmeza la soga y permaneció de pie frente a Flavia, sentada en la tierra a veces humosa.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo obsequioso.

—¿Matarnos…?

—Tal vez Lucio me mate a mí primero, aunque no creo que lo consiga porque lleva ya demasiado tiempo sin empuñar una espada.

—No lo hagas.

—Sería injusto no darle esa oportunidad.

—Pero él vendrá desarmado.

—¿Estás segura?

—Ha jurado fidelidad al quinto mandamiento —aseguró Flavia—. No te matará, él es ahora piadoso, como Jesús nos ha enseñado.

—Pues si no me mata, moriréis entonces vosotros.

—¡Benicio!

—¿Qué quieres, ninfa mía escapada del Olimpo?

—¡Te lo imploro! ¡Déjalo ya!

—¡Ah, qué inmenso placer es verte sufrir! Tus llantos son melodías que deleitan mis oídos.

—¡Sádico! ¡Y pensar que iba a casarme contigo…!

—Así nunca te arrepentirás de no haberlo hecho.

Flavia empezó a susurrar algo inaudible.

—¿Qué diablos murmuras? —inquirió él molesto.

—Rezo.

—Vaya, había olvidado que te habías vuelto tan… religiosa. ¿Rezas a los muertos? Aquí hay un montón de ellos —dijo soltando una macabra risotada.

—No rezo por ellos.

—¿Entonces?

—Rezo por ti.

—¿Por mí…? Ya te dije que no lo hicieras —advirtió irascible.

—Escuché decir a Jesús, durante el Sermón de la Montaña: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen».

—¿Por qué no invocas mejor a los dioses?

—Los primeros siempre me han fallado, pero Jesús jamás.

—Pues yo creo más en los vampiros devoradores de difuntos, o en las hechiceras que vuelan por los aires, que en ese Galileo embaucador.

Una bandada de buitres sobrevoló el lugar donde estaban, emitiendo sonoros gruñidos similares a los de cerdos hambrientos.

Benicio aprovechó entonces para deslizar otro comentario espectral.

—Pronto vendrán también a por vosotros —dijo con voz cavernosa, refiriéndose a las aves—. Cualquier augur capaz de interpretar las premoniciones de la naturaleza vería en su vuelo triunfal la señal inequívoca de que muy pronto seréis también vosotros pasto de esas aves carroñeras.

—¡Por Dios bendito! ¡Qué desagradable eres! Y cuando nos mates, ¿qué harás?

—Aún no lo sé.

—¿Tendrá ya sentido tu vida?

—¿Acaso piensas que voy a suicidarme? ¿Por vosotros, por unos traidores? —se burló Benicio.

—No he dicho eso.

—¿Entonces?

—La sed de venganza, una vez colmada, conduce a la autodestrucción.

—Te equivocas: para un soldado como yo, el cumplimiento del deber está por encima de la propia vida. Por cierto, si Lucio viene desarmado no tendrá ningún problema.

Benicio se dirigió hacia el corcel y regresó poco después con dos espadas, dos dagas y dos escudos.

—Creo que con este pequeño arsenal nos apañaremos Lucio y yo, ¿no crees? —sonrió malicioso.

74

LA ESCABECHINA

Palacio de Pilato, 33 d. C.

El largo ropón burlesco impedía a Jesús caminar con normalidad, haciéndole resbalar en el lodo y precipitarse a veces en los charcos embarrados de la ciudad. Sus sayones le erguían enseguida tirando con fuerza de las cuerdas, como una garrucha de un peso muerto, propinándole patadas y golpes indiscriminados por todo el cuerpo.

A las ocho de la mañana, la comitiva llegó de nuevo al palacio de Pilato atravesando el foro, y los esbirros se esforzaron en hacerle subir las escaleras hasta el balcón elevado, como a un animal de presa. El prefecto reposaba en un sofá con una mesita delante, rodeado de oficiales a las órdenes directas del centurión Casio. Pilato se incorporó y salió a la terraza para dirigirse a los acusadores:

—Me habéis traído a este hombre alegando que alborotaba al pueblo. Pues bien, yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado culpa alguna en él. Herodes tampoco, porque me lo ha devuelto. Ya veis que no ha cometido ningún delito que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.

El «escarmiento» consistía en flagelarlo, igual que hicieron conmigo.

Antes de someterle al suplicio, las lesiones eran ya bien visibles tras los golpes recibidos desde que compareció por primera vez ante el Sanedrín e incluso antes, cuando lo prendieron en el huerto de los Olivos.

Andrés llegó a contar, uno tras otro, los cuarenta golpes recibidos con el *flagrum taxilatum* que, al ser en su caso un látigo de triple cola, dejó ciento veinte señales repartidas por todo su cuerpo. Era inconcebible que un ser humano pudiese aguantar una paliza tan brutal con el tremendo escozor que yo había experimentado, semejante a la picadura de legiones enteras de alacranes.

Su cuerpo desnudo, atado de manos a una columna baja, fue golpeado sin la menor compasión con la más temida y cruel de las fustas durante cuarenta y cinco minutos ininterrumpidos, a manos de varios soldados elegidos entre los más fuertes, belicosos, crueles y sádicos de toda la tropa legionaria. Andrés se tapó la cara, espantado, cuando me lo contó. La responsabilidad por haberle abandonado en el huerto de Getsemaní apesadumbraba su alma.

El trabajo de estos lictores empleando toda su energía en cada latigazo resultaba extenuante, de modo que eran sustituidos cuando sus golpes perdían ya eficacia. La pareja de lictores le golpeó con saña. Y lo hizo con una furia extrema, propinando a la víctima un latigazo tras otro, en lugar de hacerlo de modo simultáneo, sin permitirle así la posibilidad de recuperarse.

La sola alusión a la flagelación causaba ya pavor en toda Roma por la crueldad y el dolor que infligía en el cuerpo desnudo y expuesto de la víctima. Ciento veinte señales se repartían ahora por el tronco de Jesús, su abdomen, los genitales, las piernas, los hombros, la espalda y los glúteos. Aquel suplicio era, a todas luces,

incomparable con cualquier otro. Él estaba libre de culpa y pagaba sin embargo con intereses desmedidos la deuda contraída por cada ser humano. El colmo de la aflicción fue ver derrumbarse a la víctima junto a la columna. La mujer de Pilato envió a la madre de Jesús un paquete con telas grandes. María de Nazaret vio a los sayones llevarse a su hijo despedazado y maltrecho. Con la piel desgarrada y los músculos desbaratados, era un montón informe de carne tumefacta que mantenía firme su voluntad de salvar a la humanidad. Se limpió los ojos llenos de sangre para poder ver a su madre, mientras esta alzaba las manos intentando tocarle y seguía con la vista las rojizas huellas de sus pies. Acompañada por María de Magdala, la Virgen se acercó al lugar de la flagelación, y ocultas ambas por las demás mujeres se arrodillaron en el suelo junto a la columna para secar con aquellos paños blancos hasta la última gota de la preciosa sangre de la víctima inmolada. No contentos con eso, los soldados del gobernador condujeron al reo al Pretorio y reuniendo en torno a él a toda la cohorte, le despojaron de sus vestiduras colocándole encima una clámide de púrpura. Luego tejieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y en la mano derecha una caña a modo de báculo. Doblaron entonces ante él la rodilla y se burlaron, diciéndole: «¡Salve, rey de los judíos!». Y escupiéndole, tomaron la vara y le hirieron con ella en la cabeza.

Al condenado le coronaron o más bien le encajaron en el cuero cabelludo un casquete de espinas. Nunca antes habían colocado a un crucificado un bonete o casco de púas, como a él. Las extensas y afiladas espinas traspasaron y laceraron la piel, penetrando cual púas de puercoespín una y otra vez como si la corona, tras encajarla en la cabeza, siguiera oprimiendo las sienes con toda su fuerza.

La sangre brotada de la corona de espinas empapó los cabellos y los apelmazó a ambos lados del rostro.

Con la vana esperanza de ablandar el corazón inhumano de sus acusadores, Pilato había ordenado flagelar a Jesús y colocarle luego la corona de espinas, sometiendo a escarnios al pretendido rey. Azotado y revestido con el manto púrpura y la caña en la mano, el gobernador lo presentó al pueblo asomado con él a la terraza:

—Mirad, os lo he traído de nuevo para que veáis que no hallo culpa alguna en el acusado. —Y añadió—: *Ecce homo*. He aquí el hombre.

Estaba irreconocible, con los ojos cubiertos de sangre que corría hasta su boca humedeciendo la barba. El cuerpo, repleto de llagas y verdugones, parecía un trapo empapado en sangre. Iba encorvado y se tambaleaba; y su manto era tan corto que debía inclinarse para tapar sus vergüenzas.

75

¡PRIETAS LAS FILAS!

Puerta de los Jardines, 33 d. C.

Llegué a la puerta de los Jardines poco después del amanecer. El paisaje era inhóspito y desolador. Ningún judío ortodoxo pasaría allí ni un segundo más de su vida tras sepultar o visitar a sus muertos en las tumbas que la ley prohibía situar en medio de los caminos públicos, en los cursos fluviales o donde pastaban las ovejas y las cabras.

Los túmulos instalados en los campos o en terreno abierto, como en el que me encontraba yo ahora, estaban señalados con finos pilares en memoria de los difuntos. Había también al fondo, en la falda de la montaña, monumentos funerarios tallados en la roca. Se mascaba allí el hedor de la muerte.

Distinguí a Flavia a lo lejos, amarrada a un poste bajo, y a Benicio de pie junto a ella mirándome con gesto de satisfacción.

—¡Suéltala, bribón! —grité acercándome a ellos.

—Antes deberás luchar contra mí y vencerme —advirtió él.

—¿Y si me niego? —pregunté estando ya a su altura y encarándome con él.

—Entonces tu princesita arderá en honor a la diosa Vesta, y yo me encargaré, como una de tantas vestales, de que el fuego jamás se extinga.

Sus muecas y visajes constituían un indicio inequívoco de su extravío mental, o tal vez de algo aún peor. Parecía desesperado, como si ya no creyera en nada; la adversidad había transformado su dolor en risotadas histriónicas, sin importarle que hubiese dos cadáveres más en el mundo.

—¡Quítale a Flavia la mordaza ahora mismo! —ordené.

—Déjala que interiorice sus penas y sufrimientos.

—¿Has perdido el juicio?

—Eso mismo piensa ella —rio.

—No quiero hacerte daño.

—¡Vaya con Hércules! Supongo que recordarás aún cómo luchábamos en Germania.

—A espadazo limpio.

—Pues así vamos a combatir tú y yo ahora.

—He dicho que no quiero lastimarte.

Benicio soltó una risotada inquietante. Tenía la mirada perdida de quien lo ha visto todo y no ha visto nada. Estaba mucho más delgado, consumido sin duda por el odio que le reclamaba cada vez más energías para que el ascua interior no se extinguiese. De la irritación y el enojo, de la hostilidad verbal y del anhelo de daño se proponía cruzar ahora la línea roja de la violencia más brutal.

—No sabía que esa zorra y tú estuvieseis juntos.

—¡Cuidado con lo que dices! —advertí amenazante.

—Si no te provoco, nunca lucharás contra mí.

—Te equivocas.

Era consciente de mi desventaja, pues Benicio entrenaba a diario en el campo de ejercicios que Herodes había hecho instalar en su palacio para mantener a la guardia pretoriana en forma. Gracias a ello, había perfeccionado su técnica de lucha cuerpo a cuerpo, además de practicar natación, equitación, carrera, salto, fuerza y destreza. Todo eso, comparado con mi inacción en los últimos dos años, salvo las interminables caminatas por toda la región con Jesús y sus apóstoles, jugaba ahora en mi contra.

—Pelearemos sin coraza —dijo.

—Jamás.

—Así nos cercioraremos de que uno de los dos muera.

Benicio y yo reservábamos para las grandes ocasiones la coraza más espectacular de todas: la *lorica thorax* o peto musculado, que representaba un torso escultural. Los filos de las espadas se convertían en simples alfileres tronchados cuando intentaban perforar aquella impenetrable protección. Pero luchando a pecho descubierto, cualquiera de los dos, o incluso ambos, podía morir de una certera cuchillada.

—Como sabía que vendrías desarmado —añadió él—, te he traído una *gladius Pompeya*, tan popular ahora con Tiberio.

Debía reconocer que la espada corta era una preciosidad. Tenía una hoja de hierro y una empuñadura de hueso con forma anatómica, y un doble filo recto y paralelo terminado en una punta muy afilada a modo de cuchilla, que se abría paso entre las vísceras como un dedo entre un bloque de manteca. Era una espada mucho más manejable que otras, tanto en el estoque como en el tajo, que solía emplearse para apuñalar en lugar de cortar, y con un ineludible

toque de distinción: su vaina de madera estaba decorada con ricas filigranas.

—Muy bonita como adorno —dije para darle a entender que no pensaba utilizarla contra él ni contra nadie.

—Pues yo prefiero hundírtela en las entrañas —contestó con mirada encendida—. Y ahora fíjate bien en este *pugio*: puedo rebanarte el pescuezo con él como si trinchase un cordero de Pascua.

—No lo harás.

—¿Ah, no?

—No pienso luchar contra ti.

—¿Tan poco te importa Flavia? Yo pensé que la querías…

—Por eso mismo vas a desatarla ahora y nos largaremos de aquí enseguida cada uno por su lado.

Decidido, me acerqué al poste para liberar a Flavia. Entonces Benicio desenvainó la espada y posó el filo sobre mi cerviz.

—¡Ni se te ocurra, Lucio Fedro! —gritó desafiante—. ¿Sabes qué haré si te niegas a combatir? Primero te mataré a ti y luego a ella. Prefiero que Flavia compruebe cómo te desangras chillando como un cerdo y luego, si te da tiempo antes de morir, que la veas tú también a ella arder como una muñeca de trapo en la pira. Aunque reconozco que es difícil, pues me basta con hundirte la *gladius* en el vientre tan solo un poco para acabar contigo.

—¡Cobarde!

—Como verás, he cuidado hasta el último detalle: Flavia está rodeada de hojarasca y solo tengo que frotar un hierro contra el pedernal para que todo prenda como una mecha de cuerda. Morirá achicharrada entre alaridos de espanto.

Benicio me mostró el *igniarum* con el que se proponía prender el fuego como un trofeo.

—El odio acabará contigo.

—Pero antes lo haré yo con vosotros.

—¿Y eso te consuela?

—¡Ni te imaginas cuánto! —se congratuló—. Por cierto, se me olvidaba decirte que sustituiremos la coraza por este escudo. ¿A que es hermoso…?

Benicio me mostró una adarga rectangular y semicilíndrica en forma de teja para cubrirse el cuerpo. ¡Cuántas veces había esgrimido yo un escudo similar en Germania para frenar las embestidas del enemigo!

Agarré ahora por instinto aquella adarga para protegerme, mientras Benicio me entregaba la *gladius* y el *pugio*. Giré la mirada a mi derecha y vi a Flavia revolverse en el suelo. No hizo falta que dijese nada; me bastó con verla sacudir la cabeza de un lado a otro para intentar disuadirme, pero no había otra salida: su vida o la de Benicio. Y mi elección no ofrecía duda. Me encomendé a Dios suplicándole que, si era posible, me librase de matar a otro hombre; me conformaba con herirle y prestarle luego auxilio. Solo así evitaría a mi conciencia cargar con otro crimen y podría salvar a Flavia.

—Está bien —dijo Benicio con gesto caballeroso—, puesto que accedes a luchar contra mí le quitaré a Flavia la mordaza, como me has pedido.

Acto seguido, desanduvo varios pasos sin dejar de vigilarme para retirar el trapo de la boca de Flavia. Pero antes de que pudiera agradecérselo, lanzó un conocido grito de guerra romano con gran furia, alzando su espada contra mí para golpearme con el filo:

—Junge!

76

Las hienas

Palacio de Pilato, 33 d. C.

Los sacerdotes se enfurecieron con Pilato y, jaleados por sus seguidores, aullaron como hienas pareciendo reírse de aquel despojo humano.

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! —repitieron.

El gobernador no tuvo más remedio que intervenir ante el griterío estruendoso:

—Lleváoslo entonces vosotros y crucificadlo, porque ya os he dicho que yo no encuentro culpa en él.

Pero los judíos le replicaron:

—Nosotros tenemos una ley, según la cual él debe morir porque se cree el hijo de Dios.

Pilato se asustó al oír eso, y entró de nuevo al Pretorio para preguntarle a Jesús:

—¿De dónde vienes tú?

El Galileo calló.

—¿Te niegas a hablarme? —dijo displicente—. ¿Acaso no sabes que yo tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?

—No tendrías autoridad sobre mí —advirtió el reo— si no te la hubiesen dado desde arriba. Por eso, el que me ha entregado a ti tiene más culpa que tú mismo.

El proceso había entrado ya en una fase final de negociación que se precipitaba ahora pendiente abajo. El prefecto se resistía a crucificarlo, pero sus enemigos estaban cada vez más envalentonados y enardecidos. A Pilato se le veía en cambio indeciso, inseguro y a la defensiva. Caifás, artero como viejo zorro, había cambiado ya de táctica: en vez del delito de rebelión contra el César, que no había logrado la condena exigida, retomó ahora la acusación de carácter religioso según la cual Jesús se había hecho hijo de Dios y esa grave blasfemia estaba penada con la muerte en las leyes judías.

La sola mención a la divinidad amedrentó más al gobernador porque era un hombre supersticioso que temía enfrentarse a un poder desconocido, en línea con los malos presagios de su mujer. Sentado en el tribunal, Claudia Prócula había enviado un criado para que le insistiera a su esposo:

—Deja en paz a ese inocente, porque esta noche he sufrido en sueños por su causa.

El juez sabía muy bien que Jesús era galileo, ¿pero su procedencia no sería acaso misteriosa y su dignidad más alta de lo que parecía? Por si fuera poco, el acusado le había revelado a Pilato a la cara, estando solos, que él era la verdad personificada y leyó incluso en su alma todo el horror que escondía, vaticinándole su infortunado destino, el destierro a la miseria, su fin espantoso y el hecho ineluctable de que él vendría a juzgarle como se merecía tarde o temprano. Pilato salió entonces al balcón debatiéndose por dentro

entre la cólera y el terror ante las duras palabras de Jesús. Viéndole dubitativo, los acusadores intentaron entonces un supremo golpe de intimidación.

—Si sueltas a ese —advirtieron bajo amenazas—, no eres amigo del César, pues todo el que pretende ser rey, como el Galileo, se declara contra el César.

Pilato sabía muy bien que Tiberio era un déspota sin escrúpulos que se regodeaba con el sufrimiento ajeno, y que ante cualquier denuncia de vacilación por su parte para condenar a sus enemigos no le temblaría la mano a la hora de ejecutarle. Máxime, cuando estaba tan enojado con él por el fracaso de la Misión Columba y la inexplicable huida de Lucio Fedro. Cualquier invectiva o queja de Caifás podía suponer así el final de su afanosa carrera.

Había hecho todo lo posible para librar a Jesús de la muerte, o eso al menos pensaba él. Recurrió también a la antigua costumbre de liberar a un preso con motivo de la Pascua, pero los fariseos enviaron emisarios al barrio de Acra, situado a poniente del templo, para sobornar a las turbas allí reunidas de modo que no pidiesen la puesta en libertad de Jesús sino su crucifixión. Ajeno a ello, él se reservaba la baza de Barrabás, un criminal aborrecido por todo el pueblo como autor de varios asesinatos durante un levantamiento, y acusado de hechicero por extirpar de las mujeres embarazadas el fruto de su vientre.

—Tenéis por costumbre —anunció Pilato— que en esta fiesta indulte a un preso. ¿A quién queréis que libere: a Barrabás o a Jesús, el rey de los judíos de quien dicen que es el ungido del Señor?

Por todo el foro se alzó entonces un griterío desaforado:

—¡Suelta a Barrabás y crucifica a Jesús!

Pilato salió una vez más con el acusado y se sentó en el tribunal. Era la víspera de la Pascua, hacia el mediodía, cuando dijo a los judíos que le amonestaban:

—Aquí tenéis a vuestro rey.

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! —vociferaron al unísono.

—¿Queréis crucificar a vuestro rey? —repuso él.

—¡No tenemos más rey que el César! —respondieron los sacerdotes, airados.

Parecía mentira que los sacerdotes afirmasen no tener más rey que el César, cuando toda la historia de Israel había consistido en vivir la experiencia irrenunciable de ser el pueblo escogido de Dios, cuyo sentido era una continua esperanza en la venida de un Mesías libertador con el que soñaron los patriarcas y vaticinaron los profetas. Precisamente para no someterse al yugo ajeno, lucharon tantos héroes de la independencia judía. Y ahora, en la víspera solemne de una Pascua que conmemoraba la primera liberación de la esclavitud egipcia, los sumos sacerdotes de Israel aceptaban de modo servil la imposición del poder romano representado por un emperador malvado y cruel al que llamaban «el divino Tiberio».

Al ver que el tumulto se encolerizaba aún más, el prefecto mandó que le trajesen agua. Su criado la derramó de la copa en sus manos delante del pueblo.

Y él gritó desde lo alto del balcón, liberándose, con ese gesto, de toda responsabilidad.

—¡Soy inocente de la sangre de este justo! ¡Vosotros responderéis de ella!

El foro volvió a retumbar ante los horribles y unánimes alaridos del pueblo allí congregado.

—¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! —gritaron asumiendo aquella maldición.

Con las manos limpias pero el alma sucia, el cobarde de Pilato entregó finalmente a Jesús para que lo crucificasen. El juez no buscaba la verdad, sino una escapatoria personal. Mientras su conciencia le dictaba que el Galileo era inocente y su mujer le recordaba que era un verdadero santo, la superstición le hacía creerse enemigo de los dioses y su aprensión, que aquel era un Dios vengativo.

En medio del griterío ensordecedor, ordenó así Pilato prepararlo todo para pronunciar la sentencia definitiva. Se adornó con los vestidos de ceremonia y se puso una corona en cuyo centro refulgía una piedra preciosa. Cubierto con otro manto, se encaminó cetro en mano desde el palacio hasta el foro seguido por los soldados y varios escribas con rollos de papiro y tablillas enceradas para dejar constancia escrita de todo lo sucedido.

Una vez frente a la columna de la flagelación, subió a una terraza redonda por unos escalones de piedra y tomó asiento en un sillón forrado de terciopelo rojo, sobre un cojín azul con ribetes amarillos. Anás y Caifás, junto con otros veintiocho sacerdotes y sin los fariseos que se habían marchado ya al templo, escucharon así finalmente la sentencia condenatoria que tanto habían anhelado.

—¡Crucificadlo! —ordenó Pilato.

77

DELIRIO Y FRENESÍ

Puerta de los Jardines, 33 d. C.

—¡Cuidado, Lucio! —gritó Flavia.

La espada de Benicio trazó un arco en el aire, de arriba abajo, pero vi venir su acometida con tiempo suficiente para esquivarla. Retrocedí un paso y evité así que su cuchilla me atravesase el estómago. Si quería matarlo, debía aguardar a que él izase de nuevo su *gladius Pompeya* para golpearle con el filo en el abdomen o en otra parte expuesta.

—Te veo aún poco ducho en el arte de la guerra —dijo él complacido—. Así disfrutaremos los tres mucho más de la juerga.

Bastaba con mirarle a los ojos inyectados de ira para intuir su próximo asalto. De nuevo levantó su espada con rabia, y antes de que pudiese alcanzar alguno de mis órganos vitales, me hice a un lado y renuncié a hundirle la mía en su costado.

—¡Cobarde! —bramó él—. ¿Y tú has sido pretoriano? —agregó avergonzado.

Había jurado no volver a matar a un hombre, aunque esta vez la vida de Flavia corría grave peligro. Miraba así de soslayo, de vez en cuando, su rostro sembrado de pánico, sujeta al poste, y me surgía

la duda de si debía hacer ahora una excepción con mi juramento: una vida por otra, al fin y al cabo.

Entre tanto, Benicio no se daba por vencido. Quería doblegarme pero sin renunciar a recrearse en el duelo, hasta ver finalmente a Flavia suplicar por mi vida rendida a sus pies. Era una actitud propia de los sádicos: deleitarse con la humillación ajena y creer que la vida de los demás dependía solamente de su caprichosa voluntad.

Esta vez empuñó él la espada con más fiereza aún si cabe, lanzando un golpe tremendo que a duras penas logré contener con mi escudo sin evitar caer al suelo.

—¡Fantoche! —exclamó—. ¡Eres un fantoche! Veamos ahora si con la daga peleas mejor.

Desenvainó el *pugio* como un rayo dispuesto a clavármelo mientras me incorporaba del suelo, pero la hoja se estrelló esta vez contra el canto de mi escudo revestido de hierro.

—No está mal —dijo—. Veo que aún conservas algunos reflejos, aunque seas un cobarde.

—No deseo matarte.

—Pero yo voy a obligarte a que por lo menos lo intentes.

—¡Mátalo, Lucio! ¡Mátalo ya! —gritó Flavia vencida por los nervios.

Intentaba ella en vano librarse de las ligaduras, pero el cordel era tan grueso y Benicio lo había anudado con tal fuerza que percibía ya sus muñecas humedecidas por la sangre.

—¡Caramba con tu señora! —dijo—. Se ha vuelto muy belicosa de repente.

—¿Por qué no recapacitas?

—¿Recapacitar yo…? ¡Qué cosas tienes! Prefiero mil veces veros morir a los dos.

Y asiendo de nuevo la *gladius* descargó esta vez un espadazo que me cogió desprevenido.

—¡Por Dios santo, Lucio! —clamó Flavia, fuera de sí, al verme tendido poco después en la tierra, herido—. ¡Asesino! —chilló a Benicio.

—Tampoco es para ponerse así, mujer, por un pinchacito de nada —alegó él irónico, acercándose precavido hacia mí.

La hoja apenas había penetrado en el músculo superior abdominal, provocándome una herida superficial por la que manaba algo de sangre pero que sobre todo me dejaba indefenso, a merced del enemigo.

—¡Basta ya! ¡Te lo suplico! ¡No le mates! ¡No, por favor!

Los gritos desesperados de Flavia repicaron en sus oídos como los mejores cánticos de Terencio. ¡Cuánto había deseado él que llegase aquel momento de celebración! Lo único que ahora le apenaba era que durase tan poco. Pensaba que yo me batiría con más bravura pero acababa de reparar, decepcionado, en que había dejado de ser el digno pretoriano que él había conocido. ¡Tan bajo había caído yo para él! ¿Qué vestigio quedaba ya entonces de aquel audaz guerrero que había luchado a muerte a su lado en los campos de batalla desde el Rin hasta el Vístula?

Le vi sonreír ahora como los sádicos, dispuesto a disfrutar de la muerte del traidor y del sufrimiento de su amada.

—Mátame a mí, pero déjala vivir a ella —imploré intentando incorporarme del suelo.

—Me pides un imposible —torció el gesto.

—¡No le hagas caso, Benicio! ¡Acaba conmigo, pero permítele a él que se vaya! —insistió Flavia.

—De eso nada: terminaré con los dos sin más remilgos —sentenció.

A esas alturas, mi debate interior había concluido: debía matarlo a él para salvar a Flavia. Solo me restaba confiar en que el Maestro se mostrase indulgente una vez más conmigo. Eso me ayudó a sacar fuerzas de flaqueza cuando todo parecía ya perdido. Con un esfuerzo supremo logré incorporarme del suelo mientras taponaba la herida con la mano izquierda y con la derecha empuñaba la espada con decisión apuntando a Benicio.

No me hizo falta decir más. Alcé la *gladius* con toda la rapidez que pude y la dirigí con fuerza hacia el flanco más vulnerable: el cuello de Benicio, dispuesto a partírselo en dos, como hice en su día con el de Marco Greco. Pero en un instante, él retrocedió y pudo sortear el golpe a solo dos dedos de su gaznate.

—Estás loco, loco de remate —le gritó Flavia.

—¿Y qué es la locura?

—La locura es comportarte como tú lo haces —contestó Flavia.

—Pues me alegro de ser un loco —aseguró enfebrecido por la ira —. Solo así podré seguir deleitándome con fruición mientras te derrites ante mis ojos como una princesa de cera.

78

EL CORTEJO DE LA MUERTE

Subida al Gólgota, Jerusalén, 33 d. C.

Cerca ya del mediodía del viernes, bajo un cielo enfoscado de ceniza, Jesús se dispuso a recorrer los últimos pasos de su vida mortal con el ascenso al Gólgota. Por aquel trecho ruin pasaban los condenados a muerte desde la cárcel hasta el lugar donde iban a ser ajusticiados en público.

Cuando Pilato abandonó el tribunal, una treintena de fariseos armados hasta los dientes, incluidos los seis feroces enemigos que prendieron al Nazareno en el huerto de los Olivos, llegaron a caballo al foro para ponerse al frente de la comitiva. Poco después, irrumpieron por la puerta occidental varios esclavos cargando a pie con la pesada cruz hasta arrojarla finalmente al suelo con estrépito, mientras otros auxiliares portaban las herramientas necesarias para armarla cuando llegasen al Gólgota, junto con las cuñas, el tarugo para los pies y la pieza suplementaria del tronco de la cruz. El reo de muerte se arrodilló para abrazarla y la besó tres veces seguidas acuclillado en el suelo, mientras recitaba en voz baja una oración de acción de gracias a su Padre Celestial por darle la oportunidad de redimir así al ser humano. Cargaron al condenado con la cruz física,

pero él también quiso abrazarse a la cruz moral en expiación por los pecados de la humanidad.

Confeccionado con madera de pino, el símbolo de la redención constaba de dos travesaños que pesaban mucho. Si se llevaba arrastrando, la carga se reducía considerablemente. Pero el reo debía portar a cuestas uno solo de los dos travesaños, el transversal, llamado patíbulo, también muy pesado. El madero provenía de una horca de las empleadas en las eras para aventar el trigo, aunque en otros casos se utilizaba un fuste ancho y resistente que había servido para atrancar la puerta de alguna casa. Solo cuando se llegaba al lugar de la ejecución, se clavaba el patíbulo al madero vertical, formándose así la cruz completa.

Ataron ahora al extremo posterior del tablero dos sogas llevadas por una pareja de sayones para evitar arrastrarlo por el suelo durante el camino. Alrededor del condenado, bastante separados de él, marchaban otros tantos esbirros tirando cada uno de ellos de las cuatro maromas sujetas a la nueva atadura que le habían puesto a mitad del cuerpo. Parecía un buey herido empujando el macizo arado.

Un trompetero tocaba su instrumento en cada esquina y pregonaba a gritos la próxima ejecución. Tras él marchaba una chusma y algunos criados con palos, escaleras y los troncos de las cruces de los dos ladrones que iban a crucificar con Jesús. A continuación se alineaban los fariseos a caballo, y delante de ellos un mozo transportaba con una cuerda colgada del pecho la tablilla de madera o *titulus crucis* que Pilato había mandado grabar para el condenado en hebreo, latín y griego con la inscripción JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. El chico llevaba también la corona de

espinas en la punta de una estaca apoyada en su hombro, pues habían decidido que el ajusticiado sería incapaz de cargar la cruz con ella clavada en la cabeza hasta el Calvario.

Obligaron a bajar al reo con el patíbulo, sobre el hombro derecho, por una escalera de veintiocho peldaños que conducía desde el nivel superior del palacio de Pilato, en el interior de la fortaleza Antonia, hasta el pavimento más inferior.

Cerca aún del Pretorio, el infortunado cayó por primera vez al suelo. La subida al Gólgota, desde el Pretorio hasta el Calvario, no discurría por un nivel plano horizontal, sino que primero descendía por una pendiente desde el terraplén donde se situaba la fortaleza Antonia hasta el fondo del valle del Tiropeón.

La primera caída se produjo en una calle empinada, bajo la cual discurría un acueducto subterráneo procedente del monte Sion, por donde también pasaban otras conducciones de agua que desembocaban en el estanque de las Ovejas. En aquella hondonada donde se oía gorgotear el agua en el interior de los tubos subyacentes se acumulaba esta junto con el lodo cada vez que llovía. El procesado trastabilló allí, precipitándose al suelo como un peso muerto cubierto de fango. Los sayones tiraron de él entre insultos y patadas, hasta lograr levantarlo. A lo largo de la calle se veían mujeres llorosas con niños gimiendo asustados.

Cada bache del camino era una tortura para su cuerpo lacerado, consumido por la fiebre y la fatiga. Todavía le alcanzaba alguna piedra en las plazas atestadas de gente, y algún que otro golpe con palos en su corcovada espalda. El sudor surcaba su rostro, mezclado con la sangre que rezumaba de las heridas abiertas por las caídas y el roce de la cruz.

Junto a la Puerta Judicial que conducía al Gólgota se había apiñado ya desde primera hora de la mañana una multitud de indeseables y retorcidos que anhelaban regodearse en primera fila con el suplicio de aquel hombre. Al otro lado de la puerta discurría un arroyo, y sobre él un pequeño puente. El condenado intentaba no tropezar al pasar por encima de aquellos tablones de madera desvencijados en los que rebotaba con facilidad el madero de la cruz. Algunos indeseables bajaban al torrente y desde la orilla le lanzaban guijarros.

Empezaba la subida al Calvario por un camino pavimentado con piedras informes y desunidas por las que era difícil no resbalar. Al ver la brutalidad con que trataban al Maestro, Juan, el discípulo amado, fue corriendo a contárselo a su madre. Tras escuchar su relato, María quedó transida de dolor y le acompañó enseguida a la calle de la Amargura junto con Juana, Marta, María de Magdala, Salomé y Susana. Salieron todos del barrio de Sion y anduvieron por un costado del tribunal de Pilato donde había sido juzgada la víctima, hasta llegar a una residencia en la parte occidental cuya puerta más ancha daba a una amplia avenida por donde ahora avanzaba el cortejo de la muerte. María entró en la vivienda con los demás, pálida, con los ojos enrojecidos de tanto llorar y temblorosa, envuelta en una túnica gris celeste. A lo lejos, por encima de los tejados de las casas, se percibía el ruido y el griterío de la procesión acercándose. Cuando el criado abrió el portal, el estruendo de la barahúnda se hizo ya insufrible.

María de Nazaret miró a la derecha, calle abajo, y al ver a su hijo acercarse hacia donde estaba ella salió enseguida a su encuentro tambaleándose por la emoción. Cuando los verdugos que lo traían

amarrado con cuerdas supieron que era la madre de Jesús, empezaron a hacerle burlas y uno de ellos empuñó los clavos de la cruz y se los puso en la cara.

—¡Fíjate lo que le espera! —sonrió con maldad.

Pero ella solo miraba a su hijo, retorciéndose las manos, y él la miraba a ella con ojos ensangrentados y hundidos en sus cuencas violáceas cuando, por segunda vez, dio un nuevo trompicón y se desplomó bajo el peso de la cruz. Ella se tiró al suelo de rodillas y lo abrazó con una piedad conmovedora.

—¡Hijo mío! —gimió.

—Madre, yo hago nuevas todas las cosas —dijo él resollando.

Poco después, Juan y las mujeres se la llevaron de allí, y ella se desvaneció de dolor en el portal junto a la piedra angular que sostenía el muro.

Los sayones levantaron a su presa tirando del correaje para cargarle de nuevo la cruz sobre el hombro derecho. La comitiva siguió por la ancha avenida y atravesó una antigua muralla interior por un arco ante el cual había una gran plaza en la que desembocaban tres calles. El preso tuvo que sortear allí una gran piedra, volvió a tambalearse y cayó. Intentó levantarse en vano, apoyándose en la dovela. Varios grupos de personas que pasaban por allí, en dirección al templo, exclamaron compasivas:

—¡Qué pena! ¡Ese desgraciado se muere!

Nadie era capaz de incorporarle del suelo, hasta que los fariseos encargados del cortejo dijeron finalmente a los soldados:

—Así no llegará vivo al Calvario: alguien tiene que ayudarle a llevar la cruz.

79

LA NUEVA MISIÓN

Puerta de los Jardines, 33 d. C.

En un instante de descuido, Benicio me golpeó en la muñeca y solté la *gladius*, que cayó justo a sus pies. Con un puntapié alejó el arma de mí y yo quedé indefenso a merced de él. El momento de la muerte había llegado para mí, y no iba a ser de forma rápida y limpia, de eso estaba seguro.

—Has conseguido que te odie con toda mi alma, infame —dijo Flavia con el ceño fruncido, la mirada afilada y los labios prietos.

—¡Cómo me gusta oírte decir eso! Tu rencor retumba en mi alma como la mejor música de las musas. Aunque no deberías hablar así. ¿Dónde has puesto hoy la otra mejilla, querida? —murmuró él acercando su cara a la de ella.

—¡Apártate! ¡Me das asco! —repuso Flavia con una mueca de náusea.

Benicio hizo caso omiso, agarró un hierro similar a una herradura de caballo en forma de «U» y empezó a frotarlo contra un sílex para obtener una chispa con que prender la broza amontonada alrededor de Flavia.

—¡Qué haces! —inquirió ella.

—¿Aún no lo sabes?

—Va a quemarlo todo —añadí yo con dificultad.

—¡Nooo! —gritó Flavia.

—¿Quién eres tú para privarme de un gozo semejante? Estas cosas solo suceden una vez en la vida, amor: verte arder en la hoguera mientras tu príncipe lo presencia todo. ¿No te parece una dulce agonía digna de la mejor égloga?

Flavia se desgañitó para que no lo hiciera, pero él estaba a punto de lograr ya la chispa que tanto necesitaba para incinerarla viva. Y entonces sus gritos de dolor y desesperación se clavarían como puñales en mi corazón. Eso era matar dos pájaros de un tiro. Pero algo en mi interior me impedía resignarme a creer que todo estuviese perdido y suplicaba con insistencia a Jesús que hiciese un milagro, como tantos otros suyos que Flavia y yo habíamos presenciado en los dos últimos años.

Si de verdad él era Dios, aunque se hubiese entregado como un manso cordero a sus verdugos para que lo condujesen al matadero, ordenaría a sus legiones de ángeles acudir en nuestro auxilio y obedecerían sin rechistar. Puse así a prueba mi fe, como cuando Pedro saltó de la barca y empezó a caminar sobre las aguas del lago de Genesaret. Mi fe no se tambaleó ni siquiera cuando Benicio hizo saltar por fin el chispazo y prendió las hojas, ramas y cortezas de las plantas que consumirían a Flavia de un momento a otro junto con aquel poste mustio y agostado.

Y entonces contemplé el gran milagro desde el suelo: vi cómo una mano férrea agarraba a Benicio por detrás y lo derribaba a escasos pasos de mí, como a un pelele.

—¡Leví! —grité de entusiasmo lo más alto que pude.

Flavia sonrió como si hubiese visto abrirse el cielo igual que yo en aquel mismo instante y bajar a cohortes enteras de querubines en nuestra ayuda. Pero Benicio no se dio por vencido y empuñó su daga contra Leví, quien tras atenazarle la muñeca con su zarpa de oso logró que el puñal se precipitase al suelo.

—¡Ríndete, bribón! —le conminó.

—¡Jamás! ¡Antes tendrás que matarme!—repuso él, ofendido.

Aferrado ahora a su espada, Benicio se dispuso a clavársela pero antes de que pudiese hacerlo Leví hundió el puñal en su costado provocándole una herida letal que le hizo caer al suelo entre alaridos y retorcerse como una lombriz agónica.

Entre tanto, Caleb había logrado sofocar ya el fuego apisonando el ramaje con sus pies, como dos pesados pedestales, para liberar enseguida a Flavia de las ataduras.

Ella se abalanzó sobre mí y me besó en la boca con pasión.

—Veamos tu herida —nos interrumpió Leví, preocupado.

Retiré mi mano del costado para que pudiera examinarla.

—Has tenido suerte, amigo, un poco más profunda y ahora estarías muerto —afirmó—. Es solo un rasguño.

—¿Cómo supiste dónde estábamos? —dijo Flavia con gran consuelo.

—Lía me avisó de que Benicio había partido hacia Jerusalén para capturar a Lucio y llevárselo detenido a Herodes. Petronila escuchó la conversación en palacio y corrió a contárselo. Así que enseguida me puse en camino siguiendo las huellas de Benicio, aunque perdí su pista poco antes de llegar a Betania. Por eso he tardado más tiempo en venir hasta aquí, pero gracias a Dios no ha sido tarde.

—Te debemos la vida, querido amigo —aseguré yo con pleno conocimiento de causa.

—Ya lo creo —corroboró Flavia.

—¿Y el Maestro? —pregunté a Caleb angustiado.

Nuestro amigo gigante bajó la mirada y negó con la cabeza. Me acerqué a él y le zarandeé agarrándole de la pechera.

—¡Habla! —grité.

—Pilato ya ha dictado sentencia —afirmó compungido—. Crucifixión.

Caminé de un lado a otro como un león enjaulado. No era posible, ¿de qué se le acusaba? Necio de mí, lo sabía perfectamente. Yo había sido el instigador, el culpable de la muerte de un amigo. Más que eso, de un ser maravilloso que podía cambiar el mundo. Pero si moría, ¿qué nos quedaría a todos? No podía permitirlo. Debía ayudarle, hacer algo, impedir semejante injusticia.

Flavia se acercó a mí. Sabía por todo lo que yo había pasado desde que llegué a Jerusalén. Y adivinó mi preocupación. Me cogió la cara entre sus manos para besarme en los labios y pronunció a continuación las palabras que yo estaba esperando.

—Vete y sálvale.

80

EL CIRENEO

Subida al Gólgota en Jerusalén, 33 d. C.

Oriundo de la región norteafricana de la Cirenaica, Simón de Cirene, de ahí su nombre, bajaba por el centro de la calle de la Amargura con sus hijos Alejandro y Rufo cuando vio de repente a Jesús tirado en el suelo junto a la cruz. Era un hombre fornido, de unos cuarenta años, ataviado con una prenda corta y calzado con unas sandalias de cuero puntiagudas atadas con correas a los tobillos. Llevaba un haz de leña bajo el brazo y venía de recortar los setos de los jardines situados en la parte oriental de la muralla para embellecer la Ciudad Santa durante la Pascua. El providencial encuentro se produjo en el punto exacto donde la subida al Gólgota alcanzaba su cota inferior, atravesada por el camino que discurría al fondo del Tiropeón y procedía de las afueras de Jerusalén, en el campo abierto de los romerales y de los almendros. Justo cuando Simón de Cirene apareció por allí, la subida al Gólgota terminaba su descenso desde el Pretorio y estaba a punto de iniciarse el camino donde se hallaba el temible Calvario en el que iba a enarbolarse la cruz. No era extraño así que los fariseos sugiriesen a los soldados la búsqueda de alguien para ayudar a Jesús, pues si este ya estaba agotado al bajar

por el camino, su extenuación sería aún mayor cuando emprendiese el tramo final cuesta arriba. El centurión encargado de la ejecución así lo entendió finalmente y, acogiéndose al derecho de requisición que le amparaba, obligó al transeúnte que pasaba por allí a tomar la cruz y a cargar con ella detrás del reo.

Simón de Cirene se vio así en un gran aprieto cuando la soldadesca le condujo a rastras hasta donde estaba Jesús. Sus hijos rompieron a gritar, y unas mujeres que le conocían no tuvieron más remedio que hacerse cargo de ellos. Al principio sintió repulsión viendo al condenado a muerte desfigurado y con las vestiduras manchadas de excrementos, pero este lo miró con ternura mientras él lloraba.

Entre tanto, yo cabalgaba a toda prisa. La herida, aunque superficial, se abría con cada sacudida del galope. Desesperado por salvar a mi Maestro, espoleaba al caballo hasta hacerle sangrar. Cuando estuve lo bastante cerca, me lancé de la montura y corrí hacia la subida al Gólgota. Un gentío se agolpaba allí, deseoso de presenciar cómo ejecutaban al mismo hombre que apenas cinco días antes habían aclamado con vítores y palmas en el corazón de Jerusalén.

Intenté abrirme paso entre la multitud. El alma me dolía con cada empujón que me impedía llegar hasta él. Al fin, alcancé la calle empedrada y vi cómo Jesús ascendía por la pendiente, dejando un rastro de sangre sobre los adoquines. Otro hombre cargaba con el madero mientras a él casi lo arrastraban hacia su muerte. Corrí hacia ellos, pero un soldado romano —quizá antiguo compañero mío— restalló el látigo contra las piedras, cortándome el paso.

Me perdí entre la multitud. Anduve desesperado, buscando algún atajo entre las callejuelas. Con la cruz a cuestas, Jesús y su cireneo avanzaban por una avenida donde desembocaban varias calles laterales. Alrededor, algunas personas vestidas con esmero se dirigían al templo, evitando el contacto con él para no contaminarse, como dictaba la ley mosaica.

Logré ponerme a su altura durante el ascenso. Simón había recorrido ya casi ciento cincuenta pasos ayudando a Jesús. Intenté acercarme de nuevo, pero los centuriones blandían su fusta rematada en halteras de plomo con brutalidad. Salté para verle, para intentar que me mirase y darle, aunque fuese con los ojos, una esperanza, una promesa de salvación. Pero era casi imposible.

Fue entonces cuando vi a una mujer alta y de buena presencia salir de una casa vistosa con una niña de la mano. Supe luego que se llamaba Serafia, esposa de Sicas, miembro del Consejo del templo. Envuelta en un velo oscuro y con un chal sobre los hombros, llevaba escondida una jarrita de vino costoso. Movida por un amor que desbordaba todo entendimiento, logró abrirse paso entre el populacho, sorteó a los sayones y a los soldados —que tal vez sintieron algo de piedad— y llegó hasta Jesús. Cayó de rodillas ante él, extendió el chal y, con delicadeza infinita, lo presionó contra su rostro ensangrentado. Al retirarlo, el Nazareno le dirigió una mirada de gratitud. Ella lo besó y guardó el paño bajo su manto.

A poca distancia de él, yo casi podía tocarle. Esperé a que ella se apartara. Entonces, él alzó un poco la vista… y me miró. No sé cómo, pero conseguí regalarle una sonrisa esperanzadora, aunque mis ojos estaban inundados de lágrimas. Quise decirle con la mirada que había venido a salvarle, que no estaba solo. Pero él solo pudo

echarme un vistazo. Y, sin palabras, entendí que él ya había asumido su destino, aunque yo no iba a resignarme.

La escena de devoción pública encendió la furia de fariseos y sayones. Golpearon al reo con saña y lo arrastraron como a una bestia para reanudar la marcha. Serafia no pudo ofrecerle el vino. Huyó con su hija. Una vez en casa, descubrió atónita que el rostro de Jesús había quedado milagrosamente impreso en su chal de lana fina.

Mi herida sangraba con más intensidad, pero no podía detenerme. Debía llegar hasta él como fuera. Al menos sabía que Jesús era consciente de mi presencia, que le acompañaba en cada paso, compartiendo cada latigazo, cada caída. Como su madre, María, que lo seguía desgarrada, amando y sufriendo en silencio, con el corazón destrozado.

A la comitiva aún le quedaba un trecho largo hasta la puerta de la Ejecución, donde se fijaba la sentencia en una columna del muro exterior. Antes, debían pasar bajo un arco abovedado, cruzar un puente, atravesar otro arco. Allí, al llegar, encontraron un gran charco. Simón de Cirene trató de esquivarlo, pero el peso de la cruz se desplazó y Jesús cayó de lleno en el lodazal. Las mujeres que allí estaban se compadecieron, pero él, olvidando por un instante su martirio, se volvió hacia ellas y dijo:

—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí. Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos, porque vendrán días en los que se dirá: «Felices las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron». Entonces dirán a los montes: «Caed sobre nosotros», y a las colinas: «Sepultadnos». Porque si con el leño verde hacen esto, ¿qué no harán con el seco?

Corrí de nuevo, jadeando, con el alma en vilo. Verle sufrir sin emitir ni una sola queja era insoportable. Al llegar al Calvario, los soldados formaron una columna y bloquearon el acceso. Otro latigazo me obligó a buscar una nueva vía. Solo su madre, su tía, María de Magdala y Juan lograron acompañarle hasta el cadalso.

Apartaron a Simón y los sayones prepararon la cruz. Unieron el travesaño al palo vertical, fijaron el tarugo de los pies y taladraron las aberturas para los clavos y el letrero de Pilato.

Un grupo de mujeres piadosas le ofreció vino mezclado con mirra o incienso, una bebida amarga con propiedades anestésicas. Era costumbre ofrecerla a los condenados para mitigar su dolor. Jesús mojó los labios…, pero no quiso tomarla. Quería conservar la lucidez, vivir el sufrimiento con plena conciencia ante el nuevo y terrible suplicio que se le avecinaba.

81

EL CALVARIO

Colina del Gólgota, 33 d. C.

Antes de crucificar a Jesús, lo despojaron de sus vestiduras. Solo le dejaron, como dictaba la costumbre judía, un lienzo de lino enrollado a la cintura. Vi cómo los cuatro soldados del *tetradium*, la escuadra de ejecución —la más pequeña unidad del ejército romano—, se repartían sus ropas como si se tratara de un simple botín. El manto, la prenda interior, la faja, las sandalias… y finalmente, la túnica inconsútil, que se sortearon entre risas y golpes de dados.

Cuando sacaron los clavos, tan largos y crueles, noté estremecerse el cuerpo de Jesús. Solo con verlos, sentí que a él también le temblaba el alma. Para clavetearlo, lo tumbaron boca arriba, con los brazos extendidos sobre el *patibulum*. Su espalda herida descansaba sobre la áspera tierra del Gólgota, y cada movimiento le arrancaba un nuevo dolor. Yo, desde donde me había ocultado, lo veía todo, impotente.

Uno de los verdugos alzó el mazo. Bastó un solo golpe. El clavo atravesó la carne como si no hubiera hueso, y la sangre brotó enseguida. Apreté los dientes. Sentí que aquel terrible impacto lo recibía yo también, en lo más hondo de mi ser. Los brazos, tensos

como cuerdas de violín en el puente, se estremecían con cada nuevo golpetazo.

A un tercio de altura de la cruz, fijaron un tarugo de madera donde taladrarían los pies. Ese fue el momento más atroz. Juan contó los martillazos: treinta y seis. Treinta y seis golpes impiadosos, que clavaban uno sobre otro el empeine izquierdo y el derecho. Yo quería cerrar los ojos, pero no podía apartar la mirada.

Mientras tanto, el jefe de la guardia ordenaba fijar el letrero que Pilato había escrito: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. Los fariseos rechinaban los dientes. Los soldados se burlaban, riéndose a carcajadas de aquel título que ellos consideraban una sátira. En cambio, para mí era la verdad más pura.

Los operarios seguían trabajando la roca con cinceles para encajar el mástil. La piedra del Gólgota era dura, no cedía fácilmente. Cuando el hueco estuvo listo, ataron cuerdas a la parte superior de la cruz y la izaron con esfuerzo brutal, ayudados por argollas, palos y ligaduras. Empujaron desde la base, tiraron desde arriba, hasta que el leño quedó plantado con firmeza en lo alto de la colina, a la vista de todos. Allí, alzado, Jesús era ya parte del cielo.

—Tengo sed —susurró, clavado en la cruz.

Uno de los legionarios mojó una esponja, la ató a una caña y se la acercó a los labios. Desde mi escondite, donde logré cobijarme tras burlar a los centuriones absortos en su juego de dados, vi cómo el Maestro apenas podía sostener la cabeza. El acceso no fue fácil. Tuve que escalar los riscos. Estaba herido, sangraba…, pero nada me detuvo.

A diferencia de Jesús, a los dos ladrones crucificados junto a él les ataron los brazos al travesaño. Les envolvieron muñecas, codos,

rodillas y tobillos con cuerdas gruesas. Fue decisión de Pilato ejecutar a los tres aquel mismo día, para no demorar sus muertes en vísperas de la Pascua. Eran bandidos, hombres violentos. Pero uno de ellos, Dimas, supo mirar más allá del horror.

—Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino —le dijo.

Y Jesús, con una voz que aún tenía aliento para consolar, respondió:

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

El otro, Gestas, solo escupía burla y rabia:

—¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!

Pero Dimas lo calló:

—¿Ni siquiera ahora, con la misma condena encima, temes a Dios? A nosotros nos hacen justicia, pero este hombre no ha hecho nada malo.

Escuché esas palabras y sentí que algo sagrado se abría paso en medio del sufrimiento. Aquel ladrón, colgado de una cruz, veía lo que tantos otros no supieron ver: la flamante inocencia pura, el Reino que no era de este mundo.

Abajo, al pie de la cruz, estaban las mujeres: su madre, María, con su hermana, María de Cleofás, y María de Magdala. Las tres Marías. Cuando Jesús las miró, extenuado, sin apenas fuerzas, su voz resurgió de entre los estertores del dolor. Primero se dirigió a su madre:

—Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Luego miró a Juan, el más joven de nosotros:

—Ahí tienes a tu madre.

Y comprendí entonces que Jesús, incluso desde la cruz, seguía entregándose a los demás sin reservas. No quedaba ya en él ni un

solo gesto que no fuera de amor.

82

Tito Severo

Palacio de Herodes en Jerusalén, 33 d. C.

Máximo había seguido a Caleb hasta la puerta de los Jardines y, agazapado tras el robusto y curvado tronco de una palmera cubierto de fibras, lo presenció todo: Flavia atada al poste, el disputado duelo cuerpo a cuerpo entre Lucio y Benicio, y la irrupción inesperada de Caleb con otro hombre al que no conocía y que asestó la estocada letal al jefe de la guardia de Herodes. Aguardó a que todos se marchasen de allí para auxiliar a Benicio, pero al llegar hasta él comprobó que ya estaba muerto. Entonces se dirigió al galope con su cadáver hacia la Prefectura para informar a Pilato cuanto antes. Una vez en su presencia, este le ordenó acompañarle al palacio de Herodes.

—¿Qué ha sucedido? Cuéntame, Poncio —dijo el tetrarca preocupado.

—Desde que Lucio desapareció por primera vez, tras recibir los azotes, puse vigilancia a Caleb, el hombre que le rescató —contestó con un nudo en el estómago—. El centurión Máximo le ha pisado los talones hasta hoy mismo y ha visto cómo liquidaban a Benicio.

—¡Quién ha sido! ¡Cómo se ha atrevido a matar al jefe de mi guardia! —exclamó Herodes.

—Según Máximo, Benicio ató a Flavia a un poste con la intención de quemarla viva y retó luego a Lucio Fedro a un duelo mortal. Este quedó herido en el suelo y entonces se presentaron de improviso dos hombres, uno de los cuales atravesó a Benicio con su puñal. Después todos se fueron de allí, mientras Benicio agonizaba solo sin que nadie le auxiliase. Cuando Máximo fue a buscarle ya había fallecido.

—¡Miserables! ¿A dónde fueron?

—No lo sé.

—¿Habéis perdido la pista de Fedro?

Herodes se dejó llevar entonces por uno de sus arrebatos de cólera; era un hombre con una ambivalencia desconcertante.

—¡Me importa un bledo que Benicio esté ya muerto! Se lo tenía merecido: le dije que me trajese a Lucio con vida, solo a él, y que dejase en paz a esa maldita mujer.

—¿Y ahora qué hacemos?

El tetrarca miró hacia arriba como si hubiese descubierto algo por sorpresa.

—Nos dieron una información equivocada —se justificó Pilato.

—Claro, y registrasteis la casa donde Lucio Fedro no estaba. Menudo ridículo.

—Alguien debió de avisarle a última hora para escapar de allí.

Herodes no había dejado de recorrer el salón rectangular de un extremo a otro, de lo inquieto que estaba, mientras Pilato permanecía con la espalda apoyada en una de las pilastras de la estancia.

—Fedro es un asesino —denunció Herodes.

—Y un traidor que merece la pena capital —secundó Pilato.

—Pues hagamos todo lo posible para detenerle. Sabemos que está herido y eso nos facilitará las cosas —advirtió el tetrarca ya más calmado.

—Reforzaré la vigilancia con una docena de soldados a las órdenes de Casio y ya verás cómo finalmente lo abatimos.

—Es una pieza de caza mayor —sonrió.

Herodes aguardó a que Pilato saliese de su palacio con Máximo para llamar al centurión Tito Severo y comunicarle su ascenso a la jefatura de su guardia personal, tras la muerte de Benicio Quinto Celso. Severo era un hueso duro de roer, curtido en mil batallas desde los catorce años y condecorado más de cien veces, entre coronas cívicas y de oro, murales, brazaletes, lanzas puras y guirnaldas.

—La misión que voy a encomendarte debe ser la más importante de tu vida —dijo Herodes con firmeza—. Quiero a Lucio, y lo quiero vivo —matizó—. Si me lo traes como te ordeno, Tiberio me recompensará por ello y yo lo haré luego contigo. Te juro por Júpiter que no habrá un galardón mayor que el tuyo en el historial militar de ningún otro legionario en la historia de Roma. ¿Quieres criados, caballos, armas o incluso un palacio como el mío? ¿Medio millón de denarios tal vez? Pide lo que te plazca y lo tendrás.

—Nada de eso es necesario, señor.

—Te he dicho que lo haré y podrás retirarte con tu mujer a vivir como un príncipe el resto de tu vida en Timgad, la Pompeya del

norte de África, o en la provincia romana de Gallaecia, en Hispania. Donde tú quieras, Severo.

—Como usted mande.

—Pero si no capturas a Lucio, te degradaré en el Ejército y de nada servirá todo lo que has hecho hasta ahora, ¿está claro? —amenazó.

—Clarísimo.

Herodes no soportaba la indecisión ni las segundas intenciones.

Tito Severo abandonó el salón del trono obsesionado con capturar al hombre más buscado de Roma, y para ello escogió a dos de sus mejores soldados con quienes se propuso registrar cada palmo de Jerusalén. Cuando encontrase a Lucio, tal vez lo mataría sin contemplaciones alegando luego que se había resistido a la autoridad, pues llevaba también el instinto asesino en la sangre.

83

EL CORTEJO

Colina del Gólgota, 33 d. C.

Al fin logré escalar las rocas para llegar hasta donde se encontraba Jesús. Pero cuando alcancé la parte alta, ya estaban plantadas las tres cruces. Los soldados reían y bebían, mientras las mujeres lloraban y esperaban a los pies del madero. Sentí que mi corazón se deshacía en mil pedazos. Él, mi Maestro, el hombre que me enseñó a amar y a amarme, torturado, lacerado y crucificado como un vulgar ladrón. Quise gritar su nombre pero la voz se me quedó atrapada en la garganta. Después de tanto esfuerzo, las piernas no aguantaban ya mi cuerpo y caí de rodillas, llorando desconsolado. Permanecí allí, tras una roca, el tiempo de agonía que restaba.

Eran las tres de la tarde y toda la tierra reseca y polvorienta del Calvario se quedó en tinieblas. Jesús gritó en arameo colgado de la cruz con un esfuerzo supremo:

—*Eloí, Eloí, lemá sabákhthaní!* «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?».

Resultaba desgarrador presenciar cómo padecía no solo su carne, también su espíritu.

Y entonces le escuché decir:

—Todo está ya consumado.

Al pronunciar aquel *consummatum est*, el moribundo no aludió solo a que hubiese cumplido una misión llegado el último momento de su existencia, sino a que lo hizo con plena satisfacción habiendo logrado todo lo que se esperaba de él. Finalmente, gritó, dirigiéndose a su Padre:

—¡En tus manos encomiendo mi espíritu!

Y en ese instante, tuve la certeza de que había muerto.

Los soldados quebraron las piernas a los dos saqueadores crucificados con Jesús, y al fallar el sostén de esos huesos se les descolgó la caja torácica y perecieron asfixiados en cuestión de segundos. Pero al ver muerto al Nazareno, en lugar de partirle también las piernas, uno de los soldados le arrojó una *longé* en el costado y se lo abrió. De la herida manó sangre y agua. La tierra tembló en ese momento y sentí cómo las rocas en las que me apoyaba se resquebrajaban. El centurión, de pie frente a Jesús, también percibió el temblor de la tierra bajo sus pies, como si se acabara de abrir un camino entre Dios y la humanidad. Con la voz trémula ante lo ocurrido, se rindió a la evidencia en público y proclamó:

—En verdad este hombre era inocente e hijo de Dios.

84

EL PLAN

Casa de José Barsabás en Jerusalén, 33 d. C.

Todos me aguardaban en el patio. Tras un par de horas en las que fui incapaz de consolar mi pena por no haber podido salvarle, al fin estuve en condiciones de relatarles la terrible y frustrante experiencia.

Flavia, que no me soltó la mano en ningún momento, Leví, Andrés, Marcos, Caleb, Barsabás y Dalila me miraban y sollozaban en silencio. No había palabras que pudieran apagar tanta desolación. Hasta la ciudad parecía lamentarse: llovía a mares en Jerusalén.

Petronila irrumpió exaltada en casa de José Barsabás.

—¡Lucio Fredo, perdón, Fedro, debes marcharte enseguida de Jerusalén!

—¿Qué sucede? —interrogó alarmado Barsabás.

—Herodes ha puesto precio a su cabeza —añadió Petronila desazonada—. Ofrece noventa denarios de plata a quien facilite alguna pista sobre tu paradero. —Miró a Lucio con preocupación—. Ha ordenado al centurión Tito Severo encargarse del asunto.

La mujer se deshizo las trenzas para secarse el cabello mojado con un paño de lino.

—Lucio, corres peligro en Jerusalén —insistió Petronila—. Herodes no se detendrá hasta encontrarte y conseguir que comparezcas ante Tiberio.

—Debemos irnos hoy mismo de esta casa, Lucio —me disuadió Flavia—. Ya no hay un lugar seguro aquí para nosotros.

—No podéis fiaros de nadie —asintió Leví.

—¿Y a dónde iremos? —suspiró Flavia.

Se hizo un silencio. Ninguno de nosotros había pensado en un plan, pese a que todos sabíamos que tarde o temprano vendrían a por mí. Fue Leví quien tuvo de repente la idea.

—¡En la necrópolis! —dijo esperanzado—. Nadie os buscará entre los muertos. Pero tendrá que ser por poco tiempo. Si permanecéis en la ciudad, al final os encontrarán.

—Una sola noche bastará —afirmé yo—. Mañana, Flavia y yo zarparemos rumbo a Éfeso.

El valle del Cedrón se hallaba en las faldas del monte Scopus, bastante por encima del nivel del mar.

Leví pensó entonces en alojarnos en la cueva funeraria de sus abuelos, excavada en la pendiente irregular de la loma rocosa del Gareb, cerca del Gólgota donde habían crucificado a Jesús. De modo que, una vez allí, Leví hizo rodar finalmente la gruesa piedra redonda sobre una canaleta excavada en la roca y pudimos acceder así al panteón de sus abuelos. Entramos en una antecámara rectangular donde había tallados unos bancos de piedra pegados a las paredes. Desde esta sala partían los pasillos que desembocaban en la cámara mortuoria propiamente dicha. Las sepulturas eran del

tipo de arcosolio: una repisa tallada en la pared rocosa y cobijada bajo un arco, sobre la cual había sido depositado en su día el cadáver.

A continuación, Leví prendió la lámpara de aceite para iluminar otra pequeña estancia donde había varias arquetas o urnas de piedra, en cuyo interior se guardaban los restos tras su descomposición. Los osarios de sus abuelos estaban decorados con rosetas y motivos vegetales.

—Aquí hace un frío de muerte —balbuceó Flavia, trémula.

—Y que lo digas —sonrió Leví.

—No tengo palabras para agradecerte lo que haces por nosotros —dije.

—Tonterías. Juré ayudarte siempre cuando me salvaste la vida en el mar.

—Espero que eso me redima algún día.

Leví extendió tres jergones de paja en el suelo, mientras Flavia y Dalila colocaban sobre ellos mantas de lana y tres almohadas rellenas de heno.

En ese momento oímos pasos que se acercaban. Leví, que llevaba una espada corta escondida en su túnica, se puso en guardia. Cuando la puerta se abrió, se abalanzó sobre la figura asomada a ella.

Era el rostro demudado del apóstol Pedro por el susto de muerte que acababa de recibir. Por un momento pensó que aquel salvaje acabaría con él.

—Tú también nos has amedrentado —le recriminó Leví.

Pedro no respondió. Se acercó a mí y nos fundimos en un fraternal abrazo. Su cobardía hizo que no permaneciera al lado del Maestro en

sus últimos momentos. Y estaba arrepentido.

—Debemos marcharnos enseguida —le advirtió Leví.

Fuera se escuchaban murmullos y cánticos.

—¡Esperad! —les rogué.

Pedro y Leví me miraron con impaciencia.

—Honremos al Maestro —dije—. Flavia y yo necesitamos ser bendecidos antes de llegar a Éfeso —argüí.

Ella asintió con una sonrisa.

—No podemos arriesgarnos yendo ahora en busca de un rabino —me advirtió Leví.

—No será necesario —respondí, acercándome a Pedro.

Le cogí de la mano y se la besé.

—Tú eres nuestro príncipe, el Príncipe de los apóstoles —proclamé —. La piedra y los cimientos. El primero de muchos. Bendícenos, por favor.

Flavia se acercó a él y dijo a Leví, pletórica de alegría:

—Tú serás testigo ahora de esta bendición solemne y luego de nuestra boda cuando lleguemos a Éfeso.

Pedro lloraba como un niño, pero sacó fuerza de su corazón. Se enjugó las lágrimas y bendijo nuestra futura unión con el recuerdo, la palabra y el amor profundo que nos legó el Maestro.

85

EL CAMBIO

Necrópolis de Jerusalén, 33 d. C.

Flavia contemplaba su larga y ondulada cabellera negra en el espejo de bronce. Aquel rincón de piedra labrada en el interior del sepulcro distaba mucho de ser el tocador ideal para una mujer tan coqueta como ella, pero bastaba. El vidrio azogado frente al que se miraba le devolvía una imagen suya que no era ya la misma.

Por un instante, se permitió viajar con la imaginación: estaba de nuevo en su antiguo dormitorio, frente a la cómoda de madera de arce, donde reposaba el pequeño cofre de cobre que Caleb le había traído la víspera. De él extrajo ahora la vasija del tinte con una espátula, el peine, las pinzas y agujas para el cabello.

Preparó con esmero la mezcla: anilina, sebo de cabra, cenizas de haya y una pizca de polvo de oro. La *pila mattiaca*, el tinte favorito de las romanas. El color rubio platino, muy popular desde la llegada de esclavas germánicas, reemplazaría su tono natural. Se recogió el cabello en un nudo que le caía sobre la nuca; sencillo, elegante y eficaz. Su rostro, perfectamente enmarcado, resplandecía. Me acerqué en silencio por detrás y la rodeé con los brazos.

—Estás preciosa, como siempre —susurré, consciente de que cada detalle contaba para el engaño—. Así nadie te reconocerá.

—Ni a ti tampoco —respondió ella, acariciando mi mejilla afeitada.

Me había cortado el cabello y rasurado la barba con una navaja desafilada. Alguna excoriación sangraba aún en la mejilla izquierda. Había dejado atrás mi aspecto de fugitivo salvaje y recuperado algo de compostura.

—Has perdido el aire de fiereza…, pero también has perdido años —sonrió, viéndome reflejado junto a ella en el espejo.

Poco después, desde lo alto, Flavia, Dalila, Leví y yo divisamos la bahía: un infinito cristal resplandeciente de agua, cuyas orillas hervían de movimiento a esas horas. En el muelle, la corbita con destino a Éfeso aguardaba entre cargueros y mercantes. Era ese el momento o nunca.

Avanzamos con calma fingida por el espigón sur del puerto de Cesarea Marítima, rumbo al fondo de aquella colmena de mármol, salitre y vocerío. A lo lejos, se alzaba el gran rompeolas, erguido como un dios cansado y un fiel escudo contra la furia del mar. Sin él, todo aquel prodigio de ingeniería se habría desplomado hacía siglos.

El bullicio nos envolvía: gritos, cargamentos, órdenes de atraque y desembarco. Un caos perfecto para ocultarnos entre la multitud. Cientos de criados cargaban con baúles. Pero más que las personas, llamaban la atención las mercancías que portaban: especias, telas, objetos orientales y exóticos rumbo al oeste.

Y entre aquel ir y venir incesante, surgió lo más temible: una patrulla de soldados romanos apostada junto a la aduana. Leví los

vio primero. Luego yo reconocí al centurión Tito Severo. Daba instrucciones agitadas. Algo ya olfateaba.

—¿Qué hacemos, Leví? —dije en voz baja, el corazón acelerado.

—Seguid caminando. Flavia a tu brazo, Dalila al mío —ordenó con tono calmo.

—¿Estás seguro?

—Será difícil, pero al final subiréis los tres al barco, te lo prometo.

—¿Los tres…? ¿Y tú?

—Olvídate de mí —respondió, tocándose la túnica. Me guiñó un ojo.

—Yo también llevo mi espada —asentí.

—Estoy nerviosísima, Lucio —susurró Flavia.

—Lo noto. Procura disimularlo.

—Eso intento…

—Todo saldrá bien.

—¿Burlaremos la vigilancia?

—Con esta pinta, seguro.

Entonces Leví indicó con la cabeza:

—Mira allí, Lucio.

Tito Severo parecía un león acorralado. No paraba de gesticular, de amonestar. Su cuerpo se mantenía en tensión. Intuía algo, aunque no supiera todavía qué. Dalila, como siempre, permanecía ensimismada en su mundo, aferrada al brazo firme del antiguo gladiador.

—¿Tienes miedo? —me preguntó Leví.

—¡Claro que sí! —respondí con sinceridad.

—Entonces estás vivo. El que no tiene miedo está muerto en vida.

Asentí. Comprendía demasiado bien aquella sensación. Era la misma que Leví experimentaba siempre en los segundos previos al combate en el Coliseo, cuando la arena aún estaba intacta y el silencio pesaba más que el acero.

—Publio Siro se equivocaba —dije de pronto—. Nadie conquista la cumbre sin temor. El miedo es la advertencia del alma.

—Avanzamos hacia él, Lucio —replicó Leví.

—Y mi corazón se acelera…

—Piensa en Éfeso.

—Dios lo quiera.

—¿Pero…?

—Una urraca acaba de posarse en el aparejo. Mal presagio…

Leví me lanzó una mirada entre divertida e inquieta.

—¿Supersticiones, ahora?

—Podría contarte todas: soñar con cabras negras, jabalíes, toros, búhos…, malos augurios. Los marineros y los soldados tenemos una larga lista de horribles presentimientos.

—Menos mal que ya solo crees en Dios —bromeó.

—Por eso sonrío.

—Confiemos en él, en Dios —añadió Flavia.

—Solo Él logrará que subáis a ese barco —dijo Leví, con gravedad.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó ella, sorprendida.

—Ya veremos…

Habíamos recorrido un buen trecho del espigón. Tito Severo estaba cerca, rodeado de un nuevo retén que reforzaba el control. La pasarela del barco quedaba a poca distancia de su posición. Una

línea invisible, tensa como cuerda de arco, nos separaba de la libertad.

Tomé una decisión silenciosa. Si no conseguía embarcar, lucharía junto a Leví hasta el final. Al menos Flavia y Dalila llegarían a Éfeso. El plan no admitía otra posibilidad.

Seguimos caminando. Podíamos contar los pasos. Con cada uno de ellos, nuestro corazón se asemejaba a una caja de Pandora que podía abrirse en cualquier momento y acabar con nuestros sueños e ilusiones. Formábamos parte de una fila de unos cuarenta viajeros. La mitad delante de nosotros. El barco ya encendía antorchas. Pronto partiría.

Leví y yo intercambiamos una mirada cargada de esperanza.

Cinco pasos.

Tres.

Dos.

Y entonces, una voz.

Un grito, afilado como una lanza.

—¡Flavia!

86

LA EPOPEYA

Puerto de Cesarea Marítima, 33 d. C.

El eco de aquel chillido inopinado debió de resonar casi con tanta fuerza al pie del puerto de Cesarea Marítima como en los delicados tímpanos de Flavia.

A punto de alcanzar el puente para subir al barco, ella miró de repente a su izquierda y se topó con la frívola estampa de Gaia Aurelia. Le pareció mentira por un instante ver allí a la misma mujer que la invitó en su día con Benicio al banquete en su fastuosa mansión de Séforis.

—Te he reconocido enseguida, querida —dijo Gaia Aurelia con una sonrisa que dejó al descubierto varios dientes postizos de marfil sujetos a las encías con filamentos de oro; mejor era eso, que sonreír con las membranas deshuesadas—. Por cierto, el rubio te sienta de maravilla —añadió.

Flavia no supo qué responder y dibujó una mueca forzada.

—Siento mucho lo de Benicio —dijo Gaia Aurelia con fingido pesar.

—Pobre… —asintió Flavia, la «viuda», disimulando ella también.

—¿Viajas a Éfeso?

—Eso creo —contestó irónica para relajarse.

—¿Y esta chica tan guapa?

—Me llamo Dalila, señora.

—Oye, qué educada eres y vaya ojos tan bonitos que tienes.

—Gracias, señora —contestó ella cabizbaja y sonrojada.

—¿Tenéis donde alojaros en Éfeso?

—No es problema —aseguró Flavia.

—Podéis venir a mi casa.

—¿Vives allí también?

Flavia nos miró de soslayo a Leví y a mí, viéndonos hablar con gestos de preocupación. Un poco más allá, varios soldados se movían de un lado a otro, como sabuesos en busca de alguna presa suelta, mientras Tito Severo no cesaba en sus bruscos ademanes.

—Sí, querida —asintió—. Tengo una casa con vistas al Egeo donde paso tres meses al año, de abril a junio. Pienso que te encantaría.

—¿Tan bonita como la de Séforis?

Flavia estaba más pendiente de lo que sucedía a su alrededor que de la conversación banal con una mujer tan parlanchina a la que tiraba ahora de la lengua.

—Si vieras las tres albercas junto al vestíbulo…

—¿Tres albercas…? Jamás he visto tantas juntas.

—Pues en una de ellas caben treinta ánforas de agua y ya puedes imaginarte lo bien que nadarías tú allí.

—¡Madre mía!

—¿Te gusta este brazalete? —dijo mostrándole el antebrazo a un palmo de su cara, como si en él luciese la joya de la Corona.

Flavia contempló una argolla de plata espantosa, enroscada en espiral en forma de sierpe.

Entre tanto, Leví y yo improvisábamos un plan para embarcar en la corbita amarrada en el muelle.

—Por cierto, ¿viajas sola? —interrogó Flavia.

—Constancio se ha entretenido por el camino con un vendedor ambulante.

—¿Le conozco?

—No, querida. Te presenté a Clemente en mi casa, cuando él no había irrumpido aún en mi vida.

—¿Vais a casaros?

—¡Qué cosas tienes, encanto! Yo no me caso con nadie, a no ser que sea el mismo César —dijo soltando una estentórea risotada, como la de una cacatúa.

—Pues si Constancio no se da prisa ahora, perderá el barco.

—Por culpa de los cálamos.

—¿Cálamos…?

—Soy poeta lírico —contestó una voz jadeante a su espalda.

—Te presento a Constancio —dijo Gaia Aurelia orgullosa.

—Encantada —repuso Flavia—. Qué profesión tan romántica.

—Es un amor —constató Gaia.

—Y tú otro —correspondió él besándola en los labios sin importarle que Flavia y Dalila estuviesen delante—. Seguro que con esta pluma de caña tan sofisticada compondré versos para que aún me quieras más, cariño —añadió con una sonrisa seductora mientras esgrimía como un trofeo la caña cortada en ángulo.

Leví y yo divisamos de pronto a dos legionarios aproximarse hacia nosotros con cara de pocos amigos. Estaba convencido de que

enseguida nos pedirían la identificación. Leví no era ciudadano romano, y yo tampoco podía acreditarlo más que de palabra, acogiéndome a la declaración «*civis romanus sum*» en perfecto latín. Pero enseguida averiguarían que estaba en busca y captura por orden directa de Tiberio. Y en cuanto Tito Severo me descubriese, sería puesto a disposición de Herodes Antipas y enviado a Roma para ser condenado a la pena capital, si es que el centurión no decidía acabar antes con mi vida. Me encomendé a Jesús con toda la fuerza de mi alma.

—Deja que me adelante yo y trate de entretenerlos hasta que vosotros subáis al barco —me indicó Leví.

—¿Y tú…?

—Haz lo que te he dicho.

Leví salió como un rayo al encuentro de los dos legionarios, mientras yo me acercaba a Flavia para asirla del brazo y apretar el paso junto con Dalila hacia la pasarela de embarque.

—No miréis atrás —les indiqué.

La corbita estaba a punto de levar anclas y debíamos subir a ella lo más rápido posible. Un instante significaba una vida. Me giré con cautela y vi a Leví discutir con los esbirros de Severo. De un momento a otro la situación se tornaría violenta. Y así fue: poco después, presenciamos desde cubierta el forcejeo entre Leví y la pareja de legionarios, mientras el capitán del barco ordenaba soltar amarras. Leví se llevó la mano al interior de la túnica y sacó la espada para batirse a muerte con ellos. Más que un duelo, era un suicidio. Estaba solo y rodeado de soldados a las órdenes de un centurión implacable y sin escrúpulos como Tito Severo.

Tras dejar a uno de los legionarios fuera de combate con admirable destreza, se dispuso a hacer lo mismo con el otro cuando se le echó encima Tito Severo con otros dos soldados más. Cuatro contra uno. Lo suyo era una epopeya, un sacrificio humano, un cántico a la vida que pasaba por la muerte, el legado de un héroe que se inmolaba por sus hermanos, un poema épico de Homero o Virgilio. Leví no se rendía, como si estuviese en la arena del Coliseo, dispuesto a regarla con su sangre, como un mártir. Acabó también con el segundo legionario y luchaba entonces contra Severo, cuando uno de sus hombres le atravesó la espalda con su *gladius* y cayó al suelo herido de muerte. Le vi desplomarse más allá del puerto y lloré amargamente. A bordo de un barco le conocí y ahora, subido a otro, me alejaba de él para siempre. La mejor elegía para Sextius, el gladiador, eran mis lágrimas y las de Flavia. Tito Severo debió de felicitarse, y seguramente exclamaría: «¡Ya son nuestros! En cuanto atraquen en Éfeso, los detendremos».

Al cruzar la aduana en nuestro destino, Flavia, Dalila y yo íbamos con gran temor, pues Éfeso era una provincia romana y Tito Severo habría dado ya instrucciones para apresarnos.

Pero ante nuestra sorpresa, nos dejaron pasar sin poner la menor objeción pese a identificarme como el hombre más buscado de Roma. El centurión que mandaba el retén de guardia pronunció con su vozarrón mi nombre completo y, cuando todo parecía ya perdido, añadió de repente:

—¡Adelante! ¡Pasen!

Flavia se convenció al principio de que su padre, apiadado de nosotros, debió de cursar la orden con el tiempo justo para dejarnos desembarcar sin problemas; pesó así más su corazón paterno que su cerebro de romano. Pero luego reparamos juntos en que Jesús acababa de obrar otro milagro. Mientras le vi agonizar en la cruz, agazapado tras una roca del Calvario, le supliqué de rodillas y en silencio que nos pusiera a salvo, prometiéndole extender su Reino por todos los rincones de Éfeso. Era lo único que ya podía hacer por él. Al fin y al cabo, el Maestro me había elegido entre sus setenta y dos nuevos discípulos para evangelizar a los paganos y no iba a dejar que muriera cuando me disponía a cumplir su voluntad. Mi nueva misión consistía a partir de ahora en ser testigo de Jesús de Nazaret, el Profeta con mayúscula.

Epílogo

EL RESPLANDOR

Éfeso, 34 d. C.

—El cuerpo… El cuerpo no estaba. Jesús no estaba.

La voz de Juan se quebró al repetir las palabras de María de Magdala, la primera persona que descubrió el sepulcro vacío y que por la mañana irrumpió estremecida en casa de Pedro para narrar a los discípulos del Maestro lo ocurrido. Con la voz entrecortada y la desesperación brillando en sus ojos, la mujer exclamó con dolor que el cuerpo del Maestro había desaparecido, y con esa misma expresión Juan recordaba los hechos que sucedieron aquel domingo.

Yo lo escuchaba con respeto, casi reverente. El nudo de emoción que tenía en la garganta me impedía hablar y sabía que me echaría a llorar como un niño en cuanto se deshiciera.

—Anda, Juan, sírvele un poco de vino. —María de Nazaret interrumpió el relato como si adivinara mi congoja.

Elevé la mirada hacia su rostro agradeciéndole el gesto. Permanecíamos sentados junto al fogón encendido en el centro de la estancia de aquella casa de Éfeso. Juan y María habían llegado unas semanas atrás, fue Flavia quien se había cruzado con ellos en el mercado el día anterior. En cuanto supe de su presencia en la

ciudad, no pude evitar el impulso de ir a verlos. Nunca antes había sentido tantos nervios al llamar a una puerta, y cuando la madre de Jesús la abrió y me abrazó sentí de nuevo todo el amor y desolación que vivimos un año atrás.

—Al ver el sepulcro vacío, María de Magdala pensó que los romanos o el Sanedrín judío se habían llevado el cuerpo —prosiguió Juan mientras me servía un vaso de vino—. Entonces fue corriendo a avisarnos.

Juan hablaba con la serenidad de quien había encontrado la fe y la paz. Su rostro reflejaba ese abismo interior lleno de esperanza y de amor luminoso. Mientras que los ojos de María de Nazaret desprendían una tristeza inmensa, la pena de una madre que había sido testigo mudo de la muerte cruel de su hijo.

—Algunos dijeron que los apóstoles robaron el cuerpo para hacer creer que había resucitado —siguió explicando Juan—. Otros, que fueron los romanos para evitar que Jesús se convirtiera en un mártir. Al final nos enteramos de que Caifás sobornó a los guardias del sepulcro para que pregonasen que nosotros habíamos sustraído el cuerpo. ¡Pero cómo íbamos a hacerlo si un edicto de Tiberio condenaba a la pena capital a quien violase una sepultura! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. No se nos hubiera ocurrido nunca profanar su tumba.

Fue María quien habló entonces.

—Ninguna madre debería ver a su hijo morir así. Yo estuve allí, al pie de la cruz. Vi antes cada latigazo, cada clavo, cada burla… —María habló en voz baja, con dulzura, como si cada palabra le pesara en el alma—. Pero él me miró y en sus ojos solo había amor. ¡Amor! ¡En medio de tanto horror!

—Los tres estuvimos, madre —así la llamaba Juan desde la terrible escena del Gólgota. Después me miró—. Tú también, Lucio.

Tragué saliva para intentar retener mis lágrimas. El recuerdo era demasiado punzante. Me sentía pequeño ante aquella mujer. Juan continuó con el relato, como si comprendiera mi silencio.

—Hubo discrepancias entre nosotros, no sabíamos qué creer —añadió el discípulo—. Pero pronto salimos de dudas, en cuanto se apareció ante nosotros al poco de su resurrección.

—¿Cómo? ¿Pudisteis verlo? ¿Viste a Jesús? —pregunté asombrado.

Le miré con extrañeza, no sabía si creer sus palabras.

—No pienses que todos se convencieron tan rápido. Muchos fueron los que dudaron —afirmó—. Tomás se negaba a creer. Hasta que un día el Maestro nos visitó y se dirigió a él. Le mostró las heridas de sus manos y de su costado y le invitó a meter los dedos. Entonces Tomás se rindió a la evidencia.

Algo en mi rostro debió alertarle de mi escepticismo. Costaba creer aquel relato, yo había conocido a Jesús, había hablado con él, incluso había sido testigo de algunos de sus milagros. Le había seguido en sus enseñanzas y fue él quien me había hecho renacer desde el amor. Eso debía ser suficiente milagro para mí. Pero aun así, era incapaz de creer que tres días más tarde de verlo exhalar su último aliento en la cruz, él hubiera resucitado de entre los muertos y se hubiese presentado como un fantasma a sus seres más queridos. Quería creer en las palabras de Juan, pues el propio Jesús nos había prometido que ese era su destino, pero la eterna duda se

me clavaba en el corazón. Entonces María me sonrió con una ternura infinita.

—Jesús sabía que muchos dudarían. —Me tomó de la mano con tanto cariño que me conmoví—. Por eso, recuerda sus palabras: «Bienaventurados los que creen sin haber visto». No necesitas entenderlo todo, Lucio. Solo abre tu corazón.

Yo ya no era el soldado romano insensible que había matado a decenas de hombres en la batalla y se mostraba siempre ajeno a las muestras de dolor. Gracias a mi última misión como guardia pretoriano, había aprendido a amar y a ser amado. Jesús me había abierto una grieta en el alma de la que brotaba bondad y fulgor. Pero ¿era posible que un hombre pudiera resucitar? Me costaba aceptarlo, aunque deseara con toda mi alma creer en ello.

Durante horas recordamos a Jesús, hablamos con voz tenue, como si el pasado pudiera esfumarse con el ruido. Cuando me despedí, abracé a Juan y besé a María en la frente con todo mi afecto. No sabía cuándo los volvería a ver, pero me llevaba conmigo la paz que Jesús nos había inculcado.

Al salir de aquella casa de Éfeso, el cielo empezaba ya a teñirse del morado del crepúsculo. Pensé en Flavia y en la criatura que llevaba en sus entrañas, ambos me aguardaban en nuestro nuevo hogar a unas calles de allí. Me pregunté cómo recibiría ella el relato que me habían contado Juan y María sobre aquellos días que siguieron a

nuestra huida de Jerusalén, los días posteriores a la muerte de Jesús.

Caminaba en silencio y despacio, sintiendo las piedras bajo las sandalias. Las calles estaban desiertas, salvo por algún gato que cruzaba raudo bajo el puente. Doblé la esquina que daba a mi calle y me detuve en seco. Junto a la puerta de nuestra casa distinguí una silueta con manto oscuro sobre la cabeza. Estaba inmóvil, como si me esperara. Mi corazón se aceleró. Apreté el paso y la figura comenzó a caminar hacia mí. Cuando estaba a punto de llegar a su altura, nos detuvimos. Alzó la cabeza y su rostro quedó al descubierto.

Entonces le vi.

Era él.

Aquella cara cautivadora, la que me había mirado fijamente el día que sanó al enfermo en su cama, la que me había invitado a seguirle cuando el resto dudaba de mí, la que había llorado sangre en el huerto de Getsemaní. La que me había hablado con una voz que resonó en el santuario de mi alma.

Me temblaban las piernas. El aire no me llegaba al pecho. No podía hablar, ni siquiera emitir un solo murmullo.

Jesús me sonrió.

Lo hizo con la paz de quien ya no pertenece a este mundo. Distinguí entonces en su rostro la luz, la verdad y la vida. Supe que había resucitado y que mi fe por tanto no era vana. Bastó aquel resplandor de su mirada para confirmarme una vez más su amor.

Agradecimientos

Jamás olvidaré el reencuentro con Carmen Romero, al cabo de once años, en la sede de Penguin Random House, el jueves 15 de abril de 2024, cuando me propuso escribir la primera gran novela sobre Jesús de Nazaret, el personaje más importante de la Historia. Su confianza en mí fue el mayor piropo literario que jamás he escuchado y, al mismo tiempo, supuso el más grande desafío al que me he enfrentado desde que en 1990 publiqué mi primer libro. Desde aquel día, Carmen Romero, directora literaria de Ficción Nacional de Ediciones B y Grijalbo, me ha animado con fe inquebrantable a culminar esta fascinante aventura con la ayuda eficaz de mi editora Ana María Caballero y de Celia Santos.

Conste mi más sincera gratitud también al resto del equipo de Ediciones B: Elena Recasens, Rosa Hernández, Nuria Alonso, Jimena Díez, así como a los departamentos de Diseño, Producción, Logística, Comunicación, y, por supuesto, a los comerciales sin los cuales esta novela tampoco estaría en manos del lector, a quien corresponde ahora juzgarla.

Agradezco igualmente su generosidad al primer lector del manuscrito de *El profeta*, el veterano editor Miguel Ángel Blázquez, autor también de unos de los mejores libros sobre Albert Camus que conozco, quien me dijo rotundo después de leerlo lo que yo tanto necesitaba oír tras una larga y profunda inmersión en solitario en el

siglo primero: «Obra magna; inconmensurable. Me has dado un fascinante paseo de la mano por la Historia».

Del mismo modo agradezco el apoyo de Javier Sierra, Julia Navarro y Luis Alberto de Cuenca por la lectura pausada de estas páginas que, sin duda, animará a muchos lectores a seguir sus mismos pasos.

Y bien entendido que los últimos serán los primeros, gracias muy especiales a mis amigos entusiastas Rafa y Almudena, Esther, Guiomar, padre Wenceslao, Charuca, Juanjo y Ave, Xavi, Juan y Gracia, Miguel, Jordi, Pepe y, como siempre, a mis hijos Borja e Inés, de quienes me siento tan orgulloso.

Dramatis personae

PERSONAJES HISTÓRICOS Y BÍBLICOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Anás: suegro de Caifás y sumo sacerdote nombrado por el legado romano de Siria en el año 7 d. C.

Antonia la Menor: madre de Germánico y cuñada de Tiberio.

Apicata: esposa de Sejano.

Barrabás: criminal indultado en lugar de Jesús.

Caifás: sumo sacerdote desde el año 18 d. C. que preside el juicio de Jesús ante el Sanedrín.

Capito Eliano: segundogénito de Sejano.

Claudia Prócula: esposa de Poncio Pilato.

Cusa: funcionario de Herodes Antipas.

Dimas: ladrón crucificado a la derecha de Jesús.

Ennia Trasila: esposa de Macrón y nieta del célebre astrólogo Trasilo de Mendes, que acompaña a Tiberio en la isla de Capri.

Estrabón: primogénito de Sejano.

Germánico Julio César: general romano y padre del emperador Calígula.

Gestas: ladrón crucificado a la izquierda de Jesús.

Herodes Antipas: tetrarca de Galilea y Perea desde el año 4 a. C. hasta el 39 d. C.

Herodes el Grande: rey de Judea, Galilea, Samaría e Idumea desde el año 37 al 4 a. C.

Jesús de Nazaret: protagonista.

José Barsabás: hijo de Sabas, uno de los setenta y dos nuevos discípulos designados por Jesús.

José de Arimatea: miembro del Sanedrín judío.

Juan el Bautista: primo de Jesús que anuncia ya su venida en el desierto.

Junilla: hija menor de Sejano.

Lía: esposa de Pedro.

Los Doce:

- **Andrés:** primer apóstol que ve a Jesús y corre a decírselo a su hermano Pedro, pescador como él.
- **Bartolomé:** llamado también Natanael, que significa «Dios ha dado», su patria es Caná de Galilea y pudo ser testigo del primer milagro obrado por Jesús en las bodas.
- **Felipe:** galileo de Betsaida, como otros de sus compañeros, cuyo nombre en griego significa «amigo de los caballos».
- **Juan:** el apóstol más joven y hermano de Santiago el Mayor, ambos hijos de Zebedeo.
- **Judas Iscariote:** el apóstol traidor, llamado «hombre de Queriot», término que alude a la ciudad fortificada de Moab de donde procede.
- **Judas Tadeo:** hermano de Santiago el Menor, antiguo labrador y pariente muy cercano de María de Nazaret.
- **Mateo:** recaudador de impuestos a quien Jesús dice: «Sígueme». Y lo deja todo por él.

Pedro (Simón): Príncipe de los apóstoles y hermano del también discípulo Andrés.

Santiago el Mayor: hermano de Juan, a quienes Jesús da el nombre de *Boanerges*, es decir, «Hijos del trueno», por su impetuoso carácter.

Santiago el Menor: hijo de Alfeo y hermano de Judas Tadeo.

Simón el Cananeo: su sobrenombre «el Cananeo» alude a un partido, el de los Cananeos o Zelotes, al que pudo pertenecer este discípulo.

Tomás: el apóstol escéptico que necesita ver para creer.

Lucio Elio Sejano: predecesor de Macrón al frente del Pretorio.

Lucio Seyo Estrabón: predecesor de Sejano al frente del Pretorio.

Marcos: primo del discípulo Bernabé, bautizado por Pedro y autor del segundo Evangelio.

María de Cleofás: una de las mujeres que acompañan a Jesús hasta el final, a quien el Martirologio Romano considera «hermana de María, la madre de Dios».

María de Magdala: discípula de Jesús, poseída antes por siete demonios.

María de Nazaret: madre de Jesús.

Nevio Sutorio Macrón: sucesor de Sejano como prefecto del Pretorio.

Nicodemo: hombre rico, banquero de oficio y miembro del Sanedrín.

Poncio Pilato: prefecto romano de Judea entre los años 26 y 36 d. C.

Salomé: hija de Herodías y cuñada de Herodes Antipas.

Serafia: conocida también por Verónica, es la mujer que limpia el rostro sanguinolento de Jesús con un paño donde queda estampado su rostro.

Simón de Cirene: oriundo de la región norteafricana de la Cirenaica, de ahí su nombre, es el encargado de ayudar a llevar la cruz de Jesús hasta el Calvario.

Tiberio: emperador romano durante la vida de Jesús, que gobierna desde el año 14 a. C. hasta su muerte, acaecida en el año 37 d. C.

PERSONAJES FICTICIOS

Aulio Decio Grasso: magistrado romano.

Benicio Quinto Celso: jefe de la guardia personal de Herodes Antipas.

Benjamín Segal: antiguo médico de las legiones.

Caleb Segal: hijo de Benjamín. Hebreo converso y seguidor de Jesús.

Casio: sucesor de Greco al frente de la guardia de Pilato.

Cecilio: centurión destacado en Roma.

Claudio Aquilo: antiguo médico de las legiones romanas.

Constancio: amante de Gaia Aurelia, poeta lírico y coleccionista de cálamos.

Dalila: seguidora de Jesús.

Décimo: centurión al servicio de Herodes Antipas.

Flavia: hija de Macrón, prometida en matrimonio con Benicio Quinto Celso.

Gaia Aurelia: rica solterona, dueña de una mansión en Séforis.

Leví: antiguo gladiador, llamado Sextius, convertido en liberto por su audacia en el Coliseo romano.

Lucio Fedro Celer: guardia pretoriano de Tiberio.

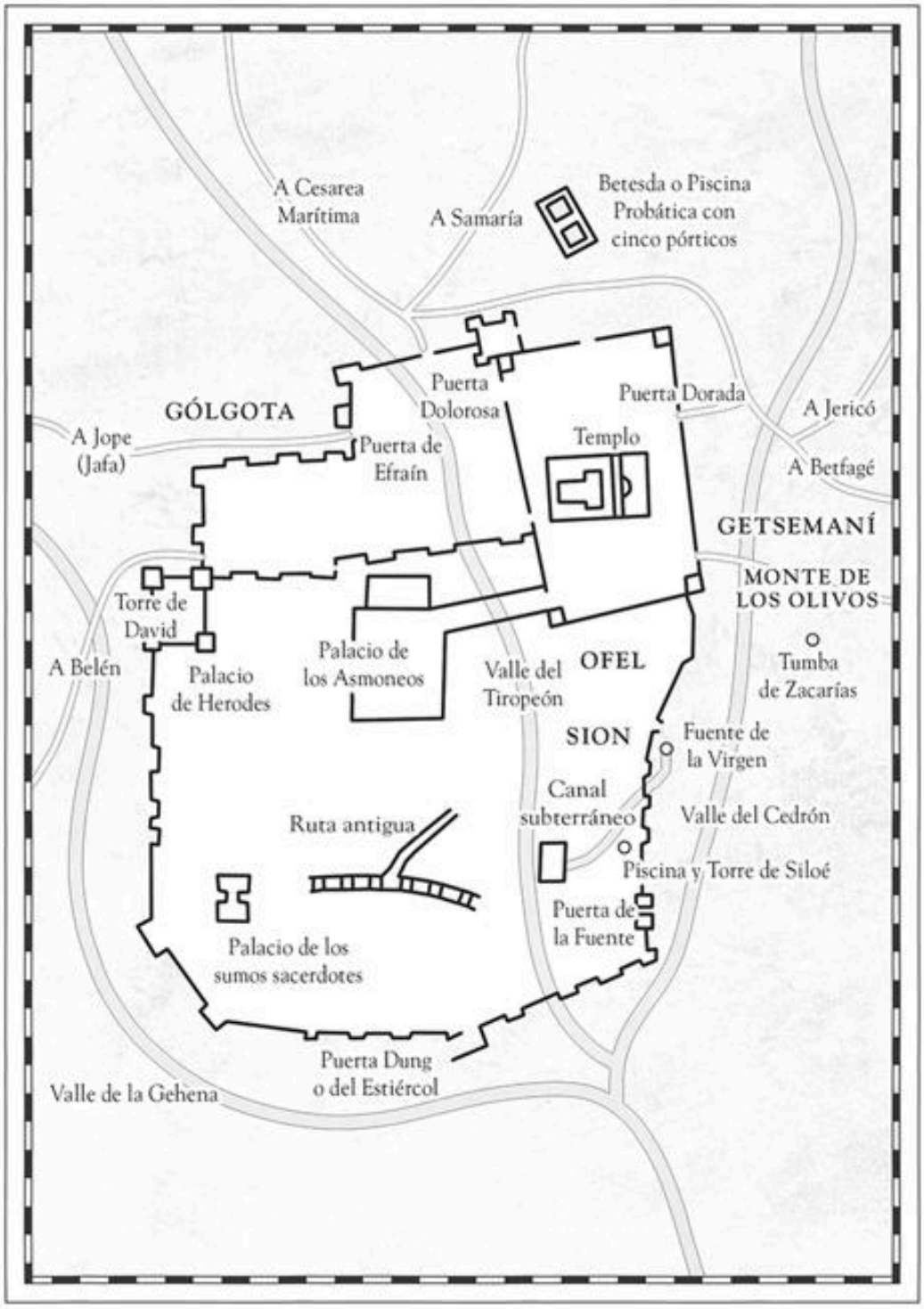
Marco Greco: jefe de la guardia pretoriana de Poncio Pilato y cuñado de este.

Máximo: centurión bajo el mando de Pilato.

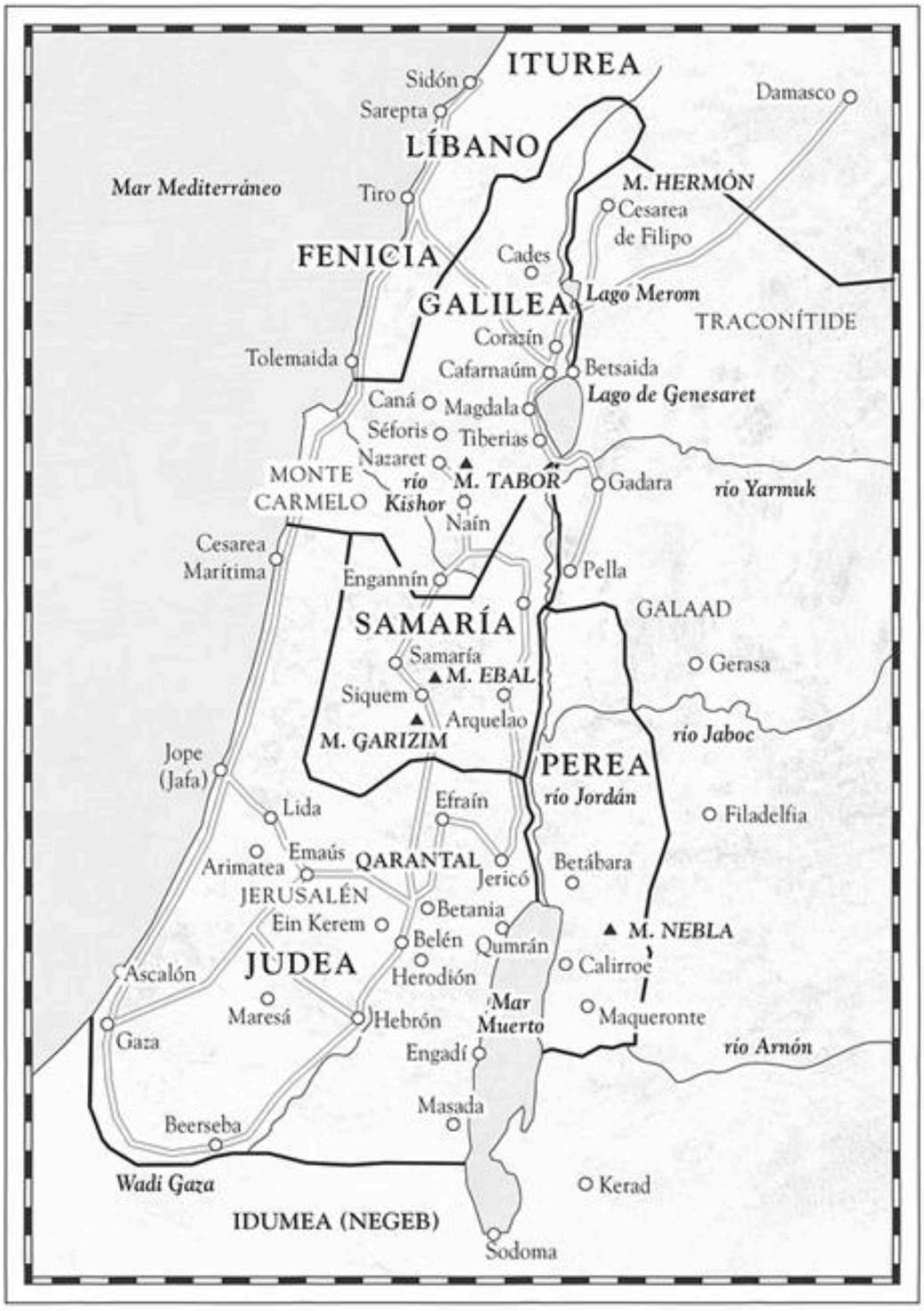
Petronila: criada de Herodes.

Tito Severo: héroe de guerra condecorado en numerosas batallas a las órdenes del tetrarca Herodes.

JERUSALÉN EN TIEMPOS DE JESÚS



PALESTINA EN TIEMPOS DE JESÚS



Glosario

adarga: Escudo semicilíndrico usado para defensa personal. Los pretorianos esgrimían adargas donde estaban representados los tres escorpiones como símbolo de la guardia del emperador y signo zodiacal de Tiberio. Figuraban grabados también en la égida los rayos de Júpiter, las alas de la diosa Victoria, las estrellas y otros elementos astrológicos como la constelación de Escorpión.

***ammazza!*:** ¡Matar!, en sentido literal. Se decía que era el grito herido de la plebe durante los combates en el Coliseo, pero expresaba también admiración o sorpresa.

Andrés: Nombre derivado de *Andreas* (de *Andreios*) que significa «varonil», «valiente», «audaz», «decidido».

arcosolio: Sepultura con repisa bajo un arco tallado en la roca.

asfódelo: Planta con propiedades curativas empleada en la antigua Roma.

astrágalos: Huesos de oveja utilizados para jugar a las tabas.

ázimo: Pan sin levadura consumido durante la Pascua judía.

bacantes: Mujeres seguidoras del dios Baco, asociadas a rituales orgiásticos.

balandras: Pequeñas embarcaciones a vela con cubierta y un solo palo.

***bulla*:** Amuleto esférico protector usado por las niñas romanas, cuya concavidad se rellenaba con algunas sustancias especiales a las

que se atribuían ciertas virtudes.

Cafarnaúm: Nombre que en hebreo significa «aldea de Naúm» y que recuerda a uno de los «profetas menores» originario de Galilea y autor de un libro del Antiguo Testamento.

***caldarium*:** Sala cálida y vaporosa en las termas romanas.

Caleb: Nombre que significa «leal», «valiente».

Calvario / Gólgota: Lugar donde Jesús fue crucificado, situado en el extremo noroeste de un rellano donde sobresalía una roca. Formaba un pequeño montículo de unos cinco metros de altura cuya forma redondeada, como la de cualquier promontorio, le valió el nombre de Gólgota, abreviatura del término arameo *gugulta* o *gogolta*, que significaba «cráneo» y de ahí «Calvario».

cananea: Mujer de la región de Tiro y Sidón que imploró a Jesús la curación de su hija posesa.

cávea: Parte del teatro o anfiteatro romano destinada a los espectadores.

centurión: Oficial romano al mando de una centuria que, como su propio nombre indica, se componía de cien soldados.

citaredo: Músico que tocaba la cítara en la antigua Roma.

clámide: Capa corta y ligera que usaron los griegos para montar a caballo, y que después adoptaron los romanos.

***cognomen*:** Tercer nombre en la nomenclatura romana que identificaba a la familia, tras el *praenomen* y el *nomen*.

contera: Pieza terminal de armas o utensilios.

corbita: Barco mercante romano de casco redondeado, destinado también en parte a pasajeros. La proa y popa curvadas dieron origen a su nombre de corbita, derivado del término en latín *corbis*

o cesta, pero también la costumbre de colocar una canasta en el palo mayor de la nave que servía de cofa para el vigía.

cordero pascual: Animal sacrificado durante la Pascua judía.

denario: Moneda romana de plata equivalente a diez ases o cuatro sestercios.

***dessignator*:** Funcionario encargado de organizar funerales romanos.

***domus*:** Casa particular distinguida, ocupada por un solo propietario y su familia.

dovela: Piedra que forma parte de un arco.

dupondio: Moneda romana de bronce con valor de dos ases, en cuyo anverso se representa el busto del emperador Augusto, ya divinizado, y en el reverso aparece la Puerta Collina de Roma, situada en el extremo norte de la Muralla Serviana. El término deriva del latín *duo* (dos) y *pondus* (peso).

díptico: Tabla de cera plegable utilizada para la escritura.

***equites*:** Clase social romana de caballeros, situada por debajo de los patricios y por encima de los plebeyos.

esquife: Embarcación pequeña que se lleva en el navío para saltar a tierra, a modo de bote salvavidas.

estrígilo: Rascadera arqueada de hierro larga y fina, en forma de hoz.

falerno: Vino tinto producido con la variedad de uva Aglianico en las laderas del monte Falerno. Era un vino de culto en Roma.

fariseo: Miembro de una secta judaica que aparentaba rigor y austeridad, y que eludía los preceptos y el espíritu de la ley. Se trataba de personas hipócritas, que se fingían virtuosas y juzgaban con severidad a las demás.

fíbula: Broche o hebilla utilizada para sujetar las prendas de vestir romanas.

fiesta de los Ázimos: Celebración primaveral en la que se comían panes sin levadura al comienzo de la siega de la cebada.

Flavia: Versión femenina del nombre romano Flavius, del latín *Flavus*, que significa «dorado».

foque: Vela triangular situada en la proa de un barco que es la mayor de todas.

Gaia Aurelia: Nombre que significa «diosa de la tierra».

***garum*:** Salsa procedente de la provincia romana de Hispania, elaborada con entrañas de esturión, caballa, atún y otros pescados azules.

Getsemaní: En hebreo, *Gat shemanim*, «prensa de aceite» o «almazara».

Gizith: Sala oficial del Sanedrín judío.

***gladius*:** Espada corta romana para el combate cuerpo a cuerpo, utilizada por las legiones romanas desde el siglo III a. C.

herodianos: Partido judío formado en torno a Herodes Antipas y caracterizado por su escepticismo religioso opuesto a los fariseos y los zelotes.

hipocausto: Sistema de calefacción situado bajo el suelo de las viviendas romanas.

hosanna: Aclamación hebrea: «¡Sálvanos, te lo rogamos!».

idus: Días centrales del mes en el antiguo calendario romano.

***igniarum*:** Dispositivo rudimentario para encender fuego. Del latín *ignis*, que significa «fuego».

ismaelita: Árabe, descendiente de Ismael, hijo de Abraham.

***Junge!*:** Grito de guerra romano, equivalente a «¡Prietas las filas!», «¡Unidos!».

lanista: Propietario de una escuela de gladiadores en la antigua Roma, encargado de entrenarlos y de venderlos como un comerciante de seres humanos.

lémures: Espíritus de muertos considerados peligrosos por su maldad en la antigua Roma.

Lía: Nombre también de la primera esposa de Jacob, que en su acepción latina significa «leona».

libertos: Esclavos liberados en la antigua Roma.

licor mirabilis: Bebida romana de frutas y hierbas con un sabor «maravilloso» (*mirabilis*).

lictores: Hombres de la clase de servidores civiles romanos que tenían a cargo los magistrados. Normalmente eran soldados elegidos entre los más fuertes, belicosos, crueles y sádicos de la tropa legionaria para flagelar a sus víctimas.

llantén: Planta medicinal usada en la Antigüedad.

***longé*:** Lanza con la que el centurión Longinos atravesó el costado de Jesús crucificado, una vez muerto, y salió agua y sangre de su cuerpo.

***lorum*:** Látigo largo y flexible.

lúnula: Amuleto colgante que portaban las niñas y mujeres hasta el día de su boda, cuyas propiedades se relacionaban con la fertilidad y la sanación, además de ofrecer protección contra el mal de ojo.

macarismos: Nombre científico con que se conocía a las bienaventuranzas, porque en griego el término «makarios» significaba «dichoso o bienaventurado».

Magnus Geminae: Del latín *Gran Gemelo*, porque existía otro barco igual que él.

manes: Almas de los difuntos, consideradas benévolas, a las que rendían culto los antiguos romanos.

manumisión: Liberación legal de un esclavo.

***matzá*:** Pan sin levadura consumido durante la Pascua para conmemorar la huida del pueblo judío de Egipto.

mirmilón: Tipo de gladiador conocido así por la figura del pez (*mormyrus*) que llevaba en el casco. Vestía ropajes de tela, cinturón, una greba en la pierna izquierda y un brazalete en el brazo derecho.

***mulsum*:** Bebida hecha con miel líquida y vino tinto, servida muy fría, que habría sido una de las favoritas del emperador Augusto.

nisán: Primer mes del calendario hebreo bíblico, iniciado a partir de la huida del pueblo judío de Egipto, que corresponde a parte de marzo y abril en el calendario actual.

óbolo: Moneda griega que era la sexta parte de la dracma y se utilizaba como ofrenda funeraria.

***oleotesium*:** Recipiente destinado a contener aceites perfumados o ungüentos.

Pascua: Fiesta más solemne de los hebreos, celebrada a mitad de la luna de marzo, en memoria de la libertad del cautiverio de Egipto.

peristilo: Patio rodeado de columnas en las casas romanas, alrededor del cual se disponían las estancias.

pila *mattiaca*: Colorante romano para el cabello.

Pilato: El *cognomen* familiar «Pilato», correspondiente al prefecto de Judea, significaba armado con un *pilum* (lanza) y debía aludir a

alguna acción bélica en la que se distinguió un antecesor suyo.

***pilum, pila*:** Singular y plural de un arma en forma de lanza o jabalina romana de unos dos metros de largo.

piscina de Betesda: Denominada también «probática» porque era una piscina que servía para lavar y purificar las reses destinadas a los sacrificios. Término proveniente del griego *probatikós*, que significa «relativo a las ovejas».

plebe: Clase baja del pueblo romano.

***poena cullei*:** Castigo romano; del latín, «pena del saco».

pórfido: Roca compacta y dura, de color oscuro, y con cristales de feldespato y cuarzo usada en la arquitectura romana.

***praestigiator*:** Del latín, alguien que realizaba trucos de manos, ilusionismo o actos de magia para entretener, engañar o deslumbrar a la audiencia.

prefecto / gobernador: Funcionario romano con autoridad civil y militar.

pretoriano: Miembro de la guardia pretoriana, la unidad militar de élite que servía como guardia personal del emperador romano y desempeñaba a veces labores de espionaje.

Pretorio: Del latín *praetorium*, era el nombre del edificio donde residía y ejercía sus funciones el pretor romano; en los campamentos militares, era también la residencia del comandante en jefe.

***primus pilus*:** Centurión de mayor rango en una legión romana, comandante de la primera centuria de la primera cohorte.

***princeps senatus*:** Miembro más antiguo del Senado romano.

***pugio*:** Daga romana corta. Término derivado de la palabra latina *pugnus*, que significa «puño», en alusión a la postura cerrada de

la mano para sujetarlo.

***puglio*:** Variante del *pugio* o puñal romano.

***púnicos*:** Cartagineses, descendientes de los fenicios y originarios de Cartago, donde constituyeron una civilización antigua del Mediterráneo erigiendo un poderoso imperio comercial y militar.

púrpura de Tiro: Tinte muy apreciado por los pertenecientes a la élite romana.

***rabbuní*:** «Maestro», en arameo.

reciario: Gladiador muy peligroso y traicionero.

***sagum*:** Capa militar romana que se llevaba sobre la túnica y llegaba hasta la rodilla, abrochada en el hombro derecho para dejar libre el brazo que debía empuñar el arma. Sustituía a la toga en tiempos de guerra y era más larga que la túnica y de lana más gruesa. En época de paz la llevaban los labradores y las personas más pobres.

Sanedrín: Consejo supremo del pueblo hebreo, que trataba y decidía sobre los asuntos de Estado y de religión.

sayones: Verdugos que ejecutaban las penas a que eran condenados los reos.

***scabillum*:** Instrumento musical en forma de zapato y con suela de madera, abierto bajo los dedos y con una fisura horizontal donde se había colocado un aparato sonoro.

Senado: Órgano legislativo de la antigua Roma.

senadores: Miembros del Senado romano.

sestercio: Moneda romana de bronce usada para transacciones pequeñas.

***shabat*:** Día de descanso semanal judío.

***shalom aleijem*:** Saludo hebreo que significa «la paz sea con vosotros».

solio: Silla ceremonial romana.

speculatores: Inicialmente constituyeron una unidad de observación del Ejército romano, pero luego fueron guardaespaldas de los emperadores y hasta espías o agentes secretos.

***sponsus*:** Prometido o esposo en latín.

talento: Unidad monetaria originaria de Babilonia y empleada en la Antigüedad en la zona del *Mare Nostrum*, que da nombre a una de las parábolas de Jesús de Nazaret: la de los talentos.

taumaturgo: Persona que practicaba la magia.

templo arrasado: En el año 70 d. C., las legiones de Tito sitiaron la capital de Judea, una terrible batalla que culminó en la destrucción de la ciudad y el éxodo del pueblo hebreo.

tetrarca: Gobernador de una provincia o territorio.

triunviro: Uno de los tres gobernantes en un triunvirato.

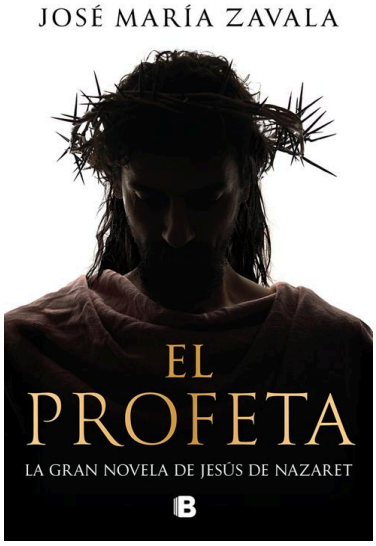
unctores: Esclavos que ungían el cuerpo en los baños con aceite o ungüento.

vestal: Sacerdotisa dedicada al culto a la diosa Vesta.

villa Júpiter: Nombre por el que se conocía también a Villa Jovis, el palacio de Tiberio en la isla de Capri, construido en honor del principal dios de la mitología romana.

vomitorios: Pasillos para permitir el acceso y la salida con rapidez a grandes multitudes en los teatros, anfiteatros y circos.

Todos conocen el poder de su nombre.
Pocos se han acercado a su lado más humano.
Trágica y gloriosa, una historia más allá de la fe.



Siglo I. Condenado por un crimen de sangre, el oficial romano Lucio Fedro tiene la peligrosa misión de seguir los pasos de un hombre del que todo el mundo habla pero del que poco se sabe: Jesús de Nazaret.

No hay rincón del Imperio donde no se oiga su nombre. Unos dicen que es un revolucionario; otros, un simple profeta; él afirma ser «el hijo de Dios». Lo que está claro es que ese hombre está desafiando el poder de Roma y Lucio deberá desentrañar los misterios que

rodean su figura al tiempo que se enfrenta a las sombras de su propio pasado.

Con una admirable labor documental, José María Zavala, uno de los mayores expertos en la figura de Jesús de Nazaret, recrea sus vivencias en estas páginas. Una ficción histórica que entrelaza una audaz trama con los episodios más desconocidos de la vida del Mesías. Una ambiciosa novela sobre el personaje más apasionante de todos los tiempos.

José María Zavala es periodista, escritor y cineasta. Miembro de la Real Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, es Caballero Custodio de la Orden de Calatrava la Vieja y posee la Cruz de Plata con distintivo rojo al mérito profesional.

Desde hace trece años colabora con Iker Jiménez en Cuarto Milenio así como en el periódico La Razón, donde publica un artículo todos los domingos. Resultado de sus investigaciones sobre los archivos y la documentación de la Casa de los Borbones, ha escrito algunos libros como *Dos infantes y un destino*, *La maldición de los Borbones*, *Bastardos* y *Borbones* o *Infantas*.

Algunas de sus obras de referencia como *El Santo*, la biografía del Padre Pío, *El secreto mejor guardado de Fátima*, *Los últimos tiempos ya están aquí* o *Medjugorje* también han merecido numerosas reimpresiones. Además, con *Los Doce* culminó la bilogía sobre el personaje del Jesús histórico y sus apóstoles que inició con *Últimas noticias de Jesús*. Ahora, con *El Profeta*, el autor aborda de la mano de Ediciones B el género de la novela y se centra en la figura de Jesús tras haber publicado *El secreto del rey* con la misma editorial en 2013.

Zavala también ha dirigido y escrito siete películas estrenadas con gran éxito en más de veinte países.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, José María Zavala
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: composición fotográfica de Leo Flores a partir de las imágenes de © Mady70 / iStock y © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8278-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El Profeta

Prólogo: LA TUMBA VACÍA

Primera parte

1. EL BOSQUE DE LA MUERTE
2. VENGANZA
3. La trampa
4. ROMA NO PAGA TRAIDORES
5. LA CÁRCEL
6. MISIÓN COLUMBA
7. LAS TERMAS
8. SUPERSTICIÓN
9. FLAVIA
10. LA TEMPESTAD
11. PIRATAS
12. EL ESCORPIÓN
13. CALEB
14. PILATO
15. SÉFORIS
16. EL FESTÍN
17. LA NOTICIA
18. LOS DEMONIOS
19. EL CIRCO
20. ANDRÉS
21. EL REENCUENTRO
22. LAS BIENAVENTURANZAS
23. HERODES
24. La conversación
25. GRECO
26. BANDEJA DE PLATA
27. LA ESTRELLA
28. INFANCIA Y JUVENTUD
29. Petronila

30. El cofre
31. EL MAR Y LA SAL
32. DE MUERTOS Y FANTASMAS
33. El teatro
34. Rencillas
35. LA VERDAD
36. EL MAGO
37. El litigio
38. SOSPECHA
39. Condenados
40. La pesadilla
41. LÁZARO
42. EL SAMARITANO
43. EL HIJO PRÓDIGO
44. La jaula
45. EL AMOR
46. Obediencia
47. LA *BULLA*
48. LA OVEJA PERDIDA
49. EL TEMPLO

Segunda parte

50. LA PIEDRA ANGULAR
51. EL ATRIO DE LOS GENTILES
52. LOS DOCE
53. EL AVISO
54. Judas
55. El cazador
56. BETESDA
57. La Última Cena
58. La recompensa
59. Las dos espadas
60. EL REGISTRO
61. EL SUEÑO
62. Sangre, sudor y lágrimas
63. La oreja rota

64. EL SECUESTRO
65. LOS BUITRES
66. EL CANTO DEL GALLO
67. El sádico
68. LA ENCERRONA
69. LA ESPUELA DEL INFIERNO
70. LA HOJA DE PAPIRO
71. Muñeco de feria
72. LA PANTOMIMA
73. Cruces y tumbas
74. LA ESCABECHINA
75. ¡PRIETAS LAS FILAS!
76. Las hienas
77. DELIRIO Y FRENESÍ
78. EL CORTEJO DE LA MUERTE
79. LA NUEVA MISIÓN
80. EL CIRENEO
81. EL CALVARIO
82. Tito Severo
83. EL CORTEJO
84. EL PLAN
85. EL CAMBIO
86. LA EPOPEYA
Epílogo: EL RESPLANDOR
Agradecimientos
Dramatis personae
Mapa de jerusalén en tiempos de Jesús
Mapa de palestina en tiempos de Jesús
Glosario
Sobre este libro
Sobre José María Zavala
Créditos